



JOAN DIDION

EL

RÍO

EN LA

NOCHE

se

Lectulandia

El río en la noche desprende la esencia clásica de una gran novela norteamericana. Cronología de un drama familiar que concluye en un asesinato, es también la historia de la decadencia de una familia de pioneros y su traumática adaptación a las transformaciones de la vida en California a mediados del siglo XX.

Lily Knight y Everett McClellan, herederos naturales de un estilo de vida de posesión y dependencia, se conocen desde la infancia. Son descendientes de las familias tradicionales que han explotado por generaciones las tierras junto al río Sacramento. Entre veranos y cosechas de lúpulo, las vidas de las dos familias se entremezclan hasta quedar ligadas para siempre cuando Everett y Lily establecen una relación tan tormentosa como inevitable. La inadecuación de Lily al rol de esposa y madre cuando llegan los hijos, el peso de la herencia de una forma de vida que se vuelve de a poco incompatible con la mutación de California en meca de emprendedores e inversionistas, la ceguera de Everett ante el deterioro progresivo de su simbiótica hermana menor, y una estela de infidelidades, insatisfacciones y desencuentros surcan la deriva de esta conmovedora saga familiar que tiene, como los ríos, tantos meandros.

Primera novela de la magistral Joan Didion, El río en la noche es la obra de una escritora de genio y se traduce por primera vez al español en esta edición.

Lectulandia

Joan Didion

El río en la noche

ePub r1.0

gertdelpozo 24-06-2018

Título original: *Run, River*
Joan Didion, 1963
Traducción: Javier Calvo

Editor digital: gertdelpozo
Aporte: florenciapropato
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi familia y para N.

*Toda la noche te he estado tomando la mano,
como si hubieras
hecho frente por cuarta vez al reino de los locos
—a su habla trillada, su mirada asesina—
y me hubieras arrastrado a casa con vida...*

ROBERT LOWELL

...el verdadero El Dorado está más adelante todavía.
JOHN MASON PECK, *New Guide for Emigrants to the West*

Agosto de 1959

1

Lily oyó el disparo a la una menos diecisiete. Supo qué hora era con exactitud porque, en vez de mirar por la ventana la oscuridad donde reverberaba todavía el disparo, siguió abrochándose el cierre del reloj de diamantes que Everett le había regalado hacía dos años, para su decimoséptimo aniversario; se quedó mirándolo un rato largo y luego, sentada en el borde de la cama, se puso a darle cuerda.

Cuando ya no pudo darle más cuerda se puso de pie, todavía descalza de la ducha, tomó un frasco de Joy del tocador, se echó un buen chorro en la mano y la metió por debajo del cuello del vestido para extenderse, como una especie de amuleto, por los pechos pequeños y desnudos: en las páginas despreocupadas de esas revistas en las que Joy era proclamado periódicamente el Perfume más Caro del Mundo, nadie oía disparos en su muelle sentada en el dormitorio.

Con la mirada clavada no en las ventanas sino en las instantáneas enmarcadas de los niños que colgaban sobre su tocador (Knight con ocho años, la espalda muy recta y uniforme de los Cub Scouts; Julie con siete, el mismo verano), Lily se dejó la mano dentro del vestido hasta que el Joy terminó de evaporarse y no le quedó nada que hacer más que abrir el cajón donde había estado guardado el revólver calibre 38 desde el día en que Everett matara a la serpiente de cascabel en el jardín; el cajón de la mesita de noche donde tendría que haber estado el revólver. Ya sabía que no estaría ahí.

Nueve horas antes, a las cuatro de aquella tarde, Lily había decidido que no iba a ir a la fiesta de los Templeton. Hacía realmente demasiado calor. Se había pasado toda la tarde en el piso de arriba, tumbada en la cama en enaguas, con las persianas cerradas y el ventilador eléctrico encendido. Everett estaba en los campos de lúpulo, mostrándole el nuevo sistema de riego a un plantador de río abajo; Knight había ido en coche a la ciudad; Julie, supuso Lily, estaría en alguna parte con uno de los gemelos Templeton. La verdad era que no lo sabía.

Las tardes siempre terminaban así. A finales de junio, después de toda la crisis, ella había empezado a insistir en que todos hicieran una siesta después de la comida. Aunque las tres primeras tardes todo el mundo había subido, al cuarto día ella había oído a Julie hablar por el teléfono de la planta baja («No lo dices *en serio*. Pero si me juró que habían roto hacía *meses*»), y al quinto ya estaba sola en casa como siempre. Everett y los chicos se habían mostrado, pese a todo, extremadamente bien dispuestos con el plan; si había una palabra capaz de describir la actitud de todo el mundo en relación con todo desde junio, esa palabra era «dispuestos». Todo el verano había dado la impresión de que un simple desacuerdo entre ellos podía romper la familia otra vez; de que una sola palabra irreflexiva podía hacer que la casa se viniera abajo para siempre.

Lily se levantó y abrió una persiana. El calor todavía centelleaba en el aire, tan

concentrado que parecía capaz de iniciar un incendio. Después de la cena solía darse otra ducha, abrir las ventanas de par en par y leer uno de los libros de Knight. Su hijo tenía el suelo de la habitación lleno de pilas de libros. A ella le daba la sensación de que Knight se había pasado el verano entero haciendo valijas, deshaciéndolas, ordenando y reordenando las cosas que tenía planeado llevarse a Princeton: ya había empaquetado tantos libros para llevárselos al Este que al final Everett le había preguntado si tenía alguna razón para pensar que a los alumnos de primer año no les estaba permitido el acceso a la biblioteca de Princeton. «Para qué dejarlos», había dicho Knight con un encogimiento de hombros, y durante unos segundos Lily lo había odiado, había oído malicia en su voz indiferente mientras contemplaba cómo la cara de Everett adoptaba aquella expresión suya de despreocupación forzada.

En cualquier caso, esta noche iba a intentar leer, aunque cada vez le costaba más concentrarse; últimamente solo podía leer libros sobre gánsteres de Chicago o escritos por oceanógrafos. La Matanza del Día de San Valentín y la fosa de Mindanao le resultaban, en su equidistancia de ella, igualmente absorbentes. La semana anterior, cuando Knight tenía que ir en coche a Berkeley, ella le había pedido que le comprara unos cuantos libros nuevos en una de las tiendas de libros baratos de la Avenida Telegraph. Knight le había informado que esos libros se encontraban sin problemas en el centro mismo de Sacramento. Ella no parecía darse cuenta de que ahora había librerías de libros baratos en Sacramento. Parecía que ni a Lily ni a su padre les entraba en la cabeza que las cosas estaban cambiando en Sacramento, que la Aerojet General y la Douglas Aircraft y hasta la universidad estatal estaban trayendo a una clase nueva de gente, gente que venía de vivir en el Este, que leía. Tanto su padre como ella se iban a quedar pasmados si alguna vez se enteraban de que ya no quedaba nadie en Sacramento que hubiera oído hablar de los McClellan. O de los Knight. Tampoco es que él creyera que fueran a enterarse nunca. Continuarían, como siempre, dedicando sus malditas camelias miserables a la memoria de sus malditos pioneros miserables.

Aunque ella no creía que Knight le hubiera traído ningún libro nuevo sobre Columbus Iselin o Mad Dog Coll, el mero hecho de sentarse a oscuras y ver las luces de la ruta del dique ya sería mejor que ir a casa de Francie Templeton, donde todo el mundo estaría acalorado y alguien bebería más de la cuenta y terminaría diciendo algo con un tonito familiar; ir a las fiestas del río se había vuelto tan desagradable como ver cinta tras cinta de borrosas películas caseras, con las copias un poco desgastadas por el uso. *Esa es la cocina y ahí está Joe Templeton, intentando vaciar la copa de Francie en la bacha; mira, Francie ya está pateando el suelo de rabia y ni siquiera es medianoche; y mira ahora, aquí viene la pequeña Jennie Mason, buscando por el jardín a Bud Mason; acuérdate, porque a continuación vas a ver a Everett McClellan consolando a Jennie Mason (que en una secuencia extirpada de esta cinta ha malinterpretado de forma desafortunada pero natural el hecho de que Bud Mason estuviera en el jardín con Lily McClellan); ese de ahí es Everett, el de la*

pose de hombre que ha sufrido mucho. Ni siquiera haría falta sonido. Se podía contar con que siempre habría alguna pequeña Jennie, contar con las mismas caras de siempre y los mismos juegos de siempre; en una de las fiestas de Francie del año anterior, en la que Ryder Channing anunció en tono beligerante que les debía dinero a cinco de los diez hombres presentes en la sala, a Lily se le ocurrió que ella se había acostado con siete de ellos, y que en cuatro casos no se acordaba exactamente de cuándo ni de dónde. A estas alturas los cuatro ya eran un mismo error de gusto. Aunque llevaba sin ir a una fiesta en el río desde junio, se acordaba de lo que había pasado después de esa última con la misma claridad distorsionada que flotaba sobre todo el mes de junio: no había sido la primera fiesta que ella había abandonado para irse a una habitación de hotel, pero sí la primera que había abandonado para irse al Senator, que seguía considerando, todavía, el hotel de su padre. A su padre le gustaba el bar del Senator, y de chica la había llevado allí en varias ocasiones a tomar limonada con granadina. (La mañana después de aquella fiesta, apretándose la almohada de Everett contra el estómago, Lily se había clavado las uñas en el brazo hasta hacerse un moretón, pero para mediodía, yendo en coche sola al lago, había empezado otra vez a pensar que todo era culpa de Everett. No habría pasado de haber estado Everett en la fiesta, en vez de quedarse en casa lamentándose por su hermana; nada de todo aquello habría pasado de haber estado Everett en la fiesta).

Tienes que detenerte, le había dicho Ryder Channing en junio, ese día en el lago que había sido parte de la crisis, y aunque Ryder era el menos indicado para decírselo, estaba en lo cierto. Una fiesta podía hacer que todo empezara otra vez: dos copas, alguien que estuviera de visita en la ciudad, el hecho de que Everett no le prestara atención, con eso ya bastaba; y cuando hoy a las cuatro y media Everett había subido a la habitación, ella le había dicho que no quería ir a casa de Francie Templeton.

—Hace demasiado calor. Ve tú si quieres.

Se estaba cepillando el pelo, estirándoselo por delante de la cara, intentando encontrar las canas que Julie había afirmado verle entre los cabellos oscuros. Lily no se imaginaba a sí misma con el pelo gris: en primer lugar, todavía no tenía treinta y siete años, y en seguro lugar, siempre se había imaginado que su estilo era la fragilidad atractiva. Con el pelo canoso no se podía parecer atractivamente frágil; solo se podía parecer frágil a secas.

—Van a ir Knight y Julie —añadió.

Everett se sentó junto a la ventana. Tenía la cara y la camisa caqui manchadas de polvo y de sudor.

—Creo que deberías ir. Te esperan.

—Me duele la cabeza —dijo ella sin severidad—. No puedo hacer nada al respecto, ¿verdad? O sea, cualquiera admitiría que es un acto de Dios, ¿no? Hasta Francie Templeton. Si te sientas al lado del ventilador con la camisa mojada te enfriarás.

—Tú y tu madre.

—Es congénito. Lo leí en el *Reader's Digest*. Cinco médicos de Nueva York. «Cómo hacer que los dolores de cabeza te beneficien». En fin. Ve tú.

—Muy bien —dijo él sin interés—. De acuerdo.

Everett empezó a silbar desafinadamente entre dientes. Su silbido y el zumbido del ventilador eléctrico eran lo único que rompía el silencio. Lily era consciente de que él no le quitaba la vista de encima a los brazos desnudos con que ella se cepillaba el pelo.

—Podríamos irnos este invierno —dijo él de repente.

—Irnos —repitió ella—. ¿Irnos adónde?

—Podríamos hacer un viaje. Podríamos tomar uno de esos barcos que hacen trayectos de cuarenta y un días o algo así. Podríamos ir a Alaska, o a Australia, o a Europa o algún lugar parecido.

—A Alaska no, mi vida. O sea, no creo que sea muy divertido ir a Alaska en invierno.

—A alguna parte —insistió él.

—Australia. Imagínate.

—Escucha —dijo Everett—. A mí me gustaría. Es algo que no hemos hecho nunca, irnos juntos. Hacer un viaje largo. Te haría bien.

Querer irse de viaje era algo muy poco propio de Everett. Desde la guerra sólo había salido de la finca algún que otro fin de semana para asistir a alguna reunión de plantadores o algún funeral en el Valle. Casi parecía una versión agraria de Ivar Kreuger, guardián de un imperio efímero y necesitado de control constante e intervenciones instantáneas. Aunque Lily le había pedido que los acompañara a ella y a los chicos en su viaje al extranjero en el verano de 1957 (*No tiene sentido si no vienes tú, Everett, mi amor, no tiene sentido mandarme a mí sola. Todo seguirá igual cuando yo vuelva, por favor, Everett*), él se había negado.

—¿Puedes escaparte? —le preguntó ella ahora.

—Creo que sí. —Él se puso de pie y abrió una persiana—. Y en todo caso —añadió— pueden ir Julie y tú.

—No puede dejar las clases. Tiene que estudiar para los exámenes de ingreso a la universidad, y además cree que está enamorada. Cree que se va a casar con el Beta ese de Berkeley. No creo que se pudiera separar de él ni para venir a despedirnos al puerto.

—No te referirás al chico ese que trajo.

—Exacto. Ese mismo.

—No me cayó bien. Ya sabes que no me cayó bien. —Everett hizo una pausa—. Parecía un italianucho con ese saco que tenía puesto.

Lily no dijo nada. El muchacho medía un metro ochenta y ocho, le sacaba dos dedos de altura a Everett y era casi tan rubio como Everett a su edad y tanto como Knight ahora. Y aquel día de julio en que había venido a ver a Julie llevaba puesto un

saco de madrás idéntico a uno que Knight tenía colgado en su armario. A Everett no le había caído bien porque se había servido una copa y le había ofrecido otra a Julie.

—En cualquier caso —dijo por fin Lily—, de lo que se trata aquí no es de que yo vaya con Julie, ¿o sí?

—Te sentaría bien hacer un viaje —repitió Everett sin mirarla.

—No cambiaría nada.

—Veremos —dijo él—. Unas vacaciones largas.

Lily se reclinó en la cabecera de nogal de la cama hasta que las hojas labradas se le clavaron en la espalda. *Unas vacaciones largas.*

Everett se sentó a su lado, le quitó el cepillo de la mano y se puso a cepillarle el pelo. Cuando ella le apoyó la cabeza en el brazo, él dejó el cepillo y se puso a hacerle un masaje en los hombros.

—Julie dice que me vio canas —dijo Lily.

—Tampoco es tan grave, ¿no?

—Ella cree que me darían un aspecto distinguido. Cree que es muy distinguido dejarse las canas. Muy distinguido, y también cree que ya me toca. Yo le dije que por lo general no se considera que con cuarenta años una tenga que estar hecha una abuela, y ella se quedó mirándome.

Everett le masajeó los músculos del cuello.

—Julie no da problemas.

—Nunca dije que los diera. Eso me alivia el dolor de cabeza.

—Métete en la cama —dijo él, sin soltarle los hombros.

Ella retiró la sábana con una mano, se quitó los tirantes de la enagua con la otra y las sandalias de rafia con los pies. Tirada encima de la sábana, miró cómo Everett volvía a cerrar las persianas y se quitaba la ropa. Siempre le había gustado lo delgado que se lo veía sin ropa. Era el único hombre que desde su punto de vista tenía cada hueso en su lugar.

—Dios santo —susurró ella mientras estiraba el brazo hacia él—. Everett, mi amor, qué cansados estamos.

Antes de que él terminara, Lily se largó a llorar, un llanto sin lágrimas hecho en parte de placer y de fatiga, y mucho rato después de terminar seguía aferrada a él, agitando los hombros al ritmo de las suaves convulsiones del llanto y enroscada en sus piernas. (Ahora solo podían yacer juntos por las tardes o en mitad de la noche, después de quedarse dormidos; llevaban desde sus primeros años de matrimonio sin poder apagar las luces y girarse el uno hacia el otro. Se los impedía una especie de orgullo, cierta reticencia o aversión. A lo largo de los años, los dos habían leído mucho). Laxa, Lily permaneció tirada escuchando el ventilador, los mosquitos y la llegada del coche de Knight frente a la casa; escuchó sin moverse el timbre persistente del teléfono y por fin los golpes en la puerta del dormitorio.

—Tu madre está durmiendo, Knight —le gritó China Mary desde la cocina—. Ahora no quiere contestar. Dile a quien sea que llame más tarde.

—Más tarde una mierda —murmuró Everett, medio dormido—. ¿Para qué contestan el teléfono? ¿Por qué no lo apagan para no oírlo?

—¿Por qué no te vas a dormir? —le dijo en voz baja Lily, besándole la mejilla. Cuando acababan de casarse, la aversión de Everett a contestar el teléfono le había parecido una gran galantería: *no vamos a decirle a nadie que tenemos teléfono, mi amor*. Había tardado casi dos años en darse cuenta de que no tenía nada que ver con ella, de que Everett tenía la misma actitud hacia el teléfono que hacia el correo, una actitud igual de recelosa que si estuviera investigando ruidos nocturnos tras la puerta del sótano—. Quédate aquí un momento —añadió ella— y te traigo una copa.

Aunque habría preferido pasarse otra hora sentada en la cama, hablando en voz baja con Everett y bebiendo bourbon (el teléfono sonó dos veces más), al final bajaron a cenar. Julie llegó tarde, ya servidos los alcauciles, con la cara ruborizada y los ojos brillantes, camisa de algodón por encima del traje de baño y el pelo rubio y mojado recogido con una descolorida cinta de gros color rosa (había venido con el T-Bird de la señora Templeton, *increíble* potencia de arranque, y encima *no* era automático: es un T-Bird con cambio *manual*, ¿entienden?), y en algún momento entre los alcauciles y la llegada de Julie, Lily había contestado por fin el teléfono y le había dicho a Ryder Channing que podía estar en casa más tarde, lo cual ya era bastante conveniente, pero que *contara con ella*. Everett no le preguntó quién había llamado (lo sabía, lo sabía siempre) y cuando ella vio que el calor y la tensión le inflaban la vena de la frente, supo que tenía que decir algo. Y lo que terminó diciendo, en tono elaboradamente superficial y en plena ráfaga de culpa confusa y amor, fue que al final quizá sí iría a casa de los Templeton. *Que contara con ella*. Que se despreocupara. La cara de Everett liberó parte de la tensión y pareció que todo iba a ir bien. Lily podía ir en su coche, irse de la fiesta temprano (Everett sabía que tenía dolor de cabeza) y juntarse con Ryder en el muelle sólo unos minutos; más tarde ya se le ocurriría la manera de arreglar la situación y dejar contento a todo el mundo. Por lo menos había salvado la cena. Aun así, empezó a desear inmediatamente no haber contestado el teléfono, empezó a desear que Everett y ella hubieran podido quedarse acostados mientras el sol se retiraba gradualmente de la habitación y los grillos arrancaban a cantar y llegaba el viento nocturno del río (lo habían hecho alguna vez durante su primer año de casados, quedarse acostados mientras anochecía, sin hablar, bebiendo un sorbo de vez en cuando de la botella de bourbon que Everett siempre tenía al lado de la cama); empezó a lamentar que no hubieran podido quedarse, invulnerables, en aquella cama de nogal desde las cinco de la tarde hasta la mañana siguiente.

Everett se quedó sentado en el muelle durante quince minutos antes de que bajara Lily. La oyó bastante rato antes de verla, porque ahora a la una en punto la luna ya se había ocultado. Aunque río abajo las luces de las casas titilaban en el agua, a lo largo de los dos kilómetros y medio de ribera de los McClellan solamente se veía el parpadeo regular de las boyas de navegación de la Guardia Costera; el muelle estaba a oscuras, la lámpara se había fundido sin que él supiera cuándo. *Recuérdaselo a Liggett*, pensó, repentinamente alarmado por la luz rota del muelle. (Primero la luz del muelle, después una valla quebrada, luego quizás la bomba se averiara y perdiera succión: pronto el sitio entero se vendría abajo, desaparecería ante sus ojos, volvería a ser lo que fuera que había sido cuando su tatarabuelo llegó al Valle). A través de la arboleda de robles y álamos, Everett vio una sola luz encendida en el segundo piso de la casa; las plantas inferiores las tapaba el dique.

Durante aquellos quince minutos, Everett sólo pensó en la luz del muelle (*Liggett tendría que vigilar estas cosas*) y en los lúpulos. Aunque todavía tenía el revólver de calibre 38 de su padre en una mano, no pensaba en eso, igual que tampoco pensó en la linterna de Ryder Channing, todavía encendida, ni en su luz tenue filtrándose a través de ocho centímetros de agua cenagosa, atrapada en el enredo de raíces visible allí donde la corriente había socavado las orillas. La semana siguiente recolectarían los lúpulos, separando las parras de los tendedores. Cada mes de agosto, justo antes de la cosecha, a Everett lo invadía el mismo miedo, una aprensión que era específica de la misma manera en que lo son las pesadillas: la convicción firme de que le iba a explotar el horno mientras secaban los lúpulos. La semana en que secaban los lúpulos Everett nunca conseguía dormir. A veces bajaba las escaleras y se pasaba la noche sentado en la cocina, porque desde la ventana de la cocina se podía ver el horno. No es que perder la cosecha lo fuera a arruinar, ni ese año ni ningún otro: de hecho, ese año tenía menos hectáreas de lúpulo que nunca antes desde la muerte de su padre, hacía quince años. El lúpulo ya no daba dinero: en la región del río todo el mundo lo estaba abandonando. «Es una combinación de factores», les había intentado explicar, repitiendo de memoria lo que le habían dicho los compradores, a su hermana Sarah y su tercer marido cuando habían pasado a visitar en junio de camino desde Filadelfia hacia Hawái («No vamos a Honolulu, Everett», lo había corregido Sarah. «Vamos a Maui. Oahu lleva años echado a perder»). «Tus acciones ya no dan el dinero que daban porque ya no sacamos lo que sacábamos antes. Para empezar, la gente ya no bebe tanta cerveza como antes. Y además, las cerveceras ahora fabrican lo que llaman una cerveza más ligera, que usa menos lúpulo».

A Sarah no le importaba perder los lúpulos. A Sarah nunca le había importado nada que tuviera que ver con la finca. Pero en toda la semana Everett apenas había visto nada más que aquella imagen familiar: su horno de secado ardiendo, las llamas recortándose contra el cielo nocturno y aun así (cosa imposible, como en una

pesadilla) sin iluminar la oscuridad. *Va a pasar seguro este año*, pensó ahora.

Cuando oyó a Lily se quedó completamente quieto, de pronto consciente del revólver 38 que tenía en la mano, la sangre en la manga del traje de dacrón que Lily le había comprado en el Brooks Brothers de San Francisco. Oyó los tacos altos en los escalones de madera sobre el lado del dique que daba al río (*Dios santo*, pensó con ternura abstracta, *tacos altos para coger en la playa*), la oyó apartar con la mano las ramas de los robles, la oyó llamarlo por su nombre.

Everett, lo llamó ella, mucho antes de que pudiera haberlo visto en el muelle. Lo llamó a él, no a Channing, contestando la pregunta que él no había llegado a formularse: ¿acaso oiría el disparo y acudiría a él, o acudiría como de costumbre a encontrarse con Channing? ¿Acudiría a él, consciente de lo sucedido, o acudiría a Channing, limpia e inconsciente tras la ducha que se había dado unos veinte minutos antes, con la intención de llevarse la barca medio kilómetro río abajo para acostarse allí con Channing en la franja de playa donde Knight y Julie hacían sus fiestas? (Everett había oído la ducha al entrar en la casa a agarrar el revólver. Plantado en el dormitorio después de sacar el revólver del cajón, había visto el vapor que salía por la puerta abierta del cuarto de baño y la había oído tararear una canción de cuya letra ella nunca se acordaba: *Prosperaremos, nos mantendremos / solo con besos*). Bueno, Lily había oído el disparo y había acudido a él: había dicho *Everett*.

Sin dejar de empuñar el revólver, se puso de pie. Lily se quedó en el claro junto al muelle, mirándolo primero a él y después el cuerpo de Channing, tumbado encima de un tronco podrido. En aquel momento, antes de que ninguno de los dos hablara, Everett pensó que Lily ya no era tan linda como antes. Nadie había dicho nunca que fuera hermosa, pero sí había tenido una fragilidad cautivadora, una ilusión causada no solo por sus huesos sino también por sus ojos. No era que sus ojos fueran de ningún color memorable (castaños, decía seguramente su permiso de conducir) ni que tuvieran ninguna forma fuera de lo común. Era solo que parecían más grandes que ninguna otra parte de ella y constituían su presencia misma, una presencia parecida a la de alguien en huelga de hambre, una especie de reivindicación emocional. Lo agotó mirarla, ahora: tenía los ojos demasiado grandes.

—Supongo que venía a encontrarse contigo —dijo Everett, apartando de un manotazo a un mosquito con la mano libre. Sin mirar el cuerpo de Channing.

Ella no dijo nada.

Incapaz de pensar, Everett deseó que pudieran volverse a la casa y a la cama; quería prepararle una copa, bourbon con hielo picado tal como a ella le gustaba, sentarse con ella en la tranquilidad oscura debajo de la tela mosquitera.

—No hacía falta —dijo Lily por fin, con una voz apenas audible—. No hacía falta.

Y se largó a llorar. Everett se quedó mirándola hasta que sus sollozos adoptaron esa naturaleza impotente y automática que significaba que estaba perdiendo el control, cruzando la frontera invisible que llevaba a un terror privado ya sin

nomenclatura. La muerte repentina o esperada, la imagen de un desconocido plantando bulbos de narciso, o el recuerdo de alguna tarde común y corriente olvidada (por ejemplo el día en que llevaron a los chicos a ver los caballitos de mar al Golden Gate Park y los caballitos no estaban) podían abrir la reserva de histeria de Lily. («Así debería vivir la gente», había dicho ella del plantador de narcisos; él le había sugerido que repartiera algunos narcisos alrededor de la casa). Ahora Everett se preguntó sin interés si Channing la habría visto llorar. Supuso que sí. Supuso que la habría visto llorar hasta el último hijo de puta del río.

Dejó el revólver en el muelle y caminó hasta ella. Se le había caído el pulóver de los hombros y él se agachó para recogerlo del suelo de tierra. Era un pulóver de cashmere rosa propiedad de Julie; tenía cosida al cuello una de las cintas con su nombre que Lily le había comprado al enviarla a estudiar al Dominican. *Julia Knight McClellan*. Ahora Julie era tan linda como lo había sido Lily. Aunque a Everett su cabello rubio fino y casi blanco siempre le había recordado a sus hermanas («Puede que se parezca a Sarah pero no tiene *nada* de Martha», había dicho Lily aquel verano, casi gritando. «No entiendo ni cómo *puedes* decir algo así»), en general Julie se parecía cada día más a Lily: se movía igual que Lily y hasta tenía aquella sonrisa tímida y dubitativa que a estas alturas en Lily ya era casi una mueca. (Hacía apenas una hora, en la fiesta de los Templeton, ¿él mismo no había visto desde el otro lado de la sala cómo Julie se apartaba un mechón de pelo de la cara con el mismo gesto rápido y vacilante con que lo hacía Lily? Lily, había pensado, con la cara repentinamente fría de alivio y de vergüenza, en el instante que había pasado entre ver el gesto y darse cuenta de que aquella no era Lily sino Julie. Entonces supo que hasta ese momento se había negado a preguntarse dónde estaba Lily. Sólo entonces se dio cuenta de que llevaba media hora sin moverse de la sala, que se había quedado allí de forma deliberada a fin de poder creer que Lily estaba en la terraza, o abajo, en la habitación del piano. *Prosperaremos, nos mantendremos / solo con besos*. Julie llevaba un vestido blanco de espalda baja, y él se quedó mirándole la espalda quemada como si fuera la primera vez que la veía. Lo que no había visto nunca era que tenía una espalda idéntica a la de Lily. Se le veían todos los huesitos. Tanto Lily como Julie se paraban con la espalda muy recta y echaban los hombros estrechos hacia atrás como si quisieran esconder los huesos. Él llevaba un momento mirando fijamente la espalda de Julie como si estuviera en trance, preguntándose con intensa irritación por qué no se había puesto un vestido que le cubriera los huesos, cuando notó que alguien le ponía la mano en el hombro. Estaba tan irritado que se apartó de golpe; era Francie Templeton. «Necesitas una copa, Everett», le dijo ella con una risa; él sonrió y le rodeó los hombros desnudos con el brazo. «Claro, Francie», había dicho él. «Ya lo creo»). *Para entonces ella ya se había ido*, pensó él ahora, intentando por primera vez establecer una cronología.

Se estaba levantando viento del río, rompía al mismo tiempo la calma y el calor inmóvil, agitaba las hojas secas y salpicaba de agua el muelle, mecía el pequeño yate

amarrado, soltaba la linterna de Channing de las raíces donde estaba enredada y la liberaba en la corriente de agua. *Encanecen los sauces, tiemblan los álamos*. Era el único verso que Everett se sabía: se lo había aprendido hacía unos treinta años y ya no se acordaba ni quién lo había escrito ni qué venía después, pero a menudo, cuando soplaba el viento del río, se sorprendía repitiéndolo para sí. Una vez en Colorado había visto álamos que temblaban, miles de álamos, y los había querido para la finca.

Sacudió con la mano las hojas y el polvo del pulóver de Julie y volvió a echárselo a Lily por encima de los hombros. *Si se levanta viento mientras arde el horno*, pensó remotamente, *podría quemarse la casa*. Le acarició el pelo a Lily, imaginando que las llamas atravesaban con un fogonazo el rompevientos de eucaliptos, prendían en las inmensas y polvorientas enredaderas que crecían en las paredes que daban al norte, las inflamaban y se propagaban irrevocablemente por toda la estructura de madera de la casa. No se podía quitar de la cabeza la idea de que Lily quedaría atrapada en el fuego, y cerró los ojos en vano para deshacerse de la fea imagen de los frágiles huesos de ella perfilados contra las ruinas incandescentes.

—Ya lo sabías —dijo ella por fin, sus sollozos secos se mezclaban ahora con la tos—. Ya sabías que no hacía falta.

Everett se dio cuenta de que aquello era una súplica y no la pudo contestar. Le habría gustado poder consolarla (*no hacía falta, Lily, no hacía falta; tú no has estado involucrada, no tienes nada que ver*), porque de hecho no había estado involucrada. Ahora que ya estaba hecho, ahora que Channing yacía muerto entre ellos y el río, a Everett le dio la sensación de que ninguno de ellos, y Lily menos que nadie, había estado involucrado; de que los tres, Lily, Channing y él, habían sido simples espectadores de algo que le había pasado hacía mucho tiempo a otra gente.

—Le pegaste un tiro —susurró Lily.

Everett dijo que sí con la cabeza, repentinamente agotado. *Quizás ella no se había dado cuenta*, pensó él, paralizado ante la nueva posibilidad de que, a fin de cuentas, tuviera que explicárselo. (Everett había creído que al menos esa parte estaba hecha, que por fin ella entendía que por una vez en la vida tenía una buena razón para llorar). *Quizás lo acaba de entender ahora*. Luego vio que Lily estaba mirando más allá de él, al muelle donde ahora estaba tirado su revólver, y comprendió que no hacía otra cosa que enmarcar una pregunta: *qué va a hacer ahora*.

A Everett no se le había ocurrido que pudiera haber alternativas, soluciones o pasos siguientes. Aunque ahora no podía concentrarse ni en cómo había sucedido ni en qué iba a suceder a continuación, daba la impresión de que desde el principio él había sabido, con la misma certidumbre con que sabía que se iba a incendiar el horno, no solo que esto iba a pasar, sino que aniquilaría todo lo que él conocía. Pero Lily quería decir otra cosa: *le pegaste un tiro*, quería decir. *Ahora qué*.

Se le ocurrió que a Lily siempre se le había dado bien resolver situaciones, siempre había tenido talento para las emergencias. Lo que no se le daba bien era el día a día. Se negaba a comprarse ni un solo vestido sin la aprobación de él, pero había

salido al hospital sin despertarlo la Nochebuena del año anterior, cuando los llamaron por teléfono para decirles que Julie había sufrido un accidente después de un baile. La noche en que su hermana Martha se ahogó, Lily había tardado diez minutos en llevar un equipo de reanimación al muelle. Y una vez, años y años antes, le había salvado literalmente la vida a Knight: había estado jugando con él en el césped y Knight se había alejado gateando y se había cortado todo el pie con una botella rota de Coca-Cola. Everett se había pasado varios minutos allí con Knight en brazos, contemplando con impotencia cómo manaba la sangre de color rojo vivo sobre el césped. Entonces, igual que ahora, había sido incapaz de pensar. (Aquella otra vez había sido Lily quien los había visto desde la casa, había llegado corriendo con un trapo de cocina y había sabido cortar la hemorragia y por fin había metido a Everett y al bebé en la camioneta y había conducido los cuarenta kilómetros que los separaban de la sala de emergencia en Sacramento, sin levantar el pie del acelerador durante todo el trayecto por esa ruta del río llena de curvas. Knight estuvo a punto de morir, y se podría haber muerto de todas maneras en la sala de espera del hospital si Lily no hubiera abofeteado a la empleada y le hubiera gritado: *me importan un carajo las reglas y usted va a ayudar a mi bebé sin importar que sea residente de la ciudad de Sacramento o que no lo sea, y ya puede ponerse manos a la obra o mi padre los va a demandar a todos por homicidio*. En el camino de vuelta a casa, con Knight en el regazo, se había largado a llorar por primera vez; tal como dijo, se había olvidado de que su padre estaba muerto).

Lily le puso las manos en el brazo.

—¿Ryder iba armado? —le susurró.

—No te oigo —dijo Everett con hosquedad. ¿Por qué susurraba Lily si sabía perfectamente que solo había una persona aparte de ellos en varios kilómetros a la redonda (Julie y Knight estaban todavía en casa de los Templeton y Liggett y los mexicanos habían ido a la ciudad; era sábado a la noche), y que esa persona, la única que podía escucharlos, la persona de la que estaban hablando, estaba muerta?

Lily había dado un paso atrás y lo miraba fijamente.

—Quiero decir que no hace falta que hables tan bajo —dijo él, quitándose un mosquito de la cara.

—Te pregunté si iba armado.

—¿A ti qué te parece? ¿Tú crees que iba armado? No estaba aquí buscando faisanes, ¿no?

—Te amenazó.

Everett contempló el río.

—No —dijo—. No iba armado y en rigor no me amenazó.

—Pero podría haberlo hecho, ¿entiendes? —Lily habló despacio y con claridad, como solía hablarles a los niños cuando eran pequeños—. Te podría haber amenazado.

Corre a salvar su pellejo, pensó Everett. No dijo nada.

—Había bebido y es posible que haya venido aquí para intentar... —Se interrumpió y apartó la vista—. Para intentar hacerme daño.

—Claro —dijo Everett—. Muy bien pensado. ¿Tú crees que el abogado judío más brillante de California podría encontrar a doce amigos y vecinos de entre aquí y Stockton capaces de creerse que tú no se lo habías pedido?

—Podemos inventarnos las razones.

—Escucha —dijo él—. Escúchame tú a mí, por una vez, y piensa en lo que te digo. No es tan fácil. No hay razones. No quiero eso.

—Es un poco tarde para elegir.

—No lo entiendes. Yo no lo quiero.

—¿Qué quieres entonces? —dijo ella sin ninguna inflexión en la voz.

Él contempló el río. *Qué quieres entonces*. Había querido irse de allí con ella, para empezar. La idea de *irse* llevaba meses entretejiéndose con la trama de su vida diaria. Al principio (digamos, en abril) no se lo había planteado en forma de viaje, de posibilidad, de algo que pudieran organizarle fácilmente la agencia de viajes, los sobrecargos navales o los empleados de líneas aéreas; ni siquiera en julio había adquirido su deseo los colores brillantemente alcanzables de los pósteres y de la revista *Holiday*, ni tampoco los tonos pastel más sutiles y exóticos de los mapas de Rand McNally. El deseo le venía de forma discontinua y durante ratos breves: mientras discutía precios con el tratante de lúpulos, o mientras esperaba a que alguien le contestara el teléfono. Antes incluso de que la idea cobrara forma verdaderamente, él ya había empezado a darla por sentada: *cuando nos hayamos ido*, pensaba, sin ser consciente de que lo había pensado.

Pero el mayor deseo no había sido el viaje. Más que eso, lo que había querido ese verano era hacer algo con los chicos; no lo había hecho. Al cabo de pocas semanas Julie volvería al Dominican, y lo único que él podría recordar del verano sería el calor. Eso era lo único que veía ahora: el calor, y a Lily acostada en el piso de arriba con las persianas cerradas para estar más fresca, y a Julie llegando alterada por el calor, y cómo el calor había molestado a Sarah cuando había venido de visita en junio, y el hecho de que el sitio más fresco era la tierra entre los lúpulos. Durante todo el verano la casa había resultado demasiado pequeña. Dos pisos, diecisiete habitaciones grandes y oscuras, el espacio suficiente para tres generaciones anteriores a las de su familia: y sin embargo ese verano la casa no había parecido lo bastante grande para ellos cuatro. Había sido culpa del calor. («Yo no recordaba un calor así», se había disculpado Sarah en tono jadeante ante su marido. «Cuando has vivido en un sitio verde, te olvidas de cómo es la cosa aquí. ¿Te das cuenta de que lleva sin llover desde abril y de que no volverá a llover hasta septiembre? ¿Te das cuenta?». Igual de trastornado que cuando Sarah se había marchado de casa, Everett le había dicho que si quería verde solo tenía que asomarse a los campos de lúpulo. Con el sistema nuevo debían de estar gastándose unos diez mil dólares aquel verano para mantener los lúpulos verdes. «Es justamente lo que estoy diciendo», le había contestado Sarah).

Había sido culpa del calor, y de Sarah, y de la forma en que había empezado el verano. Everett había querido encontrar una forma de hablar con Julie, de decirle que él se ocuparía de ella, que no había que tener miedo de nada. No había encontrado ni siquiera la forma de decirle que conducía demasiado rápido. Una vez la había visto llegar a 130 con el Lincoln por la ruta del río. Y Knight se iba a ir al Este solo. No es que a Everett le importara. Aunque Princeton no hubiera sido idea suya, le parecía buena idea. Hasta se le ocurrió que a él mismo también le habría gustado pasar un año en algún sitio que no fuera Stanford. Pero sabía que Knight no consideraba el viaje al Este un interludio, sino un principio. Daba igual lo que Knight dijera, no se estaba planteando volver a la finca. *Qué quieres entonces.* Fuese lo que fuese lo que él había querido, no era lo que quería ninguno de los demás. Antes de morir, el abuelo de Everett le había dicho al padre de Everett que la del río y las otras fincas, casi tres mil hectáreas, se tenían que dividir en partes iguales entre sus tres nietos: Sarah, Everett y Martha. Aunque habían vendido una pequeña parte por aquí y comprado otra pequeña parte por allá, todavía tenían la finca del río y casi tres mil hectáreas, todas controladas por la corporación, la McClellan Company. (Había incluso un sello corporativo, aunque Julie había roto la goma hacía años, al intentar estamparla en una valija de cuero). Desde la muerte de Martha, Everett y Sarah habían sido cada uno dueño de una mitad de la McClellan Company, y Everett lo administraba todo. Knight heredaría todavía más tierras. Todos los antiguos huertos de frutales de los Knight le llegarían a través de Lily, y lo más seguro es que tendría todo puesto en venta antes de que se secara la tinta de los documentos. (Knight había sido el primero en señalarle a Sarah que los terrenos situados inmediatamente río arriba fuera de los límites de la finca eran una parcela llamada Rancho del Río N° 1, y que los terrenos situados inmediatamente río abajo, puestos en funcionamiento un año más tarde, eran una parcela llamada Rancho del Río N° 3. «Están simplemente esperando», había dicho Knight entre risas, «a que les caiga en las manos el Rancho del Río N° 2»).

Qué quieres entonces. Everett se lo había preguntado a Martha (*Qué quieres, linda,* le había dicho, *qué querías*) la noche en que ella se ahogó junto al mismo muelle donde ahora estaba tirado el revólver. Everett había querido preguntárselo a Sarah cada vez que ella volvía a casa (aunque no la llamaba ya su casa). Había querido preguntárselo a Knight y también a Julie. Volvió a mirar a Lily. Tenía la misma expresión ausente y aterrada que le quedaba algunas noches cuando él la despertaba de una pesadilla. La oscuridad siempre le había dado miedo. *Dios santo, ¿qué había querido Lily?*

—Quiero subir a la casa —dijo él.

Podemos inventarnos las razones. A Everett le empezó a funcionar la cabeza por primera vez desde que se había marchado de la casa de los Templeton (debía de haber sido alrededor de la medianoche, porque alguien había gritado «en domingo no se baila», y entonces Francie Templeton se había ido a buscarle una copa que no le hacía falta, Joe Templeton le había preguntado dónde estaba Lily y él había salido de la casa y había cruzado el jardín y la entrada de grava hasta llegar al coche; había visto a Knight besar en el banco de piedra junto a la pileta a la sobrina de Francie que vivía en Santa Bárbara, había distinguido la risa de Francie entre las voces y la música procedentes de la casa y había visto entonces que no estaba el coche de Lily); ahora empezó a sopesar las posibilidades mientras esperaba en el dique a que pasaran los faros de los coches para cruzar con Lily el camino que llevaba a la casa. (Oh, Dios, recordar la sensación de ir en el coche por la ruta del río en las madrugadas calurosas de verano con Lily dormida, apoyando la cabeza en su hombro, de oír los mosquitos por encima del ruido del motor y de saber que los esperaba la habitación blanca y fresca, la cama de nogal con sus telas mosquiteras, la habitación que él compartía con Lily y que antes había sido de su abuelo. Perdidos en los campos en la noche, su cuerpo y el de Lily y la casa que los esperaba: los tres una sola cosa, una trinidad indivisible. Pero quizás nunca había sido así, salvo de madrugada, salvo cuando Lily dormía. Everett conocía esa ruta tan bien que podía manejarla con los ojos cerrados, podría haber enfilado todas sus curvas dormido, sabía exactamente en qué punto llegaba el bache donde cambiaba el pavimento en la frontera del condado. Recordar cómo era. Dormida, Lily podía ser lo que él quisiera).

—No tengas miedo —dijo Lily con voz áspera. Le puso la mano en el brazo como si fuera a tirar de él.

Everett se dio cuenta entonces de que los faros ya habían pasado hacía rato y él seguía plantado en la grava con la cabeza caída hacia delante. Mientras esperaban a que pasara el coche se había acordado de lo sucedido entre el momento en que Joe Templeton le había preguntado dónde estaba Lily y el momento en que él había salido de la casa. Había intentado pegarle a Joe un puñetazo, rozándole el mentón y provocando que Francie, con la copa de Everett en la mano, se interpusiera entre ellos, por una vez casi sobria. *¿Qué ha pasado?*, no paraba de decir. Everett no sabía lo que había pasado, aunque tenía algo que ver con Joe. *Tú sí que has triunfado, ¿verdad, Templeton?*, le había dicho en tono despectivo. *Piletas. Thunderbirds nuevos. Para ser un pobre granjero, realmente tienes el mundo a tus pies.* Mientras él salía de la casa, Francie hablaba entre risas. *No veo que tú conduzcas ningún Ford T, Everett McClellan. No veo a tus hijos nadando en el río. Cuando vienen de visita de Princeton.*

Everett puso la espalda recta y apartó el brazo de la mano de Lily.

—¿Cuándo vuelve Julie? —dijo.

—No lo sé. —Lily dejó caer la mano—. No sé cuándo vienen ni ella ni Knight. La vi otra vez con uno de los gemelos.

Él miró hacia la casa.

—Está encendida la luz de planta baja.

—La dejé encendida yo.

—No quiero ver a Julie.

—Escucha —dijo ella—. Podemos arreglar esto.

—A Julie no —dijo él.

Ella le puso los dedos en la mejilla y él los tomó con la mano. Lily tenía la piel suave y en la oscuridad volvía a parecer una chica de veinte años, vulnerable. Y bien, sí que era vulnerable. *Apiádate de su simpleza y acógela en tu seno*. Podían llegar a arreglarlo. Everett podía volver ahora al río, levantar el cuerpo de Channing de aquel tronco podrido, cargarlo y tirarlo al río. Se pasaría allí tres o quizá cuatro meses, hasta que subiera un poco el caudal y el agua empezara a moverse lo bastante rápido como para mover el cuerpo corriente abajo. Y entonces quizás lo encontrarán: quizás se quedara atrapado en un pilón o se viera arrastrado a un cenagal y emergiera a la superficie. ¿Y cuánto podrían descubrir cuando analizaran aquella masa de carne desfigurada y medio desintegrada? Intentó recordar alguna novela de detectives, pero solo le vinieron a la cabeza aquellas en las que se va un momento la luz de la sala y cuando vuelve todos ven a la víctima desplomada encima de la mesa de bridge. Y en cualquier caso, él no tenía que tratar ni con el C.I.D. británico ni con la Sureté, sino con la veteranía incalculable de la oficina del forense del condado, un valor desconocido. Lo que tenían entre manos era menos un asunto de novelas de detectives que una crónica periodística de asesinato, un género que él había leído a lo largo de su vida con el desinterés propio del escepticismo. Nunca le había parecido verosímil. *Padre mata al pretendiente de su hija en discusión sobre las llaves del coche. Esposa mata a pareja y hiere a hijo con disparo «accidental»*. *Desconocido asesina a camarera de autorrestaurante*. De todos esos años de lecturas él sólo podía sacar en claro la impresión de que cuando se trataba de identificar cadáveres, a menudo los dentistas eran testimonios cruciales; así como la idea, todavía más vaga, de que por muy avanzado que estuviera el proceso de descomposición, la autopsia mostraría si la causa de la muerte había sido el ahogamiento. Los pulmones contenían agua o no, no se acordaba de cuál de las dos cosas. Y aunque el cuerpo no apareciera en meses, en ese caso habría una investigación, se interrogaría a todos los conocidos de Channing y en particular a él; en particular a Lily y a él. Todo el mundo sabía, todo el mundo debía saber lo de Lily y Channing, lo de Martha y Channing. Quince años.

En cualquier caso, era posible que se descubriera todo al día siguiente, o a la semana. Al menos Nancy Channing notaría su ausencia: lo había demandado por falta de pago de la pensión alimenticia y estaba haciendo que los abogados de su padre le fueran detrás todo el tiempo. Por lo que Everett tenía entendido, había una audiencia

programada para el lunes. Si se informaba de la desaparición de Channing, se les podía ocurrir —y ciertamente se les ocurriría, en un verano en que se habían producido tres o cuatro ahogamientos al mes— dragar el río; y entonces sacarían el cuerpo lastrado, eliminando toda posibilidad de accidente y de que los detalles por lo general caóticos de la vida de Ryder Channing lo hubieran llevado a ahogarse. En conjunto eran demasiadas variables.

—¿Dónde está su coche? —preguntó él de pronto, y mientras lo decía se empezaron a amontonar las variables, los factores que no sería capaz de calcular, los demás elementos que se le habían pasado por alto. El hecho de que el coche de Channing todavía estuviera en la finca; la posibilidad de que China Mary —si se había quedado en su casita de atrás de la casa en vez de visitar a su hermana como todos los sábados por la noche— hubiera oído el disparo y supiera lo sucedido; o las citas que Channing pudiera tener para el lunes. Cierto era que los suicidas también hacían citas, y que Channing, en cualquier caso, en los últimos años había adquirido el hábito de no presentarse a menudo a sus citas, pero aun así.

—En la ruta de atrás que lleva al muelle —dijo Lily, tranquila, y el resentimiento de un momento atrás centelleó brevemente, eclipsándolo todo. (Estacionado al lado mismo de la ruta, escondido entre los árboles y en la oscuridad del antiguo camino del muelle, el Mercedes negro todavía sin pagar. «Fui un rato al muelle, mi amor», le habría dicho ella con la misma voz tranquila si no hubiera sucedido nada, si él simplemente hubiera vuelto a casa de la fiesta y se hubiera encontrado la casa vacía, si se hubiera limitado a esperar en el piso de arriba como había esperado otras noches, aguardando oír sus tacos altos en la galería de madera, aguardando oír la puerta mosquitera y la voz de ella tarareando. *Prosperaremos, nos mantendremos / solo con besos*. «Estaba mirando el agua. ¿No te dijo Francie que me había ido a casa? ¿No te dijo que me dolía la cabeza?»).

Everett podía deshacerse del Mercedes, sí, pero sería como reforzar con sacos de arena un dique ya roto. Algo más terminaría apareciendo. Estaba también, sin embargo, la estrategia de Lily, la estrategia casi recta, la que a pesar de todo daría que hablar pero sería, a fin de cuentas, la vía fácil: llamar ahora a la oficina del sheriff —podía llamar a Ed McGrath a su casa, lo había llamado a su casa la noche en que se había ahogado Martha— y decirle que le había disparado a Ryder Channing en defensa propia. O para proteger su propiedad. O como lo quisieran llamar. Había llegado a casa, había oído a Lily chillar en el muelle, había agarrado el revólver y había salido a investigar. Al encontrarse a Lily forcejeando con Channing, los había intentado separar; Channing había ido por él y Everett le había disparado. *Propietario rural dispara a su amigo en pelea por su esposa. No tenía intención de matar*.

Solo resultaba verosímil si se aceptaba la versión de que Lily se había resistido. Si le tocaba algún fiscal del distrito peleador —¿quién sería? Everett ya no tenía idea—, era posible que se agarrara de eso, podía dejar claro cuántas veces Lily había bailado al son de esa canción. Aunque seguramente no podrían demostrar nada sobre Lily y

Channing (Nancy Channing, pensó, no se molestaría en recopilar las pruebas que tuviera; hacía mucho tiempo que se había divorciado y se había limitado a alegar violencia psicológica, aunque por supuesto era posible que dispusiera de las pruebas; más variables, nuevamente incalculables), sí que podían insinuar bastantes cosas, y quizás demostrar otras, tal vez incluso implicar a Martha una vez que hubieran hablado con Nancy Channing (él no sabía cuánto había sabido Nancy Channing de Martha, si es que había sabido algo), darle la puñalada a Lily, hacer que al jurado le costara creer que ella hubiera tratado de poner límites, que se hubiera puesto a gritar después de tantas veces.

Pero era posible: seguramente Lily podía hacerlo funcionar. La prensa lo ventilaría todo (si le dabas dos copas a Francie Templeton, lo más seguro era que testificara ella también), pero Lily podía hacer que funcionara. Ahora estaría dispuesta a decir lo que fuera, no especialmente para salvar a Everett, sino para salvarlos a todos, a él, a Knight, a Julie y a sí misma. Sería un juicio tremendo, eso sí, un juicio tremendo para Julie. Bueno, él también quería salvarlos. (Julie nunca le había parecido tan valiosa como esta noche: estaba dispuesto a perder el mundo entero a cambio de mantenerla a ella intacta, su cuerpo menudo, su piel quemada por el sol, su vestido blanco, aquel pelo suyo tan parecido al de Martha y su deseo de un Thunderbird con cambio manual. Y todo su compromiso hacia Lily se había convertido en una promesa inquebrantable de protegerla de las fragilidades mortales que, dado que eran de ella, eran también de él). Everett quería salvar a los suyos y lo iba a hacer. Simplemente no estaba seguro de cómo. No podía encontrar ninguna razón clara ni tampoco un punto de partida. La culpa era de las cartas que le llegaban de Sarah y del hecho de que Martha estuviera enterrada junto al dique y de la forma en que había hablado Knight en junio; era el miedo que siempre había tenido a que se incendiara el horno, aunque ahora ya no importaba. Era como si el horno ya se hubiera quemado. Todo parecía haberse ido de control en algún momento remoto; él ya había estado cargando el arma para pegarle un tiro a la furia sin nombre que lo perseguía desde hacía diez, veinte, muchos años. Lo único que había sucedido ahora era que el espectro había adoptado un nombre, y ese nombre era Ryder Channing.

1938-1959

Un poco tarde para elegir, le había dicho ella a Everett, como si no lo hubiera sido siempre. ¿Acaso había en la vida de alguien un punto libre del tiempo, despojado de memoria, un punto en el que la elección fuera otra cosa que la suma de todas las elecciones ya pasadas? *Un poco tarde para elegir*: su padre lo había sabido, por mucho que lo negara. Y sí que lo había negado. *Di lo que quieres y luego ve por ello*, le había dicho a Lily la mañana en que cumplía dieciséis años: uno de sus escasos intentos de avanzar los dos a tientas por una conversación, ensordecidos como siempre por el bramido de la sangre que circulaba entre ambos. (Ni Walter Knight ni su hija única olvidaban nunca aquella sangre: con torpeza intercambiaban lugares comunes deliberados, expresiones quizá lo bastante secas y duras como para transmitir la carga de algo para lo que no existía expresión. Cuídate. ¿Necesitas dinero? Escribe). *Di lo que quieres y luego ve por ello, y si decides ser la más bonita y la más inteligente y la más feliz, tú puedes*.

—Tú acuérdate de que en este mundo todo el mundo recibe lo que pide —había repetido Walter Knight, haciendo dos pilas con las dieciséis monedas de plata que le había dejado en la cama.

—A lo mejor no es tan buena recompensa —dijo ella—. Recibir lo que pides.

Ella era consciente de que el cumplimiento de su deseo más inadmisibles, que le ofrecieran interpretar a Scarlett O'Hara en la versión cinematográfica de *Lo que el viento se llevó*, no solamente quedaba fuera del espectro de lo probable, sino que a largo plazo tampoco le convenía demasiado. No le serviría, *per se*, para forjar el carácter. Por otro lado, su padre no hablaba de carácter, lo cual era una de las cosas que lo diferenciaban de los padres ajenos. Otra diferencia era que era lo bastante buenmozo —a pesar de lo que en la familia de su madre se denominaba «mentón de flojito»— como para interpretar a Rhett Butler.

—Yo no dije que fuera una recompensa. —Walter Knight sacó del bolsillo una navaja para fruta y se puso a cortar la manzana que le había traído a Lily para el desayuno—. No lo dije en absoluto. Sólo dije que no es culpa de nadie más que de ti. O de mí. O del que sea.

Hizo una pausa, dejó caer el corazón de la manzana en una papelera.

—Cómete esta manzana y salgamos a comer unos waffles. Estás demasiado flaca. Yo digo que si juegas el juego, tú escribes las reglas. Y que si mucha gente no hubiera dicho hace mucho tiempo lo que quería y luego hubiera ido a buscarlo, tú no habrías nacido en California. Habrías nacido en Misuri quizás. O en Kentucky. O en Virginia.

—O en el extranjero —sugirió Lily.

Walter Knight hizo una pausa. Nacer en el extranjero no era del todo concebible, ni siquiera dentro del espectro de su retórica personal.

—O en el extranjero —admitió finalmente, viendo que era lo mismo que él venía a decir—. Lo que quiero decir es que vienes de una gente que ha querido cosas y las

ha conseguido. No lo olvides.

—Quizás no sé lo que quiero. A veces eso me preocupa.

—De preocuparme ya me encargo yo —dijo Walter Knight—. Ya lo sabes.

Con una fe que preocupaba a Walter Knight por mucho que él mismo la promoviera, a los dieciséis años Lily creía, tanto como creía que la misión de los Estados Unidos era hacer manifiestos ante el mundo los deseos de un Dios episcopal, que su padre llegaría un día a ser gobernador de California. Era una simple cuestión de tiempo que acabara legítimamente instalado en aquella blanca mansión victoriana de Sacramento que él todavía llamaba, en un exceso de incuria (dado que llevaba siendo la Mansión del Gobernador desde 1903), «la vieja casa de los Gallatin». Todo el tiempo que Walter Knight pasaba en la ciudad se podía explicar en relación con esta meta, y durante el año en que Lily tenía dieciséis se pasó mucho tiempo allí: más tiempo del que volvería a pasar nunca, porque 1938 iba a ser, aunque por entonces todavía no lo supieran, su último año en el Senado.

Gómez llevaba la finca, y hasta regateaba con los compradores de fruta, y entretanto Walter Knight se sentaba en la penumbra familiar del bar del Hotel Senator y hacía visitas a la casa de madera blanca de la calle 38 donde vivía la señorita Rita Blanchard. (La señorita Rita Blanchard era, como él decía a menudo, su mejor amiga en la ciudad, una amiga buena y leal, una amiga cuyo nombre no podía mencionar en presencia de Walter Knight en el bar del Hotel Senator nadie más que el propio Walter Knight). Gómez era el hombre más apenado del mundo; daba la impresión de que su única intención era refutar la idea de que los vecinos del sur de la frontera eran «muy simpáticos». Ilustraba con tenacidad el argumento de Walter Knight de que solo se podía esperar honradez de los nativos del norte de California.

—Le pago a ese hijo de puta más de lo que cobra ningún otro mexicano del Valle —decía periódicamente Walter Knight—. Y sin embargo me estafa, le parece necesario robarme todo lo que tengo. A ver si alguien lo puede entender. A ver si alguien me lo puede explicar.

El desafío, aunque retórico, estaba calculado para transmitir a todos los presentes una agradable sensación de *noblesse oblige*. Tal como Walter Knight era el primero en admitir, no había contratado a un capataz mexicano con la esperanza de que se rigiera por el código de honor de Stanford. Una vez Edith Knight había levantado el guante, aunque el argumento que había ofrecido tenía poco que ver con Gómez:

—Quizás no sucedería —dijo una noche a la hora de la cena, con las palmas apoyadas en el grueso mantel de lino blanco y mirando fijamente algún punto situado lejos de su marido y de su hija—, es posible que no sucediera si pasaras en la finca, digamos, un tercio del tiempo que pasas en la calle 38.

Walter Knight le exigió a Lily que observara la delicadeza de los espárragos, cultivados —a pesar de que en el sur del Estado había sido un año terrible para los plantadores de espárragos— a menos de cinco kilómetros de ahí, en la finca de

Pierson.

—Walter —le susurró por fin Edith Knight, ruborizada y rígida, como si el pesar que experimentaba fuera fiebre.

Sin mirarla, Walter Knight extendió el brazo por encima de la mesa y le tocó la mano.

—El sarcasmo —dijo— nunca ha sido tu fuerza.

Edith Knight puso la espalda muy recta y levantó su copa de agua.

—Se dice *fuerte*, Walter —dijo al cabo de un momento, plenamente recuperada—. O punto fuerte.

Aquellos lapsos eran raros en Edith Knight: el cambio para mejor era uno de los preceptos principales de su fe. Ese fue el año, el de los dieciséis de Lily, en que se puso a dar fiestas. Durante la Navidad, y hasta bien entrada la primavera, se dedicó a organizar fiestas como las que hacía años que nadie organizaba en el río, convencida de que la siguiente fiesta le revelaría aquel país situado a la vuelta de la esquina donde la vida era bella. *Se me ha ocurrido poner camelias flotando en los cuencos de plata*, le escribía a Lily en el Dominican. *¿O crees que es mejor todo violetas, montones y montones de violetas? PD: Tráete a alguien a casa si quieres pero no vengas un fin de semana en que haya Baile de la Asamblea, te perderás la posibilidad de conocer a muchísima gente agradable, si sigues sin ir a esos bailes.* Como Lily estaba dispuesta a hacer todo lo humanamente posible para evitar los Bailes de la Asamblea (la visión de aquellos inexorables sobres cuadrados en su buzón de la escuela la ponía lívida, la helaba con la visión de sí misma atrapada en una silla dorada del Hotel Saint Francis, con su vestido de organdí marchitándose y las manos húmedas dentro de unos guantes de cabritilla), siempre asistía a las fiestas de su madre.

Llegaba en el tren del sábado por la mañana y Gómez iba a recogerla a Sacramento («¿Cómo está usted, señor Gómez?», le dijo ella en español una mañana al bajarse del tren. «No la entiendo», dijo él, agarrando los dos bultos y dándole a ella el que más pesaba). Aunque a veces Gómez aceptaba parar en un local del West End donde ella podía comer tacos con los dedos, en aquellas ocasiones él nunca hablaba a menos que Crystal estuviera presente. Crystal era la concubina de Gómez en virtud del hecho de que se soportaban el uno al otro, y si Gómez la llevaba a la ciudad los sábados a la mañana era solo para obligarla a afrontar los escenarios de sus deslealtades del viernes a la noche. En un momento de intimidad mal entendida, Crystal le contó una vez a Lily que ella se había trabajado todo el maldito Valle de temporera antes de que Gómez se le pegara en Fresno. «Y no hablo de la cosecha, cariño, tú ya me entiendes», añadió, mostrando a modo de prueba sus manos blancas, con las uñas limadas en punta y pintadas con esmalte verde jade. Haciendo como si Lily no estuviera, Gómez ventilaba su furia monocorde en español, que a su vez Crystal fingía no entender. «Eres un hijo de puta chiflado», le decía ella de vez en cuando a modo de respuesta con su acento sureño, dándole codazos de hilaridad a

Lily y examinándose las raíces oscuras del pelo a lo Jean Harlow con un espejito de bolsillo. (Aunque Crystal ya llevaba viviendo tres meses con Gómez antes de que Walter Knight reparara en su presencia en la finca, en el momento mismo de verla ella se había convertido en una de sus figuras favoritas, a la que se refería alternativamente como «la bella Isolda» o «ese bombón»).

Sobre las siete en punto, cuando la casa se había inundado del suave olor dulzón de la cera y de la sustancia casi palpable de la expectativa de Edith Knight, Lily, ataviada con el vestido de crêpe de China azul claro que su madre creía que contrastaba mejor con su pelo, se llevaba una copa de champán al segundo piso y se sentaba junto a una ventana con vista al frente de la casa para ver cómo giraban los coches al salir del puente y tomaban el camino que llevaba hacia la finca. Todo el mundo asistía a aquellas fiestas: gente del río, gente de la ciudad, y, en temporada legislativa, gente de Red Bluff, Stockton, Placerville, Sonora, Salinas, de todas partes. Hasta venía gente del sur del Estado, demostrando a los escépticos que a Walter Knight le interesaba más California que los derechos sobre el agua, que los pequeños desacuerdos y que una ley que él mismo había introducido hacía tiempo y que proponía el establecimiento de dos Estados distintos, cuya frontera estaría en algún punto de la sierra de Tehachapi.

—Voy a decirle al mundo —le dijo una vez a Lily un lobbista del Sur— que Los Ángeles es el huerto de Dios. —Y su mujer lo repitió como un eco: «el huerto de Dios». Ninguno de los dos era realmente de California; él había conocido a la señorita en cuestión en un concurso de bandas musicales, una competencia entre escuelas secundarias de todo el Estado celebrada en el estadio de fútbol americano de la universidad estatal de Iowa. Su banda había ganado el primer premio y la de ella el tercero, y a las tres bandas ganadoras las habían premiado con un viaje con todos los gastos pagados a la Palmer House de Chicago, donde él y la señorita habían decidido, en palabras de él, legalizar su situación—. Me vine a Los Ángeles con una novia tomada del brazo y diez centavos en el bolsillo —añadió—. Pero querida, míranos ahora. El huerto de Dios.

—En mi huerto tengo a unos cuantos compatriotas suyos —dijo Walter Knight; los peones de Oklahoma seguían plantando sus carpas en la punta de la finca, cerca de la ruta principal del sur. Aunque lo dijo en un tono agradable, Edith Knight le echó una mirada de reproche. Ese no era el camino que llevaba al país donde la vida es bella.

Sin importar quién más viniera, Rita Blanchard venía siempre. Como si se hubiera pasado varios días acostada en una habitación a oscuras, reservando toda su animación para aquella única velada, sonreía constantemente y se dedicaba a observar a Edith y Walter Knight incluso mientras hablaba con otras personas. Su aspecto desatendido y compungido formaba parte de su cara pública, era parte vital de aquel aire suyo que sugería que le habían dado un papel irrevocablemente incorrecto, que era fatídicamente inadecuada para todo, la típica mujer que se

presenta a cenar un día antes o un día después de la fecha señalada, o que llega inevitablemente vestida para jugar al tenis cuando hay que jugar al bridge. Su conexión con el mundo era tan tenue que cada primavera, cuando se iba de la ciudad (a Carmel en el mes de abril y al extranjero en mayo), siempre había gente que decía que en realidad la habían internado en un psiquiátrico. A pesar de lo que sabía, Lily sentía un amor culpable por Rita Blanchard; aun con treinta y cinco años, Rita siempre parecía estar sentada en una de aquellas butacas doradas del Hotel Saint Francis. Aunque debía de saber que en el Valle se la consideraba algo así como una belleza, su forma misma de entrar en una sala desmentía este conocimiento y anunciaba la fe inquebrantable que tenía en su propia incapacidad para agradar. Dejaba caer la cabeza hacia delante y se apartaba la larga melena de la cara con unos dedos nerviosos; si alguien la asustaba poniéndose a hablar de repente, ella empezaba a tartamudear. No había leyenda del folklore de la larga soltería que no hubiera sido sugerida en un momento u otro para explicar su celibato oficial: el matrimonio demoníaco secreto y su posterior anulación; el amante muerto trágicamente en la víspera de su compromiso público; el padre que no dejaba que se le acercara ningún pretendiente. Ni siquiera el hecho de que el padre de Rita —que en vida había sido el hombre más amable del mundo— llevara muerto desde el duodécimo cumpleaños de Rita podía mitigar la popularidad de esta última teoría. La verdad era simplemente que Walter Knight había estado con ella durante doce años, y si alguna vez Rita había esperado algo más, la timidez de ella y la ausencia de timidez de él se habían combinado para disipar aquellas sombras. Aunque se rumoreaba que no había tanto dinero como antes, quedaba lo bastante del patrimonio Blanchard como para permitir que todas las Navidades Rita le hiciera a Lily regalos caros («Asegúrate de darle las *gracias* a la pobre Rita», le ordenaba siempre Edith Knight; para ella el adjetivo «pobre» formaba parte del nombre propio de Rita, «aunque personalmente el perfume francés no me parece un regalo adecuado para una *jeune fille*»), además de para hacerse traer toda su ropa de Jean Patou de París y no pedirle favores a nadie más que a Walter Knight.

Así que Rita venía, junto con todos los demás, y aunque todo el mundo lo pasaba bien en esas fiestas, ¿quién las disfrutaba más que los propios Knight? Cuando aquel año las noches empezaron a ser templadas, los anfitriones abrieron los ventanales y armaron el bar en el jardín, a fin de aprovechar las primeras brisas frías del río.

—Edie dice que las mejores fiestas son en noches de calor —decía Walter Knight, atrayendo a su mujer hacia él—, y Edie tiene razón en casi todo.

Parecía haber una promesa tácita entre ambos, que duraba lo que duraba cada fiesta: toda conducta afectuosa que hubieran visto u oído en sus vidas se aplicaba a sostener esas veladas. Daba la impresión de que fueran víctimas de un enamoramiento de veinte años. Cuando daban las buenas noches a las visitas en la puerta, Edith Knight se plantaba delante de él y se apoyaba en su pecho, con expresión ya no firme sino radiante, y con unos modales que ya no eran secos sino

casi lánguidos: la pequeñez de Edith en contraste con la corpulencia de él, prueba de la indefensión de ella, de su dependencia, de su amor mismo.

—Cuídate —decía con voz suave y los ojos casi cerrados—, estamos muy felices de que hayas venido.

Era evidente para todos: en la planta alta aún era una novia, y en la planta alta era donde quería estar.

Después de que todo el mundo se marchara, Edith Knight se ponía a tararear música de baile mientras Lily y ella apagaban las velas, cerraban los ventanales y recogían las servilletas que había tiradas por el suelo. *Canto para ti, mia-mor, da da da da da da-primavera, mia-mor.*

—¿Sabes —se interrumpía de golpe y le preguntaba en tono imperioso a Walter Knight— cuántas veces vio *Canto para ti* la hermana de Harry Scott cuando estaba casada con aquel hombre que hacía negocios en Nueva York?

—No tengo ni la menor idea.

—*Catorce*. La vio catorce veces. Con clientes.

—Espero que sepa la letra mejor que tú.

—Da lo mismo.

Y luego, todavía hipnotizada por su propia interpretación dramática, iba a sentarse en el borde de la butaca de Walter Knight.

—Ve subiendo, Edith —le decía él invariablemente, besándole la muñeca—. Yo subo enseguida. Me quiero terminar esta copa.

Avergonzada, Lily encontraba más ceniceros que vaciar y más vasos que recoger: no quería seguir a su madre al piso de arriba, pasar frente a su puerta abierta y verla sentada junto a la ventana con su robe color violeta, limándose las uñas o simplemente sentada con las manos juntas y la habitación bañada en luz. *Canto para ti, mi amor.*

Walter Knight se sentaba en la planta baja y miraba las páginas de algún libro hasta que llegaba la hora de asistir a la primera misa. Él no iba a misa, sin embargo; solo a la cama.

—Me gusta ver salir el sol —explicaba.

—La mayoría de la gente se contenta con verlo ponerse —le dijo un día Edith Knight.

—Ah —contestó él—. Solo en California.

Edith Knight se pasaba el día después de todas las fiestas en su habitación, con las persianas cerradas. Aunque el médico le había dicho que tenía migrañas, ella no se tomaba el remedio que le había recetado: no creía en las migrañas. El problema que tenía, les contaba todos los domingos por la mañana a Lily y a Walter Knight, era una pizca de gripe complicada por el exceso de trabajo y las dos copas que no se tendría que haber tomado; a finales de mayo decidió que el verdadero problema que tenía era una pizca de anemia perniciosa complicada por el polen y la necesidad de un cambio de aire. Se iba a llevar a Lily al extranjero. Siempre había querido ver París y

Londres, y con lo imprevisibles que eran los extranjeros, nunca se sabía. Era el momento ideal para ir.

Al cabo de una semana se fueron a Europa, y más adelante a Lily se le ocurrió que el punto culminante del viaje para su madre, que se pasaría todo el verano con el reloj en la hora de la costa del Pacífico, no había sido ni París ni Londres, sino la noche que pasaron en Nueva York antes de embarcarse en el *Normandie*, cuando se citaron con Rita Blanchard para cenar en Luchow's. Rita estaba pasando una semana en Nueva York de vuelta de París y se la veía pálida y cansada; se le cayó una servilleta, tiró un vaso sin querer y se disculpó tartamudeando por haber sugerido Luchow's: quizás a Lily no le gustara la comida alemana. A Lily le encantaba la comida alemana, declaró Edith con rotundidad, y había sido una elección excelente de Rita. Para empezar, ella no estaba de acuerdo con quienes pensaban que ir a sitios alemanes significaba que tuvieras simpatías pro-alemanas, en absoluto; o por lo menos cualquiera podía ver, a la vista de las dificultades que estaba teniendo Rita con el menú, que las simpatías de Rita simplemente *no eran* pro-alemanas, y no había más que hablar. La noche era cálida y el aire venía cargado de algún moho exótico — lo que Lily siempre recordaría era el clima— y después de cenar bajaron por una calle cuya vereda estaba flanqueada por puestos de venta de fruta. Rita notó que algunas de las peras eran de los huertos Knight; cegada por la emoción, llevó tanto a Lily como a Edith Knight a examinar las cajas que llevaban estampado el sello «CAL-KNIGHT».

—Cuéntaselo a Walter —le dijo Edith Knight a Rita con su voz cortante—. Acuérdate de telefonarlo cuando llegues a casa. Le encantará saberlo.

Después de que Walter Knight dejara el Senado aquel otoño, ya no dieron tantas fiestas. Quizás debido a su incapacidad para entender que tres discursos en sendas cenas del Sutter Club de Sacramento y un gran picnic al que asistieron principalmente varias ramas de la familia del candidato no constituían en 1938 una campaña política agresiva, fue derrotado en las elecciones generales de noviembre por el candidato demócrata, un ex empleado de correos llamado Henry («Hank») Catlin. Henry Catlin dejó claro que el «caballero en posesión del cargo» estaba a sueldo no solo del Papa sino también de Satanás, un *front populaire* bastante natural dado que el Vaticano era de hecho la fábrica del Diablo. En los barrios con mucha población mexicana, sin embargo, Henry Catlin abandonaba aquella sugerencia en beneficio de otra: que Walter Knight había sido excomulgado por casarse fuera de su fe y por otros pecados, y que podía mandar a su hija protestante a escuelas católicas hasta que las ranas criaran pelo si quería, pero que eso no iba a cambiar nada. «No sé cómo creen *ustedes* que tiene que comportarse un padre de familia», se lo había oído decir a menudo en picnics y mitines. Dejando de lado sus nada desdeñables lastres personales, Walter Knight también era el representante de los «barones terratenientes ladrones» y el «enemigo jurado del hombre humilde». Henry Catlin, en cambio, representaba al

hombre humilde y su Derecho Humano a un Lugar en el Mundo, y si no se dedicaba a citar *Progreso y pobreza* era solo porque no conocía a Henry George.

La noche de las elecciones, Lily y Edith Knight se sentaron las dos solas en la sala de estar a escuchar los resultados por la radio. Aunque para las diez el porvenir político de Walter Knight ya estaba más que claro, Edith Knight esperó a que se informara de los últimos votos antes de doblar su bordado y ponerse de pie.

—No llores —le dijo a Lily—. No es nada por lo que tengas que llorar.

—No estoy llorando.

—Te estoy viendo. Es la edad. Estás pasando por esa fase llorona.

—Ahora ya no podrá ser gobernador. Si quería salir nominado alguna vez, no podía perder estas elecciones.

Edith Knight miró a Lily un largo rato.

—Nunca podría haberlo sido —le dijo por fin—. Nunca en la vida. —Desde el rellano de la escalera añadió—: Pero no te atrevas a hacer caso de lo que dicen de él esos pesados de Oklahoma. ¿Me oyes?

Lily dijo que sí con la cabeza, mirando fijamente la luz roja del dial.

Todavía lloraba cuando Henry Catlin salió hablando por la radio para aceptar su sagrada responsabilidad. En su acento del interior explicó la lección de humildad que suponía para él haber sido elegido por el pueblo; y todo el pueblo, todos los que de verdad trabajan la tierra, todos los que conocen el valor de un dólar porque sangran por cada uno que ganan; haber sido elegido por el pueblo para guiarlo al gran mañana de California, a la nueva California, la California de Culbert Olson, la California de los empleos y el bienestar y la abundancia y de las sesenta hectáreas para todo el mundo repartidas equitativamente, la California que nos fue prometida, y sí señor, me refiero a las Escrituras.

—Bueno —dijo Walter Knight, quitándose el sombrero—. Lily.

Ella había tenido intención de estar en el piso de arriba cuando él llegara, y ahora no supo qué decir.

—Lo siento —dijo finalmente.

—No hace falta sentirlo, no hace falta en absoluto. Vivimos en la era de los charlatanes. Vamos a tener unguento de serpiente todas las semanas. Lo va a recetar en persona el doctor Townsend, con la ayuda involuntaria de Sheridan Downey.

Ella se dio cuenta de que estaba un poco borracho.

—Unguento de serpiente —repitió él con satisfacción—. En el jamón con huevos. Según el señor Catlin, estamos empezando a subir la escalera de oro que lleva al gran mañana de California.

—Lo escuché.

Tarareando *We Are Climbing Jacob's Ladder*, Walter Knight abrió el minibar, sacó una botella y luego, sin abrirla, se tumbó en el sofá y cerró los ojos.

—Es un mundo distinto, Lily. Normas distintas. Pero los vamos a derrotar en su propio juego. ¿Y sabes por qué? —Abrió los ojos y la miró—. Porque tú tienes en tu

meñique más seso y más agallas que todos esos de Oklahoma juntos.

Ella intentó sonreír.

—Vamos, Lily. Lirio del valle. No llores. Voy a tener mucho más tiempo para pasar en la finca. Vamos a hacer cosas juntos, leer cosas, ir a lugares, hacer cosas. No quiero pensar que estás llorando por esto.

—Sería lindo —dijo ella por fin, haciendo un bollo con el pañuelo que él le había dado y metiéndoselo en el bolsillo del vestido.

—Sigues siendo mi princesa.

Lily sonrió.

—Princesa del maldito mundo entero. Nadie te puede hacer nada.

Volvió a abrir el minibar, volvió a meter la botella que había sacado y eligió en su lugar la botella cuadrada con tapón de corcho donde estaba lo que quedaba del bourbon de su padre, turbio y oscurecido, un whisky nada común.

—Esto te hará dormir —dijo él, dándole un vaso—. A ver. Lo que quizás no hayas entendido es que resulta que Henry Catlin es un agente de la Voluntad Divina, puesto en el mundo deliberadamente para quitarle California a sus hijos nativos. Fue concebido para traer la Nueva California. A la madre del señor Catlin se le apareció un ángel. Un ángel baptista, con vestido largo de abuela y redecilla para el pelo. —Hizo una pausa—. O quizás fuera Aimee Semple McPherson. Es un pasaje de las Escrituras que no me queda muy claro.

—No es un hombre para nada amable —dijo Lily con firmeza, envalentonada por la copa.

—Todo cambia, princesa. Ahora llévate la copa a la cama.

Todo cambia, todo cambió: veladas estivales conduciendo río abajo rumbo a subastas, dejando atrás la hojarasca verde de los lúpulos, los mirlos que levantaban el vuelo desde la vegetación y surcaban el aire seco del atardecer, bolas de Navidad resplandeciendo rojas a la luz del fuego, una sucesión vertiginosa de domingos de otoño, ya desaparecidos, cuando ibas en el coche bajo la lluvia a visitar a las tías abuelas. «Lily se quedará la vajilla Spode, Edith, la Spode y los platos Cantón que trajo Alec de Oriente, ¿me escuchas?». Y aunque la tía Laura no se muera ni ese año ni el siguiente, sí que se muere una mañana, quince años más tarde: la llamada llega del hospital mientras tú estás sentada desayunando y diciéndole a Julie que esos huevos poché la van a hacer buena y bonita, y la Spode pasa a tus manos, la Spode y los platos Cantón que trajo Alec de Oriente. (Solo has visto una foto amarillenta de Alec, y de mucho después, después de que perdiera la salud y la cabeza y todos los recuerdos de Oriente. Pero imagínenselo joven, un hombre de lo más apuesto, o eso dicen, que navegó desde San Francisco y de Seattle en los días finales del comercio con China, pasaba por casa una vez al año con porcelana Cantón para sus hermanas y volvía a zarpar). Las cosas cambian. Tu padre ya no te dice cuándo has de irte a la cama, ya no te arrulla con el bourbon de su padre, el que saca para dar calidez a la

Navidad y los funerales. Nadie lo elige pero una vez en marcha nada lo puede detener: ahora no solo compartes esa sangre sino también esa pérdida. Mucho más tarde averiguas o por lo menos decides lo que fue tu padre a fin de cuentas: un hombre amable que nunca quiso nada lo suficiente, un triunfador irregular en su carrera pública y un fracaso final en su vida personal, un hombre al que le gustaba pensar que había perdido un futuro brillante, un hombre con la proporción normal de nobleza y venalidad y quizás con un talento excepcional solo para engañarse a sí mismo (pero eso nunca se sabe, nunca se sabe quién sigue engañado a las cuatro de la madrugada), un buen hombre pero quizás no lo bastante bueno, a menudo, para que importara a largo plazo. Cuando sabes que sabes algo de ti mismo, pero que no lo sabías entonces.

—Podrías casarte con Everett —le había sugerido Martha McClellan a Lily cuando las dos eran chicas—, si yo decido no casarme con él.

—No te está permitido casarte con tu hermano —le había dicho Lily. Estaba bastante segura de lo que estaba diciendo hasta que Martha sonrió con astucia y predijo, interpretando al parecer aquella regla como una más de las medidas iniciadas durante los cien primeros días del mandato presidencial:

—Roosevelt no será presidente para siempre, ya lo sabes.

Vista a la distancia resultaba una historia graciosa, y Lily se preguntó, la tarde de junio de 1940 en que Everett y su padre vinieron a casa a tomar una copa, si la tenía que contar o no. Por fin decidió no contarla: los cuatro años que él había pasado en Stanford y el que ella había pasado en Berkeley habían convertido a Everett casi en un desconocido. Ella no recordaba siquiera haberlo visto durante un par de años, salvo una vez ese invierno en que había ido a Stanford a una fiesta y había vomitado por culpa del vino Mission Bell en la Deke House. (Everett le había traído un poco de café frío de la cocina y había hecho que el acompañante de Lily se quedara en otra habitación hasta que ella se recuperara; Lily se había sentido humillada, y ni ella ni la chica de Everett, una tenista rubia de Atherton, habían apreciado demasiado su galantería). Ahora él parecía más alto de lo que ella recordaba, y mayor. Lily se preguntó si le habría ocurrido alguna pequeña tragedia que le había endurecido la cara, si quizás se había creído enamorado de la tenista y ella lo había rechazado. A ella le pareció que él era el tipo de hombre al que le pasaban esas cosas.

—Yo le digo que tendría que hacerse abogado —dijo John McClellan, quitándose los anteojos sin montura y sacándoles brillo con una esquina del saco—. O meterse en política. Nos vendría bien tener plantadores en Sacramento.

—Quizás primero debería hacerme plantador —dijo Everett cortésmente. Lily se acordaba de que había sido un niño precozmente cortés. Los recuerdos más claros que tenía de él lo representaban asumiendo plena responsabilidad de los errores sociales de Martha, disculpándose gravemente por el ponche de frutilla que ella había derramado, por las azaleas que había arrancado, por la histeria que le entraba cada vez que alguien que no era ella le ponía la cola al burro.

—Explíquele usted por qué nos necesitan —dijo el señor McClellan—. Es usted quien debe decírselo.

Walter Knight tomó un par de tijeras de podar del suelo de baldosas de la terraza y cortó una rama de un limonero enano.

—No estoy seguro de que nos necesiten —dijo por fin, concentrado en el limón—. No estoy nada seguro. El Valle de San Joaquín se hace oír de todas maneras.

—Ja —dijo el señor McClellan en tono triunfal—. Los peces gordos. Los tipos de las corporaciones. Eso mismo digo.

Lily no miró a su padre. Cuando este habló por fin, lo hizo sin inflexión en la voz.

—Esto no es el San Joaquín. Aquí no dirigimos las fincas desde las oficinas del Edificio Russ de San Francisco.

—Eso mismo digo —repitió el señor McClellan.

—Lo que digo yo —dijo Walter Knight— es que nosotros somos prescindibles.

Everett le sonrió a Lily. El sol se estaba poniendo detrás de su sillón y el pelo rubio y muy corto se le veía blanco a la luz del crepúsculo. Lily extendió un pie descalzo y lo contempló, sin devolver la sonrisa. Ni ella ni su madre hablaban ya nunca de política con su padre: mencionar el Senado había sido una falta de tacto.

Aunque Everett la llamó a las seis y media de la mañana siguiente, no llegó a despertarla, porque había hecho calor toda la noche y ella se había levantado a las cinco y media para tirarse en camión en la terraza. Para las seis el sol ya estaba lo bastante alto como para que el calor volviera a reverberar en el aire. Si miraba al Este y entrecerraba los ojos para protegerlos del sol, Lily podía distinguir la Sierra Nevada flotando sobre el horizonte.

Ella quería ir a alguna parte pero no sabía adónde. En la mesa había quedado un vaso de cerveza de la noche anterior, y ella le espantó una pequeña araña incolora del borde con un golpecito de la uña y dejó que le cayera por la garganta un hilo de cerveza caliente y ya sin gas. El hecho de no tener en realidad adonde ir (no le gustaba la montaña y solo había llegado de la costa hacía una semana) no la tranquilizaba para nada, y ahora estaba tirada casi inmóvil en medio del quieto calor de la mañana, mordisqueándose con la cabeza ausente el cinturón del camión. Quería quedarse aquí y también quería algo más. El día antes le habían llegado las notas de Berkeley, pulcra e irrevocablemente registradas en las postales dirigidas a sí misma que había dejado dentro de sus libretas de exámenes. Una B- en Literatura inglesa 1B; una C en Historia 17A y Psicología 1B, una C- en Geología 1 (comúnmente conocido como el típico curso para jugadores de fútbol americano, en el que era imposible sacar menos que una B) y una D en Francés 2. Como la única B era un curso de tres créditos y la D uno de cuatro créditos, se suponía que le faltaban puntos y por consiguiente estaba en período de prueba. Si las postales le hubieran llegado a la facultad, se habría sentido avergonzada. Aquí no parecía importar. Tal como había comentado su madre, había leído unos cuantos libros interesantes y había ido a algunas fiestas divertidas; en cuanto llegó a casa, Berkeley se reducía a eso. Y además, no quería volver. Los libros los podía leer en casa, y lo podía pasar mejor en las fiestas de su casa. No era que en Berkeley no la hubieran invitado, al menos al principio, a las fiestas a las que había que ir; sí la habían invitado. En un campus donde el color de piel saludable y las sonrisas fáciles eran la norma, su palidez frágil y su incertidumbre habían generado mucha atención y especulación. Solo cuando los chicos que la invitaban a salir descubrían cuán real era su incertidumbre empezaban, perplejos y aburridos, a perder interés. Tal como uno de ellos le contó a su compañera de cuarto (que, en tono crítico, se lo contó a Lily), salir con Lily Knight era como

tener una cita con una sordomuda.

—Tienes que bromear con ellos, ser más divertida —la aconsejó la compañera de cuarto—. Sé tú misma.

Aunque a Lily esas admoniciones le parecieron en cierta forma contradictorias, el fin de semana siguiente intentó parecerse más a las chicas a las que se consideraba divertidas. Cuando salió con un miembro de la fraternidad Sigma Chi que acababa de ser aceptado en el Seminario Teológico de Princeton, intentó bromear sobre Reinhold Niebuhr; cuando eso falló, ella elogió la forma en que él tocaba el ukelele. Después de algunas copas, el chico le contó un par de historias con dobles sentidos picantes, y aunque ella no las entendió, ni consideró que correspondiera que se las contara, se rio para mostrar su apreciación. Cuando él le preguntó si le gustaría subir con el coche a las colinas de Berkeley, ella sonrió encantada y contestó que era una idea divertida; más tarde pensó que el chico no había tenido toda la culpa de haber malinterpretado la conducta de ella aquella noche; la velada había terminado delante de una tienda abierta 24 horas en la Avenida Shattuck, donde el teólogo en potencia le había dicho a Lily que podía comprar unos preservativos. («¿Preservativos?», le dijo ella, y él se quedó mirándola. «Protección. Anticonceptivos»). Ella se había puesto a negar con la cabeza, sin saber qué decir, y él, despejado de golpe, la había llevado en coche en silencio colina arriba hasta la sede de la Pi Phi). Después de eso Lily se había pasado tres semanas rechazando todas las invitaciones. Durante el semestre de primavera salió brevemente con un estudiante de posgrado que daba clase en su curso de psicología, un chico judío de Nueva York llamado Leonard Sachs. Se había licenciado por la Universidad de Chicago y no tenía conocidos comunes con ella. Juntos dieron largos paseos por las colinas que se elevaban sobre el estadio, volviendo por el Strawberry Canyon, cenaron a la luz de las velas en el pequeño departamento que él compartía con un amigo a quien Lily no le caía bien y que se aseguraba de ir a la biblioteca siempre que ella estaba de visita; se sentaron varios jueves a la noche en el palco vacío de la Sinfónica de San Francisco que la Pi Phi pagaba todos los años. Él le regaló artículos que recortaba de *The New Republic* y que subrayaban la inmoralidad intrínseca de una fuerza de trabajo itinerante, y hurgó hasta encontrarle un viejo panfleto que exigía la derogación de la Ley Criminal de Sindicalismo de California; la llevó a San Francisco con la línea F del tren para oír un homenaje a Harry Bridges, y la animó, después de verla tejer un pulóver para su padre, a que utilizara los escasos talentos que tenía para dar clases de manualidades en un albergue para inmigrantes. Incapaz de localizar «albergues para inmigrantes» en las páginas amarillas de Berkeley, ella terminó por abandonar ese proyecto. Él se refería a la finca como «la granja de tu padre» y la trataba con una mezcla incómoda entre la desaprobación que le merecían los mecanismos defectuosos y el placer cobarde que le producían los artículos de lujo; ella le preguntó si no le daba pena no ir a casa por Semana Santa, y lo contemplaba con un asombro constante y solo ocasionalmente involuntario. Lo que a él lo irritaba y fascinaba era lo completamente

libre que parecía ella de las furias personales y sociales de él, y esas Euménides que lo perseguían eran a su vez lo que a ella la atraía y repelía.

—Eres mi amante atormentado —decía ella entre risas, aunque él no era, técnicamente, ni una cosa ni la otra; un hecho que, a ojos de su compañero de habitación, tendía a confirmar la ineptitud social de Lily.

Ella hasta lo invitó a pasar un día río arriba durante las vacaciones de Semana Santa. Una vez en casa se arrepintió de haberlo invitado. A él, sin embargo, le encantó la perspectiva de observarla en su decadencia natal, así que ella acabó yendo a buscarlo con el coche una mañana a Sacramento. En cuanto ella lo vio plantado en el césped frente a la estación de la Southern Pacific, irradiando la misma preocupación intensa que inicialmente la había encandilado en Berkeley, se dio cuenta de que iba a ser un día difícil. Él era tan extranjero en el Valle como ella lo habría sido en el Bronx, y la alienación iba más allá de su pulóver negro de cuello alto y del ejemplar de *En lucha incierta* con que se había estado informando en el tren. Para cuando esa noche ella lo llevó en el auto de vuelta a la estación (durante la cena él había intentado corregir los errores de percepción que tenía Walter Knight sobre Upton Sinclair y su campaña contra la pobreza en California), ya estaba demasiado cansada hasta para decir nada.

—Vas a estar feliz de liberarte de todo esto —le dijo él en tono dubitativo, dando una última pitada a su cigarrillo y tirándolo por la ventana.

—¿De liberarme de todo el qué? —dijo ella, viendo las chispas por el espejo retrovisor.

—Quiero decir que en Nueva York te sentirás libre. Te desarrollarás.

Incómodamente consciente de que en algún momento había aceptado irse a Nueva York con él (pese a que no tenía la más remota intención de hacerlo), ella pisó a fondo el acelerador.

—No es probable que me libere de todo esto —dijo ella, lo bastante segura por una vez en la vida como para decir lo que pensaba, con las manos sobre el volante del auto de su padre y yendo por la ruta que había pagado su padre—. Tan improbable como que tú te liberes del lugar del que vienes. Y por aquí no tiramos los cigarrillos por la ventanilla. Provocan incendios.

Había tenido intención de acostarse con él, pero como a los diecisiete años todavía no había descubierto las posibilidades de estar con alguien que no le gustaba, no lo hizo.

Lily se puso de pie de golpe y se levantó el pelo mojado del cuello. Con violencia indolente, tiró el vaso de cerveza por la pendiente y luego bajó corriendo detrás de él hasta el lugar donde el césped dejaba paso gradualmente a la tierra y el pasto seco y amarillo. Abrió una canilla de un puntapié y dejó que el agua clara (agua de pozo, no la del río que usaban para el riego) le salpicara la cara y los brazos. Era un desperdicio de agua a principios de un verano seco, y aquella extravagancia la

reconfortó. Eso la ayudó un poco, eso y balancearse de una rama hasta casi partirla; cuando llegó a la casa con el camisón todo mojado, sonaba el teléfono.

—Perdón por despertarte —dijo Everett McClellan—. Estoy a punto de llevar un camión a la ciudad para traer más peones.

—No me despertaste. —Esto ya se sentía mejor. Confiando, aunque en realidad no importaba, en que su madre no hubiera contestado el otro aparato que tenía en el dormitorio, intentó desenredarse el pelo con la mano libre.

—En fin, se me ocurrió... —dijo él con cierta dificultad—. Se me ocurrió que quizás quisieras venir.

—¿Ahora mismo?

—Debes estar ocupada.

—No tanto. —Ella se preguntó qué debía pensar él que hacía ella entre las seis y media y las siete y media de la mañana—. Voy a vestirme.

Mientras se sacudía el pelo mojado con una toalla, Lily se dedicó a tararear por lo bajo y se miró en el espejo por primera vez en meses sin lamentar el desperdicio de aquel cuerpo en perfecto estado pero en constante depreciación.

—Pareces más joven que Marth —dijo Everett cuando ella se metió en el camión.

—Soy mayor que ella. Un año. —Ella se echó un vistazo a los brazos flacos, que se veían marrones en contraste con el blanco del vestido. Martha McClellan todavía no tenía diecisiete años; en otoño cursaría su primer año en la Universidad de California en Davis. Cuando la madre de Lily, hablando en nombre del Club de Ex Alumnas de la Pi Beta Phi, la había animado a que se matriculara en Berkeley y se postulara a las fraternidades femeninas, Martha le había contestado que ella tenía que asistir a Davis, que era básicamente un centro agrícola, porque su padre la quería ver casada con un rico propietario rural. Y de hecho, era lo que ella también quería. Martha McClellan, tal como había comentado Edith Knight, era «un caso».

—Ya sé qué edad tienes —dijo Everett sin mirarla.

Lily pegó la frente a la ventanilla, que estaba cerrada por el calor. Era junio y los lúpulos ya estaban empezando a ascender por los tendederos, kilómetros y kilómetros de tendederos, listos para cargar con el peso verde y voluminoso de las enredaderas de agosto. Decían que iba a ser buen año para el lúpulo; como su padre no lo cultivaba, ella no sabía por qué. Suponía que tenía que ver con cuándo había llegado la lluvia. Casi todo tenía que ver con eso.

—Los lúpulos son bonitos —dijo ella.

—¿Tú crees?

—Bueno, sí —dijo ella, bastante desconcertada. En materia de conversación, Everett McClellan no daba muchas pistas—. Me parecen bonitos y me alegro de haber vuelto.

No volvieron a intercambiar una palabra hasta que llegaron al Centro Ocupacional del West End, donde Everett salió del camión y le ordenó que cerrara con seguro las dos puertas desde dentro y esperara a que él volviera. Apenas entró él

en la oficina, uno de los mexicanos que estaban de pie en la vereda le hizo una mueca a Lily. Ella sonrió, avergonzada, y fingió que leía un libro sobre el regazo. Después de que Everett contratara a trece hombres, se dispusieron a regresar a la finca de los McClellan; Everett la miró una sola vez más al arrancar con dificultad el motor, y luego ninguno de los presentes la miró ni habló. Lily cerró los ojos, escuchó a los hombres que iban en la parte de atrás del camión cantar canciones de Bing Crosby y pasarse una botella de tinto italiano, y se preguntó para qué, a fin de cuentas, la había hecho venir Everett.

El señor McClellan les dio la bienvenida en la finca, agitando las manos frenéticamente en cuanto divisó el camión, un esfuerzo innecesario porque estaba en el lugar donde estacionaban habitualmente los camiones. Lily no recordaba haberlo visto nunca en reposo: incluso años antes, cuando llevaba a Everett, Martha y Sarah de visita, le había dado siempre la impresión de ser un hombre agobiado por su propia energía, consumido por la tensión. Al entrar Edith Knight en la sala se ponía de pie de un salto, derribaba accidentalmente una silla, iniciaba la búsqueda prolongada de un pañuelo y cruzaba a saltos el suelo para agarrar a uno de los niños. Siempre se había dirigido a ellos como si fueran perritos. *Al suelo, Martha. Siéntate, Martha.*

—Tendrían que haber ido antes —murmuró ahora, asomándose por encima del hombro de Everett mientras este apuntaba los nombres en el registro de nóminas—. A las siete ya no queda nadie más que los estudiantes de secundaria y los ilegales borrachos. Esta es una cosa que no se aprende en la universidad, señorita Lily Knight: no hay nadie en el ancho mundo que tenga menos inteligencia natural que un maldito ilegal.

Everett le había explicado una vez a Lily que su padre se refería a todos los mexicanos y a la mayoría de los sudamericanos —incluido el Presidente de Brasil, para quien se había organizado una vez una recepción en el río— como malditos ilegales, y a todos los orientales como malditos filipinos. De nada servía decirle que alguien era chino, malayo o la señora de Chiang Kai-shek. Para él eran malditos filipinos. La gente de la Costa Este entraba en dos categorías posibles: malditos maricas o malditos judíos. En general eran dos categorías que no tenían que ver con hechos sino con actitudes, de forma que se solapaban de vez en cuando. Por ejemplo, su hija Sarah se había casado con un maldito marica y se había ido a vivir al Este, donde se le habían pegado todas esas malditas ideas de judíos.

Lily se quedó mirando a Everett, consciente del polvo en los Levis de él y de su incongruente vestido blanco. Había una cosa de los McClellan que no se podía decir del padre de ella: no dirigirían sus fincas desde una oficina del Edificio Russ ni aunque tuvieran dinero suficiente.

Everett levantó la vista.

—Cuando termine, podemos ir a cabalgar al río.

—No monto muy bien.

—Ja —dijo el señor McClellan—. Ya lo creo que no. Montaba como si estuviera sentada sobre un alambre de púas. Eso sí que lo recuerdo de la señorita Lily Knight. No seas tonto, Everett. Llévala a nadar.

—No tengo mi traje de baño. —Lily se acordó de que Martha no solo hacía salto ecuestre todos los años en la Feria Estatal, sino que también había derrotado en dos ocasiones a la campeona juvenil de natación del Club de Campo de Del Paso en competición no oficial. «Esa chica ve un pájaro y trata de ganarle la carrera», había observado una vez Edith Knight sobre Martha. Admiradora de todas las formas de competitividad, Edith Knight había animado con frecuencia a Lily a «aprender de Martha McClellan»; el hecho de que Martha fuera famosa por no saber perder no le molestaba, ya que su madre no creía que perder fuera la meta.

—Si hay una cosa que a Martha le sobra son los trajes de baño —declaró el señor McClellan—. Tiene una pileta entera. —Satisfecho del chiste que acababa de hacer, lo repitió y se fue dando zancadas hacia la casa, gritándole por el camino a China Mary que despabilara a Martha y encontrara un traje de baño.

La casa de los McClellan tenía ese aspecto curiosamente sentimental que tienen las casas administradas por hombres. Había fotos de Sarah y de Mildred McClellan, que había muerto en el parto de Martha; encima del piano («¿Qué te parece el piano?», le gustaba preguntar afectuosamente al señor McClellan. «Llegó dando la vuelta al Cabo de Hornos en el 48») estaba la bandera de la República de California, con su oso, colgando de tal forma que parecía a media asta. Había una pared cubierta de diplomas enmarcados de los Native Sons of the Golden West y de mapas fluviales que mostraban las profundidades de los canales en el verano de 1932; los esfuerzos de China Mary por animar la casa consistían en poner fundas de crochet en los sillones y zinnias de color naranja apiñadas sin concierto en soperas de Limoges. En una esquina de la sala de estar, sobre una mesa cubierta con una mantilla, había un surtido de pepitas de oro y abanicos de marfil. Aunque la mesa siempre había estado ahí, desde la última visita de Lily a casa de los McClellan se le habían añadido algunas cosas: de la pared junto a la mesa colgaban una portada antigua de la revista *Vanity Fair*, una fotografía de Katherine Cornell y su cocker spaniel interpretando a Elizabeth Barrett y su perro Flush, y una portada amarillenta del *Sacramento Bee* con imágenes del Duque de Windsor y las princesas de Inglaterra. El titular decía: «¡ABDICA EL REY EDUARDO! EL DUQUE DE YORK SERÁ REY. “He tomado mi decisión”, dice el Rey». Las palabras *Sacramento Bee* habían sido parcialmente tapadas con cinta adhesiva, por deferencia, supuso Lily, al señor McClellan, a quien no le gustaban demasiado los ingleses y menos aún el *Bee*.

—Veo que estás admirando mis recuerdos —dijo Martha desde el rellano de la escalera.

Lily levantó la vista, sobresaltada: llevaba sin ver a Martha desde las fiestas de Navidad, durante las cuales Martha había conseguido, noche tras noche, ponerse siempre en evidencia de alguna manera. Aunque no se había dedicado a beber ni

tampoco había hecho nada extraordinario, había conseguido que fuera imposible no fijarse en ella, tan imposible como no fijarse en alguien afiebrado o vestido de celofán. Y ahora tenía el mismo aspecto: el pelo rubio largo y lacio le caía suelto alrededor de la cara flaca, tan bronceada que parecía que se hubiera oxigenado las cejas, y tenía puesta una especie de malla y una falda larga tejida color verde que arrastraba por las escaleras.

—¿Pero qué llevas puesto, por el amor de Dios? —le dijo el señor McClellan—. ¿Has estado practicando ballet?

—No voy a ballet desde los doce años, gracias al hecho de que en esta familia nadie más que Sarah me quería llevar con el coche a las clases. Estaba leyendo.

—A nadie le importa un pito lo que hayas estado haciendo. Tráele un traje de baño a Lily Knight.

—Everett —Martha le habló en tono imperioso—. Adivina qué estaba leyendo.

Everett levantó la vista. Durante aquella conversación había parecido retraerse: Lily lo había visto buscar un cigarrillo en el bolsillo, examinar la portada de una *Reader's Digest* tirada en una silla y silbar entre dientes.

—Qué —dijo ahora—. Qué has estado leyendo, linda.

—La *Anatomía de la melancolía*. Es el número veintidós de la lista.

—Me pidió que le hiciera una lista de lecturas —explicó Everett mientras Martha empezaba a subir otra vez las escaleras—. Así que le di una de Stanford. Ya se ha leído la mitad de los libros de la lista.

—Criatura extraña —dijo el señor McClellan.

—La pones nerviosa —dijo Everett, como si le costara decirlo.

El señor McClellan no le hizo caso.

—La melancolía es una asignatura para la que no hacen falta lecciones —gritó escaleras arriba—. Criatura extraña. Tu hermano cree que te pongo nerviosa —añadió cuando Martha volvió a bajar las escaleras arrastrando la falda y con el traje de baño en la mano.

—Pobrecito Everett —dijo Martha en tono indulgente.

—No seas tonto, Everett. Haz que la chica se ponga el traje.

Y se fueron a nadar al río; primero cruzaron hasta la otra orilla y después bajaron con la corriente, que todavía estaba fría gracias a las últimas nieves derretidas que venían de las montañas. Cuando Everett llegó a la orilla, volvió vadeando hasta el lugar donde la saliente caía hacia el canal y tiró de Lily, que seguía luchando con la corriente, para arrastrarla a la saliente y subirla a la orilla.

—No lo haces mal —le dijo, tomando impulso para subir detrás de ella.

—Siempre creo que me va a arrastrar la corriente. —Ella no le soltó el brazo.

Él hizo el gesto de volver a empujarla al agua y luego la agarró, riendo, con los brazos en la parte baja de la espalda.

—Más te vale no hacerlo —dijo ella, riendo.

—¿Por qué no?

—Más te vale, simplemente. —Ella estaba contenta de aquel diálogo: tenía ese aire auténtico de coqueteo y de intrascendencia que no había conseguido dominar en Berkeley. Siempre había sabido que podía hacerlo con alguien conocido. Encantada, se reclinó en los brazos de Everett y estiró las piernas en el aire cálido y seco. Si contraía el vientre podía generar una concavidad por debajo del traje de baño frío y húmedo de Martha. Levantó una pierna y vio, además del agua que le seguía reluciendo en la piel, un arañazo largo en el muslo izquierdo que lentamente se estaba amoratando allí donde, al tirar Everett de ella, había enganchado una raíz sumergida.

—Te ves bien. —Everett le tocó el arañazo.

—Me siento bien.

—Tienes las piernas más bonitas —dijo Everett lentamente— que ninguna otra chica bajita que haya conocido.

—Supongo que te gustan más las chicas altas. —Eso era: ya lo estaba haciendo otra vez.

Everett la miró, sin sonreír, y ella se angustió: como no sabía jugar, había dicho lo que no debía o había roto alguna norma.

—Tú me gustas —dijo él al cabo de un rato, sin dejar de mirarla—. Hasta anoche no había pensado en ello.

—¿No habías pensado en qué?

Everett no dijo nada y ella se preguntó si lo habría decepcionado o molestado; se preguntó si era posible perder a Everett McClellan en el sentido en que se podía perder a la gente que no era tu padre ni tu hermano.

—Me gustaría que me besaras —susurró ella, sintiendo otra vez que de pronto Everett no era Everett, sino un desconocido, alguien a quien ganarse.

Él la besó y ella se pasó mucho rato abrazada a su lado, mirando las hojas de los robles suspendidas con el sol de fondo y sintiendo las puntas de su pelo flotar tocando apenas la superficie del agua, hasta que al cabo de un rato abrió la boca y se bajó los breteles del traje de Martha, y la mano de él se cerró sobre el arañazo de su muslo izquierdo. *De acuerdo*, susurró ella, una y otra vez, y luego empezó a pensar que tal vez no llegara a suceder, porque dolía mucho. Cuando Everett por fin se puso a repetir con una especie de tono triunfal: *¿lo sientes? siéntelo nena*, ella dio por sentado que ya había pasado. Después el arañazo del muslo se le infectó con el agua de río y le dejó una cicatriz blanca y alargada que se le veía cada vez que se le ponían morenas las piernas, pero entonces no pensaba en eso.

Lily, le susurraba él siempre que se tiraba rendido bajo el calor matinal que apretaba cada vez más fuerte, pero ella vacilaba, titubeaba, se preguntaba si realmente estaba obligada a casarse con él solo porque él la hubiera deseado y hecho suya.

Eso fue en junio. En julio, cuando ella calculó que él se la había cogido (la palabra, que ella había oído usar a Everett en referencia a otra persona, le gustaba por su eficacia seca y su falta de ambigüedad) un total de veintisiete veces, pasaron juntos una mañana entera: de vuelta de la estrecha franja de playa se dedicaron a chapotear en las zanjas de riego, metidos hasta las rodillas en la hierba blanda y la lenta agua lodosa, con el sol quemándoles la cabeza. Los rodeaban por todos lados los huertos de frutales del padre de ella: las peras colgaban tibias y pesadas y caían para pudrirse en el suelo de los árboles, quedaban allí marrones y magulladas y atraían moscas, se echaban a perder en aquel verano interminable, a diferencia de ella, *gracias a Dios y a Everett*. Lily dejó que su vestido flotara tras de sí en el agua y corrió chapoteando por la zanja con los ojos cerrados para protegerse del sol. Everett la atrapó y le frotó la cara y los brazos desnudos y bronceados con el agua turbia del río que salía borboteando de una tubería de suministro; se rieron (*Everett bobo mis gafas de sol me gusta que estés tan moreno Everett mi amor qué dura te quiero*) y volvieron a dejarse caer al suelo los dos juntos, porque aquella semana los recolectores estaban trabajando en los campos más lejanos, y cuando ella gritó debajo de él, acordándose de que las zanjas estaban infestadas de serpientes, él ni le dijo que no había serpientes ni que las serpientes (si había alguna) eran inofensivas, sino que la tomó en brazos y la sostuvo hasta que se calmó y hasta que la serpiente (si es que había alguna) se había ido. Poco antes del mediodía ella le dijo a Everett que estaba dispuesta a casarse con él, y luego subió corriendo a la casa a cambiarse de vestido para el almuerzo. Parecía igual de ineludible que el madurar de las peras, igual de predestinado que el exilio del Edén.

No se lo contó a nadie, sin embargo; apenas pensaba en ello cuando no estaba con Everett. Fue pasando cada día del verano como insolada, vagamente consciente de que cualquier anuncio trastornaría aquella decisión tomada tan delicadamente y que, en realidad, no había sido ninguna decisión: solo una aquiescencia. ¿Era, a fin de cuentas, tan inevitable? La palabra *por qué*, una vez pronunciada en voz alta, podía hacer que se cayeran todas las peras. Tendría que decir que lo amaba: era el único ensalmo que los satisfaría, por mucho que disipara las ilusiones de ella. Si no se decía en voz alta, todavía podría ser cierto.

Everett seguía siendo el problema. Su presencia constante e incontrovertible la invadía, le impedía contemplar la idea de él, le impedía sacarle brillo a esa idea y convertirla en un hecho aceptable. A veces, cuando ella bajaba las escaleras por la mañana, se encontraba a Everett sentado ahí, leyendo el *Chronicle*; la llamaba varias veces al día, y la simple sugerencia por parte de Edith Knight de que ella y Lily

podieran irse a pasar el día a San Francisco podía causarle a él semejante desesperación que se dedicaba a llamarlas cada media hora, durante toda la tarde, para ver cuándo iban a partir, qué iban a hacer y cuándo iban a volver. Todas las escenas que Lily veía parecían incluir a Everett, lo único que oía era la voz de Everett preguntándole cuándo se iban a casar.

—No lo sé —le dijo ella por fin una mañana en el río—. O sea, no quiero pensar en eso ahora mismo.

—¿Cuándo quieres pensar en eso? ¿El año que viene? ¿El otro?

—Everett. Deja de hablar así. Estoy nerviosa. Todas las novias se ponen nerviosas. —Ella había leído en una revista que todas las novias se ponían nerviosas y se había preguntado si quizás ese no fuera su único problema: una aprensión que tal vez no fuera exclusiva de ella sino común a todas las mujeres—. Si pudieras dejarme sola un poco —añadió, con la esperanza de estar en lo cierto.

—Dejarte *sola* —repitió Everett—. Quiero casarme contigo. No sé cuántas veces tengo que repetirlo.

—Espera a que hayan levantado los lúpulos —dijo ella por fin—. Ahora estás demasiado ocupado, lo sabes.

—No estoy demasiado ocupado para decírselo a la gente. ¿Tú no se lo quieres decir a la gente?

—No —dijo ella con voz débil—. No.

—Tienes que decírselo. Ya.

—Les he dicho que no voy a volver a Berkeley. Así que quizás lo hayan adivinado. —Lily les había dicho a sus padres que se quería tomar un semestre libre. En cuanto a la cuestión de que adivinaran lo otro, ella había invertido toda su fe en lo extremadamente improbable que era que adivinaran nada. Cada día resultaba más impensable alterar el delicado equilibrio dependiente que tenían entre ellos.

—Se lo tienes que decir. A tu padre le caigo bien. Aunque nadie sospecharía que te caigo bien a ti, por la forma en que te comportas cuando ellos están delante.

—No suelo demostrar lo que siento. —Tomó un guijarro blanco y lo hizo rebotar sobre la superficie del agua, escorándolo río abajo para que agarrara la corriente—. Imagino que en Stanford no aprendiste a tirar piedras así.

—Lily —le suplicó él, incorporándose hasta sentarse y agarrándola de los hombros—. Escúchame.

Ella trazó con la uña una *L* y una *K* y la mitad de *McC* en el pecho de él, sin mirarlo a la cara.

—Tampoco sirve de nada hablar con mi padre hasta que termine con la fruta —dijo ella finalmente.

Pero cuando terminaron de mandar las peras a las plantas de envasado y los lúpulos de la finca de los McClellan ya llevaban seis semanas levantados, ella todavía no se lo había dicho a nadie.

—Creo que no quieres —le dijo por fin Everett—. Creo que no te quieres casar conmigo.

—Ah, querido. —Ella le besó la nuca y le pasó un dedo por el espinazo—. No eres tú.

—¿Qué es?

—Es todo el mundo. A veces no me quiero casar con nadie. Hay tardes en las que me quedo tirada en la cama y la luz entra por entre las persianas y llega al suelo y creo que no quiero salir nunca de mi habitación.

—Tendrás una casa entera. ¿No es mejor?

Ella le dio una palmadita en la cabeza y miró a lo lejos, río abajo.

—Es la casa de tu padre —dijo al fin, intentando asirse del argumento más cercano, aunque no fuera el que tenía en mente.

—Construiremos otra casa si quieres. ¿Te gustaría?

—No lo sé. —De pronto estaba harta de intentar hablar con Everett—. Creo que no entiendes lo que quiero decir.

Él se apartó.

—No, creo que no.

Lily sintió, tan físicamente como sentiría un dolor de cabeza, el peso de la vulnerabilidad de Everett.

—Claro que quiero —dijo ella en tono inexpresivo—. Ya sabes que quiero.

Aunque acordaron que Lily ya se lo habría dicho a Edith y a Walter Knight para cuando Everett viniera a comer el postre con ellos esa noche, ella no se los había dicho. Era imposible decírselo, le susurró a Everett al abrirle la puerta. Aceptando esto como un hecho, él se levantó de la mesa de Walter Knight y se llevó a Lily en coche a Reno esa misma noche de octubre, la noche en que cayeron las primeras nieves del año en la Sierra Nevada, e hizo que la declararan su mujer en nombre del Condado de Washoe y el Estado de Nevada. Los testigos de la ceremonia fueron la mujer y el hijo del juez. El hijo se puso unos vaqueros, con la bragueta abierta, por encima de su pijama a rayas marrones; la mujer, despertada en contra de su voluntad pero obediente, sonrió adormilada y le dio unas palmaditas en el pelo a Lily. Lily, que todavía no había cumplido los dieciocho, se pasó la ceremonia convencida de que el hecho de haber mentado sobre su edad invalidaría el matrimonio, lo anularía todo, sin lágrimas, nada irrevocable, un simple malentendido cortés entre conocidos que se llevaban bien. Más tarde, desde su habitación del hotel, mandó un telegrama que decía: «CASADA CON EVERETT AHORA EN EL RIVERSIDE DE RENO VUELVO PRONTO CON AMOR LILY». Por muchas extravagancias que cultivara, los telegramas largos no se contaban entre ellas. Everett llamó a la finca para decírselo a su padre, pero quien contestó el teléfono fue Martha.

Tapando el auricular, Everett se dirigió a Lily, vestida con la misma falda y el mismo pulóver que había llevado en la cena, sentada en el borde de la cama cuyas sábanas tenían bordado el nombre *Hotel Riverside*.

—Martha está llorando. Dice que la voy a dejar sola.

—Pero si vas a vivir ahí.

—Dice que no es lo mismo y que soy tonto si pienso que sí.

Lily se tumbó en la cama y sepultó la cara en la almohada. No había nada que quisiera más que tener ahí a su padre, verlo jugar a los dados en la planta baja, arrullada por la acción, por el intercambio de fichas y monedas sobre el tapete verde, por el tintineo de las monedas de plata cuando él las amontonaba. *Apuesto a dobles*.

—Quizás tenga razón —dijo, con la voz amortiguada.

Se quedaron en Reno una semana. Lily se compró un cepillo de dientes y unas medias en una tienda Rexall, localizó una muda de algodón en una tienda especializada en fundas de pistola y bombachas bordadas con los días de la semana, y se encontró con una chica de Sacramento, Janie Powers, en el lobby del Riverside. En las garras de Janie en el lobby aquella primera mañana, preguntándose si Everett se sentiría agraviado en caso de que ella desayunara sin despertarlo, al principio a Lily no se le ocurrió cómo explicar su presencia en Reno, pero resultó que no hizo falta.

—Me estoy *divorciando* —anunció Janie a los cuatro vientos en el lobby—, ¿tú qué haces?

Aunque Lily no recordaba que Janie estuviera casada, ahora supuso que se debía de haber enterado en algún momento pero lo había olvidado; nunca conseguía acordarse de los detalles sociales que tan absorta tenían a su madre.

—Me voy a comprar un pulóver —dijo Lily en tono culpable—. Solo estoy aquí por unos días y me olvidé de traer uno extra.

—Olvídate —le dijo Janie—. Yo tengo un montón. Desayuna conmigo.

En cuanto estuvieron sentadas, Janie emprendió un monólogo sobre su marido, que estaba siendo *très impossible* («No puedo pasar ni una sola noche en el lado californiano del *lago* sin que me dispute la residencia, tiene a alguien vigilándome noche y día»), y hasta que se hubo terminado la segunda taza de café no le volvió a preguntar a Lily qué estaba haciendo en Reno.

—Nada especial —dijo Lily, fingiendo que buscaba un reloj—. Oye, le prometí a mi madre que la despertaría.

Dos días más tarde, Everett vio a Janie Powers sentada a una mesa de blackjack del Harold's Club y le pidió que cenara con Lily y con él. («Qué tiernos», no paró de decir Janie durante la cena. «Aquí de luna de miel y esta hermosura escondiéndoselo a Janie». Después de dos whisky sours y una botella de vino, a Janie la llamó la atención «la ironía de la situación. Lily casándose y yo... en fin. *Très symbolique*»).

Aparte de Janie no vieron a nadie. Everett se levantaba tarde por las mañanas (Lily parecía haber sabido siempre el aspecto que tendría él a su lado en la cama y la sensación que le produciría, una sensación cómoda aunque no particularmente electrizante) y jugaba un poco a los dados por las tardes. Lily se levantaba temprano, con cuidado de no despertarlo, subía ella sola por un lado de Virginia Street y bajaba

por el otro, parándose siempre en el puente para mirar a los patos en el río Truckee. Un día le preguntó a Everett, pensando que sería una pregunta muy de esposa, si quería que le comprara pasta de dientes o calzoncillos o algo así; él se quedó mirándola un momento largo, se rio y le dijo que podía cuidar de sí mismo. Una mañana a ella le pareció ver al hijo del juez que los había casado, así que entró corriendo en un café y empezó a meter centavos en una máquina tragamonedas. Aunque no quería que él la viera, sí que le pareció importante verlo (¿era verdad que la boda había tenido lugar?), y después de que él pasara de largo ella salió corriendo y se quedó mirándolo hasta que el chico dobló la esquina, pero no pudo asegurarse de que fuera él. Lo único que recordaba con claridad era su voz, una voz de inmigrante de Oklahoma: *pero si es la novia más bonita que hemos tenido en toda la semana*. Una noche cenaron en el lado californiano del lago Tahoe; otro día hicieron en coche al anochecer la ruta 341 hasta Virginia City y descubrieron allí, en el cementerio de la colina, la tumba de un miembro de la familia de Everett, *Francis Scott Currier: n. 1830, m. 1859, QEPD a tres mil kilómetros de su casa y a un kilómetro del Ofir*. Jugaron al tenis dos veces y Lily comió langosta en el restaurante del Riverside por primera vez en su vida. Dio la impresión de que la langosta por sí sola ya le había dado a aquellos días en Reno un aire distintivo de celebración, cierto aroma a viaje de bodas.

Cuando Everett devolvió a Lily a su casa, una semana después del casamiento, Edith Knight lo saludó con un beso en cada mejilla y le entregó a Lily una lista de las doscientas personas que habían sido invitadas a la recepción. Experta en salvar situaciones, ya había empezado un álbum con recortes de la prensa de Sacramento y de San Francisco. En todos salía Lily con una blusa blanca de cuello marinero, su foto de graduación del Dominican. Había incluso un recorte del *Los Angeles Times* con el titular: «Hija de Antiguo Funcionario se casa en Nevada».

Everett pareció perplejo no solo por los recortes sino por la idea misma de la recepción: le sacó la lista a Lily y la examinó, preguntó por unos cuantos de los nombres, pareció olvidarse y volvió a preguntar.

—Es una fiesta muy grande, ¿no? —dijo por fin.

—Eras tú el que estaba loco por institucionalizar esto —le susurró Lily en tono ausente, tocándole el cuello con los dedos. Se acababa de dar cuenta de que en todos los años que hacía que los conocía, los McClellan nunca habían dado una fiesta, salvo para la boda de Sarah, cuatro años antes. Y aun la boda de Sarah, o por lo menos la parte que Lily recordaba, había parecido extrañamente improvisada, un evento que había incluido toda la parafernalia de las demás bodas pero que había resultado, en cierto sentido fundamental, no del todo una fiesta.

—Yo solo quería casarme contigo —susurró Everett.

—Bien, lo lograste —Lily levantó la voz—. ¿Dónde está papá?

—Estamos en plena temporada baja —dijo Edith Knight, inquieta—. No se puede

hacer una fiesta en el jardín ni tampoco una fiesta navideña. Si hubieran esperado seis semanas, podríamos haber puesto árboles de Navidad. Algo festivo.

—Se suele considerar —dijo Lily— que la novia es atracción suficiente. Pregunté dónde está papá.

Edith Knight se encogió de hombros.

—En su oficina, supongo. Creo que lleva cinco días sin salir de casa. No ha ayudado nada con los preparativos. Nada de nada.

Lily esperó delante de la oficina de su padre y por fin abrió la puerta sin llamar. Su padre estaba sentado detrás de su escritorio, mirando el puente de la isla a través de la ventana. El Ford de Everett se veía claramente en la entrada para coches; su padre sabía que ella había vuelto.

—Pero si es Lily —dijo, apartando la vista de la ventana—. La niña novia.

—Veo que tenemos buena prensa.

—Lily McClellan. —Soltó aquella risa seca que Lily reconocía como forzada—. ¿Qué tal suena?

Dio la impresión de que las palabras flotaban sin fluidez entre ellos. Lily apartó la mirada.

Walter Knight rio otra vez, dio la vuelta a su escritorio y le ofreció una mano vacilante.

—Bueno —dijo.

Aunque no parecía muy probable que tuviera intención de estrecharle la mano a su hija, allí estaba su mano, de forma que Lily se la estrechó. A continuación pareció que él no sabía qué hacer, y luego le dio unas palmaditas cuidadosas en el hombro.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo al fin, como si ella hubiera estado mucho tiempo en un sitio remoto, y luego, aparentemente aliviado de haber encontrado aquella frase, la repitió.

—Me alegro de estar de vuelta —susurró ella, incapaz ni de mirarlo directamente ni de hablar con normalidad.

—En realidad vas a estar más cerca de casa de lo que habrías estado en Berkeley.

Animada por esa perspectiva de la situación, Lily asintió con la cabeza.

Su padre sonrió y le dio otra palmadita en el hombro.

—Los McClellan son viejos amigos.

Ella no dijo nada. A la vista de un dato que acababa de recordar —que Everett era primo segundo de Rita Blanchard, cuya abuela había sido una McClellan—, el comentario de su padre pareció vagamente acusatorio. La cuestión parecía confusa hasta lo indecible, y Lily, sonrojándose, sacó una moneda de plata del bolsillo de su tapado y se puso a lanzarla al aire y atraparla.

—Está nevando en el paso —se apresuró a decir—. Lo pasamos bien en Reno. Gané dos premios de veinticinco dólares y comí langosta.

Su padre asintió con gravedad.

Ella dejó caer la moneda, que le había regalado Everett una noche en que estaba

ganando, y se quedó mirando cómo rodaba por el suelo.

—Bueno, princesa, no hay otro lugar como Reno —Walter Knight recogió la moneda y se la metió en el bolsillo— para todos los placeres terrenales. Ahora vamos a ver si podemos conseguir una copa antes del almuerzo. Seguramente te vendría bien. O dos.

Ella intentó sonreír. Aunque llevaba toda la semana, y hasta esta mañana, confiando en que su padre le diría que no se preocupara y que se haría cargo de la situación, ahora vio que la cosa estaba más o menos en manos de ella.

Siempre que recordaba esa semana en Reno —y durante aquel primer año la recordó a menudo, pensaba en ella sentada a la mesa durante la cena, escuchando el reloj del pasillo y al padre de Everett masticar; pensaba en ella en la cama y estiraba el brazo a oscuras para cerciorarse de que no estaba sola; pensaba en ella de vez en cuando antes de que naciera Knight, esa época que ella pasó aterrada y en la que Everett se mostró tan razonable, trayéndole todas las mañanas unas flores que ella no sabía cómo arreglar y unas palabras que no sabía cómo aceptar— sería con una añoranza que no era capaz de articular, una nostalgia que no era ni del todo verdadera ni del todo imaginaria. Era como si aquella semana hubiera existido fuera del tiempo, como si pudieran encontrársela un día por accidente y hallar el mismo aire límpido, eternamente suspendido allí entre el otoño y el invierno; las mismas caras en el bar del Riverside; los mismos patos silvestres posándose en las mismas rocas de la ribera del Truckee, aunque aquella semana los patos ya estuvieran de camino al Sur; todo intacto, inmune a la erosión, no del todo brillante ni tampoco inocente, pero sí preservado exactamente como había estado entonces, absolutamente a prueba de corrupciones posteriores. Aquella mañana le había dicho a su padre todo lo que podría haber dicho: *lo pasamos bien en Reno*.

Joven esposa, matrona del río, madre de dos hijos: en la mañana de febrero de 1942 en la que se enteró de que estaba embarazada por segunda vez, ya supo qué roles iba a desempeñar. No había sentido tanta presión cuando solo tenía a Knight. El nacimiento de Knight había hecho feliz a Everett; el nacimiento de Knight la había hecho feliz a ella, una vez consumado. En los seis meses transcurridos desde el nacimiento de Knight, sin embargo, no había cambiado nada. China Mary se había ocupado de él, igual que se ocupaba de todo lo demás que había que hacer en la casa; y Martha se había preocupado por él, igual que se preocupaba por todos los demás. Llamaba desde Davis a mitad de semana y empezaba:

—Esa fiebre.

—¿Qué fiebre? —le preguntaba Lily.

—Los cuarenta grados de fiebre que tenía hace una semana. Qué fiebre. En fin. ¿No crees que le puede haber dañado el corazón?

—Vino el doctor Dubois —decía Lily.

—El doctor Dubois. El doctor Dubois lleva senil desde poco antes de traerte al mundo *a ti*. Déjame que hable con Everett.

Para el señor McClellan, Knight todavía era un animalito demasiado inerte para ser entretenido; la presencia del nieto le resultaba en gran medida indiferente, y sólo se detenía junto a la cuna del piso de arriba cuando sospechaba que Everett o Lily estaban mirando. En suma, la llegada de Knight no había alterado para nada la atmósfera de la casa: Lily seguía pasando todo el tiempo posible en el piso de arriba, y siempre que bajaba las escaleras la ponía nerviosa estar molestando a la familia que ella seguía considerando los McClellan, como si fuera una invitada que lleva demasiado tiempo en una casa; Everett estaba cada día más abstraído, tal como, según veía ella ahora, había estado siempre en presencia de su padre.

—Si no dejas de silbar por lo bajo —le susurró ella una noche después de la cena —, me voy a poner a gritar.

—Everett siempre ha silbado por lo bajo —la interrumpió Martha; cada vez que Martha volvía de la universidad era imposible decir nada sin que lo oyera y lo convirtiera en tema de debate—. Silbar es simplemente la forma que tiene Everett —añadió, mirando directamente el libro que Lily tenía en el regazo— de fingir que está leyendo.

A Lily le parecía que Everett sólo era él mismo cuando estaban los dos solos, y Knight no había cambiado esto. Podían pasarse la mañana entera en cama con Knight entre ellos y riendo, pero a Lily no le parecía que eso los convirtiera en una familia.

Con dos chicos, sin embargo, iba a tener que esforzarse algo más. Su *modus vivendi* no era para nada adecuado a una joven esposa con dos hijos: el médico, sin darse cuenta apenas, se lo había dejado muy claro. Después de examinarla, le había preguntado si alguna de sus amigas le había hablado del doctor Grantly Dick-Read.

—Supongo que se refiere al parto natural —se apresuró a decir ella, incómodamente convencida, en situación de ignominia en la camilla, de que tanto el doctor como su secuaz la enfermera, cada vez más reprobadora, habían adivinado el vergonzoso hecho que ella misma acababa de descubrir: que no tenía amigas. Tenía a su familia y tenía a los McClellan; también tenía una pulcra agenda de cuero, respetablemente llena, aunque no del todo, de nombres, sobre todo de chicas con las que había estudiado y a las que podía mandar felicitaciones de Navidad. Pero no tenía a nadie con quien pudiera sentarse a tomar un café y comparar experiencias en materia de obstetricia. Era una carencia de la que nunca había sido consciente: que no le gustaba mucho la compañía de las mujeres—. Parto natural —repitió ella para ganar tiempo—. No estoy segura de que me gustara. Con Knight tuve treinta y cuatro horas de trabajo de parto.

—Eso fue porque tenías miedo —le dijo el médico en tono jovial. Era un obstetra joven que le había recomendado Martha; el doctor Dubois se había jubilado.

—No lo sé. —Lily se preguntó con cierta irritación cómo se le había podido ocurrir que Martha fuera una autoridad en obstetras.

El doctor le dio una palmadita afable en el muslo.

—Háblalo con tu marido.

La idea de que pudiera hablar de partos naturales con Everett solo le parecía ligeramente menos ridícula que la idea de que ya pudiera haber hablado del tema con sus amigas, y al salir de la consulta del médico Lily se encaminó hacia el Parque del Capitolio a pie, perturbada por el panorama de fracaso social que le había abierto el médico; se sentó en los escalones mojados del Capitolio y trató de pensar qué hacían exactamente las jóvenes esposas y madres. Para empezar, no se sentaban solas en la escalera del Capitolio a fumar bajo la lluvia; de eso estaba segura. Si se encontraban en el centro después de una cita en el Edificio Médico-Dental, tenían muestras de tela que comparar, Bonos de Guerra que comprar, amigas con las que juntarse a almorzar. Tenían un círculo entero de amigas con las que comían seguido, jugaban al bridge y hablaban de partos naturales y anestesia epidural y parto consciente sin dolor y de la última vez que los Lunt habían tocado en el Memorial Auditorium.

Tras decidir mientras volvía en coche a la finca que el primer paso a la normalidad social quizás fuera contar con el equipamiento adecuado (no se le ocurría qué otra cosa podía ser), escribió de inmediato al Shreve's de San Francisco y encargó seiscientas hojas de papel de carta azul celeste con el monograma L. K. McC., cuatrocientos sobres forrados con la inscripción *McClellan's Landing, California* (un membrete aceptable tanto para Everett como para la oficina de correos y que a ella le pareció que tenía un estilo mucho más natural que el simple número de la ruta estatal que el señor McClellan insistía en usar), seiscientas esquelas (con los sobres a juego) con la inscripción *Señora de Everett Currier McClellan* y algo que había visto descrito en *Vogue* como un «salvador de anfitrionas»: un cuadernito

parecido a uno que usaba la secretaria de sociedad de la señora Roosevelt para registrar las preferencias, aversiones y menús favoritos de todos los invitados que una tenía.

El día en que le llegó el paquete de Shreve's, armó una mesa plegable en la galería, llenó la estilográfica de Everett, preparó una bandeja con un vaso de té helado y un paquete sin abrir de cigarrillos y se puso a escribir notas. Como de entrada no sabía por dónde empezar, localizó la pulcra agenda de cuero y se puso a pasar páginas metódicamente, de la A (Alice Adamson, una chica poco atractiva pero popular con la que Lily había compartido habitación en una fiesta en una casa de Stanford y a la que no había vuelto a ver), pasando por la enorme concentración de parientes que había en la K, hasta llegar a la Z (la joyería Zenith de Berkeley, donde una vez había dejado una pulsera para que se la repararan): no tenía a nadie a quien fuera sensato mandarle una carta.

A finales de la tarde, sin embargo, usando una caligrafía bastante más grande de lo normal y en un caso pidiendo una receta que no quería (no podía sacarse la idea de que el pastel de helado y merengue con queso crema trascendía incluso su horizonte en expansión), había conseguido escribir tres: una a su compañera de habitación del Dominican, una chica que no le había caído ni bien ni mal; otra a la más bien sentenciosa viuda que había sido directora de la sede de la Pi Phi el año de su estadía en Berkeley; y la tercera a Martha, que estaba en Davis y no había venido a casa desde hacía ocho días, pero había llamado dos veces a Everett y le había pedido que le escribiera. Aunque la caja de esquelas permaneció intacta, Lily pensaba usarlas para un propósito claro: invitaciones. Empezaría organizando almuerzos y meriendas e iría progresando hasta los eventos mixtos: cócteles, cenas de domingo por la noche y unas comidas pequeñas y tan bien planeadas que ni siquiera el señor McClellan se las podría estropear; simples pero perfectamente ejecutadas, un entretenimiento adecuado a los tiempos de guerra.

—Mi madre es una *gran* anfitriona —le explicó a Everett mientras iban en coche a la oficina de correos para mandar sus tres cartas—. Cuando mi padre era senador, ella debió de ser la anfitriona *más ilustre* del río. Así que no hay razón para que yo no pueda organizar una fiesta. ¿Verdad? —Everett, con la vista en la ruta, fue incapaz de ver alguna razón que lo impidiera—. Paremos a tomar una copa antes de volver —dijo Lily en tono risueño—. Paremos a tomar una copa los dos solos en un restaurante de ruta o algo así. Hay tiempo antes de la cena.

—De acuerdo —dijo Everett con sequedad, besándole el pelo al parar en un semáforo, tomarían una copa en un restaurante de ruta o algo así.

—Para celebrar —añadió ella.

—Para celebrar —repitió él, sonriendo, aunque ella se dio cuenta de que no entendía del todo qué estaban celebrando ni por qué.

Quince días más tarde, después de hacer varias listas y abandonarlas en momentos de regresión, Lily abrió la caja de esquelas y escribió dieciocho

invitaciones para un almuerzo tardío una tarde de mayo. Everett le puso mesas plegables en la terraza, Martha llamó desde Davis para animarla (así como para sugerir que era posible que Knight se asustara por aquella inaudita cantidad de gente), y esa tarde la casa de los McClellan generó durante unas horas la ilusión de que allí vivía alguien que no era Lily, alguien acostumbrado a las amistades informales, cómoda con el ruido de las voces femeninas, los tenedores de torta y las barajas de bridge. Pero aunque Edith Knight declaró después de que todo el mundo se marchara que había sido la velada más encantadora del mundo, Lily era consciente de que no había funcionado muy bien. No por nada que ella hubiera hecho o dejado de hacer. Era simplemente que entre ella y el resto de las mujeres existía un vacío en el que las oberturas se apagaban, las voces se volvían inaudibles y las conexiones se rompían. Con aprensión creciente pero determinación pura, se empeñó en corregirlo: si era incapaz de tener un círculo social propio, reorientaría sus esfuerzos a cimentar el círculo de Everett. Pero cuando descubrió que el desinterés de Everett hacia las amigas o falta de amigas de su mujer solo era comparable a la falta de interés que tenía en ver a sus propias amistades con regularidad (¿tenía amistades? Se lo preguntaba a veces), ya no supo qué hacer a continuación, y cuando su padre murió en junio dejó de tener razones para hacer nada. El único almuerzo, el puñado de cartas y llamadas telefónicas, la cena de domingo que Everett había aceptado organizar finalmente y en la que a nadie, ni siquiera a Martha, se le había ocurrido ningún tema de conversación que arraigara: no pudo repetir ninguna de esas cosas. Ya más adelante se convertiría en esposa y madre, porque tal como le diría a Everett en el terror del día en que se enteró, *Si mi padre está muerto yo no soy yo.*

El accidente lo descubrieron un hombre y una mujer de Chicago: en la estación Texaco del centro de Sacramento les habían dicho que quizás encontrarán un poco de brisa en aquella noche calurosa de junio si tomaban la ruta del río en vez de quedarse en la ruta 40. Los hizo frenar (según le contó el hombre a la policía caminera) una luz curiosa que subía del río. Cansada y aburrida y pegajosa de estar todo el día sentada en el coche, su esposa le dijo de entrada que era otra artimaña de los californianos y que no quería pararse ahí. Estaba más claro que el agua que en alguna parte había otro puestito de bebidas Giant Orange acechando, y si era por ella podías agarrar todos los puestitos de bebidas Giant Orange entre allí y San Bernardino y hundirlos a dos metros bajo tierra. Aun así el hombre paró el coche; salió y caminó hasta el dique. Cuando el reconocimiento del terreno no arrojó pruebas de que hubiera un puestito de bebidas Giant Orange, a su mujer le entró el miedo (era extraño, dijo, era extraño y siniestro) y ya no quiso salir del coche. El hombre tardó tres o cuatro minutos en darse cuenta de lo que cualquier nativo del río habría sabido de inmediato, porque aquella era una curva peligrosa que los conductores a menudo calculaban mal, o por lo menos tan a menudo como solían tener lugar ese tipo de errores de cálculo; en darse cuenta de que aquel resplandor del río se elevaba a través de ocho metros de agua fangosa, procedente de los faros de un coche. La luz se filtraba a través de una capa tras otra de corrientes y contracorrientes, y parpadeaba por todo el canal cada vez que el viento agitaba la superficie del agua. *Más de veinte veces se lo dije: allí estaba pasando algo raro y nos tocaba a nosotros ver qué era*, les repitió una y otra vez el hombre a los agentes de la policía caminera, con su curiosidad ya transmutada en el sentido de responsabilidad cívica que se convertiría, en crónicas futuras, en el leitmotiv de la historia de aquella noche en que su mujer y él estaban en algún lugar de California y vieron una luz que Melba dijo que era un Giant Orange, que es un tipo de puesto de bebidas con forma de naranja gigante que hay en California. Ya era bien pasada la medianoche cuando la patrulla de salvamento fluvial pudo llegar hasta ahí desde el Condado de Yolo con una grúa, y casi las cinco antes de que averiguaran lo bastante como para llamar a Edith Knight.

Edith fue sola en coche a la ciudad, con una bata de seda puesta por encima del camisón, para identificar los cadáveres. Como el accidente había sido descubierto tan pronto, la identificación fue un mero protocolo. La cara de Walter Knight, sin marca alguna, tenía solamente esa expresión vacía de quienes se acaban de ahogar. Rita tenía cortes, en la mejilla izquierda y a lo largo de aquella garganta esbelta de los Blanchard; al parecer había salido despedida contra el tablero antes de que el coche llegara al agua. Tenía el pelo largo todavía mojado, y Edith Knight se preguntó, de forma irrelevante pero obsesiva, si se le secaría antes de que la enterraran. No veía cómo se le podía secar dentro de la tumba. Le preguntó al ayudante de emergencia del forense si era posible que se secara, pero al parecer no lo sabía. El ayudante, un

hombre bajito que tenía gran curiosidad por la gente en situaciones de estrés (un interés que aliviaba el tedio generalizado de su trabajo), aprovechó la oportunidad para indagar con delicadeza si aquella señora de pelo tan lindo venía quizás de visitar a la señora Knight y al difunto senador. Al difunto senador estatal.

—La señorita Rita Blanchard ha vivido toda su vida en la calle 38 —dijo Edith Knight, cortante—. Es de una familia muy, muy antigua del Valle —añadió en tono magnánimo—, que cruzó los Grandes Llanos un año antes que la mía.

—Es una gran tragedia, señora Knight —dijo el ayudante del forense, abandonando la oportunidad de indagar más en la genealogía del Valle de Sacramento y extendiéndole la mano—. Una pérdida trágica.

—El Señor da y el Señor quita, señor Paley —dijo ella, dando media vuelta y alejándose de la mano extendida del hombre.

Para cuando salió de la morgue, ya había amanecido del todo y empezaba a hacer calor. Fue directamente a la casa de los McClellan y encontró a Lily en la cocina.

—Oh, Dios —susurró Lily—. Nunca se comerá la mermelada.

Lily se había levantado al amanecer para hacerle mermelada de pera a su padre antes de que empezara a apretar el calor. Era un tipo de mermelada que a él le gustaba especialmente, hecha con una receta de su madre, y ella había planeado que fuera una sorpresa. Había ido a la finca el día anterior para que Gómez le diera las peras.

—La mermelada se lo habría demostrado —susurró.

—¿Demostrado qué? —preguntó Edith Knight, pero Lily no contestó porque se había puesto los nudillos contra los dientes para no gritar y se había escurrido junto a la bacha de la cocina hasta el suelo de linóleo. Temblando pero en todo otro sentido inmóvil, se quedó ahí hasta que Edith Knight la hizo ponerse de pie, le desató el delantal que llevaba por encima del camisón y la llevó al piso de arriba con Everett, que se estaba afeitando. Más tarde el médico le dio a Everett suficientes pastillas como para mantenerla en calma durante dos días y Edith Knight dijo que nunca, nunca jamás en su vida había visto a nadie reaccionar de la forma en que aquella criatura había reaccionado a una muerte en la familia; siempre había tenido una sensibilidad mórbida y, francamente, habría sido mejor conseguir las pastillas antes de darle la noticia, deberían haber sabido lo que pasaría y ella más que nadie debería haber sabido que Lily no era lo bastante fuerte para lidiar con las cosas con las que tenía que lidiar la gente, pero cómo piensa uno en un momento así.

La mañana del funeral, Edith Knight y Martha, juntas, consiguieron vestir a Lily. Se quedó sentada en el borde de la cama, mirando fijamente el suelo mientras Martha rebuscaba en su ropero. No tenía nada que pareciera ropa de luto salvo un vestido negro de seda que había comprado en Berkeley; ahora, embarazada de seis meses, no podía abrocharse la falda.

—Everett dijo que no importa lo que me ponga —repetía una y otra vez, y por fin, después de que su madre y Martha admitieran que no importaba, se puso una falda para embarazadas, una blusa floreada blanca y rosa que su padre le había

elogiado una vez y, para rematarlo, una mantilla de encaje negro. Martha le dijo en voz baja a Everett que parecía que se hubiera escapado de *Las uvas de la ira*.

Era otro día agobiante, casi 42 grados a las once de la mañana. Lily iba sentada en el coche entre su madre y Everett, y su estado mental era tan precario que no era capaz de mirar a ninguno de los dos.

—Me siento más fuerte a cada minuto que pasa —anunció Edith Knight, intentando enfundarse los dedos en sus guantes largos—. Ten —añadió, quitándose uno de los guantes y haciendo girar un anillo para sacárselo del dedo—. De todas formas, te lo quería dar algún día.

Lily se puso el anillo por encima de su alianza y volvió a cerrar los ojos. Era un diamante que su padre le había regalado a su madre el día en que ella había nacido.

—Gracias —dijo.

—No sé. —Edith Knight le levantó la mano izquierda a Lily y observó cómo le quedaba—. La verdad es que eres demasiado joven.

—La verdad es que es demasiado flaca —dijo Everett—. Lo perderá.

—Lo *quiero* —dijo Lily, abriendo los ojos; era la primera declaración inequívoca que hacía en dos días.

No celebraron un funeral católico. Dado en primer lugar que muy pocos miembros de la familia Knight eran católicos, y que además su catolicismo era más un accidente de nacimiento o de matrimonio que un acto de fe, a la familia no le molestó que el servicio fuera episcopal ni que el suelo no estuviera consagrado: lo enterraron en el cementerio familiar, cerca de la finca, donde no se había enterrado a nadie desde 1892.

—Me da igual que lo criaran en el catolicismo o en el hinduismo —había declarado Edith Knight—. Creo que sé dónde querría descansar. Creo que eso lo sé.

Vinieron parientes de todo el Valle y de los pies de las colinas de la Sierra; vino toda la gente del río y también de la ciudad. Vinieron Gómez y Crystal, vino el gobernador y vino el camarero del Hotel Senator. Como si fuera inmune al dolor, al amor y a todas las pasiones pasajeras, Edith Knight se pasó el funeral entero de pie y sin moverse. Lily se quedó detrás de ella, evitando mirar la tumba y fijando la vista en la hilera lejana de álamos que señalaban dónde estaba el río. Se había quitado la mantilla de encima del pelo porque parecía atraer el calor; ahora se le había caído de los hombros y estaba tirada en el suelo detrás de ella. No podía agacharse para recogerla.

Había cierto consuelo en aquel cementerio abandonado. El pasto seco tapaba las lápidas y las alas de los ángeles de piedra que protegían la reja de alambre oxidado llevaban años rotas; no había nada de ese respeto por la muerte implícito en una parcela bien cuidada. Una vez, hacía mucho tiempo, Walter Knight había llevado a Lily a ver aquel cementerio. Le había hecho seguir con el dedo las letras de las lápidas, los nombres y las fechas, hasta encontrar la lápida pequeña y tosca que

identificaba la tumba más antigua. *Matthew Broderick Knight*, 2 de enero de 1847 a 6 de diciembre de 1848. El bebé había sido el primer miembro de la familia que había muerto en California. Era una historia muy popular que circulaba entre los Knight y que era documentada periódicamente en los suplementos históricos del *Sacramento Union*. Nacida en Kentucky, la criatura había empezado a arder de fiebre infantil de camino al Oeste. Otro chico de la misma expedición había muerto de lo mismo, y su madre lo había llevado muerto en brazos durante tres días sin decírselo a nadie, por miedo a que enterraran a su bebé antes de llegar a alguna parte. Pero Matthew Knight había sobrevivido a la travesía, para terminar muriendo en una habitación de Sacramento durante aquel primer invierno, mientras su padre, el tatarabuelo de Lily, construía la primera casa de la finca. Su madre, que aquel invierno tenía veinte años, se había pasado meses trastornada, convencida de que estaba en su Condado de Bourbon natal por mucho que cargara baldes de limo del río Sacramento para cubrir la capa de arcilla dura que rodeaba su casa sin terminar. Quería plantar un jardín de nomeolvides y amarantos y de los cerezos que ella recordaba de la entrada a la cocina de su madre, pero cuando arrancó el verano y ella empezó a recuperarse, en su lugar plantó las mismas amapolas foráneas y lupines que crecían sobre la tumba de la criatura. La inscripción que había mandado tallar en la lápida era *Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos*, pero eso había sido cuando estaba enferma. La condición simbólica del primer jardín que había plantado Amanda Broderick Knight en la finca era, para los Knight, toda la razón de ser de aquella historia.

—Creo que nadie posee una tierra hasta que están sus muertos en ella —le había dicho Walter Knight a Lily, interpretando una variación familiar sobre un motivo familiar. Por mucho que ella entendiera que lo único que él le estaba transmitiendo era el dicho oficial de la familia, Lily no pudo evitar la conmoción. Le contestó en la misma vena grandiosa:

—A veces creo que este valle entero es mío.

—Lo es, ¿me oyes? —le dijo en tono cortante Walter Knight—. Lo creamos nosotros.

Ella nunca había puesto eso en duda.

A mediodía la tumba ya estaba cubierta. Lily se quedó sentada en el coche, tomada del brazo de Everett, retorciéndose el anillo y observando a su madre. Edith Knight seguía de pie entre el pasto seco junto a la reja de alambre, atendiendo a los invitados: aceptando el tributo de los recuerdos certificados y de los testimonios rituales que sirven de visado de entrada a ese cómodo territorio en el que ningún hombre muerto carece de nobleza. *Te acuerdas cuando Walter vino ese verano, en el treinta y tres, y nosotros estábamos en plena cosecha y había un montón de problemas y Walter mandó a sus hombres y liquidó la cosecha. Te acuerdas de que Walter se guardó la cuenta pendiente de la casa de Hawkes durante años hasta que el hijo la pudo pagar. Bien, acuérdate. Acuérdate.* La letanía de las horas más resplandecientes de Walter Knight continuó hasta la una, mucho después de que la

mayoría del cortejo fúnebre, incluyendo al señor McClellan y a Martha, se hubiera ido a la ciudad para asistir al funeral de Rita Blanchard; Edith Knight se mantuvo todo aquel tiempo impasible y triunfal. A fin de cuentas, ¿no estaban dando fe de que ahora Walter ya solo pertenecía a Dios, mientras que ella, Edith, tenía la propiedad exclusiva de las reliquias de él en este mundo?

Dos semanas más tarde, los abogados validaron su victoria. En 1933, Rita Blanchard, necesitada de dinero, le había vendido a Walter Knight cuarenta metros de fachada de un edificio del centro que llevaba ochenta años en la familia de ella. Aunque el testamento de Walter estipulaba que aquella parcela se tenía que devolver a Rita, sus muertes simultáneas significaban que ahora pertenecía a Edith. Edith les anunció a los abogados, a la familia y al reportero que estaba cubriendo la disposición de la herencia que quería que los cuantiosos ingresos de aquella propiedad se destinaran anualmente a un fondo de becas de la Universidad de California que sería administrado por el Departamento de Literatura Inglesa y que llevaría el nombre de Rita.

—Si hay una cosa que recordaré de la pobre Rita hasta el día en que me muera —explicó Edith Knight—, es que Rita era una gran *lectora*.

Como la herencia entera fue a parar a Edith (y pasaría después a Lily cuando su madre muriera, gestionada durante las vidas de ambas por un fideicomiso flexible que revertiría en Knight en algún momento posterior a su vigésimo primer cumpleaños), ahora ella se podía permitir, en todos los sentidos, deshacerse de Rita con aquel gesto magnánimo. (El impacto de las Becas Rita Blanchard quedó un poco debilitado, sin embargo, cuando salió a la luz un mes más tarde que Rita había dejado la mitad de la herencia Blanchard a Lily y la otra mitad a dividir entre dieciséis primos, entre ellos Everett, Martha y Sarah McClellan. Tal como Martha le dijo a Everett en el estudio del abogado de la familia Blanchard, esa ronda había que concedérsela a Rita).

Había rosas (muchísimas para septiembre) y amapolas tardías: la habitación estaba llena de flores. Debía de haberlas traído Everett de la finca. No importaba en qué dirección girara la cabeza sobre la almohada, Lily veía rosas que perdían lentamente los pétalos en aquella cerrada habitación gris e idéntica a la que le habían dado al nacer Knight. Entre las rosas había unas cuantas gardenias del Cabo, dulzonas y pesadas como drogas. Las monjas no querían abrir las ventanas por la tormenta. Había empezado a llover la noche antes de que comenzara el trabajo de parto y todavía no había parado; llevaba toda la mañana viendo bajar el agua a chorros por las estrechas ventanas. Cada vez que cerraba los ojos, se imaginaba la lluvia aporreando las hojas de las camelias que rodeaban su casa. Debía de estar lloviendo en el mundo entero, inundando todos los valles: Lily estaba segura de que su bebé había muerto en plena noche, de que las monjas le estaban ocultando su muerte, y sabía también que ella misma no tardaría en sufrir una hemorragia mortal. Hacía poco que había leído *Adiós a las armas* y ahora lloró al imaginarse a Everett saliendo del hospital bajo la lluvia como si fuera el teniente Henry.

Everett había venido el día anterior. Cuando ella se despertó al disiparse los efectos de la medicación él estaba sentado junto a la ventana, y ella lo miró varios minutos sin decir nada. En el suelo alrededor de la silla estaban tirados los diarios de San Francisco. Todo el año él había estado leyendo tres o cuatro diarios, desde antes de Pearl Harbor. Aunque de vez en cuando ella intentaba leer un diario entero, siempre le daba la sensación de haber llegado demasiado tarde a alguna acción como para entender las jugadas del día. Al cabo de un tiempo intentó concentrarse solo en el frente del Pacífico, donde por lo que ella llegaba a entender los Estados Unidos iban perdiendo. Aunque esto no resultaba del todo creíble, sí que resultaba —fueran ganando o perdiendo— más creíble que todo lo que tuviera que ver con la guerra en Europa; lo que le faltaba de forma evidente a la guerra en Europa, para Lily, era un Pearl Harbor. Tal como había dicho el señor McClellan en la mañana de Pearl Harbor, cuando Martha bajó corriendo las escaleras envuelta en una toalla para darles la noticia, «Eso lo define todo». (Fue lo único que dijo —aunque primero le gritó a Martha: «Como sigas escuchando la radio en la bañera, señorita, vas a terminar frita»—, pero el resto del día se lo pasó caminando de un lado a otro delante de la casa, escrutando el cielo y murmurando para sí mismo). Hasta que Everett le explicó que los alemanes y los japoneses habían jurado defenderse los unos a los otros, una idea que a ella se le había pasado por alto durante las dos primeras semanas de guerra, Lily no había conseguido entender qué estaba haciendo Estados Unidos en Europa. El Pacífico, por supuesto, era un caso distinto. A ella no le gustaba pensar, tal como había pensado, que aquel bebé pudiera haber sido concebido la mañana de Pearl Harbor. No era propicio.

El día anterior Everett había estado contemplando la lluvia por la ventana del

hospital. Parecía que se estaban empezando a encender las luces de la calle. Debían de ser las cinco de la tarde, calculó ella, y debía de haber luz en todas las ventanas de la calle 38. La casa de Rita Blanchard debía de ser la única que seguía a oscuras; llevaba vacía desde el accidente. Ella no se acordaba nunca de que ahora la casa era de ella; de ella, de Everett, Martha, Sarah y trece personas más, pero más que nada de ella. Hacía unas semanas Everett había hablado con un hombre que quería comprar la propiedad y retasarla para poner una guardería. Qué idea. Conejos de madera pintados en el césped de Rita Blanchard.

—Cuéntame qué dice el diario —le dijo ella por fin. Everett siempre estaba intentando contarle a su padre lo que decía el diario. Debido a que el señor McClellan ni leía los diarios (según él, ninguno traía nada que no fuera sobre la pandilla esa de Washington) ni tampoco escuchaba la radio, sus muchas ideas acerca de cómo habría que hacer la guerra se basaban casi exclusivamente en la información que le daba Everett. En cuando absorbía dos o tres datos, por lo general tangenciales, interrumpía a Everett para decirle que para él no era ninguna novedad, que él conocía a esos cobardes y todos sus trucos como si fueran la palma de su mano.

Everett dobló el diario y sonrió.

—¿Cuánto hace que estás despierta?

Ella se rio y se puso las manos en el vientre. Seguía inflado.

—No hace falta que hables en voz baja. ¿Dónde está el bebé?

Él volvió al cabo de unos minutos con una de las monjas, que traía al bebé envuelto en franela de color rosa.

—Es niña —dijo—. Papá habría estado contento.

—Yo estoy contento.

Lily giró la cabeza sobre la almohada para poder verle la cara a Everett.

—Escucha —dijo—. Esta vez lo hice bien, ¿verdad?

—Lo hiciste bien.

Ella se recostó en la cama.

—No le puedo dar de comer, ya sabes.

—Le darán de comer ellas.

—Es raro pensar que es *niña*. Ni siquiera sé cómo la vamos a llamar.

—Tú dijiste Julia. Julia Knight McClellan. Pensé que lo habíamos decidido.

—Solo lo dije por mi abuela. Jamás pensé que sería niña. Yo tenía pensado Walter. —Se rio—. Es demasiado pequeña para ponerle un nombre como Julia Knight McClellan. Suena a sufragista.

—Es grande para ser un bebé. —Everett se giró hacia la monja—. ¿No dijo usted que era un bebé grande?

—Everett, *lo sé*. Es una bebé King Kong. —Y después de que la monja saliera de la habitación añadió—: Tendremos más. Tendremos unos seis. Y Martha puede tener seis más. Y tendrán todos unas peleas terribles porque no habrá suficientes tierras para todos.

—Y Sarah. No te olvides de Sarah.

—Exacto, y Sarah. —De hecho, se había olvidado de Sarah—. Estará el pequeño de la camada. Simpático, pero ya sabes, un perdedor. Los demás lo estafarán y lo dejarán sin nada más que un trocito de tierra perdido y sin agua. Y un día, mientras los demás estén jugando al golf (porque serán los típicos que se pasan todo el santo día en el club de campo), él estará escarbando en su propiedad, ¿y sabes qué pasará entonces?

—Oro.

—Everett, mi amor. Vives tan en el pasado. Resultará que su parcela es la única salida en cien kilómetros de proyecto de autopista trans-continental.

—¿De autopista?

—Una *salida*, Everett. Estaciones de servicio. Moteles. Supermercados Piggly Wiggly. Alquileres de largo plazo.

Everett sonrió.

—Escucha —dijo ella—. Esta vez me porté bien, ¿verdad?

Everett se sentó junto a la cama y le tomó la mano.

—Sí.

—No me asusté y no hice tanto lío. O sea, esta vez lo hice bien todo el tiempo.

—Tampoco hiciste lío la vez pasada.

—Sí. Tu padre le dijo a Martha que esperaba que yo nunca me volviera a quedar embarazada porque era insoportable.

—¿Eso quién te lo dijo?

—Da igual. Era verdad, eso es lo que importa.

—Si Martha te dijo eso, no te lo dijo en serio.

—Da igual. Esta vez fue mejor, ya lo viste.

—Estuvo bien.

—Tienes que cuidarme —le dijo ella en voz baja.

Él le tomó la mano y se pasó un rato largo mirando por la ventana.

—Te cuidaré —dijo—. Ya lo hago. ¿No?

Aunque por un momento ella pensó que nunca había sido tan feliz, Everett se había marchado al llegar su madre («Quería venir antes pero estaba en el centro», dijo Edith Knight, remotamente perpleja, tal como llevaba mostrándose desde unas semanas después del funeral; a pesar de llevar un abrigo nuevo de vicuña y de la ausencia absoluta del más pequeño defecto en su apariencia personal, producía una curiosa sensación de desaliño, retorciéndose los anillos, acomodándose el pelo, alisando la sábana mientras se despedía con un beso de Lily), y cuando su madre se fue Lily se quedó sola. Las monjas habían empezado sus visitas vespertinas y recorrían los pasillos en parejas. Cuando una se detuvo delante de su puerta, con la luz centelleando en sus gruesas gafas, Lily apartó la vista de la puerta y fingió que dormía, y mientras veía emborronarse las luces de la calle a través de las ramas

movidas por el viento se preguntó cómo lo habrían sabido las monjas, y si habrían sido alguna vez como ella ahora. Pensó en su madre, que a estas alturas estaría sentada a solas con una bandeja en la sala de estar, picoteando su inevitable costilla de cordero y contemplando la misma lluvia. La lluvia casi nunca caía tanto y tan temprano; si seguía así, quizás hubiera inundaciones antes de Navidad. Una vez, siendo ella niña, se había roto un dique en Nochebuena y las iglesias se habían llenado de mujeres fatigadas con impermeables y de criaturas con toallones azules. Por insistencia de Edith Knight, Lily les había regalado todos sus regalos de Navidad sin abrir menos uno a los niños evacuados, cuyos regalos, le había explicado Edith Knight, se habían ido flotando a su vez hacia los niños pobres de la China. Explicado así, había parecido una situación ideal en la que Lily era la única perjudicada.

Aunque esa noche Everett debería haber cenado con la madre de Lily, cenar con ella o bien llevarla a la finca, jamás se le habría ocurrido algo así. Y su madre estaba tan sola que parecía haber perdido la idea misma de comunicación.

—Hay noches en que se levanta el viento y me da la sensación de ser la única persona viva del río —le había dicho unas semanas atrás.

—¿Por qué no me llamas? —le dijo Lily—. ¿Por qué no me llamas a mí o a uno de los Randall?

—Podría, claro —dijo su madre sin interés, como si su hija hubiera sacado a colación un tema completamente irrelevante. Y en cierto sentido así era: ni Lily ni los Randall ni nadie más podía hacer gran cosa para reparar la trama de preocupaciones que Walter Knight y Rita Blanchard se habían pasado doce años tejiendo alrededor de Edith y habían destrozado en junio. A Lily se le había ocurrido una vez que su madre extrañaba más a Rita que a Walter Knight; había sido Rita, a fin de cuentas, quien le había suministrado su rol y quien podría haber seguido suministrándoselo, la prueba viviente no solo del fracaso de Walter Knight (vivo o muerto), sino también de lo fuerte que había sido Edith Knight frente a él.

Bien, su madre había elegido su rol y las monjas el de ellas. ¿Pero cómo lo sabían? ¿Cómo lo había sabido Mary Knight? Mary Knight Randall había ingresado en las Hermanas de la Caridad el mismo verano en que cumplía dieciocho años. Había viajado a Europa con su padre, primo de Walter Knight, y al bajar del barco en Nueva York aquel agosto le había dicho que no tenía intención de volver a Berkeley en septiembre. Aunque él se dedicó a intentar razonar con ella durante toda la travesía del país en tren, prometiéndole incluso un Ford descapotable azul turquesa y el permiso para pasarse el mes de enero entero esquiendo en Aspen, Mary Knight ingresó en el convento la misma semana en que Lily se fue a Berkeley. Era la semana de las pruebas en las fraternidades, y como originalmente Mary Knight había planeado acompañarla, Lily tenía una habitación doble para ella sola en el Hotel Durant. Todas las noches se quedaba despierta hasta tarde, escuchando el Campanile dar las horas en medio de la niebla de la costa y sintiendo una intensa lástima por sí misma, en parte porque no sabía cómo hablar con las chicas lindas y populares de

San Francisco y Pasadena, pero principalmente por haber perdido a Mary Knight, que era mayor que ella pero nunca había sabido nada de nada, había pasado por la adolescencia conservando una inocencia intacta que había reconfortado vagamente a Lily, le había dado ganas de tener a Mary Knight siempre con ella, como un talismán. (Una vez en una fiesta de la playa, el hermano pequeño de Joe Templeton, Pete, había intentado convencer a Mary Knight para que subiera al acantilado en coche con él. «¿Por qué quieren hacer esas cosas?», le había susurrado Mary a Lily más tarde. «Tú no te preocupes por eso», le había dicho Lily, echando arena sobre el fuego. Le había caído mal Pete Templeton por intentarlo y había amado a Mary Knight por no enterarse de nada). Hasta los católicos lamentaban lo de Mary Knight; Helen Randall, que se había negado a viajar a Europa con ellos porque quería ir a Banff, seguía echándole la culpa al padre de Mary Knight. Mary Knight era una chica impresionable y si su padre no la hubiera expuesto día tras día a aquellas mórbidas catedrales europeas, no habría pasado nada. Se la tendría que haber llevado —tal como ella, Helen, había sugerido desde el principio— al Rodeo Anual de Calgary. Ahora había un retrato en el comedor de la casa de los Randall, colgado en un lugar prominente como si fuera el retrato de una persona muerta, de Mary Knight con dieciséis años, con un vestido de tul rosa que le daba un aire absurdo pero extrañamente indómito.

Mary Knight, la madre de Lily, las monjas del pasillo: todas parecían saber algo que ella no sabía. Bueno, al menos le había dado a Everett lo que él quería. Ni siquiera Martha le podría haber dado dos hijos. Pero no podía evitar la incómoda certidumbre de que lo había hecho únicamente por medio de algún elaborado engaño, de que toda su vida con Everett era una improvisación dependiente de una serie de apuntes que un día ella no conseguiría oír, de una serie de caracterizaciones que podía olvidar en cualquier momento. Salvo en momentos difíciles (al morir su padre, o durante el embarazo de Knight), apenas se le ocurría nada que decirle a Everett: ni ella ni él eran dados a contar anécdotas ni chismes, y a veces pasaban semanas sin que tuvieran nada digno de llamarse, ni en los términos más toscos, una conversación. Normalmente en la cama ella fingía ser otra persona, una desconocida, y suponía que Everett hacía lo mismo; cuando no estaba fingiendo ser otra persona, entonces fingía que lo era Everett. Las únicas veces en que Lily no fingía que uno de ellos o bien los dos eran gente distinta, fingía que era la primera vez que lo hacían, que volvía a ser aquel día en el río. Aquella primera vez había tenido una nitidez y una rotundidad que después siempre había estado ausente. Durante mucho tiempo, incluso después de hacerlo cientos de veces, le seguía impactando el hecho mismo de que hubiera pasado alguna vez; también le parecía improbable que lo hubiera hecho alguien más, y el conocimiento popular de que no solo lo había hecho alguien más, sino casi todo el mundo, le dejaba una insatisfacción persistente con su propia ejecución del acto. Era como si Lily hubiera conseguido cruzar ella sola los llanos a los tumbos solo para descubrir al final que todos los demás ya habían llegado en un

avión de la TWA. Incluso ahora, dos años más tarde, aquellos pocos minutos le resultaban más reales que nada que hubiera pasado después: no había perdido ni la sensación de asombro ni la de privación que le causaba el hecho de que la experiencia no le perteneciera solo a ella. El olor veraniego de aquella mañana, a agua de río y sudor y el hedor acre de los pastos rotos a sus pies (y aquel sería siempre el olor del verano), seguía siendo más fuerte que todas las rosas y gardenias del Cabo del Mercy Hospital entero.

Tendría que haberme quedado con el Espíritu Santo en vez de con Everett, había pensado al despertarse aquella mañana, y se había dirigido con brusquedad a la monja que intentaba tomarle la temperatura. Se había pasado la mañana entera tapándose la cabeza con una almohada, y levantándola solo para mirar la lluvia afuera. Tenía que incorporarse y peinarse, lavarse la cara y ponerse la bata de seda que le había traído su madre. Everett iba a volver esa mañana, y ella no quería verlo. No estaba segura de que su relación fuera a ir bien ni aunque pudieran volver a aquella mañana en el río y empezar otra vez de cero; como no sabía exactamente qué iba mal, era inevitable que la segunda vez saliera también mal. Ahora ya solo quería ver a su padre, volver a esa tierra del pasado donde nadie cometía equivocaciones. *Porque a tus ojos un millar de años son como un ayer que ya no está y como una vigilia en la noche*. Había memorizado esas palabras con ocasión de la muerte de su padre, las había repetido mientras caminaba por las calles y se cepillaba el pelo, mientras estaba en cama y mientras iba en coche por la ruta del río, y ahora las volvió a repetir para protegerse de la llegada de Everett.

—Se van a llevar bien —le dijo Everett la mañana en que se fue a Fort Lewis—. Ya eres grandecita. Ya lo verás. Van a estar todos bien. Ya lo verás.

Lo dijo en voz muy baja; tanto Knight como Julie dormían en la habitación de al lado.

—No tenías por qué ir —repitió Lily. No podía ver el alistamiento de Everett más que como un castigo personal y posiblemente merecido. Podía caer Bataán, podía caer Corregidor y era posible que los japoneses ocuparan Attu y Kiska, pero Everett no se estaría yendo si ella no le hubiera fallado en algo—. Tienes un hijo. Tienes una hija de dos meses. Y tu padre te necesita.

Everett se sentó en el borde de la cama y encendió un cigarrillo. Aunque ahora la luz se filtraba por entre las persianas, no habían dormido. Después de que el señor McClellan se fuera a la cama, se habían bebido entre los dos la mayor parte de una botella de bourbon y después Lily se había echado a llorar (en parte por el bourbon) y se habían acostado a oscuras y despiertos, no tan oprimidos por la separación sino por cierta noción incómoda de cómo tenía que afectarlos la despedida.

—Lily —dijo—. No paras de decir lo mismo. Quiero ir.

—No entiendo por qué.

—He esperado un año. Casi un año. Ahora me tengo que ir.

—No tienes que ir. Quieres ir. Lo has dicho tú.

—Muy bien, quiero ir. No veo ninguna diferencia.

Lily permaneció acostada sin moverse y con un ligero dolor de cabeza.

—Creo que te quieres morir —dijo ella al cabo de un rato.

—Muy bien. Me quiero morir. Ahora tengo que levantarme.

Mientras Everett se afeitaba, ella terminó de hacerle la valija, intentando memorizar diligentemente el tacto de sus calzoncillos y el color y la traslucidez particulares de su cepillo de dientes. Parecían cosas que en algún momento futuro querría recordar. Aunque se planteó ponerse la misma falda a cuadros y el mismo pulóver con manchas de pintura que se ponía casi todas las mañanas, pensó en barcos pasando por debajo del Golden Gate en la niebla, en Wake Island y en aquel verano caluroso y dorado de antes de casarse, y decidió ponerse el pulóver de cashmere blanco que le había regalado Everett para su décimonoveno cumpleaños.

Él tenía que tomar el Shasta Daylight en la estación de Davis a las siete en punto. Tardarían casi una hora en llegar hasta allí con el coche. Aunque ahora Lily deseaba que alguien los acompañara, ya se habían dicho todos los adioses: Martha había venido de Davis a cenar y se había vuelto en auto antes de medianoche para preparar un examen parcial. («Papá está convencido de que estoy conociendo a toda clase de ricos plantadores de cítricos del Sur», les dijo durante la cena. «Cuando lo único que hago es estudiar para exámenes parciales y prestarle mi ropa a las hijas de los ricos plantadores de cítricos para que puedan salir ellas con hijos de ricos plantadores de

cítricos». Everett se había mostrado perplejo: «¿Por qué quieres alternar con gente del Sur?», le había preguntado. «Oh, ya me conoces, Everett», le había dicho Martha. «Soy una vieja internacionalista»).

La casa estaba en silencio total, y fría después de la noche de noviembre. Helada, Lily se plantó en el pasillo y pasó los dedos por el grano de la baranda de la escalera. Cuando oyó a Everett en la escalera, se puso a enderezar nerviosamente unas cuantas cartas que había sobre la mesa del recibidor.

—Ahora escucha —le dijo él—. Te escribiré mañana. ¿Y luego tú me harás el favor de escribirme para contarme cómo te va?

—Sí —dijo ella, con la mirada clavada en la chimenea de la sala de estar. La planta baja tenía el mismo curioso aspecto de todas las madrugadas: parecía una casa abandonada años atrás en medio de una emergencia. Costaba creer que no hubiera sábanas polvorientas cubriendo el tapizado descolorido de los muebles; resultaba impensable que las revistas de las mesas ratonas fueran realmente de 1942—. Te escribiré —añadió ella—. Todos los días.

—Y a ver si consigues que mi padre se tranquilice un poco.

—Sí.

—Y ve a ver gente y duerme. Sube un poco de peso.

—Sí —dijo ella—. Te tejeré unas medias color caqui.

—Bueno. —Él le sostuvo el abrigo—. El frente doméstico.

—Eso mismo —dijo ella—. El frente doméstico.

Lily manejó hasta Davis; apenas hablaron. Ella iba con la vista en la ruta y él mirando por la ventanilla. Una ligera niebla flotaba baja sobre el río y entre los campos se agitaban las cuerdas rotas y llenas de nudos de los postes vacíos de lúpulos. Por la noche había helado; hacia el mediodía recién levantaría la temperatura.

Aunque el tren tenía que pasar dentro de quince minutos, en la estación solo había un puñado de coches. Se quedaron sentados dentro de la camioneta, con la calefacción puesta y las ventanillas empañadas, y Everett le rodeó los hombros con el brazo. Ella dijo que aquel pulóver la hacía sentirse linda; él le dijo que era muy linda: pelo lindo, ojos lindos y brazos lindos. No hables, le dijo ella, dándole un apretón en el brazo. No quería decir apenas nada, y al final se quedó sin decir nada, porque justo entonces llegó Martha a la estación. La vieron correr por el andén, agarrando un libro y un ramo de crisantemos amarillos, con un abrigo sucio por encima del camisón.

—Pareces una pobre refugiada —le dijo Everett, abriéndole la puerta de la camioneta.

—Tenía miedo de que te fueras si me paraba a vestirme. Así que vine directamente.

—Qué suerte que no te cruzaste con ningún rico plantador de cítricos —le dijo Everett.

Martha le puso el libro y los crisantemos a Everett en los brazos. Luego, avergonzada, se quedó fuera de la camioneta, mirando hacia la estación, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo.

Everett abrió el libro y levantó la vista para mirar a Martha.

—Es mi ejemplar —dijo ella—. Sé que tú no tienes ninguno.

—¿Qué es? —preguntó Lily.

—Un libro de la familia —dijo Martha sin mirarla.

—*Diario de los McClellan* —leyó Everett—. *Crónica de una travesía por tierra hasta California en el año 1848*.

—Edición del autor —añadió Martha.

—Mira —dijo Lily.

Everett y Martha, pensó ella. *A la batalla blandiendo la cruz*. Se acordó de la sorpresa que le había causado descubrir —cuando las dos eran chicas y un día la mandaron a jugar a casa de los McClellan— que en las paredes de su habitación Martha no tenía ni bailarinas de Degas ni escenas de *Alicia en el País de las Maravillas*, sino una escritura enmarcada y firmada por John Sutter en 1847, una lista descolorida de las provisiones que se habían llevado los integrantes de una travesía anónima en 1852, un mapa detallado en relieve del Humboldt Sink y una litografía de gran tamaño del Paso de Donner en la que Martha había escrito, en dos pulcras columnas, los nombres de las víctimas y de los supervivientes de la travesía Donner-Reed. De hecho, de chica el juego favorito de Martha había sido la «Expedición Donner», un drama ritual en el que ella, en calidad de fundadora, siempre interpretaba a Tamsen Donner y en el que le tocaba, día tras día, fallecer junto al marido cuyos necios errores de cálculo les habían causado aquella tragedia a todos. (En las recreaciones de Martha, la Conquista del Oeste adoptaba invariablemente aquel matiz sutilmente feminista; en otro de sus juegos, «Ferrocarril Central Pacific», el empuje detrás de las líneas férreas transcontinentales resultaba ser no Collis Potter Huntington, sino la esposa de Leland Stanford, Jane; y Lily había crecido con la convicción, plantada en su mente por Martha e incontestada durante años, de que la *éminence grise* de la República de California había sido Jessie Benton Frémont). El hecho de que todas las personas de las que ella descendía hubieran llegado a su destino, a diferencia de Tamsen Donner, parecía ser una mota de polvo imposible de limpiar de la conciencia de Martha, y cuando Lily le contó que alguien de la familia de su padre había viajado con la Expedición Donner-Reed hasta el atajo de Applegate, Martha se había pasado varios días deprimida. De hecho, lo había mencionado quejumbrosamente hacía solo unas semanas.

—Se lo puedes prestar a la gente —sugirió ahora Martha, con las manos todavía en los bolsillos—. Quiero decir, podría ser una gran inspiración.

—Es el regalo más bonito que me has hecho nunca —dijo Everett, saliendo de la camioneta y rodeándole los hombros con los brazos—. El más bonito que me ha hecho nadie nunca.

Después de que metieran a Everett en el tren («*El tren*», gritó Martha, y los tres empezaron a correr, Everett intentando quitarle su otra valija a Martha y Martha forcejeando para llevarla ella al andén, donde Everett besó primero a Lily, luego a Martha y por fin a una niña que se les había acercado con una banderita norteamericana sujeta a un palo, miembro de una familia que estaba en la otra punta del andén), Lily y Martha se quedaron sentadas en la camioneta, sin hablar, hasta que el tren arrancó. Hasta entonces, dando golpecitos en el tablero con un cigarrillo sin encender y tarareando *The Battle Hymn of the Republic*, Martha había parecido encontrarse en trance. Cuando el tren silbó, sin embargo, se bajó de la camioneta de un salto y empezó a correr otra vez por el andén, llamando a Everett y asomándose a todas las ventanillas mientras el tren aceleraba; y luego volvió caminando lentamente hasta la camioneta, con el abrigo abierto y los bajos del camisón azul claro arrastrándose entre las hojas que el viento empujaba por el estacionamiento de cemento.

—Entra —le dijo Lily—. Vamos a desayunar.

—Se olvidó las flores.

—Pero tiene el *Diario de los McClellan*. Eso es lo que cuenta.

Martha apartó la mirada y Lily vio que estaba llorando.

—Se le habrían muerto en el tren —dijo Lily—. Ponlas en tu cuarto.

Martha cerró la puerta de golpe.

—Creo que me iré a casa contigo.

—Pensé que tenías un examen.

—Así es.

—Vamos a desayunar —repitió Lily, girando la llave del contacto.

Se pararon en un autorrestaurante cercano al campus de Davis. Martha habló animadamente durante unos minutos sobre el papel que había jugado Alice Lee Grosjean en la Administración Long de Luisiana (al parecer estaba escribiendo un ensayo académico sobre los Long) y sobre un chico de Berkeley que la había invitado al Baile de la Tríada de Miami (se iba a celebrar en el Fairmont y ella tenía muchas ganas de ir, el problema era que el chico tenía una desafortunada predilección por decir cosas como «eres la chica más tremenda que he conocido», y a ella realmente no le gustaban esas cosas, ya no). Luego dejó de hablar de golpe y se puso a examinarse las uñas, tres de las cuales estaban pintadas con esmalte rojo American Beauty brillante.

—Anoche Everett me dijo que no debería usar pintura de uñas —dijo al cabo de un momento largo—. Así que esta mañana me la empecé a quitar, pero estaba apurada y derramé el frasco entero de quitaesmalte. Sobre las cartas de Betty Jean. — Martha soltó una risita. Betty Jean, que estaba comprometida con un marine, era su compañera de habitación y actual *bête noire*. Según Martha, Betty Jean ahorraba el dinero de su manutención a base de comer queso con galletitas en su habitación en vez de bajar a almorzar; para ahorrar más, se guardaba los vasos que venían de regalo

con el queso Kraft para su ajuar. Martha afirmaba que Betty Jean ya tenía veintisiete vasos, quince con tulipanes rojos y doce con acianos azules.

—Es un color bonito —dijo Lily.

—A Everett no le gusta, te lo estoy diciendo. —Martha se puso a tamborilear con los dedos en la bandeja metálica.

Lily no dijo nada.

—Vas a extrañar a Everett —dijo Martha por fin.

—Sí.

—¿Muchísimo?

—Por supuesto.

Martha miró por la ventana.

—¿Cuánto?

—Muchísimo —dijo Lily, ligeramente irritada—. ¿Qué querías decir con lo del chico que te pidió que fueras con él a la Tríada de Miami? ¿Por qué no vas?

—Papá cree que me debería casar.

—¿Y eso qué tiene que ver con la Tríada de Miami?

Martha no contestó.

—¿Con quién te quieres casar? —dijo Lily.

—No lo sé. Con alguien. —Martha hizo toda una maniobra para encender un cigarrillo—. No importa con quién, ¿no?

Lily se encogió de hombros y al cabo de un rato Martha estiró la mano hacia delante e hizo parpadear las luces de la camioneta para llamar al camarero.

—Más me vale preparar mi examen.

Cuando Lily se paró delante de la residencia de estudiantes, Martha abrió la puerta pero no salió.

—Escucha. ¿Crees que tendría que hacerlo?

—No a menos que quieras tú. No a menos que ames a alguien.

—Vamos, Lily. No esperaba que hablaras como una tonta. Quién ha amado a nadie por más de dos semanas. Salvo a tu familia. O quizás a alguien con quien ya has vivido durante años y años, no estoy segura.

—Hay tiempo de sobra.

—Hay tiempo de sobra —la imitó Martha—. No hay nada de tiempo. Esa es justamente la cuestión. Todo el mundo se está yendo, y la mitad de la gente se va a morir, y puede que la guerra dure veinte años, y Everett se ha marchado... En fin —añadió—. Te aseguro que no sé con quién me casaría. Te aseguro que no conozco a nadie capaz de cuidar de mí.

—Quizás —dijo Lily al rato— podrías casarte con alguien a quien pudieras cuidar tú. Quizás a fin de cuentas sea lo mismo. —Mientras lo decía, se le ocurrió que tal vez acabara de encontrarse casualmente, mientras buscaba a tientas perogrulladas para Martha, con algo real, con una verdad profunda: alguien podía cuidar de ti o bien tú podías cuidar de alguien; alguien te podía contar las cómodas ficciones del cariño

o las podías contar tú (*Si me quisieras robarías por mí y me contarías cuentos de hadas de una tierra feliz*, pensó ella, era una canción alemana), y en cualquier caso lo que se requería (lo único que se requería) era un compromiso. Quizás no importara mucho quién lo estableciera, ni cómo ni por qué: era muy posible que a fin de cuentas diera igual. *No importa mucho quién lo haga*.

Martha tomó uno de los crisantemos y se puso a arrancarle los pétalos y a hacer bolitas.

—Quizás te dé igual a ti —dijo por fin—. Tú eres muy fuerte.

—No lo soy —dijo Lily, agitada por los cambios de humor de Martha y por el tono de su voz—. No soy nada fuerte.

Martha se encogió de hombros y salió del vehículo.

—Muy bien, no eres nada fuerte. Es tu papel, Lily querida, tú lo representas como quieras. En cualquier caso —añadió—, eres lo bastante fuerte para conseguir que la gente te cuide a ti.

Aun en el caso de que a Lily se le hubiera ocurrido algo que decir, habría sido demasiado tarde: Martha ya corría por el camino, tapándose la cara con las manos, corría y se tropezaba con el dobladillo de encaje del camisón azul claro que le había regalado Everett el año pasado para Navidad, el camisón elegido por Lily, extravagantemente caro y hecho a mano en la Maison Mendessolle del Hotel Saint Francis.

—Esta mañana vimos a Martha —le dijo Lily al señor McClellan a la hora de la cena. Aunque había tenido intención de pasar a visitar a su madre de vuelta de Davis, al final había ido directamente a la finca y se había pasado el resto del día en el piso de arriba, sacando cosas de unos cajones y guardándolas en otros, solo para hacer algo, o bien tumbada boca arriba y sin dormir en su cama todavía deshecha, con la manta de jardín floreada que le había tejido su abuela en el suelo junto a las gastadas zapatillas deportivas de Everett, el número de noviembre de la revista *Fortune* y la botella de bourbon que casi se habían terminado entre los dos la noche anterior. Hasta las cinco no había bajado las escaleras para ver a China Mary y los bebés; luego había besado a Knight distraídamente y se había llevado a Julie arriba para darle de comer en el dormitorio. Se había terminado la botella de bourbon mientras le daba el puré de zanahoria a Julie, había evitado al señor McClellan todo el tiempo que había podido y luego se había sentido culpable incluso de eso: allí estaba ella, privándolo absurdamente de un pequeño placer, la oportunidad de ver comer a Julie, una de las pocas actividades de su cronograma que eran lo bastante animadas como para interesarle—. Digo que vimos a Martha —repitió Lily—. Vino a la estación.

El señor McClellan no contestó.

Estaban a solas en el comedor, absurdamente cavernoso y con las paredes cubiertas de opresivos aparadores de cristal llenos de copas y de porcelana; en los estantes había dos servicios completos de Limoges, cada uno de ellos para cuarenta y

ocho personas, a pesar de que en dos generaciones enteras los McClellan no habían tenido nunca, que Lily supiera, más de tres invitados a la vez para cenar.

El señor McClellan llevaba callado desde que Lily le dijera mientras comían la ensalada de fruta que no estaba de acuerdo con que la principal amenaza que afrontaban los Estados Unidos en 1942 fuera el Sindicato de Trabajadores Industriales. Al parecer, debido a que se había encontrado el nombre de Tom Mooney durante una lectura inusitadamente exhaustiva del *San Francisco Chronicle*, el señor McClellan llevaba todo el día rumiando sombríamente sobre causas y efectos. Supuso que la señorita Lily Knight, ya que era tan inteligente, conocía todos los detalles de la bomba del Desfile del Día de la Preparación de 1916 en San Francisco. No, claro que no. Bien, así era: diez personas en la tumba por culpa de los anarquistas y del sindicato industrial. Supuso que la señorita Lily Knight estaba perfectamente enterada de los disturbios de Wheatland de 1913, tres mil recolectores de lúpulos en pie de guerra, una tragedia tan cercana que era como si hubiera tenido lugar en la mesada de su cocina. No, claro que no. Quizás la señorita Lily Knight todavía tenía unas cuantas cosas que aprender sobre el sindicato industrial. Él, por su parte, estaba bien informado de todos aquellos acontecimientos, y por consiguiente estaba en posición de saber que siempre que hoy en día había lío en California era gracias a aquellos muchachos. *Cherchez le Syndicat*, había sugerido Lily, y el señor McClellan se había retraído a un silencio ofendido, que había interrumpido únicamente cuando se había sentido inclinado a dejar su cuchillo y su tenedor uno junto al otro sobre su plato, limpiarse la boca con la servilleta, poner bruscamente las dos palmas de las manos sobre la mesa y preguntar en voz bien alta:

—¿*Para qué están las leyes?*

Ahora Lily levantó la voz.

—Digo que Martha vino a la estación. Está preocupada por Everett.

El señor McClellan inclinó la cabeza a un lado, aparentemente para ver bajo una luz distinta el cuadro que colgaba de la pared de enfrente, una pintura al óleo de gran tamaño que representaba una cornucopia.

—¿Qué pasa con Everett? —dijo por fin.

—Que se fue.

—Martha todavía no ha perdido a su hermano en la batalla —dijo el señor McClellan, con la voz inerte.

No se notó que su comunicación mejorara durante las veladas siguientes, aquel invierno en el que estuvo lloviendo durante semanas seguidas. Muy a menudo el señor McClellan no decía palabra, no por hostilidad sino simplemente porque la capacidad de conversar sobre temas triviales le parecía menos un don que la expresión de una mente limitada; otras noches hablaba por los codos, normalmente sobre el supervisor del condado (que él había llegado a creer que era un agente a sueldo de Franklin Delano Roosevelt) y acabada la cena se sentaba con un ejemplar del Código Penal de California, aferrándose con intenso placer a ciertos vacíos legales e incoherencias. Había encontrado aquella diversión hacía años, poco después de la muerte de Mildred McClellan, y desde entonces siempre había lamentado, según le contó a Lily, no haber estudiado abogacía. Aparte de las veladas en las que leía en voz alta pasajes del Código Penal, los momentos más animados que compartían los pasaban jugando a las cartas, apostando pequeñas sumas de dinero que el señor McClellan ganaba de forma casi invariable. Si aun después de interrogar a China Mary y de rebuscar en los bolsillos de todos los abrigos de todos los armarios no conseguían encontrar cambio chico en la casa, jugaban apostando palillos, a canjear por dinero en metálico a más tardar la noche siguiente.

Pese a todo, los unía un curioso compañerismo, una compenetración real, aunque no exactamente contagiosa, que Lily percibía con mayor claridad cuando Martha venía de la escuela en visita ocasional y la quebraba. No parecía importar que Martha estuviera tranquila o nerviosa, animada o deprimida (aunque en la práctica daba la impresión de que solo volvía a casa en estados de crisis sin razón de ser): su presencia destrozaba invariablemente el equilibrio entre reserva y agresividad que existía en la casa cuando el señor McClellan y Lily estaban a solas con los chicos. Lily no sabía qué pasaba con Martha. Pensaba que seguramente el problema era que ni ella ni el señor McClellan eran lo que su padre llamaba «buena compañía», mientras que quizás Martha sí lo fuera.

Pero a pesar del consuelo inesperado que Lily encontraba en el padre de Everett, aquella siguió siendo una época triste: Everett se había ido de casa de los McClellan y su padre de la suya. Durante el mes anterior a Navidad la casa estuvo fría y oscura, y a Knight no lo dejaron que jugara fuera. Por las tardes Lily abrigaba a los chicos y salía con el coche a visitar a su madre bajo la lluvia, dejando atrás la banquina erosionada donde se arremolinaba el barro junto a la ruta de la finca; por las noches, sin importar si la cena había sido silenciosa o combativa o relativamente festiva por la promesa de jugar a las cartas o leer el Código Penal, el señor McClellan se retiraba a su habitación a las diez y media y Lily se quedaba sentada a solas abajo, escuchando la lluvia y los ruidos de la noche. Al principio le había dado por encender la radio y se había aprendido la letra de muchas canciones, entre ellas una titulada *I Spoke to Jefferson at Guadalcanal*, pero al cabo de un tiempo la radio únicamente

pareció intensificar, con su jovialidad impenetrable, lo que tenían de ominoso los ruidos afuera.

Nuevamente, durante aquellas primeras semanas después de que Everett se marchara, Lily pensó más que nada en su padre. Durante los cinco meses transcurridos desde su muerte la había distraído al principio el nacimiento de Julie y después la deserción de Everett; ahora, en cambio, el recuerdo la acompañaba todas las noches. Sentada a solas en la planta baja después de que el señor McClellan se fuera a la cama, Lily adoptaba primero el punto de vista de su padre, después el de su madre y por fin, cada vez más a menudo, en cuanto Rita se le reveló en su papel de víctima, el de Rita Blanchard. No es que no hubiera habido algo en Rita Blanchard desde el principio, cierta incapacidad, cierta carencia en su mirada, que la marcara a ojos de Walter Knight. Era solo que, si él había querido amarlos a todos y no había sido capaz de amar a nadie, Rita era la única que había resultado engañada, a fin de cuentas. Era la única que había puesto todas las fichas sobre esa parte del tablero.

Aunque Lily le escribía a Everett a Fort Lewis todas las noches, había poco que decir. No podía escribirle sobre Rita Blanchard; ni siquiera le había hablado nunca de Rita Blanchard. *Los bebés y yo te extrañamos: esas eran las cosas que le podía escribir a Everett. China Mary le canta a Knight una canción que dice que te fuiste a buscar una piel de conejo para envolver a tu conejito, y a él lo pone feliz a más no poder. Julie se ha resfriado por culpa de la lluvia. Por favor, escríbele a tu padre para que haga algo con la caldera. No me importa desayunar con dos pulóveres puestos, pero la gota que rebalsa el vaso es cuando encima dice que el frío es bueno para los chicos porque mira lo bien que le queda al pelo de los collies. Anoche jugamos a las cartas y yo gané por primera vez, aunque al final me dio pena. La cuestión es que volvimos a jugar con palillos, y como gané treinta y tres centavos terminé con treinta y tres palillos. En fin. Esta noche antes de cenar apareció con una moneda de cuarto de dólar y ocho de un centavo y me exigió que le diera los palillos. Yo no me acordaba de qué había hecho con ellos y él me dijo que en ese caso no le podía pedir que me pagara los treinta y tres centavos. Yo le dije que de acuerdo, que no me los pagara y que nos olvidáramos, pero él retrasó la cena una hora y quince minutos mientras alistábamos a China Mary en la búsqueda de los palillos. Por fin ella los encontró en el bolsillo de mi delantal, pero por desgracia al parecer solo quedaban veintiocho. Al final me dio los treinta y tres centavos a cambio de los veintiocho palillos, pero me dijo que estaba sentando un mal ejemplo y se pasó la cena dándome un sermón sobre la importancia de los derechos de propiedad y de tener en orden las propias cuentas. Así se hacen las cosas en los Estados Unidos, me dijo, y cuanto antes se les enseñe esto a Knight y a Julie, mejor. Ahora que te lo cuento parece gracioso, pero en su momento fue enervante. Te quiero y te extraño, sobre todo de noche.*

La primera semana de enero por lo menos hubo alguna noticia: *Vino Joe Templeton después de la cena y le ofreció a tu padre comprar la finca de Braden en*

Auburn. Te escribiré él, pero tu padre confía en que no querrás vender.

—Joe Templeton quiere la finca de Braden —le dijo Lily a su madre la tarde siguiente. Las tardes que pasaban las dos juntas habían adoptado un patrón siempre idéntico: después de que Lily pusiera a los chicos a dormir, ella y su madre tejían, Lily para Everett y su madre para el bazar de la diócesis episcopal. Mientras tejían, Edith Knight retomaba siempre el mismo monólogo sobre cosas que habían pasado años atrás; por ejemplo, los detalles de cómo los Blanchard habían perdido su casa del río en 1927 por un compromiso escrito con un hombre llamado C. T. Godey, o el análisis de un rumor, vigente en 1931, según el cual una de las sobrinas segundas de Lily había estado enganchada con un clarinetista de la orquesta del Hotel Saint Francis. (Era un rumor falso, según Edith Knight, aunque no era de extrañar que hubiera empezado a circular, porque Elizabeth estaba prácticamente loca por los músicos de jazz y una vez se había puesto de pie en un bar ilegal de la calle Sutter delante de toda la gente del río y se había puesto a cantar *Big Noise Blew in from Winnetka* rodeando con el brazo a un baterista de color). En cuanto se familiarizó con los nombres y la cronología, Lily empezó a encontrar estas historias bastante interesantes; nunca se había sentido tan cerca de su madre.

Edith Knight dejó el pasamontañas que estaba tejiendo para el bazar.

—¿Has visto al pobre Joe?

—Vino anoche. No sabía que la parcela estaba a nombre de Everett.

—Si los McClellan tienen el sentido común que Dios les dio, no soltarán la finca de Braden. Yo solía ir de picnic ahí. —Edith Knight hizo una pausa—. ¿Y Francie no estaba con Joe?

—No. Vino él solo.

—Solo —repitió Edith Knight en tono satisfecho—. Por supuesto.

Lily no dijo nada. Su madre empezó a tararear desafinadamente, dando golpecitos con una aguja de punto contra el brazo del sillón. Tenía los ojos cerrados.

—Es posible que Francie se quedara en el coche —dijo Lily—. En realidad Joe solo pasó unos minutos.

—Oh, no. —Edith Knight abrió los ojos y se puso a trabajar con vigor renovado en el pasamontañas, pensado para ocasiones en que hubiera peligro de congelación—. No lo creo. Es obvio que estaba bien solo.

Lily no sabía qué podía decir que no corroborara de alguna forma las conclusiones más bien opacas de su madre. Deseó no haber mencionado a Joe Templeton en absoluto, y trató de pensar alguna forma de hacer retroceder la charla una década o dos.

—¿Francie Templeton no tenía una hermana que era un poco lenta? —preguntó por fin.

—Así es —dijo Edith Knight sin interés—. El mes que viene hará diecisiete años que murió. —Y siguió tejiendo en silencio—. Siempre Francie —añadió, abandonando toda esperanza de que su hija le diera pie a continuar—. Helen Randall

fue hasta allá una tarde. Francie la había invitado, la había invitado a ella específicamente aquella tarde. Y luego Francie ni siquiera se dignó a bajar. Joe se disculpó en su nombre. Empieza por las mañanas con vermut.

—¿Vermut, eh? —Lily se rio. Había oído tantas veces a su madre decir de alguien que bebía que empezaba por la mañana con vermut que ya no podía beber vermut ella misma sin experimentar una agradable sensación de sutil picardía; gracias a Edith Knight, el vermut era para Lily una de las pequeñas aventuras que a menudo le salvaban el día. Otras cosas que le podían salvar el día a Lily eran encargar medias por docena en vez de a pares; ponerse perfume caro para andar por la finca de mañana; o bien, entre otras cosas, concentrarse durante una fracción de minuto en la cara de un desconocido y obligarlo a devolver la mirada hasta que, por ejemplo, cambiaba el semáforo.

—No sé qué va a ser de esos gemelos —dijo Edith Knight, haciendo caso omiso de Lily—. Está claro que acabarán siendo unos delincuentes. Ve a mirar si queda algo de jerez.

Lily agarró la licorera y llenó el vaso de su madre.

—Por otro lado —añadió Edith Knight—. No hay por qué tenerle lástima a Joe. No ha tardado nada en encontrar consuelo en el pasado.

Lily volvió a sentarse sin decir nada.

—Si entiendes lo que digo. De Joe.

—Sí. —Lily recomenzó el tejido—. Te entiendo muy bien.

—No digo que ella no haya sido una cruz. Dios, no. Pero Joe tampoco se ha roto la espalda cargándola. No sé si me entiendes.

—Te entiendo —repitió Lily.

Lo había entendido muy bien. Y Joe también. No había hecho falta ningún *roman de la rose*. Cuando superaron la etapa de las miradas especulativas y los encuentros accidentales (el procedimiento, por lo que ella vio, era una *forma* de hacer las cosas más que hacer algo en sí; primero la conciencia milagrosa de la posibilidad, después la obertura casi inaudible, la respuesta lo bastante sutil como para resultar incierta), empezaron a encontrarse a media tarde aquel invierno y en los largos anocheceres de primavera; se encontraban en autos estacionados junto al dique, en bares frecuentados por mexicanos y en una cabaña vacía de la parcela río abajo que tenía la madre de Francie Templeton. No hablaban mucho y ella nunca estuvo segura de que ninguno de los dos sacara mucho placer del otro, al menos tal como suele entenderse esa palabra. Solo se daba cuenta de que seguían interesados uno en el otro. Y la complicidad tácita entre ambos separaba ese interés de todo lo que pasara en otro tiempo y lugar; Lily descubrió que podía encontrarse con Joe más tarde cualquier noche, o quizás al día siguiente en la ciudad, y no solo comportarse como se habría comportado antes, sino pensar en él tal como había pensado en él antes. Siempre lo había considerado más bien un tonto simpático, y seguía viéndolo igual. Por el

momento no le parecía necesario establecer conexiones frecuentes entre Joe y Everett, cuyas cartas llegaban ahora de Georgia, y Francie vivía en el país de Everett. No era asunto ni de Everett ni de Francie, pensaba Lily; ni siquiera parecía ser en realidad asunto de ella.

Cuando las noches se volvieron cálidas, en mayo de aquel año, de vez en cuando se encontraban ya entrada la noche. El viento del río se metía en la cabaña, cuyas ventanas habían sido rotas hacía mucho tiempo por niños o por gente de paso, y ellos yacían sobre un colchón vencido y escuchaban la corriente. Cada tanto ella le preguntaba algo sobre la guerra y él le explicaba lo que estaba pasando en Túnez; cada tanto ella le hablaba de algo que había pasado hacía tiempo: un baile al que había asistido o una afrenta que se había imaginado, pero más que nada se quedaban ahí tirados a oscuras en aquella habitación vacía con el suelo lleno de glicinas muertas, que habían entrado por las ventanas durante un vendaval en abril, y se quedaban escuchando el agua. *Te quiero*, dijo Joe una vez, *Lily Knight*, y ella le dio la espalda.

—Quiero decir ahora —dijo él—. Quiero decir que te quiero ahora.

—Ya lo sé. —Ella retorció el hombro para quitarse de encima la mano de él—. Ya te entendí. No pasa nada.

—Lily Knight —repitió él, tapándole los hombros con la sábana que ella había traído.

Ella se incorporó hasta sentarse, envolviéndose con la sábana.

—No me llamo Lily Knight. Por si no te acuerdas, estoy casada con Everett McClellan y él me quiere *muchísimo* y nada que yo haga podrá cambiar eso.

Joe no contestó, y cuando tiró de ella otra vez hacia abajo, ella le dijo: *Lo siento querido, no pasa nada*, y no pasó nada, y fue tal vez más nítido y mejor y más interesante que todas las veces anteriores.

Al principio esa tarde no se había tratado de otra cosa que no fuera el azúcar, o la falta de azúcar. China Mary había preparado cuatro tortas y las había donado como premios para una rifa de la parroquia; cuando Lily le preguntó qué azúcar iban a usar durante el resto de octubre —o durante el resto de 1944, más bien, porque China Mary le había canjeado a su hermana unos cuantos de sus cupones de noviembre por azúcar extra—, China Mary se encogió de hombros y siguió silbando *Coming in on a Wing and a Prayer*. Lily quería hacerle entender que las buenas obras no tenían ningún impacto en la Oficina de Administración de Precios. Una cosa era que China Mary se dedicara a congraciarse con el padre Ford, pero que lo hiciera con los cupones de alimentos de la familia entera era otra cosa bien distinta.

Había mujeres en este mundo, anunció China Mary, desatándose el delantal y tirándolo a los pies de Lily, muchísimas mujeres en este mundo —por ejemplo, aquella santa (que Dios la guardara) que había sido la madre de Everett, y de Martha y de Sarah— que consideraban a Dios más importante que una pizca de azúcar. Ella había trabajado treinta años en esa finca y ningún McClellan, ni uno solo, había intentado decirle cómo tenía que llevar su cocina, y ahora había cierta señorita malcriada que iba a ser castigada por Dios si no pensaba de vez en cuando en su Iglesia.

—No es mi Iglesia —le había dicho Lily en tono cortante, consciente de haber sido derrotada; su equivocación, tal como Martha observó de inmediato, había sido mencionar al padre Ford, que había propiciado personalmente la conversión de China Mary y se había asegurado un lugar elevado en su hagiografía personal al asegurarle que Dennis Kearney, quien junto con varios centenares de seguidores exclusionistas había prendido fuego en 1877 a una lavandería de San Francisco operada por el abuelo de China Mary, había sido probablemente un mal católico, si es que había sido católico en realidad. Tal como señaló Martha, Lily no aprendería nunca a llevarse bien con China Mary si no podía entender que no tenía que mencionar al padre Ford.

Eso fue a las dos en punto. A las tres llamó Joe Templeton y a las cinco y media llegó con diez kilos de azúcar. Aunque Martha llevaba dos días enferma, bajó las escaleras vestida con una bata nueva de color rosa claro por la que había pagado sesenta dólares unas cuantas semanas después de conocer aquel verano a Ryder Channing en el Club de Campo de Oficiales de Mather Field. Le había arrancado las rosas de seda blanca del cinturón, y Lily supo, gracias a esto, gracias a la satisfacción que a Martha le producía tener un poco de fiebre, y gracias a la forma en que habló con Joe de Channing («El capitán Channing», no paraba de llamarlo, ni tampoco de referirse a su ligera cojera como algo que «supuestamente se trajo de Normandía»), que la cosa debía de estar enfriándose. Martha habló en tono animado, se rio exageradamente de las pequeñas bromas de Joe («Joe, eres graciosísimo, tendrías que salir en la radio, ¿no crees que tendría que salir en la radio, Lily? Haciendo esas

imitaciones de canarios y de gente... O sea, la de Harry Hopkins le sale *tal cual*») y le pidió que se quedara a cenar. Sería, le explicó, una operación de manos a la obra, toma lo que encuentres, porque China Mary se había ido enfurruñada, pero lo iban a pasar estupendo, le prometió, y si algo les sobraba era azúcar, si había algo que seguro no se les iba a acabar, gracias a la previsión de Lily y a los misteriosos recursos de Joe, era el azúcar. De hecho, había sido providencial que China Mary gastara todo el azúcar y le diera a Lily la inspiración para llamar a Joe, porque nunca habían tenido diez kilos ni por *asomo*. Ciertamente no había mal que por bien no viniera. Y con intereses. Ahora Joe tenía que quedarse.

Pero Joe no podía quedarse. Joe tenía que sacar a cenar a Francie y a su madre.

Lo cual era, dijo Martha, una maniobra muy astuta por parte de Joe. Sacar a cenar a la madre de Francie. Asegurarse de que la maquinaria siguiera bien engrasada y todo eso.

En cualquier caso, añadió, levantando un cuenco de camelias y dirigiéndose hacia la cocina, no era de extrañar que Joe no quisiera quedarse a cenar, teniendo en cuenta lo descuidada que estaba la casa. Flores muertas en cuencos de mal gusto por todos lados.

—Era un cuenco de mi madre —le explicó Lily a Joe mientras lo acompañaba a su auto, pero él no parecía haberse percatado del episodio.

—¿El qué? —preguntó sin interés, y luego añadió de inmediato—: He conocido a ese tal Channing.

—Es muy buen amigo de Martha —lo interrumpió Lily, molesta por el hecho de que Joe no se hubiera dado cuenta del desaire sobre el cuenco de camelias.

Cuando volvió a la casa se encontró a Martha tirada en el sofá con la cara sepultada en un almohadón. Lily le estiró una manta por encima de la espalda y se sentó para terminar la carta a Everett que había empezado antes de que llegara Joe.

—¿Le escribes a Everett? —Martha se incorporó hasta sentarse, tirando la manta al suelo.

Lily asintió con la cabeza sin levantar la vista.

—Quiero ver si puede venir unos días a casa. Tápate. —Le había preguntado a Everett en casi todas sus cartas, desde que lo trasladaran a Fort Bliss en julio, si podía venir unos días a casa. En el fondo tenía la perturbadora convicción de que, de haberlo querido, él podría haber pasado por casa entre el momento de partir de Georgia y el momento en que había tenido que presentarse en Texas.

Martha se volvió a acostar.

—Hay días en los que no soporto a Joe Templeton.

—Hay días en los que eres bien maleducada.

—O sea, a veces me pregunto dónde estaría hoy en día el viejo Joe si Francie no bebiera. O sea, le saca un *partido* total, lo ha convertido en toda una *carrera*.

Hizo una pausa y observó el reflejo de Lily en el espejo de encima del sofá.

—Cuando en realidad es al revés —añadió por fin—. O sea, supongo que todo el

mundo en el río sabe quién soporta a quién en esa casa. Quién necesita a quién. Y no es solo el dinero de ella. El dinero de ella solo es parte del asunto. ¿No crees?

—No lo sé —dijo Lily.

—Entonces piénsalo un momento.

—Muy bien.

—Ahora. Piénsalo ahora.

—Quiero terminar esta carta antes de la cena.

Martha se volvió a tapar con la manta hasta el cuello y se acomodó el almohadón.

—¿Por qué no le cuentas a Everett que nos estamos comiendo el azúcar de Joe Templeton? Dile que estás acostándote con hombres para conseguir azúcar del mercado negro. Eso hará que vuelva. Escríbele eso a Everett mi amor.

Lily dejó la carta. China Mary se había puesto insoportable con los cupones del azúcar; Knight había tenido fiebre; a Julie le estaba saliendo un diente; Martha y su padre llevaban una semana peleándose todas las noches a la hora de la cena; y Joe había estado preocupado por Francie, que se había esguinzado la muñeca al caerse borracha de un caballo. Incluso aquel consuelo seguro y discreto había evolucionado hacia la ambigüedad locuaz de la amistad, un cambio que seguramente era irreversible; cuando Joe había intentado hacía unos minutos atraerla para darle un beso prolongado y torpe en la oscuridad del coche, ella había apartado la cara irritada de que él intentara engañarla tanto como a sí mismo. En cuanto habían entrado los cupones del azúcar y los esguinces de muñeca en la ecuación, había dejado de funcionar. Estaba demasiado cansada hasta para dejarse escandalizar por Martha, ni hablar de enojarse con ella.

—Martha —le dijo—. Por favor.

Martha se había largado a llorar y ahora las lágrimas le inundaban los ojos febriles y le salpicaban las mejillas ruborizadas.

—Martha, linda.

—No tienes derecho a estar con mi hermano —susurró Martha, poniéndose de pie entre tambaleos—. Ningún derecho.

Lily sintió en aquel momento más susto que enojo: la hostilidad entre mujeres le parecía impensable, una ruptura irreparable del tejido social. En las escasas ocasiones en que se había peleado con su madre habían terminado las dos aterradas ante las posibles consecuencias y llorando juntas. Ahora se acordó de la foto de Everett que había encima de la cama de Martha, de las rosas arrancadas del cinturón de la bata nueva y de la felicidad de Martha al graduarse *summa cum laude* en junio («Espera a que se entere Everett», había dicho. «Va a estar horrorizado»); se acordó de Martha en el bautismo de Julie, hacía dos domingos, susurrando en voz alta: *por favor, ayúdala a elegir bien todos los días de su vida*. Martha había tenido en brazos a Julie y ninguno de los presagios había sido bueno: el cielo estaba encapotado y tenía ese peculiar resplandor amarillo que Edith Knight llamaba «cielo de terremoto»; el padre de Everett se había encajado su sombrero Stetson y había salido de la iglesia antes del

bautismo porque el párroco había hablado bien de Harold Ickes, y Martha se había largado a llorar. (Se había largado a llorar porque Ryder Channing no había ido al bautismo y habría llorado también si hubiera ido. «Esa chica habrá derramado tantas lágrimas para finales de 1944», dijo el señor McClellan antes de irse de la iglesia, «como para ahogar a todo el Ejército japonés. Es lo que se dice un recurso sin explotar»). Lily se había puesto el ridículo sombrero de John Frederics con velo negro que le había costado setenta y cinco dólares a su madre y había sabido ya entonces, mientras le sonreía a Martha, que Julie jamás podría elegir. Los autores de los cuentos de hadas sabían lo que Martha no sabía acerca de elegir: alguien que no ha sido invitado trae un anillo de oro o una ramita de ruda a la fiesta del bautismo.

—Martha —la llamó ahora, con intención de hacer las paces, pero Martha había subido corriendo por la escalera.

Más tarde le preparó a Martha una bandeja con un sándwich de rosbif y un alcaucil bañado en aceite de oliva, que era como le gustaba a Martha el alcaucil. («¿Por qué no puede bajar a cenar?», preguntó en tono imperioso el señor McClellan, arrancando las hojas de su alcaucil y lamentando claramente que no hubiera oportunidad de intercambiar unos cuantos asaltos en la cena. «¿Por qué no se interna directamente en un hospital y se queda ahí?»).

Se encontró a Martha acostada a oscuras, con la manta cubierta de jirones húmedos de pañuelos de papel.

—No quería decir lo que dije. —Martha tenía los ojos cerrados—. No quería decir nada de eso. Está bien que estés con Everett. Everett te quiere.

—No hables de eso ahora. —Lily se sentó en el borde de la cama y encendió la luz. Las reconciliaciones la incomodaban tanto como la escena en la sala de estar; las cosas que se decían en voz alta tenían para ella un aura de peligro tan volátil que solo se podía controlar en esa provincia oscura donde viven quienes comparten cama. Aunque a veces podía decirle cosas en voz alta a Everett, con Martha no sabía cómo hablar.

—Tengo los ojos rojos. —Martha volvió a apagar la luz—. Everett cree que eres el centro del universo. Deberías ser consciente de eso.

—Soy consciente.

—Es que deberías ser consciente de lo básico que es Everett en realidad.

Martha se incorporó y se puso a buscar un paquete de cigarrillos en la mesa de luz.

—Tienes que comer —dijo Lily—. Se está enfriando todo.

—¿Quieres decir ese alcaucil frío y ese sándwich de rosbif frío y ese vaso de leche fría? —Martha encendió un cigarrillo—. Espera un momento. Lo recto que es Everett. O sea, quizás se asusta y tiene pesadillas como todo el mundo, no lo sé, pero la diferencia es que él nunca exploraría nada de eso. Lo único que Everett quiere es un poco de *orden*.

—Supongo que es lo que quiere todo el mundo.

Martha se volvió a acostar.

—Quizás sea lo que quiere todo el mundo. Pero la mayoría de la gente no lo quiere más que nada en el mundo. Everett sí. Puede que tú lo quieras y puede que yo lo quiera. Pero cuando la oportunidad de *tenerlo* está a punto de caer en la cabeza, prácticamente nos tiramos para que no nos caiga encima. —Hizo una pausa—. Mírate a ti, por ejemplo.

Lily no dijo nada.

—Muy bien, no. Mírame a mí entonces. Qué quiero. Una vida pulcra y ordenada aquí en el río como la que hemos tenido siempre.

—Joe dice que la guerra va a cambiarlo todo. —Aferrándose a lo que durante un momento le había parecido una oportunidad para alejar la conversación de lo particular y llevarla al reino de los temas lo bastante impersonales y carentes de carga como para hablar sin riesgo de ellos, Lily se había olvidado de que ahora mismo Joe era un nombre cargado de peligro.

—No le hagas *caso* a Joe. Lo leyó en el *U.S. News & World Report*. En fin. Eso es lo que quiero yo. ¿Pero qué hago para conseguirlo? Me enredo con Ryder, que no solo no quiere casarse conmigo y no entiende nada de lo que necesito, sino que es tan inepto para todo lo que quiero que cada vez que está en la misma habitación que papá me pongo tan nerviosa que prácticamente se me saltan las lágrimas. Eso es lo que hago.

Lily apartó la vista.

—No sé —dijo. No quería que Martha le hablara más de Ryder Channing. Le había explicado por carta a Everett lo imposible que había estado Martha desde que lo había conocido; le había dicho que tenía que venir a hablar con Martha y que ella ya no sabía qué más hacer.

—Ni siquiera *me cae bien* Ryder —añadió Martha, doblando su almohada y pegándosela a la cara con una mano mientras con la otra agarraba los jirones de Kleenex que había sobre la manta.

Lily se sacó un pañuelo de papel del bolsillo y se lo dio a Martha.

—Voy a traer un Luminal —dijo con alivio. No le gustaba ver llorar a Martha pero en cualquier caso la conversación ya había terminado.

A las once menos veinte, después de que el señor McClellan subiera y dejara a Lily terminar su carta a Everett (*Me gustaría que te replantearas por favor lo de venir unos días, porque ni tu padre ni yo podemos hablar con ella y creo que no ha pasado un solo día sin llorar desde que volvió en junio, y ese hombre, aunque es bastante amable, no parece bueno para ella, Everett, mi amor, por favor*), Ryder Channing llegó a ver a Martha.

—Es que está durmiendo —dijo Lily, alisándose la falda mientras le recibía el impermeable a Channing—. Supongo que sabes que ha estado enferma.

—Pensé que quizás ya estaría mejor.

Él no se sentó y ella se fijó por primera vez en que debía de tener la misma estatura que Everett, un metro ochenta y pocos. De hecho, se habría parecido a Everett si su cara no hubiera tenido al mismo tiempo esa mezcla de dureza y suavidad ausente en la de Everett, ese aspecto de haber sido malcriado de algún modo. Calculó que debía de ser unos cuatro o cinco años mayor que Everett, tendría veintinueve o treinta.

—Pensé que quizás tuviera ganas de ir en auto a la ciudad a tomar una copa. Lo siento. —Tomó un libro de la mesita del recibidor, lo abrió y se detuvo a leer la dedicatoria—. Tal vez tú quieras venir.

—No debería salir. ¿No te quieres tomar una aquí?

—Sí. Por supuesto. —Sonrió. A ella se le había pasado por la cabeza, anteriormente, que él calculaba el efecto de su sonrisa; la intimidad peculiar de esa sonrisa era producto de un estudio exhaustivo del momento oportuno. Era un poco como la forma en que John Wayne decía «Hoola» cuando conocía a la chica, en un tren o en una aldea en construcción o cuando pasaba montado a caballo. John Wayne resultaba inconfundible y lo mismo pasaba, en un sentido más limitado, con Ryder Channing—. Es muy amable de tu parte —añadió él, sonriendo otra vez, y se sentó y examinó el sobre donde ella acababa de escribir la dirección de Everett. Al ver que estaba vacío, bostezó, cerró los ojos y preguntó—: ¿Dónde está esa copa?

Ella pensó, mientras traía el hielo, que a John Wayne se le daba mucho mejor que a Ryder el tema de seguir con la conversación después del saludo.

Bebieron en total tres copas. Al principio Lily se sentó con la espalda muy recta en la mecedora de madera que había junto al escritorio; después de que él preparara la segunda copa, ella se sentó delante del sofá, donde él estaba despatarrado con una pierna subida en el apoyabrazos. Él le habló de Memphis, donde vivían su madre y sus hermanas, y de Charlottesville, donde había estudiado. («Te gustaría, Lily. Te gustaría mucho Charlottesville en primavera, la pasarías increíble», le había asegurado Ryder con aquel acento arrastrado de Tennessee que hacía que todo lo que decía pareciera un ligero coqueteo, haciéndole sentir que, al revelarle su hasta entonces insospechada y más o menos indemostrable predilección por Charlottesville en primavera, había penetrado en la esencia misma de ella). Él elogió exageradamente a Martha (declaró que tenía una de las mentes más despiertas que había visto en una mujer); le pidió que le mostrara un dibujo con lápices de colores que había hecho Knight, y le anunció que los tres —Martha, Lily y él— tenían que cenar el domingo siguiente en el Club de Oficiales de Mather Field. O algún domingo. Lo dejarían abierto. Amablemente instigada por él, Lily se encontró contándole sobre las fiestas que solía dar su madre, sobre la vez en que su abuelo desafió a un vecino a un duelo a tiros por un derecho de paso que (resultó que) no le pertenecía a ninguno de los dos; le habló incluso de su padre. Era la primera vez que hablaba de su padre, salvo de pasada, desde su muerte. Ryder parecía fascinado por

los más pequeños detalles de la vida en el río: quería saber por qué la habían mandado al Dominican en vez de al colegio del distrito como a Martha; por qué no eran miembros del club de campo y por qué el resto de la gente del río sí; por qué Walter Knight nunca se habría hecho miembro de un club de San Francisco, como el Pacific Union o el Bohemian.

—Simplemente nunca lo habría hecho —le dijo Lily, y eso pareció satisfacer a Ryder; dio la impresión de que él lo había archivado en la categoría *Plantadores, Excentricidades sociales de los*, y continuó indagando para saber si Walter Knight había conocido a alguien que hubiera votado a Culbert Olson como gobernador en 1938.

Mientras se terminaban su tercera copa y Lily trataba de explicar por qué no le había gustado ir a los bailes de San Francisco cuando estaba en el Dominican, apareció Martha en el rellano de la escalera, atándose el cinturón sin rosas y sonriendo débilmente.

—Los escuché. —Fuera cual fuera la dolencia de Martha, parecía haber evolucionado durante las últimas horas de tal manera que ya no era capaz de dar cuatro pasos sin agarrarse a la barandilla—. Perdona que no me haya despertado antes.

Channing bajó sus largas piernas del sofá y se puso de pie, extendiendo los brazos hacia Martha.

—Pobre enfermita mía. —Se inclinó para besarle el cuello—. No tendrías que levantarte de la cama.

—Solo quería saludar.

Se quedó ahí plantada, sin sentarse y sin tomar la mano de Ryder.

—Lily me estaba hablando de los Bailes de la Asamblea en San Francisco —dijo Ryder—. ¿Tú fuiste a alguno?

—No. Yo no fui a ninguno.

—Martha estudió aquí —dijo Lily—. Ya lo sabes.

—Escucha —dijo Martha—. Te lo quería comentar. Papá dijo algo muy gracioso la otra noche en la cena.

—¿Qué?

—Bueno, mira, quería preguntarme una cosa sobre ti. Pero como es natural, fingió que no se acordaba de tu nombre. «Ese tipo de Mississippi», dijo. «Ryder no es de Mississippi», le dije yo. «Es de Tennessee». «Mississippi, Tennessee, ¿qué diferencia hay?», me dijo papá. «Para mí todo es Del Paso Heights».

Lily se rio. Del Paso Heights era un distrito al norte de Sacramento famoso por su enorme población negra y por su alta incidencia de pequeños disturbios sociales.

—Es muy gracioso —dijo Channing. Dio la impresión de que la historia lo divertía ligeramente y que también la había archivado bajo *Plantadores, Excentricidades de los*.

—Lo dijo de verdad, ¿no, Lily?

—Lo dijo de verdad. Tengo que subir —añadió, besando a Martha en la mejilla y dándole la mano a Ryder. Él le dedicó una sonrisa.

Mientras subía las escaleras, le dio la sensación de que Ryder la estaba mirando, y mantuvo la espalda derecha. Cuando giró en el rellano, sin embargo, vio que él no la estaba mirando en absoluto, sino que besaba a Martha pegándola a su cuerpo, con la mano donde terminaba la cintura de ella. Se preguntó cómo se sentiría Martha cuando Ryder sonreía y hasta qué punto esa sonrisa era calculada. Pero no importaba. Todo el mundo tenía sus pequeños trucos, y si Ryder Channing había sabido esta noche hacerla sentirse abierta y feliz durante una hora más o menos, a fin de cuentas se habían sacado provecho entre sí. Seguramente él estaría de acuerdo.

Más tarde se le ocurrió, después de desvestirse y retirar las sábanas de la cama de Everett y de ella, que Ryder Channing podría haber sido alguien a quien, en otras circunstancias, ella le podría haber dicho las cosas en voz alta.

Aquel sábado después del Día de Acción de Gracias de 1944 Everett estaba jugando al póquer en el Club de Oficiales de Fort Bliss cuando le avisaron que tenía una llamada. Esa semana Lily ya había llamado dos veces para preguntarle si podía por favor volver a casa en Navidad, porque sin él todo se estaba viniendo abajo. Primero el bebé se había agarrado sarampión, luego Knight se había contagiado tos ferina; desde el verano que era todo enfermedad. *Te necesito*, le había dicho ella. Él simplemente no podría *entender la situación* si no iba; tenía que ir. En primer lugar estaba Martha. Si quería ayudar a Martha, más le valía ir. Seguía insinuando que estaba a punto de escaparse con aquel capitán de la Fuerza Aérea de Tennessee; la semana antes de Acción de Gracias se había pasado dos días sin volver a casa. A su padre le había dicho que estaba en San Francisco. Y por lo que sabía Lily, puede que fuera verdad, pero en la versión que le había contado a su padre faltaba *un detalle crucial*. (Cierto: era asunto de Martha y de nadie más, pero es que ella se las arreglaba para que fuera asunto de todo el mundo porque se la pasaba hablando de los defectos ajenos. Si Lily volvía a oír una vez más a Martha decir que Ryder Channing le había dicho que «no tenía conversación» se iba a poner a gritar, y si alguno de ellos oía una vez más que Ryder Channing creía que la casa parecía sacada de Charles Addams, Lily simplemente no se haría responsable de lo que hiciera el padre de Everett. Al señor McClellan no le gustaba cómo llevaba Ryder Channing el sombrero, sin almidonar, y se refería siempre a él como «el niño aviador» o «el teniente novato», expresiones de moda en la prensa que Lily no sabía de dónde había sacado porque todo lo otro relacionado con la guerra se le estaba pasando más o menos por alto). En cualquier caso, Martha y su padre se peleaban todas las noches a la hora de la cena al punto de que nadie podía comer, y luego Martha siempre terminaba apartando su silla de la mesa de golpe y corriendo escaleras arriba. Por las noches la oían llorar y su llanto trastornaba a todo el mundo. En realidad llevaba comportándose así desde que había vuelto de la facultad, de forma que para ser justos no parecía que el problema lo estuviera causando Channing, pero él estaba todo el tiempo en casa y cuando no estaba Martha lloraba y eso molestaba especialmente al padre de Everett. No es que fuera muy difícil molestarlo últimamente. Everett no se daba cuenta. Alguien le había hecho una oferta para subdividir la finca después de la guerra, y quizás fuera cierto que el hombre había sido más bien desagradable y, tal como decía el padre de Everett, quizás sí que había sido un manipulador y un desertor del alistamiento, pero aun así el padre de Everett no tenía derecho a decirle lo que le había dicho. Así estaban las cosas: los niños enfermos y Martha lloraba todo el tiempo y el padre de Everett se estaba volviendo loco. Ojalá Everett pudiera venir. *No sabes cuánto te necesito*.

Las cartas y las llamadas telefónicas de Lily habían sido lo único que había trastornado la vida de Everett durante ese verano y ese otoño; daba la impresión de

que su mujer no había leído ninguno de los folletos edificantes que explicaban cómo levantar la moral del soldado, mantener en casa el fuego encendido, visitar solo en sueños el hogar en Navidad. Él los extrañaba, a ella y a los bebés, pero no tanto como le decía a Lily, y además solo de forma abstracta. Estaban a salvo, y su ausencia no solo era intachable: estaba bendecida por las Potencias Aliadas. Más de lo que recordaba desde que pasara sus primeras semanas en Stanford, se sentía peculiarmente satisfecho de las ordenadas limitaciones de su vida en Fort Bliss. Jugaba al póquer ocasionalmente y entablaba amistades precavidas en el bar; más tarde, por las noches, se tumbaba en la cama y hacía planes para la finca: unas disposiciones exquisitamente racionales, indemnes a la realidad volátil de los planes en marcha. Una vez, cuando tuvo un permiso, se fue a Dallas con otro teniente, integrante del grupo con el que a veces jugaba al póquer; el teniente llamó a unas chicas que había conocido en la universidad en Austin y todos juntos se fueron a bailar al Hotel Adolphus. Aunque más tarde no se acordaría de cómo, Everett terminó a solas con una chica que tenía el pelo rubio rojizo claro y acceso al Cadillac de su padre. Con aquel Cadillac se fueron los dos hasta el margen de un arroyo, donde se sentaron sobre el capot, bebieron bourbon en vasos de plástico y vieron salir el sol. La chica le pidió que le palpara el collar (al collar le gustaba que lo tocaran, le dijo ella, porque estaba hecho de perlas de verdad de Neiman-Marcus) y él le puso la mano en la garganta, pero luego se limitó a besarla con solemnidad y a llevarla en el auto a su casa. Aquella misma mañana, mientras esperaba algún transporte que lo devolviera a El Paso, intentó convencerse de que había actuado así porque era una buena chica, o en cualquier caso porque él le era fiel a Lily, pero en el fondo sabía que no había dejado en paz a la chica por ninguna de esas dos cosas. La había dejado en paz porque habría sido demasiado lío; a pequeña escala esa chica podría haber trastornado el tranquilo fluir de sus días en Fort Bliss igual que Lily.

No es que no le gustara la idea de tener a Lily en la finca, esperándolo: sí le gustaba. Lily completaba el cuadro, le daba la sensación de haber resuelto las cosas, esa sensación que le faltaba antes de que se casaran. Era necesario, sin embargo, que las cosas siguieran resueltas. Durante las últimas semanas había empezado a ver los mensajes de Lily como intrusiones claras y a percibir la vida en la finca como una bacanal de desorganización y de desorden especialmente femenino. Nadie, que Everett supiera, se pasaba la noche llorando en el Club de Oficiales de Fort Bliss.

Él ya había explicado en repetidas ocasiones que le era imposible ir a casa en Navidad; solo tenía un permiso de setenta y dos horas y el transporte era incierto en el mejor de los casos. Lo que tenía planeado era ir a México, aunque eso no se lo contó. *No sabes cuánto te necesito*, le había repetido ella por teléfono hacía dos noches, y él le había contestado con un estallido de superioridad moral: *Parece que no te das cuenta de que estamos en guerra*. Y se había reído de inmediato, intentando esconder no solo su pomposidad, sino también su engaño. Hasta Lily debía de tener claro que El Paso no era exactamente el golfo de Leyte y que llegar a la finca para

Navidad no era tan imposible.

Ahora, cuando el ordenanza le dijo que tenía una llamada de California, sintió que regresaba el resentimiento: estaban llenando el vaso, haciéndolo sentir culpable. Molesto con todos y consigo mismo, tomó el teléfono con la intención de repetirle a Lily que estaban en guerra.

—¿Eres Everett?

Él se sintió repentinamente hechizado por esa vocecita. Por un momento fue como si nunca se hubiera separado de ella, como si nunca hubiera descubierto el canto de sirena del celibato.

—¿Quién te parece que soy?

Hubo un silencio.

—Soy Lily.

—No serás Lily McClellan.

—Sí —dijo ella, e hizo otra pausa—. Ahora escúchame.

—¿Qué pasa?

Lily no contestó. Everett se había envarado, preparándose para la súplica final de su mujer, pero ella no se la planteó, no contestó, no dijo nada.

—¿Qué pasa? —repitió él, acordándose de pronto de lo que Lily le había dicho de Martha.

Ella no dijo nada.

—*Operadora* —dijo él. Luego, con cierto alivio, oyó la voz de Martha, controlada y distante.

—Estamos en el hospital —dijo rápidamente Martha—. El Hospital Sutter. Papá tuvo un infarto, tienes que venir a casa.

—¿Está bien? —Se dio cuenta de lo idiota que era su pregunta ya mientras la formulaba.

—Claro que no está bien. Está muerto. Si no, no te habríamos molestado.

Se pasó la noche entera sentado en el baño de un coche cama, fumando y mirando parpadear las luces de pantallas verdes mientras el tren cruzaba lentamente el desierto hacia Los Ángeles. Seguramente podría haber conseguido asiento en un avión, pero no lo había hecho, a pesar de que al final a Martha se le había quebrado la voz seca y precaria: *Te digo que está muerto, Everett, ven a casa ahora mismo, por Dios, papá ha muerto y no quiero oír más de esa basura de que el mundo se está por acabar, Everett, por favor, ven a casa rápido.* En tren tardaría por lo menos dos días, más si perdía la conexión en Los Ángeles. Le había mandado un telegrama al abogado de su padre para que se encargara de organizar el funeral. Tenía muy claro que, aunque tal vez volviera a ver Fort Bliss, básicamente era como si lo hubieran dado de baja; en 1942 había renunciado a su prórroga de explotador rural para alistarse, pero ahora ya no quedaba nadie más que pudiera administrar la finca. Pediría la baja por dificultades económicas y estaba claro que se la darían.

No pensó que ya no iba a ver nunca más a su padre hasta que llegó a la finca, seis

horas después del funeral (había perdido la conexión en Los Ángeles y para entonces ya era demasiado tarde también para encontrar avión), y se enteró de que Sarah había venido en avión de Filadelfia.

—Ha sido repentino —no paraba de repetirle Sarah a Everett—. Ha sido terriblemente repentino.

—Sí —convenía él todas las veces, reconfortándola vagamente al tiempo que se reconfortaba a sí mismo; parecían compartir una carga, esa culpa de los niños que estaban jugando en otra parte cuando se armó el lío.

Era lo único que compartían. Él no había visto a Sarah desde el día de su boda, en agosto de 1936. Se había casado en el jardín, en el vestido de boda de su madre, con un chico llamado Peter. Aunque había conocido a Peter en Stanford, resultó que era de Filadelfia, una circunstancia que a todos los McClellan, salvo Sarah, les parecía insalvable. Con diecisiete años, Everett había hecho de ujier. Se había emborrachado un poco con champán (a Peter el champán no le había parecido bueno, porque era de California; de hecho, había expresado delante de un grupo de gente que incluía a dos vinateros del Valle de Napa que si no te podías permitir un champán francés decente, lo mejor era beber solo whisky escocés) y hacia media tarde, cuando Sarah estaba cortando la torta de bodas, les había contado a Peter y a ella un chiste no muy gracioso pero sí muy picante. Peter había parecido vagamente molesto. Nunca parecía más que vagamente nada.

—Creo que ya hemos bebido bastante de este vino local —dijo, dándole a Everett una palmada en el hombro que debió de parecerle apropiadamente fraternal.

—Imbécil —dijo Everett, y Sarah había rodeado a Everett con los brazos, riendo y besándolo con los labios manchados de glaseado blanco. Desde entonces había estado en casa dos veces, una vez antes y una después de las seis semanas que había pasado en el lado de Nevada del lago Tahoe y que habían legalizado el final de su relación con Peter, pero justo aquel verano Everett había estado fuera, trabajando en un aserradero en las afueras de Tacoma.

La presencia de Sarah ahora, e incluso el rastro de su perfume, que se olía por toda la casa (el mismo perfume: volvía a oler al verano de su casamiento, la casa llena de platería y pañuelos de papel y chicas) indicaban que aquello era ciertamente una crisis, una muerte en la familia. Triste y nerviosa, Sarah caminaba sin rumbo por la casa enderezando los cuadros, recogiendo platos y devolviéndolos a su lugar, abriendo y cerrando las persianas; a través de los ojos de forastera de su hermana, Everett vio que era verdad lo que había dicho Lily: todo se estaba viniendo abajo.

Iba a ser una primavera difícil. Lily no había exagerado; él no le había querido creer, eso era todo. Al parecer su padre había estado mal durante meses antes de su derrame cerebral, y había perdido el interés en plantar nada en esas tierras a las que se aferraba con tanta tenacidad. Everett podía entenderlo; nunca culpó a su padre. En la práctica, aparte de ganar lo suficiente para vivir, él mismo tampoco tenía demasiado interés en explotar la tierra. Como su padre, solo quería tenerla. La finca de Braden

era un buen ejemplo. Eran ochenta hectáreas, cerca de Auburn, prácticamente imposibles de arar, y llevaban años vacías. Habían formado parte de la herencia de su madre. Aunque Joe Templeton las había querido comprar, Everett había rechazado la oferta, supuestamente porque tenía planeado explotarlas él mismo. Ahora sabía por qué no había vendido la finca de Braden. Había pensado en eso en el baño de ese coche cama, mientras cruzaba el desierto. Toda la vida había querido subir a la finca de Braden, plantarse en la cima de la colina y contemplar el valle hasta los cuellos volcánicos de Maryville, y quería hacerlo en una tierra que fuera de su propiedad. No tenía nada que ver con cosechas, explotación ni beneficios. Entendía muy bien que su padre, estando enfermo, hubiera dejado que se echara a perder la finca del río. Había bajado un momento la guardia, eso era todo.

Inspirado por aquel ejemplo, ahora Everett estaba en guardia, armado de enérgica determinación, la semblanza de una administración eficiente. En 1942 el capataz japonés de la finca había sido evacuado, y su sustituto, a quien el padre de Everett había ido dejando cada vez más la gestión del día a día, había demostrado ser un incompetente. Al contratarlo, Everett había dicho que aquel hombre era un irresponsable; «eso no importa», había farfullado su padre, más trastornado de lo que estaba dispuesto a admitir por el traslado forzoso de los japoneses. «Esos malditos se lo buscaron». Era típico de él pensar que las pérdidas causadas por un capataz irresponsable serían para el gobierno; al parecer no había entendido en ningún momento que las pérdidas serían para él. Hectárea tras hectárea, los postes de secuoya y los emparrados de alambre se habían caído y allí se habían quedado, pudriéndose junto a las parras muertas que nadie había recolectado el verano anterior. Según le contó a Everett el capataz, una parte de la cosecha del año anterior se había enmohecido; en el galpón Everett encontró sin abrir el sulfato de cobre que lo habría impedido. Toda la maquinaria, imposible de reemplazar hasta que terminara la guerra, se había dejado al aire libre y las lluvias del otoño la habían oxidado; el horno ya no se podía usar y la ruta principal estaba toda llena de baches. Hasta el dique estaba erosionado después de haber sido descuidado durante un año entero. Se suponía que era el Cuerpo de Ingenieros del Ejército el que tenía que cuidar de los diques, pero Everett no creía que el Cuerpo de Ingenieros hubiera tenido demasiado tiempo en 1943 y 1944 para pensar en el dique del muelle de McClellan.

—No he parado de escribirte —le recordó Lily, sin levantar la vista de su labor. A él le pareció que ella no había parado ni un momento de tejer desde su llegada. Siempre que ella lo encontraba mirándola se mordía el labio, reajustaba teatralmente sus agujas de tejer y se ponía a trabajar más rápido.

Él se giró en silencio hacia Martha.

—Nunca vi que nadie me dejara administrar la finca —dijo Martha—. Yo aquí no puedo ni escribir un cheque.

—Hicimos todo lo que pudimos —dijo Lily—. Tu padre no nos pedía consejo para nada.

—Ojalá alguien se lo hubiera contado a Everett. —Sarah cerró la caja de antiguos programas de danza y orquídeas prensadas que desde la cena había acaparado su atención—. Ojalá alguien me lo hubiera contado *a mí*.

—Ojalá se le hubiera *ocurrido* a alguien. —Martha se acercó a Lily para tocarle el brazo—. Sarah nos podría haber reenviado unos cuantos panfletos del Departamento de Agricultura. O quizás lo podría haber hablado con *Peter*.

—No veo a Peter desde 1939.

—El nuevo, entonces —dijo Martha—. Ni me acuerdo de cómo se llama.

—Está en todo mi papel de carta —dijo Sarah en un intento de serenidad—. Robert Carr Warfield, Jr. —Hizo una pausa—. Bud —añadió con incertidumbre.

—Bud, eso mismo. Quizás Bud y tú podrían haberlo evaluado juntos y puesto en orden la finca por correo.

Lily dejó su labor y levantó la vista para mirar a Everett.

Él lo entendía: nunca había querido poner en duda sus buenas intenciones. Pese a todo, se iba a pasar unos cuantos meses más afuera, hasta que procesaran su baja, y entretanto alguien iba a tener que hacerse cargo de la finca. ¿Podían hacerlo ellas, podían levantar los postes y despejar los campos y, sobre todo, podían pedirle al Cuerpo de Ingenieros que hiciera algo con el dique antes de que se encontraran todos flotando en el Delta?

—Diles tú a los hombres que me encargo yo y me encargaré —dijo Martha.

—Joe Templeton nos ayudará —dijo Lily.

—Joe Templeton nos ayudará —repitió Martha—. Oh, ya lo creo. El viejo Joe Templeton se tirará encima de esta oportunidad de ayudarnos. Ya lo creo. Podemos confiar en Joe Templeton, Everett, cuenta con ello. —Había estado jugueteando nerviosamente con una de las agujas de tejer de Lily; ahora la clavó en un ovillo y caminó hasta la ventana.

Tres días después del funeral, Everett puso a Sarah en un avión de vuelta a Filadelfia («a casa», dijo ella, aparentemente inconsciente del dolor que era capaz de causarle a su hermano por el mero hecho de desplazar su lugar de pertenencia); llevaba una bolsa de papel llena de lúpulos secos para mostrárselos a sus hijos y al desconocido que era ahora su marido. Había sido idea de Martha llevar los lúpulos.

—Van a pensar que les estoy llevando golosinas —dijo Sarah, riendo nerviosa mientras la lluvia les caía encima frente a la puerta de embarque—. Les tendría que haber comprado algo, no saben que vine a un funeral.

Su voz se amortiguó cuando giró a mirar cómo arrancaban las hélices. Everett le pasó un brazo vacilante por detrás de los hombros, acolchados por su abrigo de paño negro, demasiado grueso para California. Ella se volvió con una sonrisa radiante y le tiró un beso.

—Ven a visitarnos —le gritó mientras corría hacia el avión—. Ven a visitarnos cuando puedas.

Después de que el avión despegara de la pista, Everett se quedó sentado en el estacionamiento vacío, se inclinó sobre el volante de la camioneta, con la lluvia que entraba por la ventanilla abierta y los hilos de los adornos de Navidad tintineando al viento entre los edificios bajos, y lloró por primera vez desde que tenía memoria, no tanto por su padre como por la defeción de Sarah, porque su hermana había perdido todos los recuerdos de la familia que todavía eran aquel día en que él se emborrachó un poco con champán.

—Everett —le dijo Lily—. Everett.

Él se giró hacia ella, buscando su cuerpo a tientas y a ciegas entre las sábanas arrugadas, con la intención de atraerla hacia sí en la cama caliente y volver a quedarse dormido, con la única intención de callarla.

—Everett. Por favor. Everett.

Él abrió los ojos. Lily estaba tirada boca arriba fumando un cigarrillo. Ya hacía seis meses que Everett había vuelto de Fort Bliss, desde la baja en febrero, y durante aquellas dos estaciones de 1945 no había dormido ni una sola noche sin la sensación inquietante de que Lily estaba despierta, cambiando de posición en la cama, caminando por la habitación o bien sentada a oscuras junto a la ventana. (Ella le había dicho que no recordaba un verano tan caluroso como aquel: llevaba meses sin poder respirar). Hasta que él se despertaba a la mañana ella no conciliaba el sueño, a veces en la silla junto a la ventana, con las piernas extendidas y apoyadas en el marco bajo y el camisón caído de los hombros; a veces en la otra punta de la cama, con la palma de una mano en el suelo y la otra extendida hacia él pero sin tocarlo. Y entonces se pasaba horas sin despertar; una mañana Everett se había sentado en la cama y se había dedicado a tomarle la mano durante veinte minutos mientras ella yacía como drogada, sin cerrar los dedos pero sin retirarlos tampoco.

—Duérmete —le dijo él ahora—. Duérmete, linda.

—Tengo que hablar contigo.

Él le pasó los dedos por las puntas húmedas del pelo y por la cara. Tenía los ojos mojados. *Dios santo*. ¿Cuántas noches había oído llorar a Lily? Así como hay padres que no se despiertan ni con un incendio ni con una tormenta ni cuando hay voces en la puerta de atrás, pero sí cuando oyen el susurro de su hijo, así oía Everett a Lily llorar por las noches. Tenía la sensación de que hacía años que los sollozos apagados de ella le interrumpían el sueño. La había oído hasta en Fort Lewis, hasta en Georgia y finalmente en Fort Bliss. Era Lily la que lloraba entre bastidores siempre que los sacerdotes venían a remover la tumba de su madre. Era Lily la que lloraba al anochecer en el campo donde él levantaba amapolas silvestres con Martha; era el llanto de Lily el que Everett oía esas noches en que el horno se incendiaba, el dique se rompía, arrasaba la finca.

—¿Qué pasa, Lily?

Ella aplastó su cigarrillo.

—Te lo tengo que contar.

Él le apartó el pelo húmedo de la frente y le besó los párpados cerrados, notando en la lengua el sabor a sal.

—No te lo quería contar pero no tengo más remedio.

—Qué pasa —dijo él—. Qué me tienes que contar, mi vida.

No quería que se lo contara. Hacía unas tres semanas que lo sabía, desde aquella

mañana (la mañana en que se había roto la bomba, el lunes después de que fueran al lago Tahoe con Marth y Channing) en que se había levantado y se había encontrado a Lily sentada en el borde de la bañera, cabizbaja y con los brazos cruzados como si tuviera escalofríos. Tenía el camisón caído en torno a la cintura y había un vaso de jugo de naranja derramado en el suelo de azulejos rosas. Le temblaban las manos y tenía los ojos vidriosos. Él se dio cuenta de que ella había estado vomitando. Mientras la ayudaba a volver a la cama, a Everett se le pasó por la cabeza que ese mes ella venía con retraso. No estaba seguro. Lily no le había quitado la vista de la cara mientras él la tapaba con la sábana, y mientras intentaba limpiar el jugo de naranja con papel higiénico (por alguna razón no quería dejarlo ahí y que lo viera China Mary) se acordó de que durante los primeros meses de sus dos embarazos anteriores, el jugo de naranja también la había hecho vomitar. Había esperado (tan ferozmente que era una plegaria constante, tan automática ya después de tres semanas como la misma respiración) estar equivocado, si no sobre una cosa, al menos sobre la otra; había esperado que ella no se lo dijera. Pero sabía que ella se lo iba a decir. Había sabido desde el principio que Lily lo despertaría una noche para decirle: *no te lo quería contar pero no tengo más remedio*.

Everett le pasó el brazo por debajo de los hombros. Lily tenía el cuerpo rígido. Él iba a tener que permitirle que lo dijera. Él era el maldito sacerdote que iba a tener que oírlo.

—Estoy embarazada. —Ella tenía los ojos fuertemente cerrados, como si esperara que él le fuera a pegar—. Estoy embarazada y creo que no de ti.

Su voz era igual de monocorde y anónima que una grabación. Debía de haber ensayado tanto aquellas palabras que había eliminado cualquier tipo de inflexión. Everett apartó de golpe la sábana y se sentó en el borde de la cama, estirando el brazo hacia la mesita para agarrar un cigarrillo, retrasando su reacción no tanto por el shock como por cierta sensación de anticlímax. Una vez dichas, las palabras habían perdido su poder.

Lily no se había movido. *Déjala que sude*.

—Crees que no de mí —repitió él por fin.

Ahora ella sollozaba convulsivamente.

—Hasta una mexicana habría sido más viva. —Él oyó la falta de expresión en su propia voz—. Cualquier puta del West End.

—Déjame en paz. —Se estaba atragantando—. Déjame tranquila.

—Crystal la de la finca de tu madre habría sido más viva. Crystal Gómez. O como se llame.

Él sólo continuó porque no sabía qué otra cosa hacer y porque creía que ella lo esperaba de él.

—Qué quieres —susurró ella, mirando para otro lado—. Qué quieres que diga.

—Nada. —Ahora él habló con voz más suave—. No quiero que digas nada.

De golpe Lily se incorporó hasta sentarse, como si se esperara algún truco,

sospechando alguna violencia incipiente.

—Quieres saber *quién* fue —dijo ella entre sollozos, casi a gritos.

Quieres saber quién fue. Él no sabía si ella se lo estaba preguntando o bien si formulaba una acusación. Sin mirarla, agarró la camisa y los pantalones caqui que había dejado tirados la noche anterior en la silla. Supuso que, si era importante, era porque él conocía al responsable. Él habría preferido que fuera un desconocido, alguien de paso. Porque el hecho de que fuera alguien que él conocía hacía sutilmente más culpable a Lily: significaba que ella había violado varios contratos a la vez. Esa forma de pensar, sin embargo, en este caso no era pertinente. Ninguna forma de pensar que llevara a la palabra «contrato» podía aplicarse a lo que había entre Lily y él. Él habría preferido que fuera un desconocido, pero daba igual que no lo hubiera sido. Para el caso era lo mismo.

—No —dijo—. No quiero saberlo. No quiero oír una palabra más del tema.

Se puso los pantalones caqui y salió de la habitación, llevando en la mano la camisa y un par de zapatillas deportivas. Por la escalera se le cayó una de las zapatillas, él no se molestó en recogerla.

Más que nada porque había quedado una luz encendida en la galería, se sentó ahí, en el borde del sofá de ratán, con una de las zapatillas todavía en la mano, y se preguntó cuánto habría dormido y cuánto faltaría para el amanecer.

Se pasó ahí sentado el resto de la noche, dando de vez en cuando un trago de bourbon a una botella olvidada en la mesa, mirando con cara inexpresiva un álbum de fotografías que Martha había dejado fuera. La noche anterior le había estado mostrando sus fotos a Channing. (Channing, por supuesto, no había entendido por qué ella le mostraba sus fotos; había examinado una instantánea de Martha a caballo a los once años y lo único que había comentado era cuánto se parecía en aquella pose a Elizabeth Taylor en *National Velvet*; había examinado las fotos de Martha en la playa de Carmel y se había quedado impresionado no con Martha sino con las formaciones de cipreses. «Se quedan así, Ryder», le había explicado Martha una y otra vez, con más paciencia de la que a Everett le parecía característica o necesaria. «El viento los pone así y así se quedan». A Everett lo había irritado y entristecido tanto ver a Martha exhibir las vacaciones de la familia en Carmel ante la indiferencia de Channing que se había ido al piso de arriba a las diez en punto. «A ver, Everett, mi amor», le había dicho Lily, con aquella mansedumbre engañosa en la voz. «Tampoco es que las fotos de infancia de Martha sean precisamente el monte Rushmore»).

Everett encontró una foto tomada en la terraza de la casa de los Knight cuando eran todos niños: Lily, él, Marth y Sarah tomando a Marth de la mano. Parecía una fiesta de cumpleaños pero era imposible saber de quién. Se acordaba de una fiesta, quizás esta misma, en la que Martha se había descompuesto de la excitación. La habían encontrado acurrucada en la esquina de la bañera de Edith Knight, con la guirnalda de margaritas que le había hecho Sarah toda marchita y caída sobre un ojo. Everett sonrió al ver que aquel día todos habían llevado sacos marineros color azul

marino de talles distintos. Ahora Knight tenía un saco idéntico; se lo había comprado la madre de Lily.

Everett deseó poder subir hacia Lily, decirle que no pasaba nada y disipar la realidad física de lo que estaba sucediendo haciéndola reír con la foto de los sacos marineros. *Equipo del Este, equipo del Este, mándanos a Lily Knight*. Se acordaba de que, cuando jugaban de chicos a las escondidas, a veces Martha se pasaba horas en su escondite; y de que Lily, a quien nunca le había gustado ser la que buscaba, y a quien ni siquiera le gustaban demasiado los juegos en general, una vez había terminado sentada debajo del lilo y llorando porque nadie salía de su escondite y estaba oscureciendo. «Creí que todos se habían ido y que se habían ahogado», les dijo entre sollozos e hipos cuando por fin salieron todos corriendo del rincón seco debajo del muelle donde Martha había insistido en que se escondieran. «Creí que todos se habían caído al agua y que los había arrastrado un remolino». (La perspectiva de caerse al agua y de que te arrastrara un remolino siempre había acechado ominosamente en la imaginación de Lily; él sabía que hoy en día ella todavía creía vagamente que en el río Sacramento eran comunes los remolinos del tamaño y la fuerza del Maelstrom). Ese día, de alguna manera, Everett no se acordaba cómo, había conseguido que Lily dejara de llorar y se riera. Siempre había tenido intención de cuidarla y de hacerla reír. Pero en algún momento habían dejado de escucharse, por eso se quedó abajo, paralizado no por la rabia, sino por el cansancio y el orgullo.

Hacía meses que había superado el enojo, si es que había estado realmente enojado: ya había pasado por el shock, el dolor y la aceptación, y todo solo. Y aun entonces lo que le había dolido no había sido tanto Lily como el hecho de no haberse dado cuenta. *Tómate una copa conmigo, Everett*, le había dicho Francie Templeton la noche en que él por fin se dio cuenta; había pasado a ver a Joe para comprarle una camioneta Ford usada, pero Joe estaba en la ciudad.

—Vamos a tomarnos una copa juntos en esta bonita noche de junio porque Everett querido —dijo Francie con firmeza—, se viene un verano bien seco.

Vació una hielera en una jarra y tomó una botella de bourbon. Él la siguió de mala gana a la terraza de la segunda planta; las mujeres que bebían lo ponían nervioso bajo cualquier circunstancia, y además Francie entraba en la categoría de las mujeres que ya tenían edad suficiente como para ser más razonables.

—Me encantó hablar contigo la otra noche —dijo Francie, dejando caer el hielo en los dos vasos. Con una precisión que lo sorprendió, tiró un cubito a las ramas de un naranjo que rozaba la pared de la terraza y rompió una telaraña.

—Yo también lo pasé bien, Francie.

Everett estaba intensamente incómodo; a la luz de la luna que inundaba la terraza, Francie se veía todavía más demacrada que a la luz de las lámparas de abajo, y la otra noche no había sido la otra noche ni mucho menos, sino un mes antes, el Día de la Victoria en Europa, cuando él había bebido demasiado en una fiesta río abajo.

—Camina conmigo hasta el río, Everett querido —le había dicho Francie en aquella fiesta, alrededor de la medianoche, y Francie y él habían cruzado el césped y caminado hasta el otro lado del dique hasta el muelle; él la había llevado medio auestas por debajo de los álamos y los grandes robles y los dos se habían quedado allí sentados una media hora, cantando. Quizás porque él también había bebido casi lo mismo que ella, a Everett no le había parecido nada gangosa la voz clara y ligera de Francie, que se había acordado de las letras enteras de *The Battle Hymn of the Republic*, *The Yellow Rose of Texas* y hasta *There'll Always Be an England*, una canción que siempre había enfurecido al padre de Everett. Aquella noche cálida de mayo, con las luces encendidas río abajo, algún que otro compás de la banda sonora de *Oklahoma!* que llegaba desde la casa y la cabeza de Francie en su hombro, la misma Francie a la que había conocido toda su vida, a Everett le había parecido que el mundo era un lugar bueno y noble y dulce y valiente, un lugar de posibilidades infinitas para la fe y el honor y la gracia de los placeres cotidianos, y se había sentido conmovido hasta lo indecible por una letra tan trillada como «Oh hermosa por cielos espaciosos, por olas doradas de granos». Descalza y con un pie metido en la corriente, Francie había ido dejando caer gradualmente la cabeza en el regazo de él y había parado de cantar, con la voz apagándose en mitad de *There'll Be Bluebirds over the White Cliffs of Dover*. Creyéndola dormida, Everett se había quedado unos minutos sentado acariciándole el pelo antes de que ella se incorporara de golpe y se pusiera a desatarse la tira de seda anudada en torno al cuello que le sujetaba el vestido.

—Vamos a nadar, Everett querido.

—Es demasiado temprano, Francie —no paraba él de repetir en voz baja, lo bastante sobrio como para darse cuenta de que ninguno de los dos estaba en condiciones de nadar en el río—. Todavía está muy fría.

Mientras él le quitaba la tira del vestido de los dedos y se la empezaba a atar otra vez por detrás del cuello, ella había agachado primero la cabeza con docilidad y después, sin decir nada, le había metido la mano entre las piernas.

—No hagas eso, Francie —dijo él, poniéndose de pie y levantándola; ella se largó a llorar, tapándose la cara con las manos, y el diamante enorme que había heredado de su abuela centelleó de repente bajo los faros de un crucero que pasaba. Cuando él intentó agarrarla de las manos y abrazarla, ella forcejó hasta quitárselo de encima.

—Vete a la mierda —le había susurrado ella—. Solo, como te gusta estar.

Él había confiado en que más tarde ella no se acordaría de nada, y en realidad había estado bastante seguro de que no. (A la mañana siguiente le contó a Lily que mientras ella estaba dentro bailando, él había estado cantando con Francie Templeton, y ella se rio: «Everett amor. No es mucho tu estilo»).

—Linda sesión de canciones hicimos, ¿verdad? —le dijo ahora Francie, dándole un vaso y tocándolo con el de ella—. Por las viejas canciones.

—Eso mismo, Francie. Las viejas canciones.

—Linda sesión —repitió ella en tono reflexivo—. «En conmemoración de la Victoria en Europa. Crónica de Norman Corwin». —Hizo una pausa—. ¿Ves a Francie cambiada desde que te fuiste?

—Tú siempre estás igual, Francie —se apresuró a decir él, avergonzado de que ella le hubiera adivinado el pensamiento. Francie llevaba una falda vieja de jean y una camisa arrugada que seguramente fuera de Joe; él se daba cuenta de que ella debía de haberse pasado casi todo el día bebiendo.

—Bueno, sí y no. —Francie se sirvió más bourbon en el vaso y le señaló una banqueta de mimbre—. Sí y no. Hoy tengo treinta y siete años.

—Feliz cumpleaños. —Él se preguntó si ella tendría planeado algún festejo.

—Ja. No es mi cumpleaños para nada. Hace meses que tengo treinta y siete. En cambio, el viejo Joe —añadió en tono pensativo— tiene cuarenta.

Everett sonrió resueltamente. Sabía que Joe tenía treinta y seis años. Joe era casi exactamente diez años mayor que él. Y resultaba que lo sabía a ciencia cierta porque una vez Joe había llegado borracho para ver un partido en Stanford con él y se le había colgado a Everett después del almuerzo en la Deke House y se había pasado el primer cuarto del partido explicándole lo mucho que tenían en común, con diez años de diferencia. Una de las cosas que todavía tenían en común, recordó Everett, eran cincuenta dólares que Joe había tomado prestados ese día porque Francie lo había dejado temporalmente y había transferido todo el dinero de su cuenta bancaria en común a su cuenta privada, que según ella era donde siempre habría tenido que estar el dinero.

—Cuarenta... años —dijo Francie—. O si no los tiene, poco le falta. *Sic transit* el viejo Joe, etcétera.

—Eso mismo, Francie. —Ella estaba sentada en la tapia baja de ladrillo que bordeaba la terraza, con el cuerpo de perfil a él, y a Everett lo ponía nervioso que se pudiera caer de la tapia al jardín, que quedaba una planta más abajo.

—Háblame de la guerra —dijo ella, meciéndose suavemente, casi canturreando—. Cuéntame cómo viajaste a defender la democracia a El Paso y otras tierras extranjeras mientras el viejo Joe te cuidaba la casa.

—Le agradezco a Joe que ayudara después de la muerte de mi padre. —Everett era consciente, con malestar, de que en algún momento Francie había cruzado la frontera de la simple conversación entre vecinos.

—Oh, sí —dijo ella—. Sí, claro. Joe se dedicó a ayudar en cuerpo y alma.

—Martha y Lily lo agradecieron.

Francie se sentó abrazándose las rodillas, con los ojos cerrados.

—Estoy segura de que Lily lo agradeció —dijo en tono amable—. Joe lo hace muy bien.

Everett no dijo nada. No le parecía posible haber oído correctamente a Francie, pero sus palabras parecieron quedar flotando en el aire cálido, tan continua e inconfundiblemente audibles como una nota aguda y prolongada en un piano.

Aunque nunca se le había dado bien extraer sutilezas de las conversaciones, ahora intentó imaginar qué otra cosa podía estar dándole a entender Francie; intentó acordarse de alguna palabra que se le hubiera pasado por alto y que, una vez inserta en su lugar adecuado de la conversación, pudiera aclararlo todo. Pero lo único que pudo recordar fue a Lily y su comportamiento de aquella primavera (noche tras noche se había quedado leyendo hasta que él le pedía que fuera a la cama, y al terminar le había dado la espalda todas las veces —*qué te importa*, había susurrado una vez, *ya vi lo que te importaba cuando estabas en Texas*— para levantarse, cepillarse el pelo y volver a alguno de esos libros sobre arquitectura religiosa que sacaba de la biblioteca del condado); se acordó de Lily y pensó en Francie.

—O por lo menos antes —dijo Francie con la misma voz agradable, impoluta de indicios de alcohol—. Ya no lo sé. Hoy en día ya solo soy la cruz del viejo Joe, o quizá se podría decir que soy la maldición con la que Joe nació, su rémora, su noche cerrada. Su chequera. Algo así.

Francie hizo una pausa para masticar un trozo de hielo.

—Porque francamente, Everett —añadió por fin—, me gusta beber.

Everett no dijo nada. Empezó de inmediato a preservar lo que pudiera preservarse, y empleando toda la meticulosidad de su corazón recordó las historias que había oído sobre algunas esposas en tiempos de guerra y por qué no significaban nada. Para él tampoco significaría nada si conseguía dejar de pensar en Lily y en cambio pensaba en una «esposa» abstracta.

—Se podría decir incluso que *prefiero* beber. O sea que *ya ves*.

Everett se puso de pie.

—Me tengo que ir, Francie —dijo con amabilidad.

No se había dado cuenta, pero no podía culpar a Joe demasiado.

No se había dado cuenta: ese era el quid de la cuestión. Se sentó en la galería sosteniendo la foto de Lily, Martha, Sarah y él con los sacos marineros hasta que la primera luz del alba entró por las ventanas del lado este, como si a base de pasar el dedo por la grieta de aquella instantánea amarillenta pudiera recuperar todas sus pérdidas mortales, como si a base de mirarla durante el tiempo suficiente y lo bastante fijamente pudiera regresar a aquella tarde, regresar a casa de Lily Knight, tomar a Martha de la mano y empezar de nuevo; correr con Martha desde el muelle hasta el lilo debajo del cual Lily lloraba bajo el anochecer y tocar casa.

Esa mañana él no quería ver a Lily, no quería hacer frente a sus ojos enrojecidos, a su voz agotada. *Quieres saber quién fue.* Ella le había cargado el muerto a él; todo lo sucedido había sido en cierta forma responsabilidad de él. Al llegar China Mary a la casa, él le pidió que le llevara una bandeja a Lily, sin jugo de naranja, y que se asegurara de que se quedara un rato en cama.

—Está cansada —dijo él—. El calor la afecta. Intenta que no entren Knight ni Julie.

Luego se fue a los campos del sur para ver la recolección de los últimos lúpulos. Aunque normalmente volvía a casa para el almuerzo, a mediodía condujo uno de los camiones hasta un bar de la ruta y se pidió dos botellas de Lucky Lager y un sándwich de mortadela envuelto en celofán. Mientras se bebía la segunda botella de cerveza se dedicó a escuchar por la radio del camarero cómo los Yankees derrotaban a los Red Sox en Fenway Park, sin pensar en Lily. Para las siete, cuando emprendió el camino de vuelta a la casa, ya habían recogido los emparrados de toda la finca. Habían estado recolectando toda la semana y hoy era el día del año que Everett odiaba más: el día en que levantaban los últimos lúpulos, el día en que terminaba el verano. Lo único que vio al volver a casa fueron los postes desnudos, las cuerdas rotas y colgando inmóviles en medio del calor y el polvo que levantaban las cosechadoras. Mañana encenderían el horno, y durante los próximos cuatro o cinco días, mientras los lúpulos se secaban, el año entero se podía echar a perder. El horno y la cosecha entera podían desaparecer en un fogonazo de llamas secas, y más allá de tomar las precauciones más elementales, no había nada que hacer al respecto. Durante la semana siguiente, los agentes de las aseguradoras visitarían las fincas donde se estaban secando los lúpulos para hacer comprobación de riesgos; casi todos los meses de agosto se quemaba un horno en algún lugar del Valle. El año anterior le había tocado a la finca de Messner, remontando el río Cosumnes, la noche en que tendrían que haber terminado.

Everett caminó solo hasta la casa. Aunque su padre había tenido la costumbre de invitar al capataz y a su mujer la noche en que terminaban la cosecha, el capataz nuevo (se llamaba Henry Sears y venía de la parte baja de San Joaquín, cerca de Bakersfield, y había llegado a la finca pocos días después de que Everett volviera de Fort Bliss) se había ido a la ciudad, al volante de un camión lleno de mexicanos, antes de que Everett pudiera hablar con él, en el caso de que Everett hubiera tenido intención de hablar con él. En cualquier caso, Henry Sears no podía conocer la costumbre, ya que no había llegado a conocer al padre de Everett, y además no estaba casado. Everett no sabía de qué podría haber hablado con él en caso de haberlo invitado. Su padre siempre había provocado una respuesta en la gente: caía bien o caía mal, la gente hablaba con él o hablaba de él; todo el mundo se involucraba de alguna forma con él. Quinientas cuarenta y siete personas habían mandado flores en

ocasión de su muerte, y hasta la última de esas personas había considerado que tenía relación con John McClellan. Él habría sabido, a diferencia de Everett, cómo hablar con Henry Sears. Hasta Martha seguramente sabría, pero Everett no.

Everett ni siquiera sabía cómo hablar con Lily. Aunque ahora no tenía ni idea de qué le iba a decir cuando llegara a casa, iba a tener que intentar arreglar algo, por lo menos durante esta semana. En algún momento de la tarde había formulado un pacto inexpresable y había invertido en él todas sus improbables plegarias: si la cosecha sobrevivía al secado, entonces el bebé que ella llevaba en el vientre sería suyo. La única diferencia con el juego que Lily le había enseñado a jugar a Knight con el lucero de la tarde era que Everett tenía mucha más chance de ganar. *Asegúrate de que es la primera estrella que ves por la noche, cariño, y no dejes de mirarla hasta que hayas terminado el deseo.* («Es Venus», le había explicado él a Knight. «Que no es una estrella sino un planeta. Un planeta llamado Venus». «Yo creo que no», le había dicho Knight en tono educado, sin apartar la vista de la ventana; un día al anochecer se había pasado quince minutos esperando en la ventana de su dormitorio para evitar el riesgo de ver antes alguna otra estrella).

Aun antes de llegar a los escalones de la galería, Everett oyó la risa de Martha al otro lado del mosquitero de la puerta y las ventanas, y en el tono particular de aquella risa notó que estaba con ella Ryder Channing. No es que Channing le cayera mal. De hecho, Channing le recordaba a Clark McCormack, su compañero de habitación en Stanford, y él admiraba la aparente facilidad con que ambos se movían por el mundo, por mucho que también lo incomodara. A Everett le había parecido que Clark McCormack era el centro de una enorme red social, el pivote en torno del cual giraban docenas de conocidos, todos los cuales siempre estaban llamando a la Deke House o visitándola: uno para traerle a Clark la plantilla robada de un examen parcial fotocopiado; otro para dejarle una caja de discos de Glenn Miller antes de una fiesta; otros, por lo general chicas extraordinariamente lindas, para prestarle a Clark sus descapotables. Igual que Clark McCormack, Channing transmitía la impresión clara de que podía vivir a base únicamente de ingenio. Los dos eran agentes libres, aventureros que le sacaban ventaja a todo lo que encontraban; los dos eran agradables, inteligentes y en última instancia incomprensibles para Everett. Channing le había dicho una vez a Everett que allí donde estuviera siempre lograba conseguir una tarjeta de visita al mejor club de campo. Era la típica cosa que a Everett no se le habría ocurrido nunca. Channing no tenía por qué estar con Martha. Puede que incluso estuviera casado: con la gente como Channing no se sabía nunca. Iba a tener que hablar con Martha; llevaba queriendo hablar con ella desde que había vuelto a casa en febrero.

—¿Everett? —lo llamó Martha ahora desde la sala de estar.

Él hubiera querido ver a Lily antes de hacer frente a Martha y Channing, así que dudó y se puso a hacer tiempo examinando el correo que había en la mesa del recibidor. Había dos facturas del pediatra, una publicidad de una oferta de maquillaje

Superglow de la marca Germaine Monteil en el Bon Marché de Sacramento, y un informe del taller que fabricaba las insignias en forma de flecha de la Pi Beta Phi en Gatlinburg, Tennessee: todo dirigido a Lily.

—Everett —lo volvió a llamar Martha—. Ven aquí.

Él entró en la sala de estar, extrañamente consciente de los músculos que se le movían en las piernas. Le vino de golpe la idea, aunque no sonaba muy científica, de que si se olvidaba dónde estaban los músculos sería incapaz de caminar.

—Ryder nos ha traído por fin una ginebra buena y estoy haciendo martinis.

Everett no miró a Channing.

—¿Dónde está Lily? —preguntó, haciendo un esfuerzo.

Martha estaba sentada de espaldas a él, con la melena un poco demasiado larga sobre los hombros desnudos. Llevaba una especie de vestido de verano que la hacía parecer pálida y flaca, y el pelo no colaboraba. Aunque a él siempre le había gustado largo, se la veía más saludable cuando lo llevaba corto.

—Está en San Francisco —dijo finalmente Martha, poniendo una medida de ginebra en una jarra—. La llevé esta mañana a que tomara el tren. El *City of San Francisco* llegó dos horas tarde desde las montañas y por eso no estuve a la hora del almuerzo. Pero le dije a China Mary que cortara el jamón en tajadas —añadió—. ¿Estaba bien?

—No vine a almorzar. —Hizo una pausa—. ¿Dices que Lily se fue a San Francisco?

—Decidió irse por el calor que hacía. No puedes *crear* el calor que hacía hoy en Sacramento. Vimos a Francie cobrando un cheque en el Wells Fargo y parecía un *espectro*. Y tú estás tan ocupado... En cualquier caso, tenía que hacer compras. Dijo que no tenía nada que ponerse para la exhibición ecuestre, en caso de que la llevaras a la Feria.

—A la Feria —repitió Everett.

Martha levantó la vista.

—La Feria empieza el jueves. En cualquier caso, me dijo que te diga que se iba a gastar todo tu dinero en Magnin's.

Cielo santo. Él se la imaginaba perfectamente diciendo: *Dile a tu hermano que me voy a gastar todo su dinero en Magnin's*.

—¿Está en el Saint Francis?

—Creo que no. —Martha le dio un vaso a Channing—. No creo que se haya quedado en el Saint Francis en su vida. O sea, ¿alguna vez paró ahí?

Él no lo sabía. Solo había pensado en el Saint Francis porque era el hotel favorito de Lily en San Francisco. *Me hace sentir como si fuera un ramo de violetas, mi vida; violetas y monedas de plata de la mina de Comstock. Todo ese mármol tan recargado.*

—O sea, supuse que se quedaría con la señora Ives —añadió Martha—. La verdad es que no lo pensé, dijo que quizás llamaría esta noche o mañana.

Charlotte Ives era la tía abuela de Lily, una viuda que vivía en la Marina. Tal vez Lily estuviera en el Saint Francis, tal vez no, pero casi seguro no estaría con la señora Ives. *Dijo que quizás llamaría esta noche o mañana.* Estuviera donde estuviera, no iba a poder ponerse en contacto con ella. Eso era lo único que estaba claro. Se dio cuenta ahora de que tendría que haberse imaginado que ella haría esto; se dio cuenta de que iba a pagar el resto de su vida por dejarla pasar esa sola hora en el consultorio de algún doctor anónimo. Si es que eso era lo que estaba haciendo, y él no sabía qué otra cosa podía estar haciendo. Ya debía de haberlo preparado antes de contarle todo. Al final había tratado de hablarlo con él y no había encontrado ayuda. De pronto a Everett se le ocurrió que algo podía salir mal, que todo podía salir mal y a él nunca se lo dirían.

—¿Qué va a pasar con Knight y Julie? —Oyó demasiado tarde la subida de tono de su voz quebrada.

Martha miró a Channing, que se encogió de hombros, se puso de pie y caminó hasta la ventana.

—A ver, Everett —dijo Martha por fin—. Ahora mismo Knight y Julie están durmiendo. China Mary les dio de cenar y yo les conté dos veces el cuento de la pequeña locomotora. A petición de Knight, Ryder consiguió tres vasos de agua, y quizás tú podrías, cuando te den ganas, asegurarte de que Julie no ha perdido su mapache de peluche, que parece tener el mismo efecto en Julie que el Luminal tiene en la mamá de Julie. Y supongo que podríamos continuar así hasta que vuelva su mamá.

Everett vio que Channing lo observaba y se obligó a sí mismo a sonreír. Se sintió irritado, como le pasaba ahora con frecuencia, por el tono de Martha: estaba seguro de que si pudiera oírse dejaría de hablar así, pero no sabía cómo decírselo.

—Hoy cosechamos los últimos lúpulos —dijo finalmente.

—Ah —le dijo Martha a Channing—. *Chez McClellan* celebramos la cosecha.

—Lindo festival de la cosecha —Channing sonrió— en que el cosechador no quiere beberse una copa.

—Le decimos la Parca. —Martha le tiró un beso a Everett.

—Tienes puesto demasiado rouge. —Fue capaz al menos de decirle eso. Pero cuando la vio darle la espalda, intentando quitarse el color de los labios con los dientes, se arrepintió de haberlo dicho.

Él tomó su copa. Ya no se podía hacer nada más que esperar a que Lily llamara o volviera a casa y conseguir pasar el día siguiente más o menos sin que Martha se enterara de que había algún problema, de que todo iba mal. Lily tendría que haber esperado. Él la habría ayudado. Se juró a sí mismo que si ella hubiera esperado, él la habría ayudado. Era posible incluso que el bebé fuera de él, y en última instancia tampoco habría importado demasiado que no lo fuera. ¿Qué diferencia habría supuesto en realidad? Habría sido de Lily, y Lily era de él, y a fin de cuentas Joe Templeton era primo lejano suyo, lo bastante lejano como para que Everett casi

nunca se acordara del parentesco, aunque lo bastante cercano como para que ahora fuera consciente de ello. Iban a las mismas bodas y funerales, que era lo que importaba.

—Tendrías que haber acompañado a Lily —le dijo ahora Channing a Marth, mientras llenaba su vaso con la jarra—. Tienes una pinta espantosa.

—A Martha el calor le hace mal. —Everett se preguntó cuánto tiempo más iba a estar Channing viviendo en la base de Mather Field ahora que se había terminado la guerra.

—Por lo visto a la pequeña Lily no le hace tan mal —dijo Channing—. Está más linda ahora que en todo el año.

—Está cansada —dijo Everett—. No importa cómo la veas tú, está cansada y le hace falta descansar.

—Es tu chica, Coop.

Era una verdadera manía de Channing lo de llamar a Everett Gary Cooper y sobre todo lo de llamar a Lily «pequeña Lily». Tres semanas atrás, cuando habían ido los cuatro al lago Tahoe, no había parado de decirlo en todo el fin de semana, al principio provocando discretamente a Lily y al final ya de una forma tan constante que había empezado no solo a irritar a Everett sino también a humillar a Martha: Everett había visto cómo ella intentaba desviar la atención de Channing de Lily y había visto la tensión en la cara de su hermana hacerse más y más visible a medida que empezaba a hablar, en voz demasiado alta, sobre una serie de cosas de las que ni Channing ni Lily podrían haber sabido nada, excluyéndolos deliberadamente de sus recuerdos de Sarah antes de su primer baile o del miedo que China Mary le había agarrado a un gran danés que habían tenido durante tres semanas, mucho tiempo atrás. Pero *qué bien lo pasamos*, había dicho Lily, y a pesar de Channing y a pesar de Martha había sido verdad: desde antes de irse a Fort Lewis que él no viajaba con Lily, y ahora fueron a todos los lugares a los que habían ido tan seguido durante su primer año de matrimonio: Reno, Carson y hasta Glenwood. En la claridad luminosa de aquella tarde en las montañas, con el aire despejado y fresco y los horizontes limpios y lejanos, Everett había creído por un momento que podían volver a tener lo que él había querido que tuvieran, que podían quedarse en la cama y reírse sin acusarse de nada. Durante unas horas aquel sábado al final de la tarde, dio la impresión de que su mutua traición (porque ¿acaso no la había traicionado él también en su interior, no había querido estar lejos de casa, evitar los problemas? *Parece que no te das cuenta de que estamos en guerra*) era un simple efecto de la guerra, un trastorno que no duraría más que la estela de una piedra arrojada al río. Aquel sábado a la noche se habían alojado en la casa de un primo de Lily, una casa de tejas marrones situada en la orilla norte del lago, y habían estado apostando en la frontera de Nevada hasta las dos de la madrugada. Aunque Lily no quiso jugar («Las mujeres nunca ganamos, ¿no lo sabes, Everett? Los ganadores necesitan creer que pueden influir en los dados»), se quedó cerca de la mesa de juego, mirando por encima de su hombro, metiéndole de

vez en cuando la mano en el bolsillo a su marido para agarrar un cigarrillo o monedas para una copa, jugueteando ociosamente con una pila de monedas de plata que le había dado él pero sin apartar la vista de la partida. Él había intentado explicarle una vez más las apuestas pero ella afirmó no entender nada en absoluto de aquel juego: solo le gustaba contemplar el movimiento de la mesa, las fichas y la plata y los dados y los rastrillos que usaban los crupieres. *Que tire los dados la señorita*, dijo el crupier en tono galante (era una mesa con poco movimiento), y Everett se acordó ahora de que ella se había inclinado sobre la mesa y había cerrado los ojos y había arrojado los dados con una sola mano, *dame un siete cariño*, mientras con la otra mano le agarraba el brazo a él, encantada de jugar con los adultos; puso dos dólares sobre la línea y se le cayó al suelo el pulóver amarillo y de pronto volvió a ser su niña novia. Everett se había pasado toda la velada fingiendo con ella, jugando al juego de ella porque era también lo que él quería, y más tarde nadaron en el lago, en un agua tan transparente que solo con la luz de la luna y el puñado de luces que colgaban del muelle se podían distinguir las rocas que estaban a diez metros bajo la superficie, y tan fría que nadar era como forcejear con hielo seco. Lily se había puesto blanca por el frío y su bronceado pálido se había disipado con el primer contacto del agua que quemaba; siguió temblando en el hogar de piedra, envuelta en una toalla, durante un buen rato luego de que volvieran del lago. A él le pareció absurdamente encantador que ella calentara su camión delante del fuego antes de ponérselo. *Dame calor mi vida*, le suplicó Lily después en la cama, y él le puso la cabeza de lado y le pegó la boca a la almohada porque no quería que la oyera Channing desde la otra habitación. *Quédate conmigo mi vida por favor quédate conmigo*. De acuerdo, no lo había hecho. La había perdido, y ahora ella estaba sola en alguna habitación de hotel de San Francisco y quizá ya hubiera sucedido y quizá todo hubiera salido mal y ella se estuviera muriendo allí sola (morían mujeres en los abortos, se veía seguido en los diarios, se oían casos, y aun con las chances que tuviera de salir indemne, estaría igualmente asustada) y él estaba aquí bebiendo con Martha y Ryder Channing como si no importara lo que le sucediera a Lily. Estaba bien que Martha estuviera aquí sentada. Martha no tenía forma de saberlo; si lo hubiera sabido, no habría dejado que Lily se fuera. Pero él lo había sabido desde el principio y ahora estaba aquí sentado con Ryder Channing, y todo estaba de alguna manera mezclado con la guerra, y con el hecho de que Sarah no estuviera en casa, y con la gente como Ryder Channing. Aunque tampoco era culpa de Channing.

En algún momento de la noche oyó que Channing decía que el futuro se estaba construyendo aquí en California. Ahora mismo. Channing tenía la corazonada de que estaban en la línea de salida del *boom* más grande que hubiera experimentado este país. Nada que ver con la fiebre del oro. Y él no era el único que creía en el norte de California. Para dar un ejemplo solamente, los Hermanos Keller creían en California al son de cinco millones de verdes.

—Los Hermanos Keller —dijo Everett—. Creo que no los conozco.

Los Hermanos Keller, explicó Channing con paciencia, eran promotores inmobiliarios. Promotores de Los Ángeles que creían en el norte de California, y concretamente en el Valle, al son de cinco millones de billetes. Y los estaban invirtiendo en el distrito de Natomas.

—Nunca he oído hablar de ningún Keller en Natomas —dijo Everett.

Con lo que pareció ser un autocontrol infinito, Channing examinó tres paquetes vacíos de cigarrillos y los estrujó hasta hacer una bola con cada uno de ellos antes de contestar:

—No están *en* Natomas ahora mismo. Quieren *urbanizar* Natomas.

—¿Y quién pone el dinero? ¿Cómo pueden reunir cinco millones de dólares para invertir en tierras que no tienen?

—Esos encantadores podrían reunir cinco millones con un plan dibujado en la parte de atrás de una puta servilleta. En cualquier caso —añadió Channing, abandonando en apariencia el esfuerzo de justificar las costumbres de los Keller ante Everett—, no era más que un ejemplo. La cuestión es que estamos aquí en la planta baja y con el dedo en el botón del ascensor.

—Métete tú también, Channing, es un país libre, con lugar de sobra para todo el mundo.

Everett se dio cuenta de que debía de estar borracho; no sabía qué tenía en mente Channing, pero no le había gustado el plural. Martha estaba dormida en el sofá, con la cabeza en el regazo de Channing. Lily no había llamado; él ya había sabido que no iba a llamar. Unas horas antes había intentado encontrarla en siete hoteles de San Francisco, los únicos siete que se le ocurrían, además del Claremont y el Durant de Berkeley. En ninguno de los nueve había nadie registrado con el apellido McClellan. En el Mark Hopkins había encontrado a una señorita Knight, pero cuando atendió el teléfono no era Lily en absoluto. Era una mujer que le preguntó si era uno de los chicos del National Cash Register, y que le colgó cuando él le dijo que no.

Channing no parecía haberlo oído.

—La cuestión es que aquí necesitamos de todo. *Tabula rasa* absoluta. Por Dios, en los próximos diez o quince años se podrá ganar una fortuna armando *agencias*.

—¿Te refieres a inmobiliarias? ¿Aseguradoras? —Everett hizo un esfuerzo decidido por seguir a Channing—. ¿O de automóviles?

—Quiero decir de *publicidad*. Agencias de publicidad. Si crees que las sucursales de las agencias de afuera van a ser suficientes, es que no te das cuenta de lo que tenemos aquí.

Everett nunca había conocido a nadie que trabajara para una agencia de publicidad, y aunque de vez en cuando había leído algún artículo en la revista *Fortune* sobre Bruce Barton y Albert Lasker, no tenía una idea clara de a qué se dedicaba en realidad la gente que trabajaba para las agencias de publicidad. Cuando pensaba en una agencia de publicidad, algo que no hacía muy seguido, se imaginaba

a Albert Lasker sentado en un despacho viendo caer la nieve y pensando en pasta de dientes, o quizás incluso poniendo pasta de dientes en un cepillo de dientes. La siguiente viñeta que se imaginaba mostraba una bombilla eléctrica encima de la cabeza de Albert Lasker y la palabra «Irium». Por alguna razón, la nieve que caía era una parte integral de la imagen, y Everett jamás se había planteado que eso pudiera pasar en California. Albert Lasker y el Irium pertenecían a otro mundo, un mundo abarrotado de inmigrantes y de mujeres que se pasaban el día en galerías de arte y de ascensoristas que te llamaban por tu nombre si eras un fotógrafo estrella de la revista *Life*. Había un tipo de película que siempre empezaba así, con un ascensorista dándole los buenos días a un fotógrafo estrella de la revista *Life*. Nunca llamaban a la revista por su nombre, pero todo formaba parte del mismo maldito mundo y siempre era el mismo maldito ascensorista.

El ascensorista lo trajo de vuelta a Channing, que había asegurado que estaban en la planta baja y con el dedo en el botón del ascensor a punto de despegar. Y hablando de despegar, empezó a preguntarse por qué Channing no se volvía a la base de Mather Field o donde fuera que dormía y empezó a preguntarse también por qué Martha estaba durmiendo con la cabeza en el regazo de Channing. Recogió el pulóver de su hermana del suelo y se lo echó por encima de las piernas desnudas.

Ella se movió en sueños, echando un brazo hacia atrás por encima de la rodilla de Channing.

—¿Rydeeer? —susurró.

—Vuélvete a dormir —le ordenó Channing.

Al parecer tranquilizada, ella retiró el brazo. Everett dejó caer el pulóver de Martha y se sirvió lo que quedaba de una botella de bourbon. Aparentemente ya no estaban bebiendo martinis, y en la hielera solo quedaba un charco de agua tibia.

—Eres como un maldito locutor de radio —le dijo de repente a Channing—. Serías un tremendo locutor de radio.

—Puede que sí —dijo Channing en tono amigable—. Quizás le dé una chance.

—Encanto. Eso es lo que tienes, Channing, encanto. En-can-to.

No sabía por qué se la había agarrado con Channing, pero como ahora, por la razón que fuera, ya estaba más o menos en eso, se puso de pie, meciéndose un poco sobre los talones mientras miraba a Channing.

Channing se puso de pie también, despertando a Martha, que se quedó tirada frotándose los ojos con una mano y tratando de arreglarse el pelo con la otra.

—Qué pasa —dijo ella, con los ojos todavía cerrados.

—A tu hermano —dijo Channing— le vendría bien comerse un sándwich.

—A la mierda el sándwich. Le estaba diciendo a tu amiguito que, por decirlo claramente, no está en tu categoría.

—*Everett*. —Martha se puso de pie y se metió el vestido por dentro del cinturón sin quitarle la vista de la cara—. Cállate la boca, ¿me oyes?

—De acuerdo —dijo él—. Perdón.

Ella lo decía en serio: Everett se dio cuenta de que el temblor en la voz de su hermana no iba solo dirigido a Channing. «Está *cautivada*», le había dicho Lily entre risas al principio del verano. «¿No has leído en los libros historias de mujeres cautivadas? Bien, Martha está cautivada». «¿Y qué quiere decir eso fuera de los libros?», había preguntado él. «Quiere decir que es el primer hombre con el que se acuesta», dijo Lily, esta vez sin reírse, y él le había dado una bofetada, le había pegado en toda la cara con toda la repulsión que había sentido aquella noche en la terraza hacia Francie Templeton. *Lo hace muy bien. O por lo menos antes, ya no lo sé.*

Cuando Everett empezó a subir las escaleras, Martha seguía allí de pie con Channing. No le quitó la vista de encima a su hermano, y negó con la cabeza, de forma casi imperceptible, como si quisiera que Channing dejara de acariciarle el pelo pero no fuera del todo consciente de que lo estaba haciendo. Por un momento Everett tuvo ganas de bajar otra vez por ella, decirle que agarrara su pulóver y una botella sin abrir de bourbon y se metiera en el coche, decirle que se iban los dos a San Francisco para traer a Lily a casa. Pero no sabía dónde encontrar a Lily y tenía miedo de que, si hacía una simple pausa en la escalera, Martha se pusiera a gritar. No la había oído gritar desde que eran chicos, pero era un chillido que él nunca había olvidado, todo pánico y odio ciego, tan estridente que era casi dulce, y cuando ahora miró desde arriba a Martha, rígida en el abrazo ligero de Channing, le pareció ver casi cómo empezaba el chillido en sus ojos.

La cama estaba cubierta de cosas que Lily había tirado ahí mientras hacía la valija: su cepillo de pelo, una funda de satén de la que salían varias medias, su agenda y un bolso de cocodrilo que él le había regalado para su último cumpleaños. Hurgó dentro del bolso y no encontró más que centavos, hebras de tabaco, un par de las monedas de plata que ella siempre llevaba encima («para la suerte, Everett mi amor») y una vieja lista de compras. *Crema para manos Arden, medias blancas para Knight, cumpleaños para E., dos rieles de cortinas para el dormitorio del fondo, llamar a mamá por lo del plato.*

Él tiró todo al suelo y recorrió la sábana. Había una nota garabateada en una página de un calendario: *Everett querido voy a intentar arreglarlo todo. Por favor. L.* En fin, nadie podía decir que Lily no le hubiera tomado el pulso al drama. Notas debajo de las sábanas.

Arrugó la nota y la tiró, pero se agachó para recogerla porque no quería que China Mary la encontrara cuando viniera a limpiar por la mañana. Luego se sentó en el borde de la cama deshecha y se frotó con gesto ausente por la cara el nudo de satén del camisón de Lily y escuchó el ruido lejano del tocadiscos que sonaba en el piso de abajo.

*Dame tierras, muchas tierras
Bajo cielos estrellados*

No me dejes encerrado

En fin, al diablo con Martha. Que ella misma se hiciera la cama. Con un maldito locutor de radio.

Quédate conmigo mi vida por favor quédate conmigo, le había dicho ella aquella noche junto al fuego tenue ardiendo en la chimenea y el pelo todavía húmedo del agua del lago: conmovido, Everett lo había aceptado como voto de confianza. O al menos lo había querido, había deseado creer que ella lo decía en serio, aun si sabía que era algo que decían las mujeres, aun si recordaba a otras que le habían dicho lo mismo o casi lo mismo.

No es que hubiera habido tantas otras en la vida de Everett: la primera había sido Doris Jeanne Coe. Doris Jeanne con sus ojos de color azul cristalino, su pelo rubio y lacio, los dientes torcidos y esa sonrisa que a los dieciséis años a Everett le había parecido infinitamente perversa. Dos años mayor que Everett, Doris Jeanne estaba repitiendo el año en la escuela no por incapacidad innata, que nunca había provocado que nadie repitiera el año en el sistema escolar del condado, sino simplemente porque se había pasado dos años sin ir a la escuela cuando su familia se había ido de Oklahoma en 1933. Su madre tenía tuberculosis y Doris Jeanne, que era la mayor, se había quedado en casa para ayudar con su hermano y sus cuatro hermanas; el padre había sido granjero pero ahora, según Doris Jeanne, se dedicaba a reparar cosas, y Doris Jeanne opinaba que California era decididamente una porquería.

Everett la había conocido en la primera semana de clases, cuando les asignaron el tema de debate: «John C. Frémont: ¿oportunista o patriota?». Nunca se olvidaría de que ella llevaba un pulóver color fucsia que tenía bordada un arpa en hilo dorado sobre el pecho izquierdo, una falda negra y ajustada de gabardina y un abrigo que siempre hacía que Everett se sintiera incómodo con Doris Jeanne, el mismo abrigo del que más tarde Lily diría, cuando él se lo describiera una noche en la cama: «¿No te hacía llorar? ¿No te daba ganas de llorar por el mundo cada vez que lo mirabas?». Aunque él se había burlado de Lily, tenía bastante claro que el abrigo le había conferido a toda su relación con Doris Jeanne Coe un cierto aire a auto sacramental social. Donado por alguien para quien trabajaba su padre, era un abrigo de piel de camello y cuello alto con etiqueta de I. Magnin, y ella se separaba de él en tan raras ocasiones que ya le faltaban dos botones y el bolsillo tenía una mancha de Coca-Cola de un año atrás.

Después de clase, Everett había parado a Doris Jeanne y le había preguntado qué posición le gustaba más, una expresión que ella no se molestó en disimular que le hacía mucha gracia. Cuando Everett le explicó, sonrojándose, que se refería a si quería argumentar que John C. Frémont era un patriota o que era un oportunista, Doris Jeanne se quedó mirándolo un rato largo, se deslizó el abrigo por los hombros, sacó de su bolso rojo de bandolera un frasco azul de Eau de Cologne Evening in Paris y se mojó con el tapón detrás de las orejas y en la parte interior de los codos. Luego volvió a guardar el frasco, cerró el broche del bolso y le preguntó a Everett quién era John C. Frémont. Cuando él se lo explicó, ella sonrió con la boca torcida, se recolocó

el bolso en el hombro y le dijo:

—Me da exactamente igual, cariño.

Principalmente porque era la que prefería él, Everett le ofreció a Doris Jeanne la posición de «patriota», y ella terminó plantándose delante de la clase con el abrigo de cuello alto puesto, se aplicó delicadamente colonia Evening in Paris en las muñecas delante de los veinticuatro estudiantes fascinados y de la señora Nalley, la profesora de inglés, y presentó una original defensa en la que Jessie Benton y John C. Frémont aparecían curiosamente como refugiados de una manifestación temprana de un fenómeno similar a las grandes sequías de los años treinta en Oklahoma. Aunque era obvio que les había tomado simpatía a los Frémont, daba la sensación de que seguía pensando que habían llegado a California en un Ford de segunda mano, y todo el ejercicio dejó a la señora Nalley con los nervios tan de punta que levantó la clase el resto del día.

Por lo demás el debate transcurrió sin incidentes, y Everett no volvió a hablar con Doris Jeanne hasta el día del picnic, cuando su hermano, que jugaba al béisbol con Everett, lo animó a que se escaparan hasta el río para compartir una botella de dos litros de tinto del Valle con él y con Doris Jeanne, que solo había sido incluida en la escapada porque era ella quien había negociado la adquisición. Al cabo de un rato Alfred Coe se había ido a dormir detrás de un túmulo, y Doris Jeanne, con resolución mecánica, se ocupó de Everett. Unos días después lo arrinconó en el pasillo de la escuela, se le pegó mientras él tenía la espalda contra el casillero y se puso a jugar con el cuello de su chaqueta; quería hacerlo otra vez detrás de la valla del campo de béisbol, durante la séptima hora de clases, cuando no había equipos jugando, pero Everett dudó un poco y Doris Jeanne le dijo que era decididamente una porquería y que se fuera a freír churros. Aquel mismo semestre, después de que el hermano intercediera, Everett le escribió un trabajo final a Doris Jeanne con el tema «Will Semple Green: el padre de la irrigación en el Valle del Norte». Por desgracia ni la señora Nalley ni el vicedirector al que llamaron para arbitrar en el caso se creyeron que «Will Semple Green: el padre de la irrigación en el Valle del Norte» fuera íntegramente obra de Doris Jeanne, y con motivo de esta controversia Doris Jeanne dejó la escuela. El hecho de que nunca delatara a Everett hizo que él la admirara más, y que se sintiera vagamente culpable por no haberle hecho un trabajo más convincente. Años más tarde vio una foto de Doris Jeanne en el *San Francisco Examiner*, que la describía como «exuberante modelo y camarera ocasional de un restaurante en El Camino Real»; le había hecho un juicio por paternidad a un jugador de fútbol americano de nombre polaco. Aunque se había cambiado el nombre a Dori Lee, Everett la reconoció en la foto y se preguntó si ella se acordaría de él. Supuso que no.

Después de Doris Jeanne no había estado con nadie: se había besuqueado con chicas en una serie de autos en noches calurosas de verano, con las puertas de atrás abiertas para poder tirarse con las piernas extendidas, a veces yaciendo los dos casi

desnudos y cubiertos de sudor, pero sin llegar nunca a hacerlo. Una vez o dos, o tres, había llegado a acostarse en la cama de alguien en alguna fiesta organizada por chicos cuyos padres estaban fuera, se había acostado desnudo bajo las sábanas con chicas que habían estado bebiendo bourbon con Seven-Up y querían irse a dormir, se había acostado allí durante horas y besado a chicas que seguramente lo habrían hecho si él les hubiera insistido, pero Everett nunca insistía; como habría dicho Lily, no era realmente su estilo.

Luego había habido en Stanford un par de chicas que requerían menos insistencia: Annis McMahon, a quien todo el mundo llamaba o bien «Annie» o bien «Pooh», pero a quien Everett siempre llamaba Annis y a quien le había adjudicado deseoso la dignidad que se correspondía con su belleza alta, fría y rubia. Le gustaba verla jugar al tenis, y mucho antes de conocerla ya había adoptado la costumbre diaria de salir de su clase de las once y volver caminando a la Deke House por las canchas donde ella jugaba todos los mediodías. Cuando la cosa llegó a un punto en que él pensó que la quería ver jugar al tenis por el resto de su vida, le pidió a Clark McCormack que se la presentara. Cuando la conoció empezó a llamarla tres veces al día, a jugar con ella al tenis todas las tardes y a llevarla al cine todos los domingos a la noche, y en mayo de su segundo año en Stanford, decidido todavía a que fuera la chica que él quería que fuera, a pesar de las pruebas cada vez más cuantiosas en sentido contrario, llevó a Annis McMahon en auto a Santa Cruz dos fines de semana seguidos. (Más tarde se enteró de que el tercer fin de semana había sido Clark McCormack quien la había llevado en auto a Santa Cruz). Allí se acostaron en una habitación de hotel barato decorada con una mesa de mosaicos y una fotografía enmarcada a color de las cataratas Bridal Veil de Yosemite, y ella le habló —con esa voz aguda y nasal que había sido su primera decepción— de las dificultades que estaba experimentando para obtener su acreditación docente al mismo tiempo que cursaba su licenciatura en educación y terapia física. Siempre se levantaba de la cama como si estuviera saliendo de la ducha, siempre lista, con una actitud amistosa que a él le resultaba extremadamente descorazonadora; estiraba sus increíbles brazos dorados, encendía un cigarrillo, abría todas las persianas y se enfundaba en la camisa de él, una maniobra que quizás hubiera resultado mucho más efectiva si el talle de la camisa no le hubiera quedado tan perfecto.

Al año siguiente estuvo con Naomi Kahn, una chica judía de Beverly Hills que sacaba buenas notas y cuya ropa olía siempre como si acabara de salir de una caja de Bullock's Wilshire (de hecho no era así: Naomi encargaba toda su ropa en Bergdorf Goodman en Nueva York), y cuyos padres trabajaban ambos, para usar la expresión de ella, en la Industria. Naomi le contó a Everett que lo que más deseaba en el mundo era que sus padres dejaran de escribir guiones de cine para escribir algo como *Winterset*, y que cuando llegara ese día ella estaría encantada, respondiendo a la pregunta de Everett, de dejar de encargarse su ropa en Bergdorf Goodman en Nueva York, aunque para información de Everett, Maxwell Anderson no vivía precisamente

de la beneficencia estatal. Everett tenía que ver un poco más de mundo. En una ocasión los Kahn fueron a Stanford a visitar a Naomi y más tarde la señora Kahn escribiría que Everett le había parecido divino, una genuina obra de arte, a raíz de lo cual el ardor de Naomi por Everett empezó a enfriarse. Una noche, hacia el final de su primer año, ella le anunció que se iba a Reno al día siguiente a casarse con un estudiante de posgrado de Berkeley que era miembro activo de la Liga Comunista Juvenil; los Kahn, después de conseguir que se anulara el matrimonio, transfirieron a Naomi a Sarah Lawrence. Aunque Everett nunca averiguó qué había sido de Naomi después de eso, sí encontró de vez en cuando los nombres de los Kahn en los créditos de alguna comedia clase B, y años más tarde leyó en la revista *Time* que habían comparecido delante del Comité Tenney por haber participado en el Congreso de Escritores de la UCLA en octubre de 1943. Constaban como miembros de varias organizaciones de nombres extraños cuyas funciones Everett no entendió del todo; más adelante fueron imputados en Washington por desacato al Congreso y Everett pensó que Naomi, estuviera donde estuviera, habría dado finalmente su visto bueno.

La verdad era que a Everett le gustaba Naomi Kahn: le gustaba cómo olía su ropa y le gustaba la forma ligeramente burlona en que se acostaba con él; lo hacía igual que si estuviera dando un examen parcial o manejando un auto, con un estilo y una eficiencia que nunca había observado en ninguna de las chicas con las que había crecido, y eso le encantaba. A veces pensaba que incluso la amaba, sobre todo cuando ella se iba a pasar el fin de semana con sus padres en Palm Springs y a él le quedaba la alternativa de quedarse sentado en casa bebiendo cerveza o llamar a alguien como Annis McMahan. En el invierno de 1939, Palo Alto estaba lleno de chicas como Annis McMahan, y la apreciación que sentía Everett por las singulares virtudes de Naomi llegó al punto de hacerle lamentar, durante los cuatro días que siguieron a la fuga de ella con el Joven Comunista de Berkeley, el hecho de no haberle pedido matrimonio.

Pese a todo, Naomi Kahn, igual que Annis McMahan o la misma Doris Jeanne Coe, nunca había sido alguien con quien él hubiera podido vivir en la finca. Durante aquellos cuatro días en que deseó haberse casado con Naomi ni una sola vez se le pasó por la cabeza la cuestión de vivir con ella: siempre iban juntos en coche a algún lugar, o él la acompañaba a tomar un avión, o se registraban en el Hotel Fairmont de San Francisco y ella tenía puesto un sombrero negro con velo.

Al final Naomi había terminado siendo lo mismo que Annis McMahan y que otra docena de chicas a las que no había llegado a conocer tan bien: algo que había probado y abandonado antes de que empezara a costarle demasiado esfuerzo, y nada de todo eso había tenido que ver con Lily. Aunque se imaginara a sí mismo registrándose en el Fairmont con Naomi Kahn, Everett sabía sin pensarlo que terminaría viviendo en la finca con Lily Knight, lo sabía tan vagamente que si durante los años en que apenas la había visto se hubiera enterado de que ella se había casado con otro, le habría deseado lo mejor y habría seguido pensando en el Fairmont y en

Naomi Kahn, y sólo en alguna parte inactiva de su mente habría empezado a preguntarse, con una urgencia que él mismo no habría entendido, qué iba a hacer con el resto de su vida. Lily no requería compromiso: Lily ya estaba ahí.

No se le había ocurrido que pudiera perderla (ni siquiera se le había ocurrido que la quisiera) hasta la semana en que volvió de Stanford y la vio sentada en la terraza de su padre vestida con un vestido rosa descolorido, con el sol de media tarde iluminándole los pies descalzos y polvorientos y un alfiler de gancho reemplazando un tornillo perdido en la montura de sus gafas de sol. Le había parecido entonces que arriesgarse a perderla sería arriesgarse a perder también a Martha y a Sarah y a sí mismo; que ella era la única que podía recuperar y conservar los veintiún años que él ya había vivido. Convencido de que no podía permitirse dejarla desatendida ni siquiera durante aquella noche, terminó quedándose dormido con la ropa puesta y un cigarrillo todavía encendido en el cenicero de la repisa de su dormitorio, y al despertar esa mañana se dispuso inmediatamente a asegurarse el refugio de su vestido rosa descolorido, sus pies descalzos y el alfiler de gancho en sus gafas de sol.

En cuanto al alfiler de gancho, siguió en las gafas de sol de Lily hasta una noche del verano que pasó embarazada de Julie, cuando él le dijo, irritado en parte porque ella acababa de encontrar una factura de una compra que había perdido hacía tres meses, y en parte porque había bajado a rastras una sábana a la galería la noche anterior y había dormido allí hasta las diez de la mañana, pero irritado sobre todo porque hacía tres días que hacía 40 grados y ella lo había acusado de no quererla tanto como la había querido su padre, que el alfiler de gancho de sus gafas de sol resumía todos sus hábitos repelentes, su descuido mental y su incapacidad de llevar a cabo las tareas rutinarias que podría haber hecho con una mano atada cualquiera de las chicas que él había conocido en Stanford. Ella había subido las escaleras sin decir palabra. Cuando él se fue a acostar, ella fingió estar dormida, y a la mañana siguiente se levantó a las siete para ir en coche a Sacramento. Regresó a mediodía con un tornillo nuevo en las gafas de sol y también con un libro titulado *La revolución gerencial*, del que más adelante leería el primer capítulo y el último (fingió que lo había leído entero, pero después Everett lo leyó también y vio que no), con un disco de canciones en francés que por lo que él sabía no había escuchado nunca, con cajas y organizadores de armario por un valor de ocho dólares y un libro de contabilidad de gran formato en el cual durante dos semanas se dedicó a apuntar las cantidades exactas que tanto ella como China Mary se gastaban en comida y artículos para el hogar. De hecho, el cuaderno estaba etiquetado como «Comida y artículos para el hogar», y ella se lo había mostrado orgullosa a Martha. La anotación del primer día, tal como informó Martha con cierto grado de admiración, empezaba con una lista desglosada que mostraba los precios por unidad, el dinero que se ahorraba al comprar en cantidades grandes y un desglose de impuestos, siempre que había impuestos de por medio, relativos a veinticuatro botellas de cerveza, doce latas de zanahorias con

arvejas, doce latas de paté de hígado, cuatro cartones de leche, dos cartones de Lucky Strike, seis latas de ostras ahumadas y quince latas de sopa Campbell; cinco de consomé, cinco de ternera con verduras y cinco de crema de pollo. Sumados, todos los artículos ascendían a \$18,53, e iban seguidos de una anotación que decía: «Etc. \$27 (más o menos)». Cuando Martha preguntó qué representaban aquellos 27 dólares, Lily, absorta en la contemplación de la pulcritud de sus cálculos, se había limitado a encogerse de hombros:

—Ya sabes. Un palo de escurridor. Cosas.

Después de que Lily abandonara «Comida y artículos para el hogar», Everett arrancó aquella página del cuaderno, la llevó encima durante un par de semanas y por fin la metió en el mismo cajón donde guardaba su diploma de Stanford, un recorte sobre un partido de béisbol de su escuela secundaria en el que había hecho de lanzador y habían dejado al oponente en cero y una carta de Martha en la que describía la única reunión del Club 4-H a la que había asistido en su vida.

La verdad era simplemente que él no habría sabido qué hacer con una esposa que supiera qué hacer con un cuaderno etiquetado «Comida y artículos para el hogar»: no era la idea que tenía Everett de la función de una esposa. Aunque no estaba seguro de qué idea tenía de la función de una esposa, sabía que Lily había estado más cerca de ajustarse a esa idea cuando menos lo intentaba. Lily no sabía cómo hacerlo, eso era todo. Se concentraba en los detalles pero se le escapaba la esencia, no se daba cuenta de que inscribirse en el Concurso de Horneado Pillsbury no la convertía en la Esposa de Norteamérica.

En aquello, como en todo, Lily fracasaba por mucho que intentara con una concentración patética averiguar qué se esperaba de ella. Tal como Martha había comentado en una cena aquella primavera, para Lily hasta el encuentro social más insignificante estaba cargado de peligros potenciales.

—O sea, Lily es incapaz de decir cosas tan simples como «gracias» o «prefiero que no» o «¿me puedes dar un poco más de café, por favor?» —añadió Martha, dirigiéndose a continuación a Lily—. No sé qué problema tienes pero eres incapaz.

—No tiene ningún problema —le dijo Everett, aunque entendía lo que quería decir Martha. Solo hacía una semana que se había enterado de que Lily era alérgica a las frutillas, que él la había visto comer con aparente placer en innumerables ocasiones. «Pensé que le gustaban a tu padre», le había dicho ella a modo de explicación.

—Everett, es *verdad*. No estoy siendo mala con Lily, solo estoy observando algo interesante. Alguien le aguanta la puerta a Lily en una ferretería y ella ya piensa que tiene entre manos una situación muy complicada.

Martha sirvió en la copa de Lily el vino que quedaba en la botella y se reclinó en su asiento, mirándola.

—Primero Lily le da las gracias al hombre. Después se pregunta si el hombre la habrá oído. Si no la ha oído, ¿estará pensando que es una maleducada? Y suponiendo

que la haya oído, ¿basta con decir «gracias»? Y si no basta, ¿qué más se puede decir? Aunque por otro lado, quizás se haya pasado con lo de «gracias». Quizá debería haberse limitado a sonreír. Quizás el hombre haya pensado que es una descarada. De hecho, tal vez se equivocó al pensar que él le estaba aguantando la puerta *a ella*. Quizá se la estaba aguantando a alguien que venía detrás de ella, a su mujer o a una señora mayor. Y si ese era el caso, entonces ella se ha puesto en *ridículo total* al darle las gracias y ahora ya ni siquiera se acuerda de para qué ha venido a la ferretería, y un par de veces a lo largo del día vuelve a preguntarse cómo debería haber actuado. O sea, son *crisis* lo que afronta Lily día tras día.

Lily había apagado las velas de la mesa y su respuesta transparentó que había malinterpretado las palabras de Martha.

—No creo que los buenos modales estén nunca de más —dijo.

Pero más tarde, mientras se cepillaba el pelo y Everett trabajaba en la mesa plegable llena de declaraciones de impuestos, él levantó la vista y vio que ella lloraba, que lloraba y se cepillaba el pelo como si quisiera arrancárselo. Él dejó de lado el calendario de depreciaciones y la tomó en brazos, sin que ella soltara el cepillo. Con la voz amortiguada por su hombro, Lily le explicó que ella quería ser como todo el mundo, quería ser capaz de hablar con la gente.

—Eres tímida —dijo él—. No tiene nada de malo ser tímida.

Ahí estaba el problema, le dijo Lily entre sollozos: sí que tenía algo de malo ser tímida cuando ya casi tenía veinticuatro años, y en cualquier caso ella no era tímida, simplemente no sabía estar con gente y eso era todo. Él se acostó en la cama con ella y su cepillo y le dijo que no dijera esas cosas, que ella no era como los demás. Ella era —añadió, apagando la luz— su nena. Y más tarde a Everett se le ocurrió que con aquel término cariñoso había puesto el dedo en la llaga de algunas virtudes de Lily y también de algunos de sus defectos.

Lily volvió a casa desde San Francisco a bordo de un autobús Greyhound abarrotado de peones mexicanos y marineros. De San Francisco a Vallejo viajó sentada al lado de un marinero que iba a reunirse con su novia en Salt Lake City. La chica vivía con sus padres en Salt Lake, pero Frisco, le explicó el marinero, era su ciudad de la suerte. Se habían conocido allí en 1943, en un bar en Market Street, cuatro días antes de que él se embarcara. El momento en que ella le había prometido esperarlo había sido el primer momento máximo de la vida del marinero, y el segundo momento máximo había tenido lugar hacía una semana, a bordo del U.S.S. *Chester*, cuando había visto el Golden Gate por primera vez en dos años. Por la mañana había niebla y al disiparse la niebla lo vio allí, resplandeciendo en la lejanía como si no estuviera agarrado de nada. La banda de la cubierta central había empezado a tocar *California Here I Come* y todo el mundo se había puesto a cantarla a los gritos al son de la banda, y quizás a Lily todo esto le pareciera una cursilería, pero a él le habían dado ganas de sentarse y llorar como un bebé. Lily se largó a llorar, afectada por la superioridad de los valores del marinero frente a los suyos, y el marinero le dijo: un momento, tranquila, no fue nada triste, querida, fue como esas mujeres que lloran en las bodas. A él le parecía que Lily tenía pinta de llorar en las bodas. Así había sido. Cuando el marinero se bajó en Vallejo para esperar el expreso de Salt Lake, Lily le deseó buen viaje y se dedicó a observarlo subrepticamente a través de la ventanilla. Estaba sentado sobre su bolso de lona leyendo una historieta y comiéndose un chocolate Milky Way, y ella tuvo ganas de bajarse del autobús y regalarle su anillo de granate para que se lo diera a su chica, pero no supo cómo planteárselo. Hasta que el autobús se hubo marchado de la estación Lily no se acordó de que en cualquier caso el anillo de granate había sido de la abuela de Everett y de que por lo tanto, en rigor, ella no tenía derecho a regalarlo.

Desde Vallejo hasta Sacramento fue sentada al lado de una mujer que trabajaba de cajera medio día en un autorrestaurante situado justo delante del Hotel El Rancho, cruzando la ruta, al oeste de Sacramento. La mujer había estado en Vallejo visitando a su hija, que tenía una casa bonita, pequeña pero bien arregladita, encima de una florería de la calle Tennessee. Seguro que Lily conocía la florería. ¿No? A la mujer le parecía que debía de conocerla, porque suministraban flores a todas las bodas de la alta sociedad de Sacramento, era muy conocida.

Arrepentida de no haber fingido que conocía el nombre de la florería, y nerviosa porque la mujer pudiera pensar que había tratado de marcar su superioridad, Lily se apresuró a remontar lo que ella percibía como un impasse preguntándole a la mujer si su hija estaba casada. Bueno, no exactamente. Parecía que el marido de Sue Ann, marinero de primera pero un desgraciado desde el vamos, había tenido su merecido en Okinawa —de todas formas para entonces Sue Ann ya había estado a punto de cortar por lo sano— y ahora Sue Ann mantenía a su hijo de seis años, Billy Jack, con

su sueldo de camarera del autorrestaurante Stan's en la ruta nacional 40.

La mujer hizo una pausa y Lily se apuró a asegurarle que conocía el Stan's. (Y resultaba que era cierto, porque en los primeros días después de que Everett se marchara, había escuchado por las noches el *Stan's Private Line* por la radio y hasta se había preguntado ociosamente de vez en cuando si habría podido pertenecer a la *jeunesse dorée* que vestía chaquetas de cuero y se reunía de noche en el Stan's para comer hamburguesas dobles y dedicarse canciones entre ellos). La mujer hizo como que no la había oído. Como era natural, muchos chicos querían salir con Sue Ann; debía de tener la edad de Lily pero era una preciosidad, tenía el cuerpo de Rita Hayworth. Era casi imposible distinguirlas, salvo por el pelo, y en cualquier caso nadie la iba a convencer de que el de Rita fuera natural. Pero bueno, mejor no hablar de eso. De manera que Sue Ann había estado un tiempo en el mercado, pero ahora tenía una oportunidad única en la vida de casarse con un joven que a su vez tenía una oportunidad única en la vida de quedarse con la franquicia de los Kirby Party para la zona de Vallejo y sus inmediaciones. Ya sabes, los Kirby Party. Invitas a un grupo de chicas simpáticas a tu casa y les sirves algo, roscas y gaseosas, y entonces viene el representante de Kirby y presenta las aspiradoras y todo eso. Si reúnes determinada cantidad de asistentes te llevas un obsequio, y además disfrutas de un poco de charla entre amigas. Si Lily no había ido nunca a una Kirby Party, tenía que anotarse el teléfono de Fred y llamarlo la próxima vez que estuviera en la zona, siempre y cuando a él le saliera el acuerdo. Pero en fin. El único problema era que Fred no sabía nada de Billy Jack. O mejor dicho, conocía a Billy Jack pero creía que era el hermanito de Sue Ann. Ella le había avisado a Sue Ann que eso era una locura total, intentar hacerle creer que Billy Jack era fruto del cambio de vida de su madre, pero qué se podía hacer. Sue Ann tenía tanto derecho a ser feliz como cualquiera. Había que ver qué pensaba Lily.

Mientras el autobús se alejaba de la cadena costera y se adentraba en el calor del Valle, Lily dejó de pensar por completo, arrullada por el ritmo regular de los postes telefónicos que se recortaban sobre un campo agostado tras otro, por las subidas y bajadas regulares de la voz de la mujer y por el rechinar de los cambios de marchas que oía mientras el autobús salía de la ruta y entraba en las calles de esas ciudades en las que ella parecía haberse pasado la vida: Fairfield-Suisin, Vacaville, Dixon. Aunque no creía que hubiera pasado con el auto más de una veintena de veces por las afueras de aquellas ciudades, todas tenían una impronta que bastaba con percibir una vez —sobre todo si esa vez era una tarde de agosto en que las calles parecían abandonadas y las estructuras de los edificios tan endebles como armazones de tablas— para recordarla el resto de la vida. Podía cerrar los ojos e irlos tachando de su lista uno por uno: el edificio del Bank of America, los almacenes W. T. Grant, el concesionario de Lincoln-Mercury; la mujer solitaria del vestido sin forma y el sombrero de paja floreado, sentada en la entrada del hotel esperando a que su marido terminara los trámites en la ciudad. De la calle principal salían unas cuantas

manzanas de casas, casas de tres plantas que necesitaban una mano de pintura, cada una precedida por una parcela de pasto seco y quizás un triciclo volcado sobre la resquebrajada vereda de cemento. Las persianas estaban cerradas y no había nadie, en ninguna parte. El calor de la tarde decoloraba esas ciudades a tal punto que las casas y los edificios siempre parecían a punto de desmaterializarse; daba la sensación de que cerrar los ojos en una ciudad del Valle era arriesgarse a abrirlos un momento más tarde en mitad del campo seco, con el sol chamuscando hasta los últimos vestigios de población, un sombrero de paja floreado y un letrero de neón que acababa de parpadear hacía un momento desde una pared ya invisible: SAQUE MÁS RENDIMIENTO A CADA HECTÁREA CON SEMILLAS DE NORTHRUP-KING.

Era muy reconfortante ver pasar las ciudades del otro lado de la ventanilla ahumada del autobús Greyhound. El calor eliminaba las distinciones entre las cosas —el matrimonio y el divorcio y las cortinas nuevas y los descubiertos en el banco— y en aquel momento Lily no pudo imaginar ninguna preocupación que fuera lo bastante grave como para resistir el paso del verano. Por lo menos no en su caso; Sue Ann era otra historia. Las reacciones de Sue Ann no tenían ambigüedad alguna, sus deseos carecían de ambivalencia: Sue Ann le habría dado puerta a Joe Templeton sin pensarlo dos veces. Los problemas de Sue Ann, a diferencia de los de Lily, mostraban esa compresión y ese esorcio característicos del arte; los de Lily eran en el mejor de los casos cosas improvisadas e inadvertidas, y ahí sentada, con la cabeza apoyada en la ventanilla del autobús, ya no se acordaba de por qué había ido a San Francisco, ni de por qué había armado esa escena con Everett, ni de cómo se había quedado embarazada de alguien que ni siquiera le caía demasiado bien, ni por qué, y este era el nudo del asunto, había creído que iba a cambiar en algo su vida.

Cuando el autobús llegó a Sacramento a las seis en punto, sin embargo, Lily se bajó como si estuviera descendiendo de un teatro a oscuras al escrutinio repentino y a la presencia repentina de la gente, y al recuerdo repentino de por qué eso lo cambiaba todo. De pie en la plataforma, con su impermeable y su bolso de viaje en la mano, recordó prácticamente todo, salvo la razón por la que había elegido hacer un trayecto de cuatro horas en autobús en vez de uno de dos horas con aire acondicionado en un vagón restaurante de la Southern Pacific. Por razones que ahora no entendía, en San Francisco le había parecido el camino a seguir; le había parecido la vía de la Cruz.

—*Estaba preocupado* —le dijo Joe cuando ella lo llamó desde la estación de autobuses. Parecía haber reproche en cada una de sus sílabas.

—Lo siento. Acabo de llegar a Sacramento. —No quería hablar con Joe y no sabía por qué lo había llamado, salvo porque se lo había prometido.

—*Estaba preocupado* —repitió él—. No pude dormir. Le grité a Francie.

—Le gritaste a Francie. —Se apoyó en la pared de la cabina telefónica y trató de abrir la puerta de vidrio con el pie, pero lo único que consiguió fue atraparse el talón entre la puerta y el marco.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. —Liberó el pie y dejó caer el zapato—. Bien.

—Tienes buena voz.

—¿Y qué voz esperabas que tuviera?

En el momento largo de silencio que siguió, ella estiró el brazo para recoger el zapato y vio que se había enganchado la media con el cierre del bolso de viaje.

—*Maldita sea*. —Volvió a encajar el pie en el zapato y se apartó el pelo húmedo de la cara.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada. Solo me estaba poniendo el zapato.

—¿Poniéndote el zapato? ¿Por qué no tienes puestos los zapatos?

—Por nada, Joe, por nada. Solo estoy aquí en la estación del Greyhound descalza, qué te parece.

—Basta.

—Lo siento.

Después de un momento de silencio, Joe dijo en tono vacilante:

—¿Viste al médico?

—Sí.

—¿Y cómo fue?

—Salió bien. Todo salió bien.

—Ya te dije que saldría bien.

Ella no dijo nada.

—No te cobró más, ¿no?

—No. Todo salió bien.

—Ya te dije que saldría bien. ¿No te pidió más dinero?

—Dije que *no*. —La irritaba aquella preocupación de Joe por el dinero; había sido ella quien había puesto los quinientos dólares. Para conseguir el efectivo había tenido que vender diez acciones de una compañía petrolera que su padre le había regalado por su boda y no le gustó que se lo recordaran. Aunque Lily no lo había pensado hasta ahora, la incapacidad de Joe para hacerse con quinientos dólares sin que se enterara Francie resumía bastante bien todas esas debilidades suyas más bien agresivas.

—Me habría cortado el brazo derecho para poder estar ahí contigo.

—Ahora tú basta —dijo Lily, y le entró de inmediato el remordimiento: puede que él no fuera sincero, pero ella tampoco lo era. Si hubiese sido sincera, ni siquiera estaría hablando por teléfono con él—. No podrías haber hecho nada —añadió, avergonzada.

—Ha sido un desastre. Ya sabes lo mal que me siento al respecto. —Él hizo una pausa—. Quizás podría verte mañana.

—No —se apuró a decir ella—. O sea, no puedo. Tengo que descansar.

—Supongo que deberías. —Él pareció aliviado—. Simplemente pensé que

querías hablar con alguien.

—Oh, Dios. No. No quiero hablar con alguien. No quiero hablar con nadie.

Colgó y dejó caer el auricular en el regazo. Tenía el trajecito de seda transpirado y manchado no solo de polvo sino también del té que se había derramado en el mostrador de la estación de autobuses de San Francisco. Tendría que haber dejado que se lo limpiara la camarera con una esponja, pero ya habían llamado a los pasajeros de su autobús y no tenía ganas de correr; tenía miedo de que, si caminaba demasiado rápido, otra vez empezara la hemorragia.

Si no había querido hablar con Joe, ciertamente no quería hablar con Everett. Pese a todo, tenía que llegar a casa y se sentía incapaz de explicarle a nadie más por qué estaba con su valija en la estación de autobuses Greyhound. Había tenido la intención de tomar el autobús del río hasta la finca, pero los conductores estaban de huelga. Si no era una cosa, era otra. Mientras buscaba un cigarrillo a tientas en el bolso, metió dos monedas en la cabina y marcó el número de su madre. Cuando su madre contestó, sintió que le afloraban las lágrimas, colgó sin decir nada y se fumó el cigarrillo hasta que le llegó la brasa a los dedos. *Me habría cortado el brazo derecho*, pensó con maldad. Él ya sabía lo que se podía cortar. Se sonó la nariz, cerró el bolso y llamó a la finca.

Everett contestó al primer timbrado.

—Dios santo, Lily. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿Dónde demonios estás?

Ella dudó. Dónde estaba. Esa era la señal reveladora, la prueba de cómo se sentía, la evidencia de que nunca sería la clase de mujer capaz de llevar las cosas a buen puerto.

—En la estación de autobuses Greyhound —dijo por fin.

—Tonta —dijo él en voz baja—. Qué estúpida.

Tomó una Coca-Cola caliente en un vaso de plástico pegajoso y salió de la estación para esperar a Everett. A las seis y media no se veía ningún movimiento: el tráfico ya se había aligerado y las gruesas ramas de los plátanos colgaban pesadas e inmóviles por encima de la calle. Delante de la plataforma había un marinero que trataba de levantarse a dos chicas; las dos tenían puestas blusas blancas de campesinas, con los hombros desnudos, y una tenía el pelo recogido con un pañuelo de color magenta. Cuando el marinero le tiró en broma del pañuelo, Lily vio que tenía la cabeza cubierta de rulos sujetos con horquillas. La chica recuperó el pañuelo de un tirón, hizo con él una pose exagerada y todos se rieron. Parecía que la estaban pasando muy bien y a Lily la fatigó pensar que seguramente no era mayor que ellas.

Deprimida, desvió su atención hacia un estacionamiento situado al otro lado de la calle donde unos cuantos hombres —que al parecer salían todos tarde de la oficina y obviamente se conocían entre ellos— estaban subiendo a sus coches. Pensó con

tristeza que cuando llegaran a casa encontrarían sin duda a sus amadas esposas bronceadas quitándose el traje de baño y vistiéndose para la cena. Era una noche demasiado calurosa para cocinar; por toda la ciudad esas amantes esposas veraniegas se estarían cepillando el pelo para quitarse el cloro y poniéndose vestidos para salir a cenar. Esta noche cenarían en el club de campo, y llevarían sus impecables vestidos de lino algo sueltos, como si no estuvieran para nada acostumbradas a usar ropa. Hablarían de sus dietas y de sus hijos y de los puntos en el golf, harían gala de su temple y de sus pulseras con dijes de oro, y al terminar se irían a sus casas para quitarse los impecables vestidos de lino, acostarse en las sábanas calientes y esperar con paciencia a que empezara el nuevo día. Nunca encontrarías a ninguna de ellas cerca de una estación de autobuses Greyhound con un trajecito de seda arrugado y manchado de té y ningún deseo de ver a su marido. Es más, jamás las verías en ningún lado con un trajecito de seda arrugado y manchado de té. Eran la clase de esposa que Everett debería tener, y mira lo que tenía en cambio. Martha lo había dicho todo: Lily no tenía derecho a estar con su hermano. Everett, igual que Sue Ann, tenía tanto derecho como cualquiera a ser feliz.

Ya eran casi las siete y media cuando llegó Everett. Sin afeitarse y con una camisa caqui sucia, estacionó la camioneta en doble fila, pasó como pudo por encima del guardabarros de atrás de un Chevrolet y agarró a Lily del brazo. Ella tardó un momento en verlo y esbozó una sonrisa insegura cuando él la tocó. Everett tomó su valija, la ayudó a dar la vuelta al Chevrolet y abrió la puerta de la camioneta sin decir nada. Lily se quedó dormida antes de llegar a casa, por una vez sin llorar, con la cabeza estorbando el acceso a la caja de cambios.

Más tarde él la metió en la cama, abrió las persianas que llevaban todo el día cerradas por el calor y le limpió la cara con un paño mojado en hamamelis.

—¿Terminaste de recoger los lúpulos? —le susurró ella, abriendo los ojos.

—Sí —dijo él—. Todo está bien. Duérmete.

—Escucha. —Lily le quitó el paño de la mano y se lo puso encima de los ojos—. Te quiero.

Everett se quedó mirándola un rato largo.

—Deja de tenerte lástima —le dijo finalmente.

Ella se quitó el paño de los ojos y le rodeó el cuello con los brazos.

—Everett, mi amor. Es verdad. Te quiero. Te conozco y tú me conoces y nadie más nos conoce. Everett por favor mi amor *quíereme*.

Lily siguió aferrada a él mientras él le besaba el pelo, y cuando él se movió para quitarle los brazos del cuello ella lo abrazó más fuerte.

—Acuéstate aquí conmigo hasta que termine de oscurecer.

—Más tarde. —Él se puso de pie—. Duérmete, nena.

Everett se quedó media hora sentado con Knight en el segundo piso, desde donde

podían ver los fuegos artificiales de la ciudad, porque resultaba que aquel día se inauguraba también la Feria Estatal. Durante doce días iba a haber fuegos artificiales cada noche, estallidos enormes y lentos de colores blanco y rosa y verde, apenas visibles desde la finca. Mucho antes de que los últimos chispazos lejanos se dispersaran por el cielo y cayeran lentamente, Knight se quedó dormido en brazos de Everett, que lo llevó escaleras abajo sin despertarlo y lo dejó durmiendo en su cama con la ropa puesta.

Luego bajó a la planta baja y deambuló distraídamente de habitación en habitación. La casa estaba en silencio: Julie estaba en casa de su abuela; Martha se había ido a la Feria con Ryder Channing. Habían insistido en que Lily y Everett los acompañaran, y esperado una hora por si llegaba Lily; Everett solo había conseguido quitárselos de encima diciéndoles que ya irían los cuatro juntos a la Feria el fin de semana. Cuando se fueron, Everett se sentó en la cocina con una botella de cerveza y un artículo que le había traído Channing y que describía un centro comercial pionero en Kansas City. Las sillas de la cocina eran incómodas y a Everett le resultó cada vez más difícil concentrarse en la explicación de por qué había promotores inmobiliarios que preferían centros comerciales con diseño de avenidas en vez de centros comerciales con diseño de racimo, fuera lo que fuera el diseño de racimo; la cocina, sin embargo, era el único lugar donde la presencia de los teléfonos no lo agobiaba. Aunque sabía que solo había dos teléfonos en la casa y cinco en toda la finca, mientras esperaba la llamada de Lily la casa le había parecido equipada con tantos teléfonos como para abastecer todo un centro de apuestas clandestino.

Ahora volvió a sentarse en la cocina y trató de terminar el artículo que le había dado Channing, pero lo abandonó al cabo de tres o cuatro párrafos. Se pasó quince minutos sentado leyendo las etiquetas de la botella de cerveza que había dejado sobre la mesa al llamar Lily, y por fin salió y encendió los aspersores que daban al césped sobre el lado sur para que funcionaran toda la noche, una extravagancia que solo justificaba la posibilidad de que refrescaran un poco los dormitorios de Lily y de los chicos. Pensó automáticamente en *el dormitorio de Lily*, y cuando por fin subió a dormir a las once de la noche fue —la primera vez de muchas— a la cama de su padre. Aunque durante la noche le pareció despertarse y oír voces en la entrada para coches de la finca, primero la de Channing, *cállate estás prácticamente gritando*, y luego la de Martha, *si te parece tan interesante por qué la próxima vez no la embarazas tú*, por la mañana le resultó más fácil creer que había sido solo un sueño.

Ryder Channing no tenía defecto alguno, comentó Martha, que no derivara de su costumbre —cuando estaba en cualquier casa situada a menos de ochenta kilómetros de San Francisco— de preguntarle a su anfitriona si tenía a mano un ejemplar del *Registro de sociedad* de 1948, porque quería buscar un nuevo número de teléfono.

En realidad, se corrigió Martha, Ryder la llevaba con él de visita a San Francisco en tan contadas ocasiones que ella solo había presenciado una vez la escena de la solicitud del *Registro de sociedad* de 1948, pero estaba segura de que no había sido una improvisación. Concordaba perfectamente con la costumbre de preguntarle a la gente de Cleveland en qué parte de Shaker Heights vivía.

—Pero estoy siendo injusta —añadió Martha con la contrición instantánea que solía eclipsar, con bastante éxito por un momento, el tono hostil de su voz; su técnica estándar de conversación era la del abogado que en el juicio emprende una línea tendenciosa de interrogatorio y luego permite que la borren de las actas—. O sea, lo de Ryder y el *Registro de sociedad* es completamente cierto, pero no es justo. Ryder es *más* que eso. O sea, siempre está fantaseando con grandes negocios que nunca se concretan, pero eso no quiere decir que sea un farsante. Ryder quiere cosas. No está tan mal querer cosas. ¿Verdad?

—Para nada —dijo Lily, atando virtuosamente el hilo de un vestido que estaba cosiendo a mano para el primer día de clases de Julie. El vestido era una forma de ahorro: Everett le había dicho que este año iban a pagar el doble de impuestos que en 1949 —tanto la finca del río como la de Cosumnes habían sido retasadas por primera vez desde la guerra—, y Lily había decidido, sin mencionárselo a Everett, economizar. Había empezado por ahorrar los seis o siete dólares que habría pagado por el vestido de Julie y en su lugar comprar cuatro dólares de linón de importación y un molde de sesenta centavos. Después de tres semanas de labor intermitente, el linón no solo estaba todo manoseado, sino que por todas partes tenía manchitas de sangre de sus dedos pinchados; aunque seguro sería bastante fácil de lavar. Las buenas telas, el buen jabón y los buenos sombreros, le decía a menudo su madre, nunca eran un gasto excesivo.

Impresionada por el fruto de su economía, Lily añadió:

—Querer cosas y trabajar para conseguirlas. Es la base del estilo de vida norteamericano.

—*Un rábano*. Ni siquiera me estás escuchando.

—Martha, por favor. —Aunque Lily nunca había sabido exactamente qué significaba esa expresión, no le parecía apropiada para una conversación. En realidad se la había oído por primera vez a Martha la misma tarde en que el señor McClellan había muerto en el Hospital Sutter. Como Martha estaba fuera fumando un cigarrillo con uno de los médicos, Lily se había encontrado sola en la habitación cuando el señor McClellan se despertó del coma y le tomó la mano.

—Eres buena persona, señorita Lily Knight —dijo él, abriendo los ojos y apretándole débilmente la mano—. Tienes pinta de flojucha pero eres buena persona.

—*Un rábano* —dijo Martha desde la puerta, viendo que su padre había vuelto a cerrar los ojos y que le había soltado la mano a Lily. Involuntariamente, Lily extendió la mano para resguardar al señor McClellan de la voz de Martha, pero al cabo de diez minutos ya estaba muerto y quizás ni siquiera hubiera oído la invectiva de Martha ni, un minuto más tarde, sus sollozos.

—Lo siento —dijo ahora Martha—. Es que ya estabas otra vez con lo mismo.

—¿Otra vez con qué?

—Ya sabes. —Martha hizo una pausa—. Te está quedando bien el vestido. Ese azul le va a quedar muy bien a Julie.

Lily sonrió y sostuvo el vestido en alto para que Martha lo volviera a aprobar.

—Ojalá no tuviera ese hueco entre los dientes.

Lily dejó el vestido a un lado y se puso a enhebrar una aguja. Martha le había dicho a Julie que si no le arreglaban de inmediato los dientes iba a ser una niña muy poco atractiva. Julie se había pasado varios días desconsolada y subiéndose al lavabo para examinarse los dientes en el espejo del baño.

—Ya te lo dije, ni siquiera le han salido los dientes definitivos. —Lily terminó de enhebrar la aguja y se la clavó accidentalmente en el dedo índice.

Martha se encogió de hombros y su interés por la ortodoncia pareció recular.

—Ryder solo quiere cosas —repitió en tono reflexivo—. Eso es exactamente lo que pasa con Ryder.

—Y ahora qué quiere Ryder.

Martha se quedó mirándola un rato.

—Esto es lo que se denomina una situación *móvil*, ¿entiendes Lily? Ryder tiene aspiraciones *móviles ascendentes*. *Ambiciones*. ¿No tomaste ninguna clase o qué? ¿Nunca leíste un libro de Lloyd Warner?

—No tiene... —Lily se detuvo. Había estado a punto de decir que no tenía nada de malo querer salir adelante. No sabía qué tenía Martha que invariablemente hacía que aflorara en su dicción lo mejor tanto del señor McClellan como de su propia madre.

—¿No tiene *qué*? —preguntó Martha en tono imperioso.

—Nada.

—*No tiene nada de malo querer salir adelante* —la imitó Martha—. Te conozco. Bueno, es verdad. Pero tú no entiendes a Ryder. Él quiere *usar* a la gente.

—Martha. No te indignes.

—Bien, a mí no me puede usar. —Martha hizo una pausa—. Yo no quiero nada de él. Es por eso que no puede usarme.

—Martha —repitió Lily.

—No quiero sus *trabajos*. No quiero sus *favores*. No quiero nada *de él*.

Lo que Martha no quería de Ryder Channing aquella mañana era el trabajo que él le había conseguido hacía tres semanas en un canal de televisión de Sacramento. Era el cuarto o el quinto trabajo para el que le había concertado una entrevista; y no era solo el primero que Martha aceptaba, sino también el primero, por lo que Lily sabía, a cuya cita se había presentado. La idea detrás de aquel trabajo en concreto era que Martha, después de un mes de contestar cartas de espectadores y hacer otras tareas de poca monta para el canal de televisión, empezara a hacerse cargo al mismo tiempo del programa matinal de entrevistas y de los anuncios publicitarios de la película de la tarde, un trabajo del que se había encargado durante el primer año de funcionamiento del canal la mujer del gerente, que ahora estaba embarazada. Según había declarado Ryder, era una oportunidad inmejorable para entrar a la planta baja de una industria que solo podía crecer, y había instalado un televisor prestado en la galería para que Martha pudiera observar las técnicas comerciales y de conducción de la mujer del gerente, Maribeth Sidell. Si Martha sopesaba el hecho de que Maribeth Sidell era un nombre conocido a lo largo y ancho del Valle de Sacramento se daría cuenta, le dijo él, del futuro que le depararía ese trabajo.

Juntas, Lily y Martha vieron varios programas de Maribeth Sidell, incluyendo aquel en el que entrevistó simultáneamente a un disc-jockey, a Miss Sacramento y a los hombres de negocios japoneses que habían venido a Estados Unidos para organizar una feria comercial. Cuando se pusieron a hablar del parecido entre Sacramento y Yokohama, Martha apagó el televisor y declaró que ese trabajo le calzaba como un guante. Después de probar ávidamente algunos de los productos que Maribeth anunciaba, a fin de obtener lo que denominaba una «interiorización», Martha fue en coche a Sacramento, conoció al señor Sidell y a la hora de la cena informó que él le había pedido que lo llamara «Buzz», la había llevado al bar del Hotel Sacramento y después de dos Manhattan (para él) y dos copas de jerez (para ella) le había anunciado que, aunque Martha no era Jinx Falkenburg, sí tenía mucha clase, y que con el dinero que él le iba a pagar (75 dólares por semana) la pelota quedaba de su lado.

—Ya sabía que lo del jerez lo iba a impresionar —añadió Martha en tono entusiasmado—. El muy cursi.

Aunque Lily nunca se había enterado de en qué parte de la cancha había quedado la pelota, Martha solo había trabajado una semana entera y tres días. El cuarto día salió de la casa a la hora de costumbre, las siete y media, pero a las once, cuando Sidell llamó a la finca, todavía no había llegado al trabajo.

Hacia las cinco en punto entró en la cocina por la puerta de atrás, con las dos medias corridas y varios cardos enganchados en el ruedo del vestido de lino blanco.

—No me sentía bien —explicó escuetamente—. Fui en coche a Yuba City, subí a unas rocas y estuve un rato mirando un tramo de rápidos del río Feather.

—Llamó Sidell —dijo Lily—. Y Ryder también.

—Ah, sí —Martha abrió la canilla de la bacha y se echó agua en la cara y en los brazos—. Había una serpiente de cascabel muerta y atrapada en un remanso —dijo finalmente, agarrando una servilleta de papel—. Toda inflada.

Cuando Ryder Channing volvió a llamar a las siete en punto, Martha primero le dijo a Lily que le dijera que no estaba en casa. Luego, cuando Lily se puso a titubear, dejó su copa sobre la mesa, estiró el brazo por encima de la mesa para sacar un cigarrillo del bolso de Lily y le quitó el teléfono de la mano.

—Es verdad, no fui —le dijo—. No me sentía bien.

Sostuvo el auricular contra el hombro, encendió el cigarrillo y le hizo una mueca a Julie, que estaba iluminando con lápices de color rojo y azul un folleto de la Standard Oil dirigido a Everett.

—No llamé, eso es todo —y después de una pausa añadió—: No estoy intentando hacerte nada, Ryder. Forma parte de tu *egocentrismo* pensar que todo lo que hago tiene el propósito expreso de irritarte. No fui al trabajo y tampoco llamé y el asunto no tiene más vueltas. Nada que ver contigo. —Hizo una pausa y giró la cara hacia la pared—. Ryder, tenía miedo. No sé *de qué*, pero tenía miedo.

Y luego dijo:

—Muy bien. Nunca te pedí que me consiguieras un trabajo. Nunca te pedí nada más que un poco de comprensión, y me parece del todo evidente que no eres capaz de darle nada a nadie. Lo único que quieres es *usar* a la gente. —Apagó el cigarrillo, tomó la mano a Julie y la apretó con mucha fuerza. Julie miró a Lily y Lily le dijo que no con la cabeza—. Te aseguro que *no sé* qué ventaja puedes sacar de que yo tenga un trabajo. No sé qué tienes en mente. Solo sé que si *no* te beneficiara de alguna manera no me habrías obligado a aceptarlo. Siempre me estás obligando y usándome y ya estoy harta. Harta —repitió—. No me salgas con esas, Ryder Channing. Todo eso ya lo he oído antes. No voy a extrañar nada de ti y sobre todo no voy a extrañar eso, es lo primero en la lista de cosas que no voy a extrañar.

Colgó, tomó su copa y salió.

Aunque durante la cena nadie sacó el tema, más tarde Martha le explicaría a Everett que el trabajo había estado bien la primera semana pero que después se había vuelto difícil. Los teléfonos la distraían y había un reloj enorme con un segundero que no paraba nunca. Sidell insistía en que las cartas de los espectadores se contestaran el mismo día en que llegaban, y a menudo ella no sabía las respuestas de las preguntas que planteaban. La semana anterior había parado a Sidell en el pasillo y le había preguntado, para poder contestar una carta, por qué el canal no pasaba el programa de Kukla, Fran y Ollie. Sidell se había quedado mirándola un rato y le había preguntado si había oído hablar alguna vez de las cadenas nacionales y sus afiliadas. Ella había intentado decirle que claro que sí —simplemente no se le había ocurrido una respuesta tan obvia—, pero él se había ido y como era natural ella ya no había querido hacerle más preguntas. De manera que había empezado a guardarse las preguntas difíciles en un cajón de su escritorio, con la intención de averiguar más

tarde cómo contestarlas, pero luego empezaron a pasar los días sin que ella las contestara, y ahora Sidell las iba a encontrar y ella simplemente no podía volver. No habría problema si pudiera llevarse las cartas a otra parte y contestarlas allí sola, pero en la oficina no había dónde esconderse de todos esos relojes. *Sabía* que los relojes no tenían que parar, no era tonta. Sabía que necesitaban un reloj. Pero no podía trabajar con un reloj que no paraba ni un segundo. Y como el reloj no paraba ni un segundo, ella no podía quitarle la vista de encima, y como no hacía ningún ruido, se dio cuenta de que estaba haciendo mentalmente el ruido del reloj.

Everett, que había opinado que ese trabajo era buena idea porque por lo general las jornadas de Martha no le parecían muy constructivas, sugirió que a Martha tal vez le vendría bien hacer un viaje. Martha opinó que no.

Durante el resto de aquella semana, Martha se había negado a contestar el teléfono, a mirar su correo o a salir de la finca, ni siquiera para asistir a una boda río abajo en la que tendría que haber sido dama de honor. Estaba bastante segura, les explicó a Everett y a Lily, que los cuatrocientos invitados, las dos niñas de las flores y las siete damas de honor restantes podían darle el valor suficiente a Molly Bee para que le desfloraran la margarita sin que fuera necesaria su ayuda adicional. Everett se fue entonces de la casa, sin hablar con Martha y sin vestirse para la boda, y al final Lily había terminado yendo sola, tarde, a la recepción de Molly Bee, donde trató de pedir disculpas en nombre de Martha y de Everett, tomó nueve copas de champán en una hora y cuarto, su madre le advirtió que iba a terminar con un dolor de cabeza bien merecido y Lily besó a dos de los ujieres, uno de los cuales, un primo de Molly Bee que venía de Tulare, insistió en que Lily no estaba en condiciones de manejar y en llevarla, más tarde, a su casa. El hecho de que al día siguiente el primo de Molly tuviera que volver a Tulare le otorgó, mientras ella lo besaba en el coche, un aire de promesa infinita: podía hacer que él la deseara y no volver a verlo nunca, manteniendo todas las posibilidades intactas, sin que se revelaran nunca las deficiencias de él ni las de ella. *Me haces sentir bien*, le susurró ella, y lo decía en serio.

Cuando Lily llegó a la finca poco después de las dos de la madrugada, Everett estaba sentado en la silla junto a la ventana de su dormitorio, tomando una cerveza y mirando un ejemplar viejo de la revista *Life*. Aunque ella intentó contarle quiénes estaban en la boda de Molly Bee, Everett no mostró interés, y después de que él recogiera el vestido de seda rosa que ella había dejado tirado sobre la cama y mirara primero las arrugas indelebles de la falda y luego a ella y por fin dejara caer el vestido en el suelo y bajara las escaleras, Lily se acostó sobre la manta vestida con su enagua y apagó las luces: había vuelto a perder a Everett, y encima sin razón alguna, sin absolutamente ninguna razón. Al cabo de un rato, como le dolía la cabeza por culpa del champán y del gin que había estado bebiendo en el coche con el primo de Molly Bee, y como pensaba que Everett tendría que venir si ella le decía que no se

sentía bien, fue hasta el rellano y lo llamó.

—Vuélvete a dormir —le dijo él sin moverse.

El lunes siguiente a Martha le llegó una carta del canal de televisión, pero Martha la metió sin abrirla en el fondo de un cajón, donde Lily la encontraría después de su muerte. Dentro solo había una nota en la que Sidell expresaba su preocupación por la salud de Martha y un cheque por sus ocho días de trabajo.

A las diez y media de la mañana del 18 de diciembre de 1948, mientras se tomaba su cuarta taza de café y deseaba no haber hecho ya el crucigrama, Martha vio en las páginas de sociedad del *San Francisco Chronicle* el anuncio del compromiso de Ryder Channing con una tal señorita Nancy Dupree de Piedmont. Después de arrancar el aviso del *Chronicle* y guardárselo en el bolsillo del vestido, Martha envolvió un platito de plata que una vez Channing había elogiado y le puso su tarjeta de visita: *Señorita Martha Currier McClellan, McClellan's Landing*; que la señorita Nancy Dupree averiguara quién era. Era un platito que había sido de su madre, encargado a nombre de Mildred McClellan en el Shreve's de San Francisco y con la inscripción *M. C. McC.* En una caja más pequeña metió otra tarjeta de visita y sobre su nombre pegó con cinta adhesiva su copia de la llave del departamento de Channing en San Francisco.

A primera hora de la tarde los dos paquetes ya estaban listos para despachar y Martha manejó hasta el correo central de Sacramento no sin antes detenerse en la biblioteca para buscar la dirección de Piedmont en una guía telefónica de Oakland. En la biblioteca localizó también varias fotografías de Nancy Dupree en un anuario de la Universidad de California, Promoción del 47. Miembro de la Kappa Kappa Gamma y del Comité de Estudiantes de Grado Superior, no solo había sido elegida Belleza de Segundo Curso sino también candidata a Novia de la Sigma Chi. Su licenciatura figuraba como «estudios generales». Parecía un poco menos rubia que Martha y de rasgos más bonitos, y mientras examinaba primero una foto y después la otra, Martha se acordó de que había conocido a aquella chica en una fiesta en Piedmont a la que la había llevado Ryder. Había olvidado su nombre, eso era todo. Había sido una de esas fiestas en las que Martha bebía demasiado y se deprimía, y en las que no conocía a ninguno de los invitados que parecía conocer Channing; tal como Martha le había explicado una vez a Everett, la única vocación auténtica de Channing era recordar y ser recordado por toda la gente a la que se esforzaba tanto en conocer. En un momento de la noche, Martha se había encerrado en el baño y se había quedado un largo rato mirando fijamente su reflejo en el espejo sin reconocerse (*Te llamas Martha McClellan*, le había dicho una y otra vez al espejo, y luego se había largado a llorar porque no daba la impresión de que la imagen fuera la Martha McClellan que ella quería ser), y a su regreso a la planta baja le había dicho a dos desconocidos —una chica linda y su marido, que habían hecho un somero intento de incluirla en una controversia acerca de si Ernie Heckscher había tocado o no en el debut en sociedad de la anfitriona— que se sentía mal. «Ven a sentarte un momento», le había dicho la chica linda, mirando primero a Martha y después a su marido, pero en aquel momento Martha había visto a Ryder de pie junto al piano y cantando *As Time Goes By* con el brazo alrededor de una chica vestida con bermudas y blusa floreada de linón y se había ido corriendo al dormitorio, donde sacó su pulóver de

una pila de blazers azul marino y rojo y verde inglés y salió de la casa. *Adelante*, le gritó a Ryder cuando él la siguió hasta el coche. *Vuelve adentro y juega todos los juegos que quieras. Pero no pienses que no te veo.* Ahora ya no se acordaba de lo que había creído ver en esa fiesta, pero sabía que por una vez y accidentalmente había tenido razón, porque la chica que tocaba *As Time Goes By* en el piano, la chica de la blusa floreada de linón que antes le había preguntado a Ryder si podía contar con él para una cata de whisky de a cuatro en el Club de Campo de Claremont, era Nancy Dupree. *No creas que no lo sé*, le había gritado Martha en la entrada para coches de la fiesta mientras Ryder intentaba quitarle las llaves del auto. Y aunque ella no le había gritado muy fuerte, él la había metido de un empujón en el coche y le había pegado una bofetada. Lo primero que ella pensó entonces fue que era el auto de Everett y que Ryder no tenía derecho a abofetearla en el auto de Everett, pero luego se acordó de que a Everett ella le importaba tanto como a Ryder, de forma que se pasó las dos horas del trayecto a Sacramento sentada con el cuerpo rígido y pegado a la puerta del auto, pensando maneras de hacerles daño a los dos. Finalmente se decantó por pasar la noche en el departamento de Ryder, un insulto a Everett del que —dado que él ya había supuesto que ella se quedaría a pasar la noche en Piedmont— Everett no se enteró.

Cuanto más recordaba esa noche («Eres la mejor amiga que tiene Ryder en el Valle», le había dicho la chica, tomando la mano de Martha y sonriéndole a Ryder. «He oído hablar mucho de ti»), más crecía su resentimiento hacia Ryder, y fue con un nudo palpable de odio en el estómago que le devolvió el anuario a la bibliotecaria, cruzó la calle hasta el correo e hizo cola durante diez minutos para asegurarse de que el empleado de la ventanilla dedicara su atención inmediata al despacho de la llave para Ryder y el platito de plata para Nancy Dupree.

Tras deshacerse de las cajas empezó a cruzar otra vez la plaza rumbo al coche, pero como se sentía al mismo tiempo mareada y un poco ridícula, se detuvo y se sentó en el borde de la fuente el tiempo suficiente para fumarse dos cigarrillos y masticar, junto a un viejo desmayado a los pies de la fuente, una de las tabletas de fenobarbital que el médico le había dicho que tomara tres veces al día. Había guirnaldas navideñas iluminadas de lado a lado de la calle J, y a medida que le empezaba a hacer efecto el fenobarbital se olvidó de Ryder y empezó a desear de repente que su padre estuviera vivo y que Sarah pudiera venir a casa para Navidad. La Navidad tal como la organizaba Lily no acababa de ser del todo Navidad, aunque todo el mundo se esforzaba mucho por fingir que lo era y aunque Edith Knight siempre venía a quedarse unos días en la finca y decoraba todo lo que había a la vista y colgaba medias para Knight y Julie y ayudaba a China Mary a hacer cantidades enormes de ponche de huevo que luego nadie se detenía a tomar.

Minutos después de que Martha llegara a la finca, Ryder la llamó desde un bar. Ella supo que estaba en un bar porque podía oír la máquina de discos.

Pero qué sorpresa. Quería desearle toda la felicidad del mundo.

Oh, dijo él. Precisamente la había llamado para ver si estaba en casa. Había planeado ir en auto a darle él la noticia. No se le había ocurrido que Martha leyera los diarios de San Francisco.

No, claro que no se le había ocurrido que ella leyera los diarios de San Francisco. Sólo había estado unas mil o mil quinientas veces en la finca durante los últimos cuatro años y medio; nadie podía pedirle que hubiera notado que recibían los diarios de San Francisco. No era agradable pensar que la vida seguía —los diarios se seguían repartiendo, la gente los seguía leyendo, esas cosas— cuando uno no lo tenía en cuenta, ¿verdad? Pero daba igual. Era una noticia maravillosa de verdad y hacía apenas una hora que ella le había mandado sus bendiciones a esa chica tan afortunada, la señorita Nancy Dupree. Que era, si ella no estaba equivocada, la misma señorita Nancy Dupree a quienes sus amistades de la East Bay Junior Assistance League conocían como «Bichito», ¿verdad? Eso mismo. Apodos. Tierna como un bichito. Era obvio que cualquier chica que se hiciera llamar Bichito tenía sentido del humor. Solo había un *problemita*. Ella pensaba, no podía evitar pensar, que teniendo en cuenta que los planes de boda de Ryder debían de haber estado *más o menos* establecidos la noche anterior, él le podría haber contado su sorpresa en ese momento. Por supuesto, la noche anterior habían estado muy ocupados, organizando la ropa que él tenía para lavar, preguntándose dónde habría dejado ella las cuchillas de afeitar que le había comprado un día antes y pasándole a máquina una solicitud de extensión de su crédito personal en el Wells Fargo. Apenas habían tenido un momento para darse una sorpresa, ¿verdad? O tal vez Ryder no lo hubiera sabido todavía. Quizás Bichito y él lo habían decidido ya entrada la madrugada en un llamado de larga distancia y Bichito se había tirado encima el blazer verde inglés y había llevado corriendo la noticia al *Chronicle*. Qué gran golpe de suerte, haber tomado la decisión a tiempo para que saliera en la edición del Valle.

Ryder le dijo que no tenía ni idea de por qué la había llamado. Ya se tendría que haber imaginado que Martha se portaría como una estúpida, como ahora. Claro que iba a portarse como una nenita malcriada y mezquina.

Ah. O sea que él estaba bebiendo. Martha suponía que debía de sentirse orgulloso de sí mismo. Sabía que Ryder estaba bebiendo, o no habría tenido valor para llamarla. Pero independientemente de que bebiera o no, sí que le hacía falta un poco de carácter. Ni siquiera su casa tenía carácter, estuviera donde estuviera y fuera lo que fuera su casa. Y en cuanto a aquel talento del que tan orgulloso estaba Ryder, ella podía salir de la finca y encontrarlo todavía mejor en el primer peón que se cruzara por el camino. Sin trucos.

Martha podía irse al infierno.

Pero por Dios santo, cariño. Una mujer que se hace llamar Bichito.

Aunque Martha había arrancado el anuncio del diario deliberadamente para que no lo vieran Everett ni Lily, de todas formas para el anochecer ya lo sabrían. En el río

todo el mundo recibía los diarios de San Francisco. Martha no había querido que lo supieran porque no quería que se mencionara el nombre de Ryder en vano. En rigor, y Martha se enorgullecía de su rigor, Ryder no había hecho nada malo. Ryder era como era, y ella había sabido desde el principio cómo era. Como lo sabía y pese a todo había persistido, toda la responsabilidad era de ella. *Ya tengo la edad y la cabeza suficiente para saber qué estoy haciendo*, le había dicho hacía tres años a Everett, después de decírselo a Lily, y hasta a su padre, aunque no con las mismas palabras. Martha había sabido tan perfectamente cómo era Ryder que hacía dos años que ni pensaba en casarse con él, salvo que se tratara de un contrato oscuro que podían firmar si fallaba todo lo demás, un ritual sin asistentes y durante el cual los dos mirarían para otro lado, una ceremonia civil que reproduciría los aspectos más escabrosos de una misa negra. Pero a pesar de lo que sabía, cada vez que Ryder le sonreía y le ponía la mano en el cuello y decía *de quién eres*, ella le devolvía la sonrisa. *Tuya*.

A fin de evitar a Lily y a Everett, Martha se pasó el resto de la tarde sentada en su habitación, tejiendo y tratando de redactar un catálogo de las virtudes de Ryder por si se daba la contingencia de que alguien le preguntara si poseía alguna. A Ryder le encantaban los niños pequeños, por lo menos si eran limpios y bonitos. Le encantaba hacer regalos. Una vez había subido directamente en auto desde Los Ángeles para llegar a la finca a tiempo para el cumpleaños de ella. De vez en cuando, cuando creía que Martha estaba dormida, le daba un beso en la oreja y le decía en voz baja que la quería, aunque casi nunca hacía ninguna de las dos cosas si pensaba que ella estaba despierta. (Esto, sin embargo, no era una defensa que se pudiera invocar en líneas generales, igual que tampoco lo era el hecho de que una vez en una fiesta hubiera derribado de un golpe a un borracho al que no conocían porque había señalado a Lily y había dicho: *Ahí va la mujer más fácil de la fiesta, siempre las puedo distinguir, algo aterrado en la mirada*. Tal como Martha le había explicado a Ryder, se había sentido agradecida en nombre de Everett). Él siempre le preguntaba si le quedaba bien tal corbata con tal saco, o expresaba su preocupación por la longitud de las faldas de ella, y una vez se había levantado a las cuatro de la mañana para esperar todos los vuelos que llegaban a Sacramento, por si acaso Martha venía de Carmel en alguno de ellos.

En rigor, entonces, no se le había ocurrido nada que se pudiera describir exactamente como una virtud, pero hacia las seis de la tarde ya había pensado en tantas cosas que en un momento u otro la habían complacido o divertido que al final puso la cabeza entre las piernas y, pese a que en el pasado le había gritado con regularidad que la dejara en paz y que no se le volviera a acercar, lloró por haber perdido a Ryder Channing.

En cuanto vio las velas encendidas en el comedor, supo que Lily se había enterado. Lily se había enterado y había encendido las velas y había traído una botella

de vino y le había dicho a China Mary que encontrara alcauciles porque a Martha le gustaban. Lily y su madre siempre andaban encendiendo velas. El río podía estar inundando la finca, el cobertizo podía estar en llamas y un preso fugado podía haberlas tomado de rehenes: siempre te encontrabas a Lily y a Edith Knight en el comedor, encendiendo las velas, charlando sobre el diseño de la platería y preguntándole al preso si le importaba beber un blanco seco en vez de un tinto con el asado. Era tan artificioso que hasta el más pequeño gesto de Lily orientado a la jovialidad o la gracia domésticas despertaba sospechas de desastre inminente.

Evitando la mirada de Lily, Martha les comunicó a Everett y a Lily, antes de que los alcauciles llegaran a la mesa, que hacía meses que lo sabía. Y no solo hacía meses que lo sabía, sino que no podía estar más contenta. En serio. Era exactamente lo que Ryder necesitaba. Por supuesto, Martha la conocía. La había conocido hacía un año y ya entonces había confiado en que Ryder se casara con ella. Lily tenía que conocerla. Iba a pedirle a Ryder que la llevara a la finca.

Lily dijo que pensaba que en Berkeley había conocido a la hermana mayor de la chica, aunque no estaba segura. Sally Dupree. Era de la Kappa y vivía en Piedmont, cerca de la Avenida Mountain, por ahí. ¿Sería la misma familia?

Seguro que sí.

Dinero entonces.

Dinero de la *construcción*, creía Everett. Hecho durante la guerra. En su mente estaba todo mezclado con Henry Kaiser.

Lily lo corrigió: no tenía nada que ver con Henry Kaiser. Quizá fuera un caso parecido, pero no había ninguna conexión. No había *barcos*. Y aunque ella era perfectamente consciente de que la Dupree Development Inc. había crecido durante la guerra, no era que los Dupree hubieran estado viviendo en la calle cuando ella conoció a Sally en 1940.

Con o sin barcos, Martha supuso que Nancy Dupree debía de haberse presentado en sociedad en el Fairmont con un vestido blanco encargado en Elizabeth Arden.

Lily no estaba segura. La gente de la construcción era un poco distinta, sobre todo si vivían en East Bay. Tampoco es que Nancy fuera una Crocker o Spreckels ni nada parecido.

No, admitió Martha, era verdad. Estaba claro que no era de apellido Crocker ni Spreckels ni nada parecido. Qué sorpresa la comprensión profunda que tenía Lily de la escena social de San Francisco. ¿Era posible que Lily tuviera a mano un ejemplar del *Registro de sociedad* de San Francisco de 1948?

Olvídate de eso, dijo Lily. Olvídate. En fin. Sally Dupree, la hermana, había sido básicamente el mismo tipo de chica que aquella que jugaba al tenis con Everett. Alice no sé cuánto.

Annis, dijo Everett. Annis McMahan.

Sí, ya sabía que era algo parecido a Alice.

Quizá, sugirió Everett, a Martha le gustaría hacer un viaje.

Un viaje. Cada vez que a Everett no se le ocurría qué hacer con ella, la animaba a que hiciera un viaje. No había nada como hacer un viaje.

Podía visitar a Sarah en Filadelfia, insistió Everett. Sarah podía llevarla a Nueva York a comprar ropa nueva y ver alguna obra de teatro.

No se consideraba en general a Filadelfia, o por lo menos eso había oído Martha, un destino ideal para el invierno. Hacía años que no escuchaba que la alta sociedad de San Francisco —los Crocker, los Spreckels, esa gente— pasara ahí las vacaciones invernales.

Quizás a Hawái, improvisó Lily. Martha conocía a mucha gente que estaba ahora mismo en Honolulu y la podía pasar de maravilla. De hecho, podía hacer planes para tomar el *Lurline* con Francie Templeton en enero.

Para ella todo era Del Paso Heights, dijo Martha.

Era una broma, le explicó Lily a Everett. Algo gracioso que había dicho una vez el señor McClellan.

Hablando de cosas graciosas que decía la gente, Martha quería contarles una cosa graciosa que había dicho Nancy Dupree la noche en que se conocieron. En una fiesta en Piedmont. Nancy (a quien llamaban «Bichito», para información de Lily y Everett, Bichito Dupree) le había contado que los únicos barcos que valía la pena tomar para cruzar el Pacífico eran los de la línea American President, porque estaban repletos de gente fascinante, ingenieros japoneses y gente así.

Ahí está, declaró Lily. Nancy era exactamente igual que su hermana, y las dos eran exactamente iguales que esa tal Alice McMahan.

Annis. Annis McMahan.

Sí, lo que fuera. Ella habría dicho algo así. Te habría hablado de los ingenieros japoneses tan fascinantes que una conocía en los barcos de la American President.

¿Y qué problema había con los ingenieros japoneses?, eso quería saber Everett. Si estabas en un barco rumbo a Japón, lo normal era que te cayeran bien los japoneses.

Everett no entendía el quid de la cuestión, dijo Lily. Los ingenieros japoneses no tenían nada de malo. Había un tipo de chica que decía ese tipo de cosas. Como Sally Dupree. O la tenista.

Everett no recordaba que Lily hubiera llegado a conocer a Annis McMahan.

Bueno, sí la había conocido. Y si no estaba equivocada, Martha también. ¿Martha no había conocido a Annis McMahan?

Martha no lo sabía. Era posible.

Lo dijo sin levantar la vista de la mano que tenía sobre la mesa, como si a duras penas pudiera reunir suficiente interés como para dar una respuesta.

Cuando Lily se levantó para meter en cama a Knight y Julie, Martha encendió un cigarrillo con las velas y luego se puso a apagarlas una por una.

—Ojalá tuviéramos algo de brandy.

—Nos tomamos dos botellas de vino entre los dos.

—No es lo mismo, Everett. No te hagas el despistado.

—Bebes demasiado.

—A ver, Everett. A veces bebo demasiado yo. A veces bebes demasiado tú. Pero ninguno de los dos bebe demasiado, entre comillas. Francie Templeton es casi la única persona que conoces que bebe demasiado de forma categórica.

—Ahora mismo estás ebria.

—De acuerdo —dijo Martha sin interés, raspando con la uña un pedazo de cera en el mantel.

—Channing nunca me cayó bien —dijo Everett de pronto—. Siempre pensé que no tenías que estar tonteando con él.

—Everett. Ryder Channing ha sido y sigue siendo mi mejor amigo.

Empujó la silla hacia atrás y se puso de pie.

—Y ahora quiero que cantes villancicos conmigo.

Everett se puso detrás de ella en el piano y cantó alguna que otra línea de *O Little Town of Bethlehem* mientras ella tocaba las notas con la mano derecha.

Sin dejar de tocar, Martha dijo de golpe:

—¿Te acuerdas de que antes de que Sarah se casara íbamos a Carmel en Navidad?

—Sí —dijo él—. Me acuerdo.

—¿Te acuerdas de que primero íbamos al cementerio y poníamos una corona de flores en la tumba de mamá y después seguíamos hasta Carmel?

—Me acuerdo —repitió él—. ¿Por qué?

—Era lindo, nada más.

Martha se dedicó a tocar una y otra vez la misma línea: *Sobre tu sueño profundo y sin sueños pasan las mudas estrellas*. Como no había encendido las luces, el resplandor de la chimenea y las luces del árbol de Navidad parpadeaban por toda la sala.

—Siempre pienso lo bonita que era antes la Navidad, nada más. —Dejó de tocar—. Siempre pensaba que éramos tú y yo juntos contra Sarah y papá. Porque ellos se acordaban de mamá y tú en realidad no. Siempre me dio la sensación de que ellos pensaban que se había muerto por mi culpa.

—No deberías pensar eso —dijo Everett en tono ausente, dejando caer la mano sobre el pelo de ella.

—Pero lo pensaba. ¿Y siempre íbamos a la misma casa en el cabo?

—Era la casa de la tía Grace.

—Yo pensaba que era nuestra. La estuve buscando cuando estuve ahí el año pasado pero no la pude encontrar. ¿Y tú siempre me llevabas en brazos a la cama?

—Me había olvidado.

—Pero me llevabas. —Cuando se giró para mirarlo, la mano de él se deslizó de su pelo a su hombro—. *Me llevabas*.

—Ahora me acuerdo, linda.

Ella se volvió a girar hacia el teclado y se puso a tocar otra vez. *Cuán quieta te vemos descansar.*

—¿Y qué? —dijo él.

—Y nada. —Ella retorció el hombro para quitarse su mano de encima—. Este piano necesita que lo *afinen*.

Como Everett le dijo que tenía que ver a gente y comprarse ropa nueva, ella lo hizo. Entre Navidad y Año Nuevo fue a fiestas todas las noches, y el primer día laboral de 1949 se fue a San Francisco y cargó \$758,90 a la cuenta que compartía con Lily en Magnin's. Como dedujo que vestirse como lo que los anuncios de los ascensores denominaban una Joven a la Moda de la Tienda Marima no la había hecho progresar en el pasado, no fue al quinto piso, que era donde normalmente compraban Lily y ella, sino al segundo, donde no había percheros y todas las etiquetas de la ropa eran enormes, lo bastante voluminosas como para exponerse en solitario, y tenían bordadas palabras tan intrínsecamente caras como *Traina-Norell para I. Magnin*. «Algo espectacular», le dijo a la vendedora, y esa noche volvió a casa con un abrigo rojo, un vestido de noche de raso blanco, dos enaguas de encaje negras y un vestido de seda blanca con apliques de mariposas de seda del mismo color pálido que su cabello. El vestido con mariposas costaba 250 dólares y lo había comprado expresamente para ponérselo el 22 de enero, en la boda de Nancy Dupree. Aunque a Everett le parecía que 250 dólares era mucho dinero para un vestidito con mariposas bordadas, sí admitió que era espectacular, y cuando el día de la boda ella se probó el vestido por primera vez, él le aseguró que nunca había estado tan hermosa. Como Lily y los niños tenían un virus y Everett no quería dejarlos solos, Martha acabó yendo ella sola a la boda, ensayando en voz alta en el coche las cosas que podía decir: *Ryder es muy afortunado. Ella está preciosa. Nunca he estado tan ocupada*. Para cuando llegó a Piedmont, sin embargo, ya no se acordaba de ninguna; las manos le temblaban sobre el volante y al pasar por delante de la iglesia se vio completamente incapaz de entrar. De todas maneras para cuando encontrara dónde estacionar ya sería tarde, y además nadie se fijaba nunca en quién iba a la iglesia. Se dedicaría a dar vueltas con el coche y a recobrar el aplomo, y para cuando llegara a la recepción ya estaría bien. Aunque empezó a sentirse mejor de inmediato, cuando enfiló hacia la recepción le empezaron a temblar las manos otra vez, y se pasó diez minutos sentada en el estacionamiento del Club de Campo de Claremont, poniéndose y quitándose el rouge, tratando de peinar un mechón que se le caía todo el tiempo delante de la cara y fumando un cigarrillo tras otro. Sin embargo, en cuanto entró en la recepción todo se encarriló. Todo el mundo le dijo que estaba preciosa, y ella besó a Ryder en la mejilla y le dijo que ya apreciaba tanto a su novia como a su hermana (a quien acababa de conocer con la satisfacción de descubrir que iba vestida con bastante mal gusto); bebió un montón de champán y bailó con todo el mundo —era un buen vestido para bailar porque daba la impresión de que las mariposas se movían— y terminó yéndose

con un hombre de unos cuarenta años que tenía una suite en el Claremont. Se quedó ahí hasta las cuatro de la madrugada; a esa hora se despertó y le dijo al hombre que le daba asco su aspecto, le daba asco su forma de hablar y se daba asco a sí misma, no era mejor que Lily. Él quiso saber quién era Lily. *Es mi hermana*, le dijo Martha, *y tú no eres digno de pronunciar su nombre*.

Nunca he estado tan ocupada, les había dicho en la boda, y de hecho era verdad. Aunque ni Lily ni ella se habían afiliado nunca a la Junior League, ahora Martha se hizo miembro temporario y empezó a pasar todas las noches y la mayoría de las tardes en la ciudad, y a finales de febrero calculaba que ya había recibido propuestas de matrimonio de dos de los chicos que conocía de la infancia y que se había acostado con tres, contando a uno que estaba casado y sin contar al hombre al que había conocido en la recepción de la boda de Nancy Dupree y cuyo apellido no recordaba. (Le parecía que tenía algo que ver con centros comerciales, pero en su cabeza se le mezclaba todo, al igual que a Everett, con Henry Kaiser). Como por entonces ya todo el mundo estaba casado, ese dato básicamente esclarecía la situación, y cuando ella computó los activos y los pasivos de esos hombres, el balance resultó, tal como esperaba, igual a *cero*.

Para obtener esta victoria insular había roto todas las conexiones y quemado todas las naves que llevaban al país que había cruzado muchos kilómetros atrás. Hasta Ryder estaba incluido en su desprecio generalizado: ya no podía tocarla. La batalla se había dado vuelta. Todos los demás habían sido bajas civiles, fallecidos en algún lugar lejos del frente. Channing era su represa del Ruhr, su Guadalcanal, su Stalingrado. Creyéndose victoriosa, Martha empezó a despreciar a todo aquel que fuera vulnerable: todos los que tuvieran gustos o aversiones, los que quisieran o no quisieran, los que se hacían daño a sí mismos con amor y odio y migrañas. Se imaginaba que había emergido triunfante y que el estandarte que había plantado en el suelo decía: *Noli Me Tangere*.

Era una temporada de promesas para todo el que tuviera algo de tierra o algo de dinero o incluso nada más que la visión de la oportunidad; era una temporada de promesas para Ryder Channing, de vuelta en Sacramento con su esposa después de una luna de miel de tres semanas en Acapulco; y debería ser también, pensaba Martha algunas noches cuando se iba a dormir, una temporada de promesas para ella. Las mañanas eran un poco más difíciles: había mañanas en que no conseguía levantarse de la cama, y punto. Había mañanas en que solo conseguía levantarse de la cama si ya había programado hasta el último minuto del día, cosa que aprendió a hacer de inmediato. Iba a todas partes y se reunía con todo el mundo. Conoció a constructores, a promotores inmobiliarios, a gente que buscaba emplazamientos para fábricas y hablaba de construir un canal de aguas profundas y hacía lobby para que se construyeran diques de gestión federal; gente a la que ni Everett ni Lily habrían conocido nunca si ella no la hubiera mencionado. Iba a fiestas concurridas y a clubes de campo nuevos, iba a fiestas íntimas y a bloques de departamentos nuevos; e iba, casi todas las tardes, a examinar los lotes que estaban desarrollando algunos de los muchachos que conocía y que estaban empezando en el negocio inmobiliario. Aunque Lily y Everett afirmaban no ver diferencia alguna entre todas las casas de yeso color pastel que se extendían a lo largo de kilómetros, Martha sabía que sí la había. Tal como les explicó, era una cuestión de detalles. Había constructores que usaban revestimientos de secuoya, y otros que ponían en las puertas un barniz que imitaba la piedra sin pulir. En un folleto («Alto nivel de vida al precio bajo de la Administración Federal de Viviendas») se veía un barrio donde cada jardín trasero incluía una pequeña pileta en forma de riñón, un galponcito y una placa pulcramente enmarcada que decía «Normas de la pileta»; la mayoría de los lotes, sin embargo, solo tenían piletas comunitarias, a veces conocidas como Clubes de Natación, siempre rodeadas de alambrados. El folleto de Robles de la Sierra, un barrio al norte de la ciudad, ofrecía a los compradores potenciales «un escenario con todo el romanticismo de una antigua posesión española, sin expensas extraordinarias por extensión del alcantarillado, calentador de agua de 150 litros de relleno rápido y calles con veredas»; en Rancho Valley, los argumentos de venta incluían ventanales de vidrio repartido en la fachada de cada garaje con capacidad para tres coches, con «el mismo acabado elegante del resto, LOS VETERANOS NO PAGAN ANTICIPOS». Y si Lily y Everett querían ver las diferencias, solo tenían que mirar Riverside City, un barrio cuyo rasgo más distintivo era que estaba «dedicado al concepto de jubilación». Otro rasgo distintivo de Riverside City era que era un proyecto iniciado por la Dupree Development Inc., y otro era que en febrero Ryder Channing había sido puesto nominalmente a cargo de su urbanización, aunque eso daba lo mismo. Era un proyecto mucho, mucho más grande de lo que pudiera indicar el hecho de que estaba

a cargo de Ryder. Aunque todavía no se había construido ni una sola de las 37.000 casas proyectadas en Riverside City, ya había agentes inmobiliarios vendiendo lotes de un octavo de hectárea por todo el país, se estaba construyendo un lago artificial y el *esprit* de los futuros ciudadanos se renovaba todas las semanas gracias a un folleto de cuatro páginas titulado *Riverside City Sun*, que se enviaba por correo desde el Edificio Dupree en Oakland. «PREGUNTA: Aunque ahora mismo vivimos en Chicago, disfrutamos de nuestra suscripción al *Sun* porque tenemos intención de construir en el futuro próximo una casa en nuestro lote. Mi pregunta es sobre el revestimiento de plástico que se está instalando en el fondo del Lago de Riverside: ¿no le dará un aspecto peculiar a nuestro lago? RESPUESTA: *Pueden quedarse tranquilos. El revestimiento se cubrirá con medio metro de tierra, de forma que a menos que pasen ustedes a inspeccionarlo ahora mismo, nunca lo verán.* PREGUNTA: ¿Qué clase de plantas crecen mejor en Riverside City? RESPUESTA: *Le sugerimos que entable correspondencia con dos de nuestras ciudadanas pioneras, las distinguidas señoras Ada Travers y Bertha Kling, fundadoras del Club de Jardinería de Riverside City. Ellas ya han reunido un archivo impresionante de folletos gubernamentales sobre la horticultura en la zona. Estas damas no dan un paso en falso*».

Algunas noches a la hora de la cena Martha anunciaba que también tenía planeado comprar tierras y urbanizarlas ella misma y hacerlos ricos a todos; algunas noches se quedaba sentada a la mesa sin comer y le hacía prometer a Everett una y otra vez que Sarah y él nunca intentarían vender la finca sin ella. Otras noches no bajaba a cenar, sino que se iba a su habitación, se quedaba acostada a oscuras con la cabeza cubierta con la sábana y fingía estar dormida cuando Everett o Lily abrían la puerta.

A las seis en punto del 16 de marzo Martha estaba sentada en la barra del Club de Campo de Del Paso, preguntándose cómo sería acostarse con alguien en el campo de golf bajo la lluvia, y escuchaba a Sam Bradley, uno de los muchachos del río que habían entrado en el negocio inmobiliario, explicarle cómo había terminado haciéndose miembro del Club Del Paso: era un gasto deducible y era bueno para los negocios. Aunque llevaban los dos una hora sentados en el bar, Martha no había visto a ningún conocido, salvo dos excepciones: el camarero y la mujer de un ginecólogo cuya foto aparecía a menudo en la prensa en conexión con el Gremio Operístico. «Conozca a la Presidenta», decían siempre los pies de foto. «Una conocida representante». Aunque una lo intentara, ahora costaba mantenerse al día sobre quién era quién, y en síntesis Martha hubiera preferido estar en el campo de golf, pero siempre había demasiada gente, en todas partes.

Le preguntó a Sam si él conocía a alguna de esas personas.

Qué demonios importaba si él conocía a alguna de esas personas. Lo único que quería hacer, tal como le había repetido a cada rato desde hacía veinte minutos, era largarse de ahí e ir a cenar al restaurante mexicano en Jackson.

A ella *le encantaba* el restaurante mexicano. Ya le había dicho tres veces que le encantaba el mexicano. Pero Jackson estaba a ochenta kilómetros y hacía tres días que llovía y la verdad era que no tenía ganas de manejar ochenta kilómetros de ida y ochenta de vuelta con la lluvia y en el Austin-Healey de él.

Podían ir en otro auto. Podían ir en el auto del hermano de Sam. Podían ir en el auto de ella. Su idea no era ir en el maldito Austin-Healey.

Como tanto el coche del hermano de Sam como el de Martha estaban a casi sesenta kilómetros de Del Paso y en la dirección opuesta a Jackson, el trayecto significaba unos ciento cuarenta kilómetros en cada sentido. Además, ella creía que el mexicano no abría a la noche en días de semana. Y en cualquier caso, era un lugar de apuestas ilegales y Sam no quería que lo agarraran en una redada, ¿verdad? No sería muy bueno para los negocios, ¿cierto?

Vete al infierno, dijo él. Llamaré antes de salir.

Muy bien, le dijo Martha, ve a averiguar, y mientras Sam se levantaba de la mesa ella vio que entraba Ryder Channing desde el campo de golf acompañado de un hombre calvo y gordo. Era la primera vez desde diciembre que veía a Ryder sin Nancy Dupree y a Martha la deprimió un poco comprobar que seguía sin poder mirarlo tal como miraba al resto de la gente. Lo había visto entrar por la puerta y había pensado *Ryder*, como siempre, sin emitir ninguno de los juicios instantáneos que solía emitir sobre toda la otra gente que veía. A Sam Bradley lo había estado juzgando desde el momento en que la había recogido; ya debía de haber formulado quizás una veintena de prejuicios sobre el hombre que acompañaba a Ryder. En cambio, cada vez que miraba a Ryder, lo único que pensaba era *Ryder*.

Cuando Ryder llevó al otro hombre a la mesa, Martha se enteró de que era un vendedor de Cadillacs del Valle que jugaba de maravilla al golf, aunque Ryder le había ganado 79-88.

—Lo perjudicó la lluvia —le sugirió Martha al vendedor de Cadillacs.

Él se encogió de hombros.

—Seguramente conoció al padre de Martha —dijo Ryder, sin mirarla.

—¿Quién es tu padre, Marty?

—John McClellan.

El vendedor de Cadillacs miró a Ryder con cara de no tener ni idea.

—Claro, claro que lo conozco. Seguramente me lo encontré en el Rotary de Sacramento.

—No creo —dijo Martha—. Le verdad es que está muerto desde 1944.

—Bueno —dijo el vendedor—. Yo en 1944 no estaba.

—¿Cómo has estado? —le preguntó Martha a Ryder.

—Bien. A ti se te ve muy bien.

—Estuve durmiendo y comiendo mucho. He oído que estás viviendo en la antigua casa de Carmelo.

—Un amigo de la familia de Bichito la compró y nos la prestó hasta que decida

qué va a hacer con ella. Vamos a construir en cuanto Bichito encuentre algún proyecto que le guste.

—Una chica estupenda —dijo el vendedor—. La mejor.

—Siempre me gustó la casa de Carmelo. —Martha se alisó los guantes sobre el regazo—. Una vez dieron un baile en el segundo piso y cubrieron los costados de las dos escaleras de azuleos. Fue casi seguro mi primer baile.

—Termitas —dijo el vendedor—. Está infestada de termitas.

—Bichito quiere una sola planta —dijo Ryder.

—¿Dónde está? —preguntó el vendedor de Cadillacs en tono afligido—. ¿Por qué no están aquí? —Se giró hacia Martha—. Se fue de compras con mi mujer. Mitzi dijo que se reunirían con nosotros aquí a las seis y media.

—Todavía no son las seis y media —dijo Ryder—. Te vi la semana pasada en casa de Nancy Slaughter. Te estabas yendo.

—Es verdad —dijo ella—. Estuvimos allí unos minutos.

—Escucha, Marth. —Él movió distraídamente unas monedas de un bolsillo a otro—. Me alegro de que nos hayamos cruzado. Mañana tengo que pasar por la ruta del río. Quizás pase a verte.

—No estaré en casa. Pero estoy segura de que a Lily y a Everett les encantará verte.

—En otro momento, entonces. —Se puso de pie mientras Sam volvía.

—Dale recuerdos de mi parte a tu padre, Marty —le dijo el vendedor de Cadillacs—. Por ahora *hasta la vista*.

Cuando Ryder llegó a las dos de la tarde siguiente, Martha estaba sola en casa: Lily se había llevado a China Mary y a los chicos a hacerse radiografías de pecho; Everett estaba trabajando en los diques. En las montañas había estado lloviendo y la nieve se estaba derritiendo demasiado rápido. Aunque Lily había querido que Martha también fuera a hacerse una radiografía de pecho («Mira quién habla de verse enferma, ahora mismo pareces tuberculosa»), Martha había dicho que no: quería acostarse. No había vuelto de Jackson hasta las tres de la mañana, y Sam Bradley se había quedado hasta las cinco a pesar de que ella le había dicho que no era un negocio rentable. *No soporto a la gente como tú*, había terminado gritándole ella; no sabía qué había pasado pero era lo mismo de siempre. Martha se tomaba un par de copas o simplemente se agotaba, o se despertaba por la mañana despreciando a alguien, o a todo el mundo. Si le sucedía por la mañana, se podía quedar acostada, odiando, hasta que se le pasaba, pero si le sucedía estando acompañada siempre terminaba a los gritos. La mera presencia de Sam Bradley le había parecido una afrenta personal: su corbatita un monumento tanto a la vacuidad de él como a su propia falta de gusto; su entusiasmo por el restaurante mexicano una afectación tan transparente que ahora la mortificaba haberla instigado (Sam había saludado cálidamente a la cocinera llamándola «mamacita» y Martha se había limitado a mirar

con aprobación); su marca de cigarrillos (que no era la de ella) la evidencia aplastante de su mediocridad, de su obviedad, de su sutil carencia del principio masculino. Todo había empezado cuando Sam había dicho que daba igual lo que dijera Everett: Earl Warren era un hombre inteligente y razonable. Pero podría haber empezado si él hubiera dicho simplemente que le gustaba su vestido, o que no le gustaba un libro que estaba leyendo. Una vez Martha había atacado con ferocidad a Ryder por cambiarse la camisa antes de la cena. Su vanidad. Su superficialidad. Su descuido. Su falta de consideración, su egoísmo. ¿Creía que el mundo entero existía para suministrarle camisas limpias? Solo de recordarlo se mareaba de asco hacia Ryder.

—Pensé que quizás estarías aquí —dijo Ryder cuando ella le abrió la puerta.

—Estoy tratando de dormir. —No lo invitó a quitarse el abrigo, sino que se limitó a quedarse ahí de pie, intentando por una vez examinarlo con atención y emitir algún juicio final condenatorio. Se acordó de que una vez había visto en su departamento una postal de una chica, quizás fuera Nancy Dupree (firmada «XXXX y ya sabes qué, de B») que decía: «Me encantó verte el sábado a la noche, estabas muy sexy con los pantalones blancos». Aunque «sexy» no era una palabra que ella hubiera usado nunca para hablar de nadie, se había pasado varios días intentando ver a Ryder bajo esa luz. Pero lo único que había visto, tanto entonces como ahora, era a *Ryder*, y cuando le dijo, la siguiente vez que él se puso pantalones blancos, «esos pantalones te hacen el culo gordo, Ryder, no te quedan bien», no había sido un juicio, solo una reacción.

—¿Qué estás mirando? —dijo él.

—Trataba de dormir —le repitió ella, derrotada—. No estoy mirando nada.

Al cabo de quince minutos la tenía tirada en el suelo; ella se había negado a acercarse al sofá.

—Quieres hacerlo —dijo Ryder. Ella tenía las piernas cruzadas y la cara girada hacia un costado.

—No.

—¿Crees que cambia algo? —Él le levantó la falda por encima de la cintura—. Después de haberte cogido unas cuatro o cinco veces por semana todas las semanas durante los últimos cinco años.

—Cuatro años y medio —dijo ella débilmente. La lógica de él seguía intacta.

—Cuatro años y medio.

—Nunca quise. —Reconociendo de inmediato que aquella mentira obvia solo tendía a debilitar aún más su posición, procedió a enmendarla—. Muchas veces solo fingí que quería.

—Pero ahora sí quieres. No hace falta que te hagas la desganada conmigo.

Cuando Ryder se fue (*¿De quién eres? Tuya*), Martha subió al piso de arriba y se quedó acostada hasta que empezó a oscurecer y oyó las voces de los chicos en la planta baja.

Encontró a Lily en la cocina, quitándole a Julie las botas de lluvia.

—¿Dónde está Everett? —preguntó.

—Todavía en los diques. No sé.

—Voy a ver si lo encuentro. —Martha se puso un impermeable, se lo abotonó enérgicamente y luego, como si se hubiera olvidado para qué quería el impermeable, se sentó y se puso a desabotonarlo otra vez lentamente.

—Te estás desabrochando el impermeable —dijo Julie, poniendo la cabeza en el regazo de Martha—. ¿Adónde vas?

Martha le alisó el pelo.

—Supongo que a ninguna parte. Supongo que no lo iba a encontrar.

—Supongo que no —acordó Julie. Era una de esas criaturas que están de acuerdo con todo lo que dicen los adultos—. ¿Vienes al desfile?

—¿Qué desfile?

—El desfile del Día de San Patricio. En la ciudad es el Día de San Patricio.

—¿Quién va?

—Yo, mamá y Knight. Aunque Knight no puede ir si no pide perdón por romperme el podómetro.

—¿Knight rompió tu podómetro? ¿Y cómo vas a saber cuántos kilómetros caminas?

—Ese es el problema. En fin, dos primos nuestros participan.

—¿En qué?

—En el *desfile* —dijo Lily—. No estás prestando mucha atención. Los hijos de Sally Randall van a desfilar y se me ocurrió ir a saludarlos. Primero vamos a comer hamburguesas. ¿Por qué no te vistes y vienes?

—Supongo que ya estoy *vestida*. No creo que tenga que arreglarme mucho para ir al desfile del Día de San Patricio, ¿no? Ya sabes cómo será. Habrá una banda de gaiteros tocando *The Campbells are Coming*. La Banda de la Fuerza Aérea tocando *Loch Lomond*. Y un batallón de niñas con trajes de baño de dos piezas llenos de lentejuelas y sombreros Stetson de plástico blanco haciendo coreografías con *Temptation. Vi-nis-te Yoes-ta-ba so-la Tú-lo sa-bí-as Ten-ta-cióon*.

—*Martha* —gritó Julie, tirándose contra las rodillas de Martha—. Basta de burlarte.

—No me estoy burlando. —Martha levantó a Julie y la hamacó—. Te estoy diciendo la pura verdad. Porque mi amor, he estado en otros desfiles de San Patricio, *me los sé de memoria*. Van a pasar *Temptation* por los megáfonos instalados en un camión detrás de las niñas, y la va a cantar una madre con vestido de crêpe rosa y canutillos, un abrigo rojo por las rodillas y anteojos de marco estampado. Imagínate. También desfilará la cuadrilla del sheriff: quince dentistas montados en caballos bayos. Y Julie, linda, por aquí somos tan abiertos de miras que seguramente estarán también los masones.

—Los masones no son primos nuestros.

—Es verdad, mi amor. Nuestros primos son los Randall.

Lily se puso de pie y tomó un rouge del estante junto a la bacha de la cocina.

—¿Vienes o no?

Repentinamente apática, Martha no contestó.

—Si vas a venir, mejor ponte zapatos.

—¿Qué hora es?

—Las seis. Un poco más temprano.

—Creo que hoy tenía algo. Sam Bradley y su hermano me iban a buscar a las seis y media.

Lily se emparejó el rouge con una servilleta de papel y miró a Martha.

—Entonces no puedes venir.

—Sí que puedo. No hay ningún problema. —Martha se puso de pie y sacó del bolsillo del impermeable las gafas oscuras que ahora usaba casi todo el tiempo.

—¿Quieres llamar a Sam antes de que nos vayamos?

—Si quisiera llamar a Sam lo *llamaría*, ¿no te parece?

Para cuando llegaron a la ciudad («Que Knight busque las matrículas de Nevada y Julie las de Arizona. Es verdad, *hay* más gente en Arizona, pero no olviden que Nevada está más cerca. Muy bien, busquen matrículas de Arizona *los dos*») y pararon a comprar hamburguesas en un autorrestaurante («Dije hamburguesas, Knight, no dije sándwich de carne ni pollo frito. Muy bien, hamburguesas con chile. Ni siquiera *te gusta* el chile»), el desfile ya había empezado: según les informó un policía mientras Lily cerraba con llave la camioneta, se habían perdido la carroza del Alcalde y la de los Caballeros de Colón.

—No te pongas triste, linda —le dijo a Julie—. Habrá más.

—Sin duda, linda —susurró Martha, soltando una risita con Julie cuando aparecieron quince caballos bayos dando saltitos y Knight se puso a gritar «¡Eh, Caballo! ¿Por qué cruzó la carretera el pollo?». Y resultó que Caballo no era ningún caballo, sino el apodo que usaban los amigos íntimos del hijo de Sally Randall; poco después de que pasaran Caballo Randall y el Quinto Cuartel de Bomberos de Elk Grove, seguidos de una temblorosa batonista rubia con tambor y de una fila desorganizada de alumnos de secundaria que iban silbándole y vitoreando, empezó a llover otra vez, y cuando buscaron a Martha ya no estaba. Para cuando la volvieron a ver, de pie delante de la tienda Rexall de la esquina, el público ya se estaba dispersando y corría para ponerse a resguardo bajo los portales y en los automóviles.

—Ve directamente a la camioneta —le gritó Lily por encima del ruido de los motores encendidos y de los autos que arrancaban.

Lo que hizo Martha, en cambio, fue volver corriendo a la manzana donde Lily estaba con los chicos. La lluvia le caía a mares por la cara, por las gafas y por el cuello del impermeable sin abotonar.

—Estaba tratando de llamar a Sarah. No contesta nadie.

—¿A Sarah? ¿A Filadelfia?

Martha agarró a Julie de la mano y siguió a Lily y a Knight hasta la camioneta.

—Quería contarle del desfile —dijo, levantando a Julie para ponerla en el asiento del medio.

—El desfile —repitió Lily, que buscaba a tientas debajo del pedal del freno las llaves que acababa de encontrar y se le habían caído.

—La verdad —dijo Martha—. No entiendo cómo puede no haber *nadie*.

—Puedes llamarla otra vez cuando lleguemos a casa. —Lily encajó la llave en el contacto con cuidado meticuloso mientras intentaba ver alguna conexión razonable entre el desfile, la lluvia y Sarah—. Para entonces ya será pasada medianoche en Filadelfia. Quizás ya estarán en casa.

—Oh, no —dijo Martha—. Ahora son recién las cinco y media. Me lo dijo el hombre del Rexall.

—Son casi las ocho y media en Filadelfia. *Ya sabes* que allá es más tarde.

—No sé por qué el hombre del Rexall me iba a decir una mentira deliberada.

—Si te dijo eso es porque no tiene *ni idea*. Nosotros sí.

Martha se encogió de hombros.

—No sé. No sé qué creer.

Lily encendió los limpiaparabrisas pero no arrancó el motor.

—En todo caso ya es demasiado tarde —dijo Martha—. Si allá es medianoche, tal como tú insistes, ya es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

Martha se apoyó en la ventanilla y se quitó las gafas de sol. Tenía los ojos cerrados.

—No lo sé —dijo—. No quería volver a casa y pensé que podría ir ahí, pero ya es demasiado tarde.

—No sé de qué estás *hablando*.

—Sarah. *Te estoy hablando de mi hermana. Quería hablar con Sarah. Si no te importa.*

Enterraron a Martha por la mañana del 22 de marzo debajo del cerezo que había cerca del dique. Transportaron el ataúd Everett y Henry Sears (que había estado durmiendo para recuperarse de la gripe y de una borrachera de cuatro días cuando la noche anterior Everett se había puesto a golpearle la puerta de la casita y a gritarle: *Sears, hijo de puta, Sears, sal de ahí*): un baúl marinero alargado y con asas de cuerda, que durante los últimos treinta años se había usado para guardar las sábanas de Mildred McClellan, sus puntas de encaje, una caja de cuentas negras de un vestido y el abanico de marfil que había usado la tatarabuela Currier de Martha en el Baile de Investidura del gobernador Leland Stanford en 1862; lo habían desembalado la noche anterior, después de que Everett dijera: *Te lo estoy pidiendo por última vez, Lily, saca de aquí a McGrath, saca de aquí a su ayudante y saca de aquí a ese médico charlatán hijo de puta. Es mi hermana, la voy a enterrar yo y la voy a enterrar en la finca.*

Lily caminó detrás de ellos con los brazos cargados de flores. Everett había salido antes del amanecer, había recogido hasta el último narciso que quedaba después de las lluvias y había vaciado ramas enteras de camelias. Cuando llegaron al lugar elegido por Everett, dejaron el baúl en el suelo mojado y Everett se turnó con Sears para cavar la fosa. Entumecida por el frío matinal, Lily se quedó ahí de pie con las flores en brazos y escuchando la crecida. A cada hora el río discurría más veloz y más alto por el derretimiento de las nieves de montaña, arrancaba pedazos de orilla, empujaba troncos y detritos y acababa destruyendo los pelotones que se habían formado.

Mientras veía cavar a Sears, a Lily se le ocurrió que para el anochecer el río quizás se habría llevado ya el cuerpo de Martha, habría sacado la tapa sin clavos del baúl marinero y habría liberado a Martha otra vez en el agua con su vestido blanco de seda y mariposas. (*250 dólares, debería ponérmelo todos los días y todas las noches e irme a dormir con él*, había dicho la noche anterior mientras se vestía para la fiesta, y Lily le había avisado que la lluvia podía manchar la seda; *pregúntale a Everett si no debería*). No estaba bien enterrarla de aquella manera. Lo había dicho McGrath (*Everett, te lo digo, va contra la ley del Estado de California*); se lo había dicho Edith Knight al llegar esa mañana en camión a recoger a los chicos (*No me refiero a la ley. No te estoy hablando de ninguna ley aprobada por la presión del lobby de las funerarias. Te estoy hablando de lo que está bien y lo que está mal*); lo había dicho el médico; lo había dicho ella misma. *Everett mi vida no sabes lo que estás haciendo*. Todos se lo habían dicho por razones distintas y Everett no había escuchado a ninguno.

—¿Escuchan la crecida? —dijo Everett, levantando la vista hacia el dique.

Sears dejó de cavar para abrocharse el saco contra el viento.

—Va a llegar a los treinta y ocho.

—¿Cuándo?

—Cerca de mediodía. En Thiel's Landing. —Ahora Sears tosía. Se pasó el dorso de la mano por la boca y volvió a tomar la pala.

Everett le puso la mano en el hombro a Lily.

—¿Quieres que nos vayamos a la ciudad?

Ella negó con la cabeza.

—No creo que sea necesario.

Sears levantó la vista.

—Tan arriba no hay problema. Río abajo, quizás.

—Puede que los ingenieros lo vuelen esta noche. Río arriba. Nos llegaría bastante agua.

—No volarían un dique sin evacuar antes —dijo Lily—. Nos habrían avisado.

Everett se encogió de hombros y le sacó la pala a Sears.

Como no quería que Everett viera que estaba llorando, Lily se puso las flores cerca de la cara. Si conseguía concentrarse en el agua, en las horas siguientes todo saldría bien. Dónde y cuándo se rompería el dique, si es que se rompía: esa era la cuestión. En alguna parte de su mente había un archivo de datos, reunidos y clasificados cada año que había crecidas, y ahora tenía que centrar su atención en esos datos. Cuándo habían abierto la represa de Colusa. Cuántas esclusas habían abierto de la represa de Sacramento. Cuándo alcanzaría la Derivación su plena capacidad. Cuál era el nivel de inundación del pantano de Wilkins, o de la curva de Rough and Ready, o de la represa de Fremont. O de Río Vista.

Reconfortada vagamente por su capacidad de recordar —por inútil que fuera— unos niveles de inundación que no guardaban relación alguna con la inundación del año en curso, Lily se quedó con los ojos cerrados y pasó media hora sin pensar en Martha.

—Bien —dijo entonces Everett, apoyando la pala en el árbol—. Ya es suficiente.

Tomó un extremo del baúl por el asa de cuerda y Sears tomó el otro; los dos juntos lo bajaron al hoyo, que ya se estaba empezando a llenar del agua de las napas. Lily se arrodilló en el barro para dejar las flores sobre el baúl, pero Everett la hizo levantarse.

—Todavía no. —Le hizo una señal a Sears para que se alejara de la tumba.

Oh, Dios, pensó Lily. Ahora va a decir esa oración y luego la cubrirán de tierra y eso será todo. *Dios santo*. A cuánta gente hay que enterrar antes de dejar de gritar por dentro cada vez que piensas en esa primera noche a oscuras.

—*Gentil Jesús, lleno de ternura* —Everett repitió sin inflexiones. Era la oración que Martha y él habían aprendido de chicos—. *Acoge a esta criatura. Apiádate de su simpleza y acógela en tu seno.*

—Dios bendiga a Martha, amén —susurró Lily.

Everett no la miró.

—Ahora —dijo.

Ella dejó caer las camelias dentro de la tumba y se apartó.

—Henry va a volver a la casa contigo. —Everett recogió la pala—. Dale algo para desayunar.

China Mary no estaba en la cocina: se había ido, a media tarde el día anterior, a visitar a su hermana en Courtland. Tendrían que haberla llamado cuando pasó. Tendrían que haberla llamado y haberla traído a casa antes de enterrar a Martha; ella había criado a Martha. Pero la noche anterior había habido tanta gente en la casa: el sheriff y su ayudante, la brigada de reanimación, el médico, Sears y hasta los chicos, a quienes habían despertado las sirenas; y para cuando se quedaron solos ya no tenía sentido llamar a nadie porque Everett quería quedarse solo. Tendrían que haber llamado a Sarah. Tendrían que haber llamado a unas cincuenta personas pero sobre todo tendrían que haber llamado a China Mary y tendrían que haber llamado a Sarah. *Sarah no puede venir, no hay razón para llamarla*, había dicho Everett. *Es demasiado tarde. Se fue por voluntad propia y en cualquier caso ya es demasiado tarde*. Lily le había dicho: *Te estás poniendo peor que tu padre*, consciente de que Sarah se acabaría enterando por ella, que una mañana de la semana siguiente abriría el correo en su casa cubierta de hiedras de Bryn Mawr, Pensilvania, y leería que su hermana se había ahogado, porque Lily no iba a ser capaz de llamarla ella sola. Había intentado llamar a Everett al morir su padre pero había sido incapaz de decírselo. Martha había tenido que agarrar el teléfono y decirlo.

Lily dejó su impermeable sobre la mesa y extendió la mano para que Sears le diera su saco.

—Siéntese. Le prepararé unos huevos con panceta y bizcochos. Hice la mezcla de los bizcochos para Everett pero no ha comido.

—Sin panceta. —Sears hizo una pausa—. Se lo ve bastante mal.

—Está alterado. Eso es todo. Ya no le queda familia. —Se estaba olvidando de Sarah, pero cuando se acordó de ella el hecho no cambió mucho lo que le acababa de decir a Sears.

—La tiene a usted y a los dos chicos. Eso es familia.

Lily no dijo nada.

—No pensé que Martha fuera así —dijo Sears al cabo de un momento.

—Así cómo.

—No la habría creído capaz de hacer algo así. Creció en el río, tendría que haber sabido que no podía salir con una barquita en plena inundación.

—No sé.

—¿Adónde pensaba que iba a llegar?

—No lo sé —repitió Lily.

Martha lo sabía, sabía que no tenía que hacer algo así: Everett lo había dicho, lo había prácticamente gritado, después de cargar el cuerpo empapado de Martha desde el muelle. En el muelle no había dicho casi nada a nadie. A Lily no le había dirigido

la palabra desde el momento en que gritara desde la entrada para coches: *Dile a McGrath que venga en este puto instante con el equipo de reanimación*, hasta el momento, casi una hora y media más tarde, en que había dejado el cuerpo de Martha en su cama en el piso de arriba. Cuando ella terminó de llamar a McGrath desde la casa y volvió a bajar corriendo al muelle, Everett ya estaba en el agua, al final de la soga que Sears todavía estaba atando en torno a un pilote. *Qué pasó*, preguntó una y otra vez, hasta que por fin Sears le dijo: *Martha. Estaba agarrada al bote pero no sé cuánto tiempo*. En la oscuridad (no hubo bengalas hasta que llegó McGrath al cabo de unos minutos) ella no pudo ver nada, ni a Everett ni a Martha, ni siquiera el bote, volcado y enganchado en un tronco en la otra orilla. Ni siquiera se habría enterado lo del bote si no se lo hubiera dicho Sears, porque Everett, después de arrastrar a Martha a la orilla con la soga, no dijo nada. Bajo el resplandor frío de las bengalas se quedaron todos observando durante una hora cómo los muchachos del equipo de reanimación trabajaban arrodillados junto a Martha en el muelle mojado, pero no hizo falta una hora ni mucho menos para que todos supieran qué había pasado, todos menos Everett, y quizás Everett también.

—Gracias a Dios que no se volvió loco y se metió ahí sin la cuerda —le dijo McGrath a Lily después de los primeros quince minutos—. Habrías perdido a los dos.

—No perdimos a nadie —dijo Everett con la voz inerte, levantando la vista desde donde estaba acucillado junto a la cabeza de Martha y mirando fijamente a McGrath con malicia confusa; McGrath miró a su ayudante y los dos evitaron la mirada de Lily. Pasaron cinco o seis minutos más hasta que llegó el médico y dos o tres más hasta que declaró que Martha estaba muerta.

—Está viva —dijo Everett—. No la conocen.

Media hora más tarde por fin admitió lo que todos ya sabían.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo.

Sabía que no tenía que hacer algo así: lo había dicho Edith Knight al recibir la llamada de Lily para que viniera a buscar a los chicos.

—Esa niña, esa niña boba —no paró de repetir—. Sin duda lo sabía.

Para Edith Knight era un acontecimiento excepcional: un suceso en el que era incapaz de percibir la mano de la providencia, el sentido, el beneficio difícil de ver pero inequívoco. En general Edith conseguía hacer que la muerte pareciera la más afortunada de las circunstancias, una evasión inesperada de sufrimientos posteriores para el difunto; la muerte repentina era, lógicamente, la economía suprema. «Qué bendición, marcharse sin una larga enfermedad», decía regularmente en alusión a Walter Knight. «Una cosa positiva es que pudo sacarles el jugo a los abrigo de pieles», reflexionó con satisfacción sincera cuando le informaron que una prima suya había fallecido al estrellarse una avioneta en Pyramid Lake. Refiriéndose a la madre de Everett y Martha, a menudo le comentaba a Lily: «Mildred se fue de la mejor manera posible, con todo en orden, y espero poder irme así yo también». Era una observación que por lo general acompañaba la limpieza de un armario o el acto de

deshacerse de algún recuerdo, porque cuando decía «en orden» a lo que se refería era a que Mildred McClellan, poco antes de morir en el parto, había limpiado dos dormitorios de la parte de atrás de la casa de los McClellan y se había deshecho de varias cajas de fotos, programas de espectáculos de danza, recortes de prensa, guantes sin pareja demasiado buenos para tirarlos, bocetos del valle de Yosemite que había hecho en su luna de miel y los souvenirs de un viaje a Chicago que había hecho antes de casarse. Tener las cosas en orden era un tema recurrente en las reflexiones de Edith Knight sobre la muerte: la vida ideal, tal como ella la veía, consistía en estar siempre tirando por la borda los detritos que uno iba acumulando. Si planificabas bien las cosas, podías abandonar este mundo tal como habías venido a él. Y quizás debido a que Martha no había avanzado mucho en la tarea de tener sus cosas en orden, Edith Knight sentía la necesidad de encontrarle una explicación a su muerte, aunque al cabo de unos minutos ya había conseguido vislumbrar, en el hecho de que Martha no hubiera dejado marido ni bebés, un elemento provisionalmente positivo:

—Una bendición —había admitido con fatiga Lily por teléfono, para añadir a continuación—: No lo sé. No lo sé.

Sabía que no tenía que hacer algo así: lo había dicho Everett, lo había dicho Henry Sears, lo había dicho su madre, y lo único que Lily era capaz de decir era: *no lo sé*. Parecía imposible que no hubieran podido ver lo que había estado pasando, pero la verdad era que ella misma no lo había visto hasta que había leído el cuaderno la noche anterior. No es que hubiera nada en esas páginas que no hubiera sabido sobre Martha. Simplemente no había sabido interpretarlo, y quizás ni siquiera lo hubiera sabido interpretar la noche anterior si Martha no hubiera estado muerta. Había encontrado el cuaderno en el tocador de Martha mientras buscaba un cepillo para desenredarle el pelo mojado. El diario se remontaba a tres años atrás, aunque las anotaciones eran esporádicas, algunas a lápiz y otras a lapicera, y difíciles de leer porque la caligrafía de Martha se había ido volviendo cada vez más ilegible. La última entrada, fechada *20 de marzo de 1949* y garabateada a lo largo de siete páginas, era completamente ilegible. Además de las entradas del diario, había unas páginas aparte tituladas: «RAZONES PARA NO QUERER A RYDER», «RAZONES PARA NO QUERER A EVERETT», «RAZONES PARA NO RECORDAR A PAPÁ CON AMOR». Cuando oyó a Everett en el pasillo, Lily se metió rápidamente el cuaderno en el bolsillo del delantal, y a la mañana siguiente lo quemó. No quería que Everett lo viera nunca, por mucho que eso significara que fuera a seguir pensando las cosas que pensaba ahora. (La noche anterior Everett le había dicho a Lily que la había matado él. Que él había estado a cargo de ella y la había matado. Que la había dejado irse, que no la había mantenido a salvo. Lily le recordó que Martha tenía veintiséis años. No la habría podido tener guardada dentro de una cajita de cristal. Él insistió en que podría haberla cuidado. Era lo mínimo que debería haber hecho. Martha no había estado bien, le dijo Lily, lo más cerca que estaría nunca de decirlo; Martha llevaba mucho tiempo sin estar bien. Ella lo sabía, repitió Everett. *Por el amor de Dios, si parecía un gatito que*

se ha caído al agua y lo único que se le ven son los huesitos. Tú la viste, Lily, viste el aspecto que tenía).

El cuaderno no habría cambiado nada. Everett únicamente se habría culpado todavía más por no haber visto antes lo que ella ahora veía con claridad ineludible: el patrón que había estado siempre ahí, enredado con todo de forma tan sutil y delicada como la cara de un tigre entre las copas de los árboles en un dibujo que a ella le había encantado de chica. Una vez que habías visto la cara del tigre era imposible volver a ver las copas de los árboles.

A la una y diez, Ryder Channing llamó y preguntó por Martha.

—No está. Murió anoche.

Channing no dijo nada.

—Se ahogó en el río —añadió Lily con voz inexpresiva, la única que le salió—. Salió con el bote y se ahogó.

—Anoche la vi. La vi en lo de Cassie Waugh.

—Pasó más tarde. Después de la fiesta. Yo no la vi, pero pasó después. Estacionó delante de la casa y Everett salió y ella estaba en el bote. No sé qué pasó.

—*La vi*. No hablé con ella pero la vi.

—Bueno —dijo Lily—. Yo no la vi pero está muerta.

—¿Dónde está?

—Está *muerta*.

—El cuerpo.

Ella ya lo había entendido.

—La enterramos esta mañana —dijo por fin.

—¿Dónde?

—Aquí en la finca.

Channing no dijo nada.

—Lo siento —dijo Lily antes de colgar—. Siento que no te hayamos avisado.

Lo siento. Y era verdad. Daba igual lo que Everett o ella o incluso Martha hubieran pensado de Ryder Channing, lo sucedido no había sido culpa de él. *18 de noviembre de 1947: en cama todo el día, les dije a E y a L que tengo gripe. Ryder mandó lirios del valle, sin duda para L. Encontré ratón de campo en el armario del baño. No decírselo a E porque L lo hará matarlo. 27 de abril de 1948: cena en casa de R, cosas a recordar: (1) me hizo traer ginebra (2) se quedó dormido mientras yo hacía la cena (3) me preguntó si tenía intención de cenar en enagua (4) me dijo que soy desaliñada (5) me preguntó si me había olvidado de cómo preparar costillas de cerdo junto con todo lo demás (6) fingió que leía mientras yo me terminaba mi cena y también la suya (7) qué difícil es comer costillas y alcauciles con alguien mirándote (8) me harté y le dije que es impotente y sé que le afectó porque me pegó. 4 de julio de 1948: le dije a R en picnic que es gentuza, un muerto de hambre y que no es digno de comer en los platos de E. Por lo menos estoy consiguiendo lastimarlo todo el*

tiempo. Las estrategias siempre han estado más claras que el agua pero yo estaba demasiado a la defensiva para verlas. Ahora él está a la defensiva y manoteando a ciegas: me llamó «perra inmigrante». 20 de febrero de 1949: si E se muriera delante de mí a mí me parecería estupendo que no llegara a viejo. Estoy tan lejos de todos ellos que la verdad es que es increíble.

A las tres en punto sonó el timbre. Era Joe Templeton, la lluvia le caía a chorros por la cabeza descubierta y por la capa impermeable. Venía de trabajar en los diques con Ed McGrath. Quería dar el pésame por Martha. Había visto a Everett hacia el mediodía pero Everett no le había dicho nada.

—Entra un momento. —Lily no quería hablar con él pero tampoco se le ocurría qué otra cosa decirle—. Estoy arriba cosiendo.

Joe la siguió hasta la salita del piso de arriba y se quedó junto a la ventana detrás de su silla. Lily llevaba tres semanas sin verlo y el invierno entero intentando no quedarse a solas con él.

—Pon otra rama en el fuego —le dijo—. Está todo demasiado húmedo.

—Creí que estarías con tu madre.

—Esta mañana se llevó a los chicos. Everett me dijo que los mandara a la escuela, pero estaban demasiado afectados. Traté de tenerlos al margen pero Julie vio cómo la metían en casa y se puso a gritar y a gritar y al final le tuve que dar leche caliente con bourbon para que se calmara.

—Me acuerdo de que las vi en el centro hace un par de semanas, Martha tenía a Julie de la mano, parecían madre e hija. Se parecían mucho.

—Bueno, no tanto. —Lily era consciente de estar hablando demasiado y demasiado rápido, pero no podía parar: con Everett no había podido decir nada—. Martha la llevaba a muchos lugares y jugaba con ella. En fin, Julie no paraba de gritar «mi Martha, mi Martha», y Knight intentaba que su padre no lo viera llorar, pero bueno... —La voz se le apagó y concluyó con torpeza—. Los dos la querían.

—La vimos anoche.

Lily se miró las manos un momento largo.

—Cómo la vieron —dijo por fin.

—Estaba linda. Tenía un lindo vestido.

—Sí.

—La invitamos a cenar. Nos dijo que sí, y luego todos tomamos otra copa y ella se puso a atacar a Francie. Dijo que Francie estaba borracha y que yo me estaba emborrachando y que no quería sentarse a cenar con un par de borrachines.

Hizo una pausa, como pidiendo una explicación.

—Bueno —dijo Lily—. No habrá querido.

—Fue muy maleducada.

—Bueno. Se merecía lo que le pasó, ¿no? *Dios santo*.

Joe no dijo nada. Lo que hizo fue atravesar la habitación y ponerse a examinar las fotos enmarcadas encima de la chimenea: Martha la noche en que se llevó todos los

primeros premios de la competencia de salto en la exhibición ecuestre de la Feria Estatal. Everett a los dieciséis años con uniforme del equipo de béisbol de la Legión Americana; Walter Knight, con Lily en el regazo, en el asiento del conductor del Hispano-Suiza que había comprado cuando ella era muy chica.

Lily se levantó para cerrar la puerta del dormitorio. No quería que Joe viera la cama sin hacer, las sábanas y las mantas y el camisón y las zapatillas de Everett todo tirado y revuelto a los pies.

—¿Cómo están Francie y los gemelos? —Volvió a sentarse.

—Francie todavía quiere divorciarse —contestó él al cabo de un momento—. Anoche volvió a sacar el tema.

—Estaba borracha. Acabas de decir que estaba borracha.

—Lo que dije es que Martha dijo que estaba borracha. Y qué. También saca el tema completamente sobria.

—Ya te dije que no quiero hablar del tema.

Hacía un mes que Joe le había anunciado que Francie había vuelto a decidir divorciarse de él. A menos que él le hiciera una demanda por la custodia de los gemelos, ella no mencionaría a Lily. Si él renunciaba a los gemelos, ella se limitaría a alegar violencia psicológica. Aunque esta última decisión la había tomado en Hawái y había volado rápidamente a casa para comunicársela de inmediato a Joe en vez de esperar el *Lurline*, todavía no había emprendido ninguna acción. No lo hacía nunca. Por lo que Lily sabía, Francie llevaba por lo menos quince años divorciándose de Joe; era la forma que tenían los dos, aunque ninguno parecía darse cuenta, de revivir periódicamente el interés en el otro.

—Ya te lo dije —añadió Lily—. Si Francie te pide el divorcio tú puedes pedir la custodia si quieres. No me molestaría.

—¿No?

—No, ya te dije que no. —Era una cuestión tan teórica que resultaba absurda. Joe atizó el fuego.

—Si Francie avanza con el divorcio, ¿lo dejarías a él y te casarías conmigo?

Lily se puso de pie sin decir nada.

—No creo que lo vayas a dejar nunca —dijo Joe.

—¿Qué darías tú a cambio? Quiero decir, *si Francie avanza con el divorcio*.

—¿Cómo qué daría yo?

—¿Te cortarías el brazo derecho?

—Sí. Me cortarías el brazo derecho. Qué te pasa.

—Claro. Te cortarías el brazo derecho. —Lily hizo una pausa—. Todos se lo cortarían. Escucha. Lárgate de aquí pero primero escúchame: ¿crees que tienes algún derecho sobre mí? ¿Crees que fue algo especial y que significó alguna cosa? Escúchame. Nada de lo que hicimos me importa. Nada afectó a Everett y nada me afectó a mí.

Lily acompañó a Joe a la planta baja y cerró la puerta detrás de él, y para cuando

Everett llegó a casa, ella ya había limpiado los dormitorios, había hablado dos veces con Ed McGrath (*En fin, ya está. Lo único que puedo decirle es que ya está. Intentaremos arreglarlo luego*), y había hecho sopa de papa con cebolla y crema, una sopa que la había reconfortado de chica. Pero antes de dársela a Everett lo llevó a la cama y lo abrazó para protegerlo de la noche y de la lluvia y de Martha que yacía fuera de la casa. Cuando por fin bajó las escaleras a oscuras y descalza para buscar la sopa, sonó el teléfono.

—Me estás mintiendo —dijo Ryder Channing.

—Ryder. Deja de gritar.

—Me mentiste. Dile que tome el teléfono.

—Estás borracho. Vete a dormir.

—Te digo que llames a Marth.

—Ryder. Por favor.

—Me estás mintiendo. Llámala.

—Ya te lo dije. Está muerta.

—Vete a la mierda —dijo—. Váyanse todos a la mierda.

Everett estaba sentado junto a la ventana del dormitorio, la lluvia rebotaba en el alféizar descascarado y le salpicaba las rodillas.

—¿Quién era? —preguntó sin levantar la vista.

Ella dejó la bandeja en la mesa delante de él y cerró la ventana.

—Mi madre —dijo.

La tercera primavera después de la muerte de Martha (era 1952 pero en la finca ya no calculaban el tiempo de ese modo), Lily le preguntó a Everett si se quería divorciar.

No quería. Claro que no.

Qué quería, entonces.

No quería nada, le dijo.

Fue el año en que apenas hablaron. Y cuando hablaban, siempre hablaban de lo mismo, aunque nunca lo llamaban por su nombre, ni siquiera lo mencionaban en voz alta, salvo muy tarde en la noche o cuando estaban muy cansados: *Tú me obligaste a hacerlo*, le decía ella. A lo largo de siete años, ese día de agosto en que Lily había ido sola a San Francisco se había convertido, con sus resonancias múltiples de errores mutuos, en el arma más poderosa de sus respectivos arsenales, la represalia masiva que los dos refrenaban hasta que agotaban todo lo demás. Ese año estuvo convencida no solo de que había ido a San Francisco *por Everett* (en cierto sentido era así, y él lo sabía, y por eso ella podía usarlo en su beneficio) sino también de que Everett le había robado de hecho su condición de mujer: había oído historias de mujeres que después de abortar ya no se habían podido quedar embarazadas, y aunque ella no quería más hijos, Everett sí. *Tú me obligaste a hacerlo*. En momentos como ese ella hacía una valija para Knight y Julie y se los llevaba a la casa de su madre. Allí, en su habitación de infancia, con el baúl de ébano traído de Oriente, los montones de boletines sin leer de la asociación de ex alumnos del Dominican y las cortinas de linón floreadas que ella había cosido con la máquina de pedal de su madre el verano en que tenía trece años, su acrimonia interior remitía y Lily empezaba a ver a Everett ya no como la ruina de su feminidad, sino al contrario: como su único vínculo con la cordura. *No había podido retener a Martha pero sí que la retendría a ella*. Entonces se imaginaba a Everett muerto y se pasaba media o tres cuartos de hora llorando desconsolada. *Ninguno de los demás podía ayudarla. Joe no podía ayudarla ni tampoco ninguno de los demás, ninguna de sus aventuras de una noche o de dos, ninguna de aquellas veces en que ella simplemente no había sabido qué más hacer, de qué otra forma hablar, nada de todo eso podía ayudarla, solo Everett, y ella obligaría a Everett a quererla*. Cuando terminaba de llorar se ponía resueltamente las gafas oscuras, se despedía con un beso de su madre ante el televisor (si era una de las tardes en que daban por televisión el partido de los Dodgers, a veces su madre ni siquiera parecía consciente de que ella estaba en casa) y se volvía a la finca. Había veces en que solo se iba unas horas y ni siquiera le decía a Everett que lo había vuelto a dejar.

La cuarta primavera después de la muerte de Martha, Lily decidió que todo se solucionaría si de vez en cuando salían de la finca para ir juntos a algún lado. Una y otra vez le pidió a Everett que la llevara a alguna parte, hasta que por fin fueron, un

fin de semana de junio, a una fiesta en San Francisco con gente que Everett conocía de Stanford. Había dos vistas hacia el Puente de la Bahía, una hacia la calle California y cuatro árboles de paltas en macetas (Everett explicó que, por razones misteriosas, todas las chicas con las que él había ido a Stanford ahora estaban obsesionadas con destruir la supremacía de la explotación agrícola de Calavo); se les aseguró en repetidas ocasiones que Herb Caen o Barnaby Conrad o Dolly Fritz (a veces uno y a veces otro) pasarían más tarde; y estaba Ryder Channing.

Ella no había visto a Ryder desde antes de la muerte de Martha; ni siquiera había vuelto a hablar con él por teléfono desde esos primeros meses, cuando él a veces llamaba a la casa borracho y se pasaba media hora o cuarenta minutos hablando de nada. Cuando llamaba de día, Lily hablaba con él, pero cuando empezó a llamar de madrugada, ella tomó la decisión, sin decírselo a Everett, de quitarle el volumen al teléfono antes de irse a la cama para no oírlo sonar. Después ya solo había oído noticias de Ryder esporádicamente, de boca de alguna de las pocas personas que veían: casi todos los informes se contradecían, pero ninguno era bueno. Primero oyó que lo habían visto con una serie de chicas desconocidas en bares frecuentados por gente muy joven; luego que ya no lo veía nadie, que se había vuelto prácticamente un ermitaño. Que se dedicaba a dar lástima por toda la ciudad, que era maleducado, agresivo y que estaba quemando todas las naves. Que Nancy lo iba a dejar y que él había dejado a Nancy. Que lo habían echado del proyecto de Riverside City porque había intentado estafar a Larry Dupree; que lo habían echado porque no aparecía nunca y no mostraba ningún interés. Y por fin que se había mudado a San Francisco siguiendo a Nancy; o que se habían mudado los dos juntos porque lo había ordenado el padre de ella.

Cuando Lily lo vio ahí, de pie junto a la barra y riendo, le pareció que era todo imposible: a Ryder se lo veía mejor que nunca. Muy bronceado y de blazer azul, tenía ese aire a los hombres que aparecen en los anuncios de bebidas alcohólicas, un aire que sugiere tardes despreocupadas navegando a vela en Belvedere, cortes de carne caros en buenos restaurantes y esa ausencia natural de excentricidad que solo tienen los que acaban de hacerse ricos. Recién después de hablar con él unos minutos se dio cuenta de que había algo en su cara que no encajaba con el bronceado y que hacía que el blazer azul pareciera un disfraz. La mirada de Ryder se paseaba alrededor de Lily sin posarse nunca en ella y su sonrisa era más un tic que una sonrisa.

Tenía la sartén por el mango, le aseguró a Lily. O casi.

—Me alegro, Ryder.

Lo tenía todo encarrilado, le insistió. Imaginaba que ella se habría enterado de que durante una temporada las cosas le habían salido mal, pero podía estar segura de que en adelante le iba a ir viento en popa.

—Me alegro —repitió ella.

Había oído decir que a veces Ryder insinuaba, cuando estaba borracho, que lo que había causado el desorden de su vida había sido la muerte de Martha, y se preguntaba

si él se estaría engañando hasta ese punto. El desorden siempre había estado ahí. Hasta Martha lo había visto. *Es el típico hombre, había dicho una vez, que cuando se está muriendo tu padre o tú estás teniendo un aborto espontáneo o hay que pagar una factura en el banco y cuentas con él, desaparece.*

—Cómo está Nancy —añadió ella.

Nancy, declaró Ryder, nunca había estado mejor. Ni él tampoco. Y habían estado pensando en ponerse en contacto con Lily porque —¡qué coincidencia encontrársela esa noche!— se iban a mudar de vuelta al Valle. Él estaba arrancando un negocio propio, tenía varios tratos en marcha, nada de lo que pudiera hablar todavía pero eran proyectos de mucha envergadura. Iba a trabajar como un condenado pero iba a valer la pena.

—Qué bueno, Ryder —dijo ella. Se preguntó dónde estaría Nancy.

Aunque en julio oyó decir que Ryder y Nancy Channing habían vuelto a Sacramento, no volvió a hablar con él hasta una tarde de septiembre en que Ryder la llamó y le pidió que se reuniera con él en la ciudad. No había forma, le dijo ella. *Por favor, dijo él, ya sin fingimiento alguno en la voz. Te necesito. Eres la única amiga que tengo.*

Cuando Lily llegó a la dirección que Ryder le había dado, una casa de una sola planta situada en una urbanización nueva del sur de la ciudad, vio que hacía días que él estaba solo, quizás semanas: había libros tirados por el suelo (siempre había sido un tipo descuidado y Lily se acordaba de que Martha le había dicho que no dormía bien), calzoncillos sucios, medias y camisas tirados por las sillas y hasta el último rincón estaba cubierto de lo que fuera que había estado comiendo: tallos de apio, puntas de pan duro y envoltorios de plástico rotos de queso fundido. En el baño había horquillas oscuras por el suelo, claramente no de Nancy, y las sábanas de la cama donde ella se sentó con él y por fin se acostó con él estaban sin cambiar, algo que Nancy nunca habría dejado sin hacer. Ryder parecía igual de desaliñado que la casa y hablaba de forma incoherente: estaba claro que había estado bebiendo. Nancy estaba en Piedmont, él no sabía hasta cuándo. El negocio en el que había estado trabajando no había salido, pero daba lo mismo. Ya iba a salir. Con esas cosas había que tener paciencia, Stonestown no se había construido en un día.

Antes de irse, ella le dio el efectivo que llevaba encima, unos veinte dólares, y le limpió el dormitorio para que pudiera dormir.

—No te preocupes —le dijo.

Él estaba derrumbado en una silla.

—Te digo que no te preocupes —le repitió Lily, y abrazó la cabeza de Ryder contra sí.

Estaba claro que Ryder necesitaba a alguien, y mientras conducía de vuelta a la finca, Lily se imaginó que no necesitaba a alguien, sino a ella. No importaba mucho que fuera verdad o no: ya había aceptado el compromiso.

La tercera primavera después de la muerte de Martha (era 1952 pero en la finca ya no calculaban el tiempo de ese modo), Lily le preguntó a Everett si se quería divorciar.

No quería. Claro que no.

Qué quería, entonces.

No quería nada, le dijo.

Fue el año en que apenas hablaron. Y cuando hablaban, siempre hablaban de lo mismo, aunque nunca lo llamaban por su nombre, ni siquiera lo mencionaban en voz alta, salvo muy tarde en la noche o cuando estaban muy cansados: *Tú me obligaste a hacerlo*, le decía ella. A lo largo de siete años, ese día de agosto en que Lily había ido sola a San Francisco se había convertido, con sus resonancias múltiples de errores mutuos, en el arma más poderosa de sus respectivos arsenales, la represalia masiva que los dos refrenaban hasta que agotaban todo lo demás. Ese año estuvo convencida no solo de que había ido a San Francisco *por Everett* (en cierto sentido era así, y él lo sabía, y por eso ella podía usarlo en su beneficio) sino también de que Everett le había robado de hecho su condición de mujer: había oído historias de mujeres que después de abortar ya no se habían podido quedar embarazadas, y aunque ella no quería más hijos, Everett sí. *Tú me obligaste a hacerlo*. En momentos como ese ella hacía una valija para Knight y Julie y se los llevaba a la casa de su madre. Allí, en su habitación de infancia, con el baúl de ébano traído de Oriente, los montones de boletines sin leer de la asociación de ex alumnos del Dominican y las cortinas de linón floreadas que ella había cosido con la máquina de pedal de su madre el verano en que tenía trece años, su acrimonia interior remitía y Lily empezaba a ver a Everett ya no como la ruina de su feminidad, sino al contrario: como su único vínculo con la cordura. *No había podido retener a Martha pero sí que la retendría a ella*. Entonces se imaginaba a Everett muerto y se pasaba media o tres cuartos de hora llorando desconsolada. *Ninguno de los demás podía ayudarla. Joe no podía ayudarla ni tampoco ninguno de los demás, ninguna de sus aventuras de una noche o de dos, ninguna de aquellas veces en que ella simplemente no había sabido qué más hacer, de qué otra forma hablar, nada de todo eso podía ayudarla, solo Everett, y ella obligaría a Everett a quererla*. Cuando terminaba de llorar se ponía resueltamente las gafas oscuras, se despedía con un beso de su madre ante el televisor (si era una de las tardes en que daban por televisión el partido de los Dodgers, a veces su madre ni siquiera parecía consciente de que ella estaba en casa) y se volvía a la finca. Había veces en que solo se iba unas horas y ni siquiera le decía a Everett que lo había vuelto a dejar.

La cuarta primavera después de la muerte de Martha, Lily decidió que todo se solucionaría si de vez en cuando salían de la finca para ir juntos a algún lado. Una y otra vez le pidió a Everett que la llevara a alguna parte, hasta que por fin fueron, un

fin de semana de junio, a una fiesta en San Francisco con gente que Everett conocía de Stanford. Había dos vistas hacia el Puente de la Bahía, una hacia la calle California y cuatro árboles de paltas en macetas (Everett explicó que, por razones misteriosas, todas las chicas con las que él había ido a Stanford ahora estaban obsesionadas con destruir la supremacía de la explotación agrícola de Calavo); se les aseguró en repetidas ocasiones que Herb Caen o Barnaby Conrad o Dolly Fritz (a veces uno y a veces otro) pasarían más tarde; y estaba Ryder Channing.

Ella no había visto a Ryder desde antes de la muerte de Martha; ni siquiera había vuelto a hablar con él por teléfono desde esos primeros meses, cuando él a veces llamaba a la casa borracho y se pasaba media hora o cuarenta minutos hablando de nada. Cuando llamaba de día, Lily hablaba con él, pero cuando empezó a llamar de madrugada, ella tomó la decisión, sin decírselo a Everett, de quitarle el volumen al teléfono antes de irse a la cama para no oírlo sonar. Después ya solo había oído noticias de Ryder esporádicamente, de boca de alguna de las pocas personas que veían: casi todos los informes se contradecían, pero ninguno era bueno. Primero oyó que lo habían visto con una serie de chicas desconocidas en bares frecuentados por gente muy joven; luego que ya no lo veía nadie, que se había vuelto prácticamente un ermitaño. Que se dedicaba a dar lástima por toda la ciudad, que era maleducado, agresivo y que estaba quemando todas las naves. Que Nancy lo iba a dejar y que él había dejado a Nancy. Que lo habían echado del proyecto de Riverside City porque había intentado estafar a Larry Dupree; que lo habían echado porque no aparecía nunca y no mostraba ningún interés. Y por fin que se había mudado a San Francisco siguiendo a Nancy; o que se habían mudado los dos juntos porque lo había ordenado el padre de ella.

Cuando Lily lo vio ahí, de pie junto a la barra y riendo, le pareció que era todo imposible: a Ryder se lo veía mejor que nunca. Muy bronceado y de blazer azul, tenía ese aire a los hombres que aparecen en los anuncios de bebidas alcohólicas, un aire que sugiere tardes despreocupadas navegando a vela en Belvedere, cortes de carne caros en buenos restaurantes y esa ausencia natural de excentricidad que solo tienen los que acaban de hacerse ricos. Recién después de hablar con él unos minutos se dio cuenta de que había algo en su cara que no encajaba con el bronceado y que hacía que el blazer azul pareciera un disfraz. La mirada de Ryder se paseaba alrededor de Lily sin posarse nunca en ella y su sonrisa era más un tic que una sonrisa.

Tenía la sartén por el mango, le aseguró a Lily. O casi.

—Me alegro, Ryder.

Lo tenía todo encarrilado, le insistió. Imaginaba que ella se habría enterado de que durante una temporada las cosas le habían salido mal, pero podía estar segura de que en adelante le iba a ir viento en popa.

—Me alegro —repitió ella.

Había oído decir que a veces Ryder insinuaba, cuando estaba borracho, que lo que había causado el desorden de su vida había sido la muerte de Martha, y se preguntaba

si él se estaría engañando hasta ese punto. El desorden siempre había estado ahí. Hasta Martha lo había visto. *Es el típico hombre, había dicho una vez, que cuando se está muriendo tu padre o tú estás teniendo un aborto espontáneo o hay que pagar una factura en el banco y cuentas con él, desaparece.*

—Cómo está Nancy —añadió ella.

Nancy, declaró Ryder, nunca había estado mejor. Ni él tampoco. Y habían estado pensando en ponerse en contacto con Lily porque —¡qué coincidencia encontrársela esa noche!— se iban a mudar de vuelta al Valle. Él estaba arrancando un negocio propio, tenía varios tratos en marcha, nada de lo que pudiera hablar todavía pero eran proyectos de mucha envergadura. Iba a trabajar como un condenado pero iba a valer la pena.

—Qué bueno, Ryder —dijo ella. Se preguntó dónde estaría Nancy.

Aunque en julio oyó decir que Ryder y Nancy Channing habían vuelto a Sacramento, no volvió a hablar con él hasta una tarde de septiembre en que Ryder la llamó y le pidió que se reuniera con él en la ciudad. No había forma, le dijo ella. *Por favor, dijo él, ya sin fingimiento alguno en la voz. Te necesito. Eres la única amiga que tengo.*

Cuando Lily llegó a la dirección que Ryder le había dado, una casa de una sola planta situada en una urbanización nueva del sur de la ciudad, vio que hacía días que él estaba solo, quizás semanas: había libros tirados por el suelo (siempre había sido un tipo descuidado y Lily se acordaba de que Martha le había dicho que no dormía bien), calzoncillos sucios, medias y camisas tirados por las sillas y hasta el último rincón estaba cubierto de lo que fuera que había estado comiendo: tallos de apio, puntas de pan duro y envoltorios de plástico rotos de queso fundido. En el baño había horquillas oscuras por el suelo, claramente no de Nancy, y las sábanas de la cama donde ella se sentó con él y por fin se acostó con él estaban sin cambiar, algo que Nancy nunca habría dejado sin hacer. Ryder parecía igual de desaliñado que la casa y hablaba de forma incoherente: estaba claro que había estado bebiendo. Nancy estaba en Piedmont, él no sabía hasta cuándo. El negocio en el que había estado trabajando no había salido, pero daba lo mismo. Ya iba a salir. Con esas cosas había que tener paciencia, Stonestown no se había construido en un día.

Antes de irse, ella le dio el efectivo que llevaba encima, unos veinte dólares, y le limpió el dormitorio para que pudiera dormir.

—No te preocupes —le dijo.

Él estaba derrumbado en una silla.

—Te digo que no te preocupes —le repitió Lily, y abrazó la cabeza de Ryder contra sí.

Estaba claro que Ryder necesitaba a alguien, y mientras conducía de vuelta a la finca, Lily se imaginó que no necesitaba a alguien, sino a ella. No importaba mucho que fuera verdad o no: ya había aceptado el compromiso.

Lily era consciente de que no tendría que haber estado en la ciudad. Y mucho menos sentada desde hacía dos horas en la barra del Capitol Tamale. Sarah y su nuevo marido habían llegado el día anterior, de camino a Hawái; Knight había llamado a un chico de San Francisco que iba a ser compañero de clase en Princeton y lo había invitado a cenar; China Mary había declarado que hacía un calor ilógico para ser junio y se había ido a la cama. Lily tenía que estar en casa. Hacía media hora que le había dicho a Ryder que se iba, ahora lo repitió.

—Termínate la copa —dijo Ryder—. Quiero hablar contigo.

—¿De qué?

—Por el amor de Dios, hace *seis semanas* que no te veo.

—No es culpa mía —dijo Lily automáticamente. No es que hubiera tenido unas ganas especiales de ver a Ryder, pero la verdad era que no había sido cosa de ella: él se había pasado todo el mes de mayo y parte de junio en Phoenix, intentando recaudar fondos para un proyecto que ella ni siquiera terminaba de entender. Al cabo de un tiempo todos los proyectos de Ryder terminaban pareciéndose entre ellos, y siempre que Lily pasaba unas semanas o unos meses sin verlo, cuando por fin lo veía le impactaba también su aspecto: los rasgos de Ryder parecían cada vez más inflamados y su mirada más turbia. Esta tarde, al mirarlo directamente a los ojos, le había dado la sensación de estar mirando a través de ellos: *Me deprimes, Ryder*, le había dicho, *actúas como si todo lo que hicieras fueran simples reflejos*. Pero luego él había pedido otra copa y ella se había tomado un Miltown y los dos se habían reído. *O sea que piensas que soy una sombra de lo que fui*, le había dicho él, burlándose de ella, y ella se había besado el dedo y se lo había puesto contra la mejilla.

—En cualquier caso —le dijo Lily ahora, mirándose el reloj y tratando de terminar lo que había empezado a contarle—. Allí estaba Knight, gritando que su abuela le recordaba cada día más a un personaje de *El jardín de los cerezos*. «De Anton Chéjov», dijo. «Si es que alguien en toda esta finca sabe *quién* fue Anton Chéjov». Que él suponía que era pedir *demasiado*. Y yo traté de decirle que la pasión de mi madre por convertir la huerta de frutales en Viviendas Eléctricas Paradise Valley no era algo exactamente chejoviano. Y entonces Knight me dijo, con cara muy seria, y te lo juro, Ryder, lo dijo en serio, que por qué mi madre no demolía el caserón y se mudaba a una de esas viviendas. Así ahorraría electricidad.

Aunque Ryder se rio, ella se dio cuenta de que la historia no le interesaba mucho.

Desinflada, Lily añadió:

—Y eso es básicamente lo que hemos estado haciendo.

—Sin contar lo de la hermana de Everett —la corrigió Ryder.

—Es verdad. —Lily se había tomado solo tres copas pero se sentía un poco temeraria—. *Sin contar* la llegada de la hermana pródiga.

—Los vi en el aeropuerto. Everett me los presentó. —Ryder hizo una pausa—. La

habría reconocido de todas maneras.

—Everett piensa que se la ve cansada.

—Se parece a Martha. —Ryder hizo una pausa—. Tiene el aspecto que habría tenido Martha a esa edad si no hubiera sido Martha.

Lily no dijo nada.

—Escucha —dijo por fin Ryder, tomándole la mano—. Se te ve bien. Se te ve mucho mejor que cuando me fui.

—Estoy cansada. —Lily se puso de pie y tomó los paquetes que había comprado antes de juntarse con Ryder—. Estoy cansada y tengo una pinta horrible.

Cuando entró en la casa, vagamente complacida por el hecho de haber evitado que Ryder le pidiera que se reunieran en algún lado más privado que el Capitol Tamale, Lily tuvo la sensación de que nadie se había movido desde el mediodía, con la única excepción del marido de Sarah, que aparentemente había subido. Knight seguía tirado en la terraza, leyendo. Julie seguía en la piletta, que ahora estaba completamente a la sombra; Everett y Sarah se habían quedado en la sala de estar. Ni siquiera se notaba que en siete horas hubiera cambiado algo el nivel de sus copas.

Sarah le dedicó a Lily una sonrisa vacilante.

—Le estaba diciendo a Everett que *me doy cuenta* de lo que piensan.

—Sobre qué —dijo Lily, quitándose los guantes; sabía perfectamente sobre qué. Desde el desayuno que Sarah había estado hablando de vender.

Fingiendo que no había oído a Lily, Sarah se dirigió a Everett.

—Seguramente hemos tenido ofertas, ¿no?

—Hemos tenido ofertas, sí. Ya sabes que sí.

—¿Cómo iba a saberlo? Lily nunca me escribe sobre nada que no sea el tiempo. ¿Cómo voy a enterarme? —Sarah hizo una pausa—. Sí sé que ese como se llame, el hombre que nos cruzamos anoche en el mostrador del aeropuerto, mencionó a un inversor de Honolulu.

—*Inversores* de Honolulu —dijo Everett—. Eso quiere decir inversores chinos. Así le dicen ahora al capital chino. Inversores de Honolulu. Ese tipo siempre tiene algún negocio en marcha. Yo no contaría con ese dinero. —Everett se dirigió a Lily—. Channing —añadió—. Vimos a Channing en el aeropuerto.

—Channing —repitió Sarah—. Así se llama. ¿No era un novio de Martha?

—No —dijo Everett.

—Ryder Channing estuvo casado un tiempo con una de las hijas de Larry Dupree —se apuró a añadir Lily. No quería que Sarah empezara a hablar otra vez ni de Ryder ni de Martha. La noche anterior había hablado sin parar de Martha y había angustiado tanto a Everett que luego no había podido dormir—. De Dupree Development —agregó.

—De hecho —dijo Everett—, Dupree ha manifestado interés en la finca de Cosumnes.

—La de Cosumnes no me importa *tanto* —dijo Sarah—. Por lo menos Cosumnes da algo de dinero.

—Hace quince años que te digo, Sarah, que muchos de los gastos de Cosumnes se pagan con el presupuesto operativo de la finca del río. —Everett hizo una pausa—. ¿Entiendes que estoy desangrando la finca del río?

—Everett, cariño. —Sarah se rio. Se puso de pie y caminó hasta la ventana—. Esa piletta me mata. Parece Pickfair.

Everett no dijo nada.

Sarah deambuló por la habitación, tomó una bandeja de plata y leyó la inscripción que tenía debajo, examinó la fotografía de su madre que había sobre el piano, volvió a la ventana y observó el crepúsculo, tocó un par de notas en el piano en medio del silencio.

Cuando se volvió a sentar, parecía haber agotado toda su vivacidad.

—No ha cambiado mucho, ¿no? —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Y le sonrió a Everett, pero Everett no le devolvió la sonrisa.

—«Y no será un rincón muy *alegre*» —dijo Sarah, citando *Reunión de familia* de T. S. Eliot.

El cuarto miércoles de junio, exactamente una semana después de que acompañaran a Sarah y a su marido al avión que los llevaría a Hawái, Knight tuvo el accidente con el Ford. Aunque el accidente no fue ni grave ni en rigor culpa de Knight, era casi seguro que le iban a suspender el permiso de conducir durante seis semanas; había admitido ante la policía caminera que había bebido dos cervezas.

—Te pasas de sincero —comentó Julie con desagrado—. Nunca podrían haber demostrado que te tomaste dos cervezas.

—Esa no es forma de hablar —dijo Lily, pero a la hora del almuerzo del jueves ya estaba deseando, aunque solo fuera por Everett, que Knight hubiera sido menos sincero con la policía caminera.

Hacía 39 grados y Knight no le dirigía la palabra. Sólo hablaba con Everett, salvo para decir sí, no y por favor. No le hablaba a Lily desde el domingo, cuando la había visto con Ryder en el Club Harrah's del lago. Ella se había ido sola el sábado a la mañana a la casa de su prima (*No lo aguanto*, le había dicho a Everett. *No aguanto un minuto más que te desahogues conmigo por culpa de Sarah, no aguanto tu mal humor, no aguanto más escenas y no aguanto el calor*, y se había ido de la casa —evitando resueltamente pensar en las tres horas que había pasado la noche anterior con aquel invitado en una habitación del Hotel Senator— y había conducido directamente al lago); ni siquiera sabía que Ryder estaba allí hasta que se lo encontró el domingo en la puerta del Club. Esta vez no había sido su culpa, pero cómo explicarle a Knight la pequeña ironía. Para empezar, ni siquiera sabía qué hacía Knight en el Harrah's. Cuando lo vio, lo llamó y pasó entre dos mesas de dados para hablarle, pero él dio media vuelta y se fue.

—Solo te pido esto —estaba suplicando Knight ahora. Quería que Everett hablara con alguien del Departamento de Vialidad—. No te costaría *nada*. Lo único que tienes que decir es que necesitas que yo maneje los camiones. ¿No puedes hacerme este favor?

—No te vendrá tan mal —dijo Everett.

—Podrías decirles algo —dijo Lily, y se dio cuenta avergonzada de que lo decía más que nada para congraciarse con Knight.

Knight la miró con frialdad.

—No le vendrá mal —repitió Everett.

Ella lo volvió a intentar.

—Nadie dijo que no le vendría *bien*, Everett. Pero estaría bien que pudiera conducir este verano.

—Esto es entre mi padre y yo —dijo Knight con voz distante.

—Discúlpate con tu madre.

—Lo siento. —Knight se dirigió otra vez a Everett—. *No es más que una llamada*.

Everett no dijo nada.

—Muy bien. No lo hagas. No esperaba que lo hicieras. Nadie espera nunca que hagas nada.

Knight tiró la silla hacia atrás y se quedó mirando a Everett con cara expectante, pero Everett no respondió.

—Te quedas ahí sentado —añadió Knight, levantando la voz—. Te quedas ahí sentado igual que siempre y no prestas ninguna atención a lo que está pasando. Haz como que no existimos, de acuerdo. Quédate ahí sentado mientras a tu hijo le quitan el permiso y tu hija deja que la mitad del río la emborrache y se va a nadar desnuda...

—Cállate —dijo Everett.

Knight se puso de pie.

—El sábado pasado a la noche *con los dos gemelos Templeton*. El mismo sábado a la noche en que tu mujer buscaba compañía en el lago Tahoe.

Lily miró primero a Everett y después a Knight; ninguno la miró a ella.

—Vete —dijo Everett—. Si quieres repetir hasta la última inmundicia que oyes, repítela fuera de aquí.

—¿Crees que me quiero quedar en esta casa? ¿Crees que quiero una mísera hectárea de este lugar?

—Vete, ahora.

—No es que lo haya oído, es que lo sé. Aquí nadie lo dice en voz alta. Pero ¿sabes cómo la llaman? ¿Sabes cómo le dicen? La llaman Lily Knight, no McClellan. *Knight*. Como si jamás se hubiera casado. *Así que supongo que nunca importaste demasiado*.

Cuando esa noche Julie preguntó dónde estaba su hermano, Lily le dijo que había

salido.

—No va a volver —dijo Everett—. Es desleal.

Julie miró a su padre y luego a su madre y luego los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Eso no lo creo —dijo con voz firme—. No creo que Knight pueda ser desleal.

—Yo tampoco he querido creer que pudieras salir a nadar sin ropa —dijo Everett sin expresión en la voz.

Cuando Julie se fue a dormir, Lily se sentó a oscuras al lado de su cama. Quería agarrar a Julie de la mano que colgaba fuera de las sábanas a rayas lavanda y blancas, pero temió despertarla. Lo que hizo fue sentarse con las manos en el regazo y escuchar la respiración regular de Julie, y cuando Julie se despertó y la miró con las lágrimas que le afloraban otra vez a los ojos, Lily se limitó a acariciarle el pelo.

—Duerme, mi vida —le dijo, incapaz de explicarle a Julie, como tampoco se lo podía explicar a sí misma, dónde habían empezado los problemas—. No pasa nada.

Cuando Knight volvió al cabo de dos días («Pero qué absurdo», oyó Lily que le decía Julie, «escaparte en el auto de tu madre. Es infantil»), Lily consiguió que Everett aceptara —como la había aceptado ella— la disculpa torpe y avergonzada de su hijo. Le había traído a Lily una docena de rosas blancas pero le dio vergüenza admitir que las había comprado («Me las dio un tipo», explicó, «le sobran a un tipo que conozco en una florería»); luego le preguntó a Everett, con deliberada despreocupación, si podía quedarse a ver si a las cuatro llegaba la cosechadora. Ese fue el día en que empezaron a hablarse con mucha cortesía, vagamente conscientes de que habían presenciado, más que nunca antes, las complejidades y la complicidad absoluta del amor familiar. (*No tuvo nada que ver contigo*, intentó explicarle Lily a Ryder, hablando del tema con él noche tras noche. Ryder no entendía de qué le hablaba, pero era mejor que hablar consigo misma).

Agosto de 1959

Everett se aflojó la corbata y se desabrochó el último botón de la camisa. Agotado, se acordó por primera vez de que el revólver seguía tirado en el muelle.

—Siéntate —le dijo Lily—. Siéntate, mi amor.

Él dejó que ella lo llevara hasta una silla. La casa se veía igual que hacía unas horas; no sabía por qué había esperado que se viera distinta.

—Espera aquí —le dijo ella—. Voy a buscarte una copa.

—¿Qué hora es?

Lily se miró la muñeca. Tenía puesto el reloj que él le había regalado en septiembre de 1957, al volver con los chicos de su viaje al extranjero. Everett lo había comprado la misma semana de su partida y lo había guardado hasta su vuelta en septiembre, y entonces le había dicho, avergonzado, que podía considerarlo un regalo de aniversario. Al vérselo en la muñeca tan delgada, Everett se había dado cuenta de lo mal que le quedaban a Lily los diamantes grandes, pero esa tarde en la joyería había deseado tanto conseguir algo que volviera irrevocables su amor y su determinación que si el joyero le hubiera tallado el Diamante de Cullinan en forma de reloj (tenía que ser un reloj para que ella lo pudiera llevar todos los días), habría pedido un préstamo con la finca como garantía y lo habría comprado. Aunque Everett estaba bastante seguro de que a Lily el reloj no le gustaba, ella no solo se lo ponía todos los días, sino que lo usaba tan seguido también en la ducha y en la pileta que ya tenía partes oxidadas y no funcionaba casi nunca.

—La una y media —dijo ella—. Y veinticinco.

Él la miró.

—Los chicos —dijo por fin.

—Tardarán un buen rato. Tenemos tiempo.

Sirvió dos copas de bourbon y le dio una a Everett.

—Era mi intención —dijo él—. Vine a buscar el revólver. Si no hubiera sido mi intención, no habría venido a buscar el revólver, ¿verdad?

—No lo sé. Esa no es la cuestión.

Él no dijo nada.

—Escucha —dijo ella—. Vamos a arreglar la situación. Voy a contarle lo que pasó a McGrath.

—Pero no es lo que pasó.

—Pero podría haber pasado.

—Pero no pasó.

—¿No quieres arreglar la situación?

Él no dijo nada.

Lily se bebió de un trago la mitad del bourbon de su vaso.

—Everett. Escúchame. Si no me escuchas, vas a ir a la cárcel. Si no empiezas a escucharme, vas a ir a Alcatraz y quizás vas a *morir*.

—A San Quintín. No a Alcatraz. A San Quintín.

—*Everett.*

Él la miró. Se había equivocado sobre ella en el muelle: no era mayor, seguía siendo la muchachita flaca del alfiler de gancho en las gafas de sol, y lo que fuera que hubiera pasado en los años transcurridos desde entonces no significaba gran cosa. Channing no significaba gran cosa: se acordó de Channing ahí sentado en el tronco y fumando un cigarrillo, moviendo el haz de su linterna hacia el muelle y llamando a Lily y luego levantándose de un salto y tirando el cigarrillo al agua al ver que no era Lily. (*Más te vale que te largues, Channing, más te vale que te largues de esta propiedad*, le había dicho, y Channing se había reído: *de acuerdo, Coop, de acuerdo*. Everett se había imaginado entonces a Channing contándole más tarde quizás lo sucedido a Lily y se había imaginado a Lily riéndose con él. *De acuerdo, Coop*, había dicho Channing, *vas a lastimar a alguien con eso, y si está muerta no sirve de nada*). Nada significaba nada: si Channing había intentado quitarle el arma para protegerse o porque había creído que Everett tenía intención de pegarle un tiro a Lily; si él le había disparado a Channing porque era su intención o porque lo había enfurecido que Channing lo considerara capaz de lastimar a Lily; no importaba nada. Que Channing cayera hacia delante sobre el tronco, que la linterna se le cayera al agua, todo importaba lo mismo. Al cabo de un momento todo había quedado nuevamente en silencio y él se había preguntado cómo había podido disparar con tanta precisión si ni siquiera recordaba haber apuntado.

Le apartó el pelo de la cara a Lily.

—En fin —dijo, intentando hacerla sonreír—. Lo llamamos Quintín. O simplemente «Q».

—*Everett.* —Ella sepultó la cara en la manga de él.

—No importa. No te preocupes.

—Escucha. —Ella levantó la vista y lo miró—. Ahora no lo harías.

—No —dijo él—. No lo haría.

—Entonces no importa.

—Creo que sí importa. —Everett se levantó y caminó hasta la ventana.

—Las luces de la piletta están encendidas otra vez —dijo él. Eso de pronto lo irritó: las luces de la piletta encendidas cuando se habían ido todos a una fiesta, la lámpara quemada del muelle y sin cambiar, el despilfarro generalizado, despilfarro y erosión—. No hay por qué dejar las luces encendidas cuando no hay nadie en la casa.

—A Julie le parecen preciosas —dijo Lily con voz débil—. Las dejé encendidas para Julie.

—Julie no está en casa —dijo él en tono razonable—. Podemos quemarlas todo el día y toda la noche si a Julie le parecen preciosas, pero Julie no ha estado en casa en toda la noche.

—*Everett. Por favor.*

—No te preocupes —dijo él—. Dame solo un momento.

—Siéntate y escúchame.

Everett abrió y cerró el mosquitero, examinó las bisagras con expresión ausente, tomó su copa y se la terminó.

—No pasa nada —dijo—. Voy a llamar a McGrath.

Ella se adelantó en el borde del sofá.

—¿Vas a contarle lo que decidimos? ¿Everett?

—Claro. Claro, linda.

—Déjame llamar a mí.

Él cerró la guía telefónica y marcó el número.

—¿Ed? Soy Everett McClellan.

Lily cruzó la sala y se sentó junto al teléfono, mirando a Everett.

—Eso mismo —dijo él—. *Una vez*. Te llamé una vez en mitad de la noche. Hace diez años. —Y luego dijo—: ¿Conoces a Ryder Channing? El mismo. No, están divorciados. —Hizo una pausa—. Escucha. Le disparé.

—*Dile por qué* —susurró Lily.

—Le acabo de disparar. Nos peleamos por un revólver y le disparé. Mi revólver. Ven aquí y te lo cuento.

Everett colgó.

—*No le dijiste por qué*.

—No —dijo Everett—. No importa.

Tomó la mano de Lily.

—Lily. Lily mi amor.

Ella no le quitó los ojos de encima.

—Voy a bajar a buscar el revólver —dijo él.

—Deja el revólver. Espera a que venga McGrath.

Everett negó con la cabeza.

—Déjame —dijo con suavidad—. Tú quédate aquí.

La abrazó, con la cabeza de ella pegada a su pecho; sintió los sollozos que le empezaban a recorrer el cuerpo y supo que Lily acababa de darse cuenta de que no iba a terminar como ella había querido.

—Espera a los chicos —dijo ella—. Julie llegará pronto.

—No quiero verla.

—Everett...

—Estuvo bien —susurró él—. Ha estado bien.

—Te quiero.

—Lo sé. ¿Crees que no lo sé?

—Nadie lo habría sabido —dijo ella—. Nadie. Tal como se dieron las cosas.

—Sabido qué.

—Que te quise.

—Yo lo sabía. Tú lo sabías.

Ella se aferró a él. Él le notó las costillas por debajo del vestido.

—Escucha —dijo él—. Tienes que subir de peso. Tienes que empezar a comer más y a dormir bien. Promételo.

—Lo prometo.

—Muy bien, entonces. —Él le besó los ojos cerrados.

Sentada en la silla bordada donde Everett le había dicho que se sentara, Lily sintió las manos mojadas y la cabeza dolorida (no le punzaba, solo la tenía dolorida, le había dejado de punzar hacía una hora en el piso de arriba, al oír el disparo), nada muy real. Lo único real había sido el disparo y todavía podía oírlo, rajando hacia atrás todos los años anteriores, girando en la oscuridad entre los juegos que habían jugado de niños y los que jugaban ahora, entre la niña que había sido y lo que era ahora, sentada en la silla bordada y consciente de que Everett no iba a permitirle arreglar la situación.

Déjame. Qué había significado todo: las promesas incumplidas, los fracasos del amor y de la fe y el honor; Martha enterrada junto al dique en un vestido de Magnin's de 250 dólares con el limo del río en las costuras; Sarah en Bryn Mawr, Pensilvania; su padre, a quien no le había importado mucho nada, el perdedor fácil (*Nunca podría haberlo sido*, había dicho su madre, y lo había seguido queriendo); su madre, sentada a solas esa misma tarde en el caserón de río arriba, escribiendo invitaciones para la Fiesta del Día de la Admisión y mirando *Dick Clark's American Bandstand* porque habían cancelado el partido de los Dodgers por culpa de la lluvia; Everett abajo, en el muelle, con el revólver calibre 38 de su padre. Ella, su madre, Everett, Martha, la galería familiar entera: tenían la misma sangre, heredada de doce generaciones de clérigos ambulantes, sheriffs de condado, cazadores de indios, abogados rurales, lectores de la Biblia, un senador desconocido procedente de un Estado en la frontera, hacía mucho tiempo; doscientos años de talar bosques en Virginia, Kentucky y Tennessee y luego el quiebre, el vacío al que habían entregado sus baúles de palo santo y sus cepillos de plata; el corte con el pasado que tendría que haberlos redimido a todos. Habían sido un tipo particular de gente, con virtudes particulares que se habían puesto en uso en una situación particular, sus defectos particulares a la espera, todos esos años, invisibles, insospechados, vislumbrados turbiamente solo por un individuo o dos cada generación, por una esposa de ojos perplejos que no querían mirar hacia El Dorado sino hacia el cerezo de su madre, por un chico de dieciséis años que a los dieciséis años ya era el mejor tirador del condado y que cuando no tuvo nada más a lo que disparar salió un día a caballo y le pegó un tiro a su hermano, un accidente. Por encima de todo había sido una historia de accidentes: de seguir adelante con la vida y de accidentes. Qué quieres entonces, eso le había preguntado esta noche a Everett. Era una pregunta que les podría haber hecho a todos ellos.

Dejarlo. Era lo único que podía hacer ahora, el único regalo que podía darle. *Expulsa bien lejos a nuestro espectral adversario y otórganos tu paz duradera.* Cristo en la cruz no podría haber expulsado a aquel espectral adversario. Y quizás en cuanto te dabas cuenta de que tenías que hacerlo tú mismo, ya habías encontrado la manera. Quizá lo más difícil, lo más importante que se podía hacer por otra persona era dejarla en paz; quizá fuera el único acto gratuito, el actor de amor.

Se quedó sentada en la silla bordada hasta que lo oyó, el segundo disparo. Cuando

lo encontró, boca abajo con el brazo extendido y la cabeza colgando del borde del muelle, se acostó a su lado sobre las tablas mojadas y le habló, le dijo cosas para las que nunca había tenido palabras: *Acuérdate, Everett mi amor, una vez en la Feria me subiste al oso dorado frente al Edificio de los Condados y me besaste y nos reímos. Y acuérdate de que nos pasábamos las mañanas en cama, a veces con Knight entre los dos y yo te decía no te quedes dormido, lo vas a aplastar, acuérdate de cómo era y acuérdate del día en que llevamos a los chicos a Cosumnes y llovió y nos sentamos a tomar Coca-Cola debajo del álamo y la lluvia nos caía por entre las ramas acuérdate Everett mi amor acuérdate.* Aunque él no la pudiera oír, ella tuvo la esperanza de grabarle de algún modo en la memoria su amor ordinario por toda la eternidad, tuvo la esperanza de que él ascendiera pensando en ella, *éramos uno solo, éramos uno solo, no importó mucho a largo plazo pero nada importó más que eso.*

Acostada, abrazándolo a oscuras, oyó las sirenas en la ruta pero no se movió hasta que los dos coches, el de McGrath y el de la policía caminera, se desviaron del dique y enfilaron por la entrada de coches que llevaba a la casa. Entonces se puso de pie, dejó a Everett y subió los escalones de madera hasta el camino. Bajo la luz que caía sobre la terraza estaba McGrath, los pantalones sobre el pijama, de pie junto a otros dos hombres; un cuarto hombre, con uniforme de la policía caminera, esperaba en el pasto y miraba no la casa sino la pileta iluminada. Los observó mientras se sacudía las hojas de la falda y se lamía la sangre del brazo con el que había abrazado a Everett y empezó a preguntarse qué iba a decirles; no a los hombres sino a Knight y a Julie. No sabía qué podía decirle a nadie salvo que Everett había sido un buen hombre. No estaba segura de que lo hubiera sido, pero era lo que ella habría deseado que fuera, si le hubieran concedido un deseo.



Nació en 1934 en Sacramento, California. Estudió literatura en la Universidad de California en Berkeley y al recibirse se mudó a Nueva York, donde trabajó en la revista *Vogue*. Su primera novela, *El río en la noche*, se publicó en 1963. A mediados de los años sesenta volvió a instalarse en California y comenzó a publicar ensayos y memorias que la han convertido en una de las escritoras más pregnantes de la literatura estadounidense del último medio siglo. Colaboró en revistas como *The New York Review of Books*, *Life*, *The New Yorker*, *The Saturday Evening Post* y *Esquire*. En 2005 ganó el National Book Award por *El año del pensamiento mágico*. Actualmente vive en Nueva York